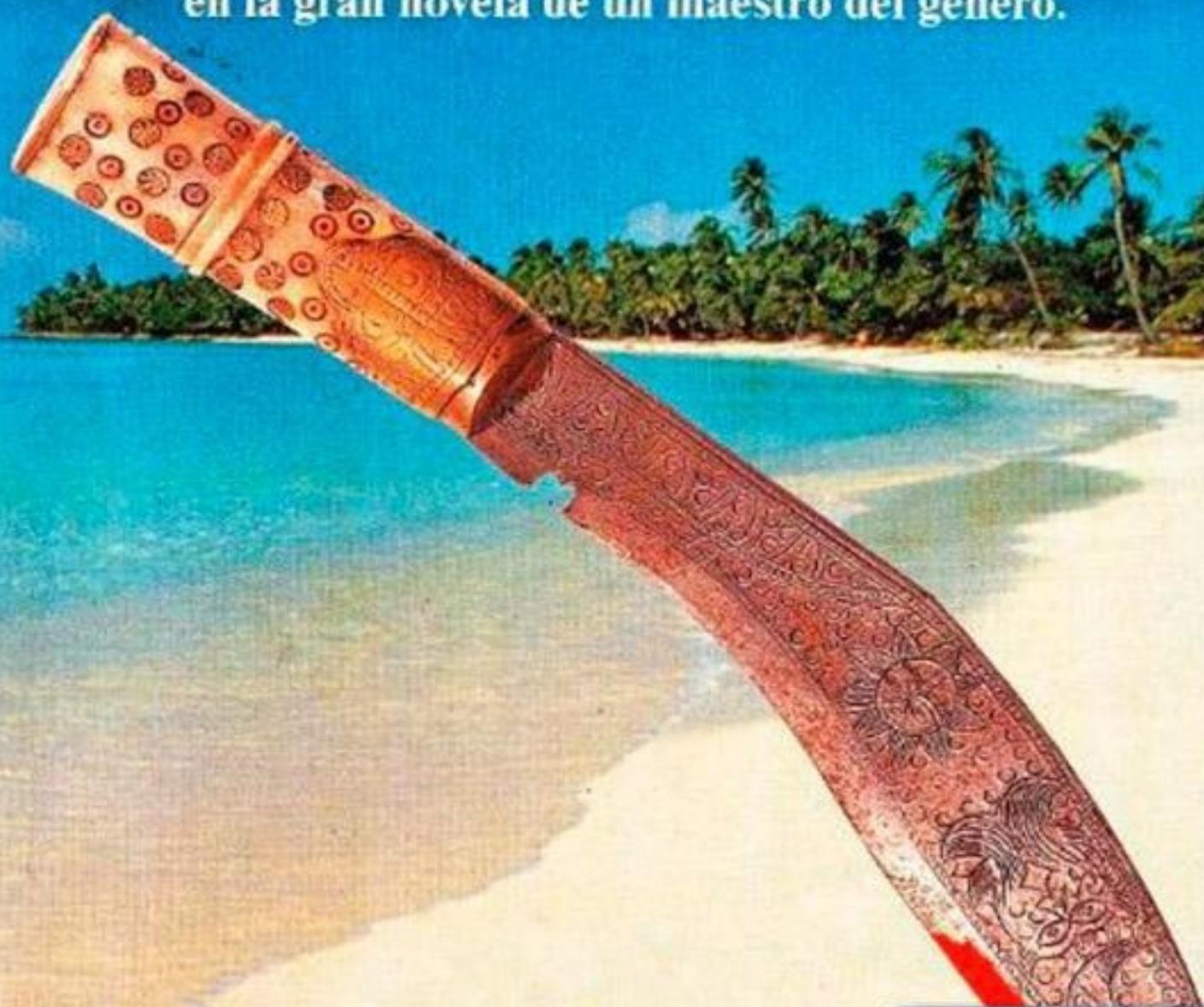


Daniel Easterman

LA NOCHE DE LA SÉPTIMA OSCURIDAD

Acción trepidante y horror demasiado real
en la gran novela de un maestro del género.



Lectulandia

Una tarde de setiembre una pareja regresa a su apartamento en Brooklyn después de pasar tres meses en África. El matrimonio de Rick y Angelina está en punto muerto. Sin embargo, pronto esa monotonía se verá sacudida por una tremenda violencia; mientras Angelina mira un vídeo lleno de asesinatos rituales y escenas sangrientas, le vienen a la memoria sus orígenes haitianos. Si vida no ha sido muy limpia y se ve invadida por pensamientos relacionados con antiguos amores, alianzas y muertos, cuando éstos aún no lo estaban.

En torno a Angelina empiezan a producirse una serie de muertes repentinas, y solamente un agente de policía de origen judío sabrá adivinar las causas de esas muertes. Ello le llevará a viajar por países con extraños ritos, pero tendrá que esperar a la noche de la séptima oscuridad para alcanzar su propia verdad.

Lectulandia

Daniel Easterman

La noche de la séptima oscuridad

ePub r1.0

Sarah & Banshee 20.03.14

Título original: *Night of the seventh darkness*

Daniel Easterman, 1991

Traducción: Guillermo Valverde

Editor digital: Sarah & Banshee

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Betty; ¿para quién, si no?

AGRADECIMIENTOS

Ha habido tanta gente que ha ayudado en alguna de las fases de la elaboración de este libro que casi no sé por dónde empezar. Mi agente, Jeffrey Simmons, y mis editores en Londres y Nueva York, Patricia Parkin y Ed Breslin, comentaron profusamente el manuscrito; no alcanzo a decir cuánto contribuyeron sus comentarios a mejorar la versión definitiva. Su vanguardia, mi mujer Beth, me hizo de crítica permanente; un trabajo duro y que bien vale tres años de cuentos de P. G. Wodehouse al acostarse.

La ayuda inteligente, sabia y discreta de Claudia Caruana en la investigación de Nueva York. Un millón de gracias para Eddie Bell, de Harper & Row, por organizar nuestro viaje a Nueva York y por ayudar a hacerlo tan agradable. Gracias de todo corazón también al sargento Raymond O'Donnell de la policía de Nueva York; a Phil Petrie, director adjunto de relaciones públicas del hospital de King's County, en Brooklyn; al doctor Jonathan Arden, forense jefe de King's County; al señor Barrone de la Funeraria Barrone, en Brooklyn, y más que a nadie, a Richie Horowitz, nuestro conductor intrépido, divertido y buen conocedor que nos enseñó lo mejor y lo peor de Brooklyn.

En Inglaterra, gracias a Ian y Margaret Tarbit por sus ideas sobre la prueba del SIDA y las autopsias; Roderick Richards de Tracking Line; Elizabeth Murray; Tim Levitt por sus conocimientos de navegación; Fred y Christine Hardy por compartir sus experiencias de buceo en el Caribe.

También quiero dar las gracias a los autores de las publicaciones que consulté buscando información sobre Haití, sobre todo Wade Davis, cuyos dos inteligentes y descriptivos estudios de los zombis son un modelo de buena investigación y redacción.

PRIMERA PARTE

El círculo incompleto

BROOKLYN

«Brilla, brilla, estrellita,
me pregunto qué debes ser...»

CAPÍTULO UNO

Fort Greene, Brooklyn

Viernes, 18 de septiembre de 1999

Última hora de la tarde

El apartamento olía a moho. Angelina arrugó la nariz al entrar en el recibidor. Moho. O quizá a otra cosa. Sólo habían estado fuera tres meses y la mayor parte de ese tiempo Filius había estado allí. Filius y quizá algunos amigos suyos. Tal vez alguna chica. Filius había dicho que no tenía chica, pero eso era difícil de creer. Era guapo y listo, y a juzgar por las miradas que lanzaba a veces a Angelina no debía de ser homosexual.

«Vuelta a casa», soltó Richard al entrar, dejando dos maletas en el suelo. Las palabras resultaban vacías, casi sin sentido: unas palabras vacías en una entrada vacía. Angelina se quedó completamente quieta, haciéndose a la idea. Estaban en casa, si es que se podía llamar así. Su próximo viaje al extranjero no sería hasta... ¿cuándo? Vete tú a saber. Pero ¿qué era ese olor?

—¿Hueles algo? —preguntó ella, sin darse la vuelta.

Richard le puso las manos en los hombros, apretando un poco hacia abajo. A ella no le gustaba esa presión, dura, posesiva.

—No. —Acercó la cara al cuello de ella y olió—. Perfume nuevo —susurró—. ¿Tengo razón?

Angelina había comprado el frasco de Fendi en Ginebra en el vuelo de vuelta de Kinshasa. En el taxi, volviendo del aeropuerto, se puso unas gotas en lugares estratégicos. Durante los tres meses que habían pasado en el Zaire había evitado los perfumes. El calor estropeaba el olor. O quizá era la piel misma que los agriaba.

—No me refiero a eso —dijo ella. Se volvió y se encaró a él—. No encuentras que... debe de ser efecto del tiempo que llevamos fuera. No estoy acostumbrada a cómo huele el apartamento.

«O quizá es por haber estado en África», pensó ella. Nunca percibía los olores con tanta intensidad en Brooklyn. Las flores, la fruta, la gente, los dulces olores de podredumbre, la jungla que te rodea, avanzando, peligrosa.

Él volvió a husmear el aire y la volvió a mirar, de reojo.

—Es tu imaginación. El apartamento no huele. Deja que pasen uno o dos días y te sentirás mejor. Te quitarás África de encima.

Entró el resto del equipaje en el recibidor.

—Angelina, ¿podrías hacer un café? Estoy muerto.

Angelina hizo dos tazas de café instantáneo mientras Rick llevaba las maletas al dormitorio y empezaba a deshacer el equipaje. Ella encontró unas galletas que había comprado en Abraham & Straus en la calle Fulton una semana antes de irse. Aún se

podían comer, así que puso algunas en un plato. Rick fue a encontrarse con ella en la cocina. Realmente tenía aspecto cansado, pensó ella. Y no sólo físicamente.

El viaje de trabajo había sido un desastre. Se habían pasado la mayor parte del tiempo en Kisangani. Y después las semanas perdidas en Lokutu. Rick se estaba convirtiendo en el tipo de etnólogo que prefiere trabajar en una oficina con aire acondicionado que compartir una tienda de campaña con serpientes e insectos. Y estaba haciendo que ella dejara de ser su mujer y ayudante para convertirse en su secretaria y chica para todo.

Bebieron sin hablar esforzándose por acostumbrarse a las sensaciones e ideas del retorno. Las clases empezarán dentro de menos de una semana. Los poderes fácticos habían decidido volver a tiempo para empezar el curso algo tarde y así recoger a quienes se matricularan con retraso.

Ya hacía veinte años que Rick enseñaba en la Universidad de Long Island, pero seguía siendo algo forastero. Todos sus colegas que aún vivían en Fort Greene tenían su apartamento en el edificio Towers o en el rascacielos del hospital de la calle Willoughby; los demás hacía tiempo que se habían mudado a Brooklyn Heights o Cobble Hill. Pero los Hammel vivían aún en un bloque de piedra marrón en Clermont Avenue, entre las calles Myrtle y Atlantic, abandonados por la huida hacia las clases altas.

Hacía diez años que se habían instalado allí. Al principio Rick esperaba que aquel tipo de edificio se pusiera de moda. Se habían gastado mucho dinero en comprar esa casa y esperaban que las cosas cambiaran. Aún estaban esperando. La pintura de la puerta se estaba desprendiendo, el portal se había cubierto de basura y fuera en la calle jóvenes haitianos y chicas puertorriqueñas de ojos tristes soñaban con el sol que sólo sus padres recordaban. Y las chicas llevaban los bebés en cochecitos baratos y los niños mantenían los ojos bien cerrados en todas las épocas del año. Había un cuarto en la parte trasera del apartamento preparado para un bebé, pero vacío, donde conejitos saltaban como pequeños fantasmas por campos de puntos verdes.

El otoño no se decidía a entrar en la ciudad. Cruzaba el río, desde Manhattan y se iba metiendo, sin avisar ni ser invitado, pasando por delante de la vieja Navy Yard, hasta llegar a Coney Island y el mar. Angelina miró por la ventana de la cocina. Sólo se veía una pared gris enfrente. Brooklyn era una locura de la que había intentado escapar, pero cada vez volvía, a la fuerza, una y otra vez, desmelenada, los ojos brillando, suavemente salvaje, con la boca abierta, cantando o protestando. Poco le importaba eso a Rick.

Estaba convencida de que el verano no volvería, de que este año la llegada del invierno no sólo sería inexorable sino además, definitiva. Sorbió el café mientras un escalofrío se apoderaba de ella, mirando por la sucia ventana la luz otoñal cada vez más débil.



Después de tomar el café acabaron de deshacer el equipaje, devolviendo al armario de chapa barata ropa que nunca se pondrían en Nueva York, y que quizá no volvieran a ponerse más. Antes de guardarla, Angelina la recorría con los dedos: vestidos ligeros de algodón, un bikini a rayas, pantalones que llevaba para los viajes al interior del país. Recordaba la visita a Suiza después de la muerte de su madre, la desgana con que había empaquetado ropa vieja para beneficencia. Cómo de repente los vivos fueron los muertos, cómo la muerte impregnó sus ropas y sábanas, cómo estaba presente en sus muebles y sus libros. Cogió un par de pantalones de Rick. A su tacto parecían algo que hubiera pertenecido a un muerto, algo de segunda mano, gastado. Los volvió a colocar en la percha de madera, sin decir nada, en un rincón del armario, donde no estuvieran a mano.

Rick tenía ganas de hacer el amor. Aquí, en Brooklyn, había revivido de golpe. Era por eso que se quedaban. Por eso este apartamento se había convertido en la cadena que apresaba a Angelina. Brooklyn le daba vida a él tanto como se la quitaba a ella. La llevó a la cama, con prisa, excitado, más encendido de lo que nunca estuvo en África. Ella dejó que la desnudara, permitió que hiciera su torpe exploración de su cuerpo, como si buscara asegurarse de que seguía intacta. Una vez más el pesado tacto del propietario.

Acallándolo con un beso, calmándolo con sus labios, pero no con su lengua, lo masturbó, lentamente, sin sentimiento, sin remordimiento, con habilidad largamente desarrollada. Él se corrió en poco tiempo, ensuciando, sin pensárselo dos veces, las sábanas. Las sábanas de Filius, que ella había olvidado cambiar.

Él se durmió casi en seguida, desnudo, cuarentón, dándole su gruesa espalda. Ella lo miraba con algo de repulsión. Había perdido para ella todo atractivo: sus michelines, su pene flácido y caído, su piel quemada por el sol. Sobre su cabeza cuadrada y cejuda el cabello rojo se estaba volviendo amarillo. Tenía los labios oscuros y venillas marcadas en los pómulos. ¿Qué amaba en él? ¿Había encontrado ella alguna vez algo que amar? ¿De verdad?

Estaba sentada, con la espalda erguida y la mirada fija en la pared, dejando que la habitación volviera a trozos a su conciencia a medida que la noche llegaba, lentamente, a Brooklyn, otoñal, espesa, cargada de miseria. En África la rapidez del ocaso siempre la había sorprendido y asustado, el descenso abrupto del sol manchado, la presencia instantánea de la noche en todas partes. Pero aquí el mundo giraba menos de prisa, la tierra avanzaba a gatas de la luz a la oscuridad, había tiempo para ponerse una armadura para protegerse de su llegada.

Se miró en el espejo de la pared, la cara de mulata de piel clara, los ojos asustados, las gruesas cejas que se depilaba de niña. Dejó caer la sábana que le cubría

los senos y miró su imagen en el espejo, suaves, algo caídos con la edad. ¿Se es vieja a los cuarenta y dos años? El cabello aún caía oscuro sobre sus estrechos hombros, su cintura aún no se había ensanchado, se afeitaba las piernas religiosamente día sí, día no, y se ponía perfume cuando estaba en casa. «¿Por qué?», se preguntaba. ¿Cambiaba algo por eso? ¿Había cambiado alguna vez algo?

Llegó la noche, y seguía sentada escuchando los pasos de la ciudad más allá de su ventana, enorme y amenazadora. A su lado se oía la áspera respiración de su marido, desgarrándole los oídos. En un reloj silencioso, segundos verdes parpadeaban en la oscuridad. Estaba en Nueva York, no en África. Pero fuera otra jungla se afilaba los dientes bajo la misma luna indiferente.

* * *

A las once se levantó de la cama para prepararse algo de comer. Rick estaba profundamente dormido. Avanzó a tientas por la penumbra de la cocina, abrigada por un ropón que la defendía del aire frío, abriendo y cerrando armarios, buscando en el congelador. Le recordaba las incursiones nocturnas que hacía de niña, el encanto de comer a esas horas, el sabor del pollo frío. Al menos Filius había llenado el congelador como le había pedido. Casi se había pasado. Sin duda había hecho unos cuantos viajes a Finast, en la calle Myrtle, donde ella sabía que él hacía todas sus compras. El cajón inferior del congelador estaba completamente lleno de enormes piezas de carne.

Encontró un plato precocinado algo más arriba y lo metió en el microondas. En África disponían de un chico que cocinaba, limpiaba y les hacía recados, todo por una miseria. Para él, ella era blanca, la mujer de un hombre blanco, tan extranjera como Rick. Ya no recordaba el nombre de ese chico. Sonó el avisador y sacó la bandeja del horno, milagrosamente caliente.

Se dejó caer en un sillón del salón. Llevándose cucharadas de pollo y arroz a la boca, comió sin encontrarle el sabor. La comida no es gran cosa, hoy en día. Las plantas no habían sobrevivido el verano. Ella ya sabía que pasaría, tanto si estaba Filius, como si no. Siempre se morían.

Otra vez ese olor. Mustio, o lo que fuera. Ahora ya menos fuerte, o quizá más familiar. No exactamente dulce ni tampoco agrio, llegaba de todas partes y de ningún lugar en concreto. La hacía sentir incómoda, no sabía muy bien por qué, como si en algún rincón de su mente reconociera ese olor. ¿Tal vez un recuerdo? ¿Quizá una premonición?

Tragó la última cucharada de pollo reconstituido. Gracias, decía su estómago, a esta edad realmente se necesita comida de fábrica. De vuelta a la cocina, encontró un gran cartón de helado de crocanti y una cuchara.

Helado en mano, volvió al salón y conectó el televisor. Fue cambiando de canal,

sin interés. Programas de debate de programación nocturna, series cómicas de reestreno, videoclips, películas que ya resultaban viejas cuando las estrenaron. Risa pregrabada, aplauso pregrabado, sentimientos pregrabados. Desconectó el aparato.

Filius había prometido que grabaría algunas películas en su ausencia. Había aproximadamente una docena en el estante, todas claramente etiquetadas con un rotulador rojo en la apretada letra haitiana de Filius. El canal 13 había emitido una serie de películas francesas contemporáneas durante el verano. Miró las etiquetas: *Les Ripoux* de Zidi —él sabía que ella quería verla—; *Coup de Torchon* de Tavernier, ambientada en África —ésa podía esperar—; *Diva*; *Subway*; *Betty Blue*. *Betty Blue* iría de maravilla.

Introdujo la cinta en el vídeo y lo puso en marcha. La pantalla se llenó de imágenes. Béatrice Dalle y Jean-Hugues Anglade haciendo el amor. Angelina se puso cómoda. Se instaló bien en el asiento, enterrada entre los cojines, en la oscuridad del mundo anárquico de Betty y Zorg. Ella sabía cómo acabaría todo, en locura y muerte rápida, luchando contra la compasión del amante, pero antes de eso había algún tipo de esperanza. El cansancio del viaje se iba yendo, África se iba yendo. Rick y su cuerpo de pez cubierto de sudor se iba yendo. Se metió una cucharada de helado en la boca con un suspiro.

De repente, la película vaciló y se llenó de rayas. Una fila de imágenes saltaron, y en la pantalla sólo quedaron interferencias. Angelina se adelantó, enfadada. Se había olvidado de decirle a Filius lo de la avería. No le había dicho que llevara el aparato a la tienda de electrónica de la calle Fulton para que lo arreglaran. Unas dos semanas antes de que se fueran, el vídeo había empezado a dar problemas. Cuando estaba grabando, se ponía en modo de reproducción, a veces hasta diez minutos seguidos, dejando huecos en las cintas, ratos enteros de ruido y nieve en las nuevas, grabaciones anteriores en las usadas. Unas capas debajo de otras, desenmascaradas.

Angelina fue a coger el mando a distancia, pero la imagen de la pantalla volvió a ser nítida. No era *Betty Blue*. Qué curioso. Debía de haber grabado otra cosa en aquella cinta antes de *Betty Blue*.

No había sonido, sólo el silbido apagado de la cinta. La calidad no era buena y la iluminación muy dura. Sombras enormes contrastaban con zonas claras, un duro dibujo, como un ejercicio expresionista. En la pequeña pantalla, unas figuras oscuras se movían como en cámara lenta, como tortugas nadando en un mar verde, como grandes peces en aguas oscuras y estancadas tras el cristal de un acuario, indiferentes a la cámara. Silencio. La imagen era temblorosa, oscuridad bordeada de luz, luz con un borde de oscuridad, figuras grotescas que se movían, vacilantes, quietas como piedras.

Angelina miraba, atrapada. No podía apartar la vista de la pantalla. Hombres y mujeres estaban sentados en una larga fila, formando un semicírculo, tiesos en sillas

de respaldo alto. Parecían estarla mirando desde las sombras grises. La luz les pasaba por la cara, vacilaba y se volvía a apartar, pero ellos no se movían. Estaban inmóviles, como estatuas, sin la menor expresión, sin color ni movimiento. Algunos eran negros, otros blancos, pero había algo en sus caras que los unía más allá de la raza. Algo que a Angelina no le gustó.

Una figura solitaria se adelantó al centro del semicírculo, un hombre, desnudo de cintura para arriba. La piel le brillaba en la incierta luz. A su izquierda, una llama crecía y disminuía en un pebetero colocado sobre un trípode de hierro basto. El sudor destacaba sobre su piel como perlas o semillas, finas y traslúcidas. Caía luz sobre el borde de esa sombra. El hombre se volvió hacia la cámara. Era Filius.

Y no era Filius. Angelina sintió como si unos pelos finos como agujas de hielo se le ponían de punta en la garganta. La cara que conocía tan bien estaba deformada y extraña. Los labios de Filius formaban una mueca tensa, las aletas de la nariz estaban dilatadas, los ojos estaban muy abiertos y fijos, rojos, poseídos. Ella ya había visto ojos como éstos en los rostros de los hombres y mujeres que montaban los *loa*, en los momentos culminantes de las ceremonias *voudoun*, con los cuerpos súbitamente vacíos, al ser poseídos de repente por dioses.

Filius pero no Filius. Hombre pero no hombre. La figura daba vueltas y vueltas sin moverse apenas, danzando en silencio, como si se moviera al son de una música que le sonara en la cabeza. Mantenía un cuenco de barro apretado con fuerza contra el pecho. La luz se reflejaba en lo que fuera que contuviese, brillando como una estrella cada vez que giraba.

Sonó un ruido rasposo. La imagen saltó y volvió a estabilizarse. El ruido fue desapareciendo y fue sustituido por sonidos más apagados, que al principio no se distinguían. Poco a poco se hicieron más claros. La respiración de Filius, dura e irregular mientras bailaba, un tambor lento como el latido de un corazón, distinto de todos los tambores *voudoun* que había oído, una voz desconocida que hablaba desde las tinieblas. Las palabras no se distinguían al principio, pero después se dio cuenta, con tremenda claridad, que era una oración criolla por los muertos que había oído por última vez en Port-au-Prince hacía muchos años:

*Prié pou' tou les morts
pou' les morts 'bandonné nan gran bois
pou' les morts 'bandonné nan gran dlo
pou' les morts 'bandonné nan gran plaine
pou' les morts tué pa' couteau
pou' les morts tué pa' épée...*

(Reza por los muertos)

por los muertos abandonados en el gran bosque
por los muertos abandonados en la gran agua
por los muertos abandonados en la gran llanura
por los que han sido matados con cuchillos
por los que han sido matados con espadas...)

El danzante que tenía la cara de Filius se detuvo. El tambor continuó, firme, algo desacompañado, insistente. Un sollozo surgió de algún lugar, bruscamente interrumpido. Filius levantó el cuenco con ambas manos y se volvió a las figuras silenciosas que miraban desde sus sillas. Al avanzar hacia ellos la cámara lo siguió, paso a paso. De alguna manera, Angelina supo que la habitación que estaba viendo era la estancia en la que ella se encontraba.

pou' tou les morts, au nom de Mait'Cafou et de Legba; pou' tou generation paternelle et maternelle...

(por todos los muertos, en nombre de Maître Carrefour y Legba; por todas las generaciones, maternas y paternas...)

Filius mojó la mano en el cuenco y la volvió a sacar, alargando los dedos hacia la primera de las figuras sentadas. Tenía la mano roja, mojada de sangre. Trazó con ligereza el signo de la cruz sobre la frente de ese hombre. La figura no se movió.

*... ancêtre et ancetère, Afrique et Afrique;
au nom de Mait'Cafou, Legba, Baltaza, Miroi...*

(...antepasado y antepasada, africano y africana;
en nombre del Maître Carrefour, Legba, Baltaza, Miroi...)

Ninguna de las figuras se movía. Ahora la luz incidía sobre ellos con mayor claridad, mientras Filius iba de una cabeza a la siguiente, trazando cruces con gruesos trazos de sangre. Angelina tenía la vista pegada a la pantalla. El corazón le latía con fuerza, y tenía las tripas frías como la nieve. La luz tembló. Pasaba por la espalda desnuda del danzante y caía sobre la piel fría y seca de los que miraban. No se movía nadie.

Al fin Angelina comprendió por qué no se movían, por qué no parpadeaban con la luz tan dura, por qué dejaban que la sangre les cayera por las mejillas sin hacer nada por detenerla. Ahora lo vio claro: la ropa de vestir, el pelo seco y estropajoso, la piel fea y con manchas. Ninguno de los espectadores estaba vivo.

La cámara se acercó más, atraída irresistiblemente por sus mejillas grises. Angelina se incorporó, horrorizada. Algunos debían de haber estado enterrados durante al menos dos semanas. Otros quizá sólo unas horas: el maquillaje de la funeraria aún se veía intacto en la mejilla de una de las mujeres. Como grotescas figuras de cera, como efigies de papel, estaban quietos, sentados, esperando recibir la bendición de la cruz. Una misa para los muertos, con sangre en vez de vino.

La cámara se desplazó para seguir a Filius. El tambor dejó de sonar. Como un sacerdote, Filius levantó el cuenco y vertió la sangre que quedaba en una espesa libación granate. Pero Angelina casi no lo veía: tenía la vista fija en otra cosa. En un rincón de la pantalla, difícil de distinguir pero inconfundible, la segunda figura empezando por la izquierda comenzó a levantar la cabeza.

CAPÍTULO DOS

Domingo, 27 de septiembre

Rick parecía estar permanentemente cansado. Ella nunca lo había encontrado tan cansado, tan falto de vitalidad. La energía que había desplegado brevemente a su vuelta ya había desaparecido. África le había chupado la energía, su trabajo allí lo había dejado pálido y nervioso. La enfermedad que había tenido en Lokutu le había agotado las reservas. O ¿habría algo más? ¿Habían vuelto a aflorar sus antiguas preocupaciones? Ya no le contaba nada. Con molesta familiaridad lo miraba pasar por el apartamento cada día, taciturno, malhumorado, incómodo.

Había visto el vídeo con ella y lo había despachado despectivamente. Una broma, un juego, sangre de pollo y maquillaje, nada que justifique ponerse nervioso.

—Mira la habitación —le había dicho—, mira los muebles. Nada ha sido alterado, no hay rastros de sangre.

Pero él también parecía algo nervioso. Angelina temía algún tipo de enfrentamiento final, no un temblor, sino una convulsión que los separaría para siempre. Como un marinero que mira un cielo que oscurece, ella tenía escalofríos, temiendo una tormenta.

Había pasado más de una semana. Había empezado el curso y ya se notaba la presencia del otoño. Las hojas se ponían amarillas, el viento que llegaba del río era cada día más frío.

Angelina avanzaba por las calles medio vacías esperando el invierno, perseguida por imágenes de sangre y las posturas incómodas y retraídas de los muertos vivientes.

Viejos recuerdos recobraban vida, historias de su infancia en Port-au-Prince, *zombis* y *diabs* y *loups-garous*: los muertos que andan, hartos de estar en la tumba. Tenía escalofríos cuando estaba acostada y rezaba el rosario sola en la madrugada como una adolescente que despierta del sueño largo e inquieto de la infancia. Al segundo día tiró la carne que había en el congelador, paquetes y paquetes, carne pálida con grasa y puntos de sangre congelada. Filius seguía sin aparecer.

Rick iba en coche cada día a la universidad y volvía al atardecer serio y silencioso. Ella no intentaba acariciarlo, no creía que sirviera de nada. Fuera lo que fuese lo que lo inquietaba, no se le iba a ir fácilmente, ni lo iba a compartir porque lo besara. Pero sabía que algo iba mal, algo fuera de lugar que llenaba su mente y su alma de un temor impotente.

Ella pintaba por las mañanas, sola en la habitación que llamaba su estudio, pinturas alargadas y mortecinas en colores apagados, imágenes desoladas y débiles de su pasado. Después de comer daba largos paseos por Fort Greene o Prospect Park; pero, por lejos que fuera, no podía dejar atrás la sensación de desastre inminente que la seguía, haciendo crujir las hojas que cubrían su camino.

Al principio de curso, Rick solía estar con ganas de empezar un nuevo año de clases y seminarios. Comenzaba por los alumnos de postgrado e iba avanzando hasta abarcar la última remesa de novatos, esbozando proyectos, ajustando horarios, irradiando una sensación de amabilidad que todo el mundo percibía, aunque sólo fuera para que se enteraran de lo buena persona que era. Cada año, con una regularidad que la asombraba, él revivía con los días cada vez más cortos y el viento cada vez más frío.

Por lo menos revivía para sus estudiantes. Respecto a ella, cada año estaba un poco más distante. No es que llegara a ser activamente desagradable, al menos no a menudo, y nunca era violento. Sólo iba aumentando la distancia. A veces, cuando le hablaba sentía el impulso de gritarle, de tan lejos que lo sentía. Él había empezado a masturbarse a solas, en el lavabo, a escondidas. Angelina se dio cuenta —aunque le dolía reconocerlo— que ella lo prefería así.

Al menos era mejor que lo que solía traer cada nuevo curso. En septiembre, Rick escrutinaba la nueva remesa de estudiantes femeninas, buscando una o dos que sabía que podría follar antes de la fiesta de Acción de Gracias.

Nunca se había esforzado por ocultarle sus pequeños amoríos. Al principio parecía un gesto de despecho, una especie de llamada de auxilio. Ella, como una estúpida, respondía amándolo más, ofreciéndosele una y otra vez, hasta que la verdad dejó asomar sus asquerosos dientecitos: él lo hacía para herirla y cuanto más convertía ella su cuerpo en el premio a su infidelidad, más disfrutaba él del dolor que podía provocar. Ella ahora ya no le entregaba su cuerpo, y la hería ver que a él no parecía importarle. De hecho, no parecía haberse dado cuenta.

Pero este año no había revivido en absoluto. Seguía andando con paso pesado y con las mejillas pálidas. Tenía cuarenta y nueve años, estaba enfadado, era frágil y no tenía ninguna gracia. Si se miraba en el espejo del lavabo, no lo hacía con amor.

Oyó la llave de él que giraba en la cerradura. Ya eran más de las ocho. Pensó que seguramente había estado bebiendo en La Belle Créole en Flatbush Avenue. Había empezado a ir por allí hacía un año, bebiendo *clairin* virgen y disfrutando del caso que le hacían por ser el único blanco en un bar de bebedores de ron haitianos. Nunca se emborrachaba demasiado, por supuesto; ésa era su especialidad: beber sin perder el control. Amar sin alterarse. A ella la había amado. ¿O no?

—¿Has comido?

Él respondió negativamente con la cabeza.

—¿Quieres comer?

—Si te queda algo. ¿Te queda algo?

Dejó la cartera, una cartera nueva que había comprado en junio.

—Voy a mirar.

Ella vaciló. No parecía estar demasiado borracho. Bajo control.

—¿Has encontrado a Filius? —preguntó Angelina.

—Aún no.

Evitaba mirarla. No sólo parecía estar cansado, sino nervioso, como si el menor empujón lo pudiera disparar. Su ira, cuando se presentaba, era invariablemente fría. Ella temía la frialdad más que los golpes; la cuidadosa y académica manera como escogía las palabras, el tono educado, sus ojos pálidos e implacables.

—¿Qué quieres decir con *aún no*? Ya hace una semana, Rick. Nadie de los que han hablado contigo recuerda haberlo visto desde principios del mes pasado. Quiero saber qué está pasando. Quiero saber si tiene algo que ver con... el otro problema.

Esta noche no le importaba ir demasiado lejos. La desaparición de Filius la había afectado. El miedo había criado bichitos en su estómago que se paseaban, advirtiéndola del peligro. La última vez que alguno de sus amigos había visto a Filius fue dos días antes de que emitieran *Betty Blue* en el canal 13.

—No está pasando nada. Hoy vi a Ti-Jouet en el Créole. Dice que Filius hablaba de irse a Haití. Aún tiene parientes allí. Ti-Jouet piensa que tiene una amiguita en Jacmel. Una chica bonita, por lo que dicen. Tiene diecisiete años y es más caliente que una estufa. La conoció allí el año pasado durante el viaje a Marigot. Ti-Jouet cree que ella ha tenido un niño.

Rick se detuvo y sonrió. «Ves —parecía decir la sonrisa—, algunas mujeres haitianas son capaces de tener niños».

—Allí es donde habrá ido Filius —continuó—. Ya lo verás. Volverá con su *maman petite*, la entrará de alguna manera por Miami y la tendrá aquí antes de Navidad. Ya lo verás.

—Creo que deberíamos hacer que interviniera la policía.

—Ya hemos hablado de eso, Angelina. Ese tema ya está resuelto.

El párpado izquierdo le temblaba. Una vena palpitaba en su sien, oscura, cargada de sangre. «Esta noche —pensó ella— quizá por una vez pierda el control».

—Quizá lo esté para ti, pero no para mí. Si no vas a llamar a la comisaría, ya lo haré yo.

—Tú no llamas a nadie. Filius está en Haití. Si haces que intervenga la policía sólo le crearás problemas y le harás más difícil entrar con su chica por Florida.

—Lo que tú quieres decir es que te dará problemas a ti. Eso es lo que quieres decir, ¿no, Rick? ¿Eso es lo que realmente quieres decir, no?

Él sabía lo que quería decir. No era estúpido.

Rick gruñó y se alejó hacia el lavabo. Angelina hizo un gesto de resignación y se instaló en el sillón más cercano. ¿De qué servía discutir? Pero ella tenía razón. Sabía por qué Rick no quería hacer intervenir a la policía.

La mitad de los haitianos que vivían en Nueva York eran inmigrantes ilegales. Habían logrado llegar a Miami en barcos viejos que hacían agua, entregando la mitad

de sus ahorros para pagar el pasaje. Algunos se ahogaban por el camino, otros eran recogidos a su llegada y mandados al centro de detención de Krome Avenue. Los más afortunados se ponían en contacto con amigos y familiares y pasaban a la clandestinidad lo más rápidamente posible. Algunos se quedaban en Miami, otros se dirigían hacia el norte; los que tenían algo de dinero, a Queens o Manhattan, el resto iba a Brooklyn.

Vivían diez en cada habitación en edificios ruinosos de ladrillo o temblaban tras puertas con tres cerraduras en los rascacielos. Aceptaban trabajos de poca monta, manuales, por los que les pagaban un dólar la hora, dieciséis horas al día, siete días a la semana, cincuenta y dos semanas al año. Sus calles estaban abarrotadas de basuras, los vecinos eran alcohólicos o heroinómanos, no tenían calefacción y compartían su comida con ratas y cucarachas.

Era mejor que en Haití. Y nadie quería problemas con la policía.

A Rick, por otra parte, no le importaba un rábano a quién pudieran mandar a casa y quién se quedaba con las ratas. Hacía diez años, Angelina habría dicho que le importaba mucho. Estaba en los comités de defensa de los derechos de los inmigrantes haitianos; siempre estaba escribiendo al congresista de turno para protestar por el incumplimiento de la legislación en materia de inmigración; recogía dinero para enviar a los refugiados que querían venir de Jérémie y Cap-Haïtien. Diez años atrás, ella habría dicho que lo hacía todo por amor. Ahora sabía que no. Ahora sabía que lo hacía todo por Rick. Y lo había estado haciendo por Rick desde el primer momento.

Los haitianos habían sido un regalo del cielo para él: una comunidad étnica allí mismo, a la puerta de casa, a su disposición para que la investigara, husmeara y etiquetara. Desde que logró el poder Baby Doc en 1972 le llegaban en manadas, y se había construido una reputación sobre sus anchas y resignadas espaldas. Las reputaciones, sin embargo, son tan precarias como las buenas intenciones. En Fort Greene, Flatbush o Bedford Stuyvesant iba por la calle con cuidado, no por miedo a que lo atracasen, sino porque temía que alguien viera su calaña y cruzara a la otra acera para evitarlo.

Sin sus negritos amaestrados, Rick no valía nada. Si perdía la credibilidad una sola vez, sabía que nunca la recuperaría, hiciera lo que hiciese, aunque invocara todas las *loa* y todos los antepasados de Guinea para que le ayudaran. Confiaban en él porque era un *neg'* honorario bajo la piel de un *blanc*. Pero si los traicionaba, si llamaba a la policía, o, aún peor, a los funcionarios de inmigración para investigar los rincones de sus vidas opacas no tardarían en unirse contra él. Y eso seguramente lo destruiría, como bien sabía Angelina.

Eso si no lo destruía otra cosa antes. Ella creía saber qué podía ser esa otra cosa. Y pensaba que Filius debía de tener algo que ver.

Oyó de nuevo los pasos de Rick en el pasillo. La puerta se cerró de golpe, sacudiendo el único cristal. El silencio volvió a llenar el apartamento, oscuro y cargado de sentimiento. Angelina se arrellanó en el sillón y suspiró. Quizá era sólo que Rick estaba celoso de Filius. Quizá a él también le gustaría tener una chica de diecisiete años caliente como una estufa. Una *bien avec* que podría darle hijos fácilmente, como un estornudo. Y que querría hacerlo.

Tanto si estaba celoso como si no, parecía que se pasaría la noche fuera. Tendría que cenar sola. Se puso de pie, sintiéndose inútil y perezosa. ¿Por qué no meter algo del congelador en el microondas y comerlo viendo la televisión? La idea le hizo dar un respingo. La cinta seguía en el vídeo, pero por nada en el mundo la volvería a mirar.

Arrugó la nariz. El extraño olor seguía allí, de eso estaba segura. Quizá podría limpiar un poco. Decidió que empezaría por la mañana.

*Lunes, 28 de septiembre,
9 de la mañana*

Rick no había vuelto. Angelina estaba en la cama, mirando fijamente una mancha de humedad en el techo gris. La pálida luz del sol caía sobre sus ojos como agua estancada, dura y gris a través de las aberturas de una persiana irregular. Recordaba los largos días en Cap-Haïtien, los veranos en Ibo-Beach, el sol caliente, intenso sobre su piel por la mañana temprano. Y Tonton Macoutes con gafas de sol baratas que los vigilaban, vigilaban a su padre, esperando. Ojos inquietos tras cristales oscuros, esperando.

El desayuno consistía en café, sin leche ni azúcar. Lo sorbía despacio, sintiendo cómo se deslizaba en su interior, caliente y amargo, como sus recuerdos de Port-au-Prince, como su vida aquí en Brooklyn. Vacío la cafetera. Rick no volvió.

Empezó la limpieza por el dormitorio. Primero, la cama, después los dos armarios, finalmente la alfombra y las paredes. Lo que empezó como una rápida operación para poner orden se convirtió en un ataque definitivo a años de suciedad acumulada. Frotó y sacó brillo y pasó la aspiradora de un cuarto a otro, como si el acto físico de limpiar se hubiera convertido en un exorcismo. Estaba echando los fantasmas, seres pálidos con gafas oscuras, Baron-Samedi y Baron-la-Croix, *Madame* Brigitte y Marinette, todos los *guédés*, todos los espíritus de los muertos: sus muertos. Los muertos de Rick, todos los niños no nacidos que temblaban de frío en los espacios vacíos e iracundos que los separaban.

A mediodía ya había limpiado a fondo ambos dormitorios y el cuarto de baño. Después de una breve pausa para comer, decidió empezar con el salón. Al principio, todo se desarrolló con fluidez. A estas alturas estaba realmente en marcha, trabajando a un ritmo vivo que convertía cada tarea en un bello acto.

Filius había movido los muebles un poco, lo bastante para irritarla. Le gustaba que las cosas estuvieran en su sitio. Se agachó y puso el sofá contra la pared. Era pesado y difícil de mover, y se preguntó por qué Filius se habría tomado la molestia de correrlo.

Paró un momento para descansar, dejándose caer en el sofá. Al hacerlo se dio cuenta de que algo estaba mal. Recorrió la habitación con la vista, buscando entre los objetos conocidos algo que estuviera fuera de lugar. Una silla algo a la izquierda de su posición habitual: pero no era eso. El jarrón de Minton estaba en el otro lado de la chimenea. Eso tampoco. La alfombra marroquí estaba a medio metro de su lugar habitual. No, no era eso. O, al menos...

Estaba a sus pies. Lo había visto al mover el sofá. La vieja mancha de vino había desaparecido. Llevaba años allí, fea e inalterable. Normalmente la tapaba la alfombra.

Se puso de rodillas y repasó con cuidado la moqueta. No existía la menor señal de que allí hubiera habido jamás una mancha. Con esfuerzo, logró mover el sofá primero a la derecha, después a la izquierda. Nada. Levantó la alfombra. Nada.

Cruzó la habitación y movió una de las sillas. Allí también tendría que haber habido una mancha, donde su viejo gato *Baron-Samedi* se había meado abundantemente como protesta por haber sido encerrado en la habitación toda una noche. Pero no había nada.

Cuanto más cuidadosamente miraba, más convencida estaba de que aquélla no era su moqueta. La suya era una moqueta lisa de color seta que habían comprado en las rebajas de la tienda de muebles de John Mullins en Myrtle Avenue seis, o quizá siete años atrás. Ya empezaba a estar algo gastada. Ésta era del mismo color, pero menos gastada.

¿Por qué cambiaría Filius la moqueta? Volvió a retirar el sofá de la pared, dejando libre una amplia zona de la habitación. La moqueta estaba cogida con unas pocas tachuelas a lo largo del rodapié. Tiró con fuerza y no tuvo problema para levantarla. Fue avanzando por la pared hasta la esquina y siguió por el otro lado sacando tachuelas y liberando la moqueta.

Cogiendo la esquina de la moqueta la levantó, revelando los tablones del suelo. Primero tablones sin nada, pero después...

Se movió más lentamente, sintiendo cómo el horror le invadía las venas como un veneno. Imágenes de la semana anterior le venían a la cabeza en monótona sucesión. Oía los tambores *petro* sonando en la noche, veía la sangre que caía como un riachuelo caliente en la luz amarillenta y nerviosa.

El suelo de madera estaba cubierto por una oscura mancha púrpura. Empezaba cerca de la pared y seguía en todas direcciones bajo la moqueta. Retiró más la moqueta descubriendo metros y metros de tablones enrojecidos. El dorso de la moqueta tenía manchas rojas en los lugares donde la sangre fresca había brotado de la

madera empapada. A medida que descubría más tablones el olor a moho le llegaba con más fuerza que nunca.

No dudó ni por un momento de que aquello era sangre. Lo había visto en la película: Filius con el cuenco de sangre, su libación oscura a dioses antiguos e innombrables. Y conocía ese olor, casi dulce, que se imponía, que se insinuaba entre carne y hueso. Ya lo había olido, rancio, abundante y omnipresente, en lo más hondo de las celdas subterráneas de la antigua central de policía de Port-au-Prince.

Alguien había manipulado los tablones. Habían sido levantados y clavados de nuevo con muy poca habilidad. Había astillas recientes que destacaban como heridas abiertas en la mancha. Clavos torcidos delataban la prisa con que se había trabajado.

Fue a la cocina y cogió un destornillador grande de la caja de herramientas. Su hoja plana se introdujo con facilidad entre dos tablones. Hizo palanca y levantó uno de ellos. Los clavos crujían, protestando. La madera empapada de sangre le rozaba la piel. Se rompió una uña.

El olor que surgió a borbotones era insoportable. Angelina tuvo arcadas y se llevó una mano a la boca. Se levantó y se acercó a duras penas a la ventana, abriéndola de par en par. El aire que entraba no llevaba nada peor que olor a tráfico y residuos industriales. Atrás, en la habitación, se notaba una polución más antigua, más cargada.

Encontró un pañuelo en un cajón, y se lo ató cubriéndose la boca y la nariz antes de volver al trozo de suelo enrojecido. Armándose de valor, introdujo con fuerza el destornillador entre los siguientes dos tablones. Los clavos crujían al separarse de sus fijaciones. El hueco en el suelo se iba ampliando. Estaban en la planta baja: por debajo no había más que cimientos.

Dos años antes unos obreros habían levantado unos tablones en esta habitación para instalar una cocina de gas. Angelina recordaba un espacio bajo, sin salida, más pequeño que un sótano, como de metro y medio de profundidad y unos cinco metros cuadrados. El suelo estaba cubierto de escombros entre los que los obreros habían encontrado un pipa de barro rota y dos periódicos de 1890.

No había suficiente luz para ver nada por el hueco que había hecho. Notaba que su cuerpo temblaba, no quería mirar. Pero sabía que no tenía otro remedio.

La linterna que guardaban en el lavabo casi no servía, y no tenía pilas de repuesto. Entonces recordó que Rick guardaba una Maglite junto a la cama, que a veces usaba para leer de noche. Aunque era pequeña, su haz de luz era potente.

Maglite en mano, se arrodilló en el suelo junto al hueco abierto. El hedor llenaba ya la habitación, podrido, nauseabundo. Contuvo la respiración y giró la cabeza de la linterna para encenderla. Un duro haz de luz blanca punzó la oscuridad.

Al principio todo parecía un puzzle a medio hacer. La mezcla de colores y formas se fue definiendo, revelando una pesadilla. Primero un zapato, después un dobladillo

de pantalón y finalmente una mano aparecieron en la luz temblorosa a unos pocos centímetros de los tablones. La luz iba de un lado a otro, como si fuera buscando bombarderos en un enmarañado cielo nocturno. Más manos, una cara podrida, dientes afilados que sonreían sin labios, extremidades desnudas, extremidades vestidas, más caras, más manos, más pies, una pila harapienta de restos mortales, cuerpos hechos despojos como sueños abandonados. Su mano perdió fuerza y la linterna cayó irremisiblemente al hueco.

Al ponerse en pie sintió que un vómito rancio le brotaba en el pecho. Cayó de lado, arrancándose el pañuelo y vomitó una y otra vez, hasta que tuvo el estómago vacío. Estaba a cuatro patas, presa de escalofríos, de llanto y de arcadas. Durante todo este tiempo su cerebro gritaba por la última imagen que había visto antes de soltar la linterna: una cara a sólo unos centímetros de la suya, con las mejillas manchadas de sangre, los ojos abiertos y la mirada fija. Eran las mejillas de Filius, los ojos de Filius, deformados pero inconfundibles.

A tientas en la penumbra, alargó la mano para tocarle las mejillas. Tenía la piel fría, fría y seca como el pergamino. No se movió ni emitió sonido alguno; pero cuando sus dedos se encontraron con sus labios, sintió un rastro de respiración, una cosa tenue y temblorosa, más suave que la brisa más débil, casi nada. Pero era respiración. La razón le decía que no podía ser verdad; pero había sentido aire frío contra su piel y sabía que o la razón le mentía o la verdad iba más allá de todas las razones que ella conocía.

CAPÍTULO TRES

Filius estaba perdido. Estaba en coma profundo, con una puntuación de sólo tres en la escala de Glasgow. La policía le llevó en seguida al hospital Cumberland, en la zona de los barrios-dormitorio, donde tuvo que esperar casi dos horas en urgencias antes de que lo visitaran. Cuando al fin lo atendieron le hicieron toda una serie de pruebas. Le dieron dopamine y dobutamine, hicieron un TAC y tomaron muestras de sangre para hacer análisis de urgencia.

Al atardecer seguía en coma. El pulso, la respiración y la temperatura eran anormalmente bajos. Parecía tener uremia y edema pulmonar. Los labios y extremidades estaban azulados. Apenas se podía detectar la señal eléctrica del cerebro. Estaba cogido a la vida por hilos finísimos.

Angelina lo acompañó al hospital y se quedó a su lado toda la tarde. Su supervivencia se había convertido en un talismán para ella. Le hablaba en creole, como hacía su ama en las largas noches de verano. Pero no respondía. La policía la dejó quedarse por si acaso recuperaba la conciencia lo suficiente para hablar, sabiendo que, de hacerlo, tal vez hablaría en creole en vez de en inglés.

Poco antes de medianoche las constantes vitales empezaron a decaer. El doctor que estaba de guardia ordenó que le pusieran respiración asistida y se fue, habiendo acabado su turno. El celador que debía llevar el aparato fue llamado a urgencias. Cuando el aparato de respiración asistida llegó a la habitación, ya hacía veinte minutos que Filius estaba muerto.

El celador le tapó la cara con la sábana, blanca, lisa, con el nombre del hospital bordado. Angelina se quedó un rato más, mirándolo en silencio, esperando para ayudar a resolver los trámites de identificación. Se sentía tremendamente sola. Por primera vez se dio cuenta de que tal vez ella también moriría en Brooklyn.

La llevaron a la comisaría del distrito 88, un edificio desvencijado en la esquina de Classon y De Kalb, un poco más allá de la iglesia bautista de Emanuel. Desde el exterior parecía una fortaleza, vigilada, protegida y temerosa. Era fea y cuadrada, con una única torre redonda que señalaba el cielo nocturno con gesto acusador. Angelina nunca había estado allí, pero las paredes de ladrillo rojo sucio y las ventanas de piedra gris le resultaban familiares. Hubo un tiempo en que las comisarías eran parte de su vida. Conocía demasiado bien sus ruidos, olores y súbitos silencios.

Estaba cansada, pero cada vez que intentaba cerrar los ojos empezaba de nuevo el espectáculo, la película de horror que tenía en la cabeza. Alguien le dio un par de tranquilizantes, pero sólo consiguieron desenfocar las imágenes. Tenía ganas de vomitar, pero su estómago estaba vacío. Sólo pensar en comida ya le daba náuseas. Comprendía que había gente que le hablaba, que pedían que les hiciera caso; pero se sentía como si estuviera metida en un bloque de hielo que la tenía congelada y aislada

y le impedía responder al mundo exterior.

Un policía de paisano que dijo llamarse teniente Abrams le explicó que no podían dejarla volver a casa. El apartamento había sido precintado; ahora había allí policías llevándose los cadáveres, buscando huellas digitales y de sangre. No estaba detenida, pero querían interrogarla lo antes posible. ¿Tenía parientes que la pudieran acoger? Ella indicó que no. ¿Y amigos? De nuevo la negativa.

Abrams dijo al sargento de recepción que le buscara un lugar donde pasar la noche. Los sargentos de recepción no son asistentes sociales. El que estaba de turno, Moskowitz, no se habría definido como racista; simplemente tenía en muy poca consideración a las personas negras. No le importaba lo que acababa de vivir Angelina. Por la pinta era una puta negra que esperaba un cliente. Le buscó una habitación en el Regal, un hotel barato en Myrtle Avenue.

El Regal era una auténtica miseria. Sus huéspedes más numerosos eran las cucarachas. El resto eran madres solteras que vivían de la beneficencia. Las asistentes lo llamaban un «hogar provisional»; provisional en el camino de la sordidez a la miseria. Los pasillos largos y vacíos estaban iluminados muy de vez en cuando por una bombilla desnuda atrapada detrás de una rejilla polvorienta. Los azulejos verdes y blancos que cubrían las zonas de paso estaban resquebrajados y sucios. Tenía el aspecto y el olor de un urinario público. Era el tipo de lugar que recibiría a una mujer mulata sola a la una de la madrugada sin hacer preguntas.

Alguien llamó a un forense que estaba ocupado haciendo análisis a borrachos en el fondo de la comisaría. La acompañó al hotel y le dio una inyección intramuscular de diazepam. Tuvo la sensación de que se hubiera podido quedar dormida en cualquier acera. El sueño llegó como las olas que se rompen contra un arrecife de coral.

Con el sueño surgieron las pesadillas. Era difícil saber dónde acababa una y empezaba la siguiente. Ahora estaba en la celda de su padre en comisaría, escuchando a los Tontons que susurraban en el pasillo; ahora se ahogaba, enterrada viva en un ataúd hecho de tablones astillados, y ahora la sacaban de la tumba, hombres con gafas de sol baratas, le daban de comer una pasta de batatas, jarabe de azúcar de caña y *concombres zombi*, bautizándola con aceite ante un crucifijo de madera de *sablier*.

Pero al despertar, un sueño destacaba en su memoria: estaba andando en una jungla oscura y espesa, entre árboles altos como edificios, en una penumbra ribeteada y permanente. Aquello no era Haití; era África, adonde volvían los espíritus de los muertos. Podía oír cosas que gruñían y se deslizaban entre las sombras, pero cuando se volvía no veía nada más que árboles y lianas. Sabía que llevaba semanas andando, pero llegaba al fin de la selva. Cuanto más avanzaba, más densa era. Rick iba por delante suyo, aunque no alcanzaba a verlo. Filius venía por detrás, a cuatro patas, ciego, sordo y mudo, siguiéndoles el rastro con su fino olfato.

Llegó a una basta pared de bloques de piedra, tan alta que no veía dónde acababa. Cuando intentó rodearla, parecía que no acabara nunca. Al fin llegó a una puerta dorada hundida en la piedra. Al empujarla resultó pesada, pero se abrió lentamente por su propio peso. Al atravesar el umbral, se despertó de golpe y se encontró en una cama desconocida, intentando discernir las sombras de un techo desconocido.

El teniente Abrams la esperaba en el vestíbulo. Había visto el apartamento, olido el hedor de putrefacción: habría esperado todo lo que hiciera falta.

—¿Quiere hablar aquí? —le preguntó.

Ella echó una mirada a los azulejos húmedos y mohosos y a las sillas de respaldo duro. Pasó una mujer puertorriqueña con un bebé lloroso en brazos y cuatro niños mayores cogidos a su falda.

—Preferiría algo como el Waldorf Astoria —dijo Angelina—. No es sarcasmo. Sólo pensaba que tal vez le gustaría más.

—Lo siento. Ya le he pegado un par de gritos al sargento Moskowitz. Está más acostumbrado a... —se detuvo, incómodo.

—¿Fulanas?

—Gente con problemas.

—Yo tengo problemas. Él asintió.

—Lo siento. En efecto, los tiene. Hay un bar al otro lado de la calle donde sirven un café decente.

—¿Qué hora es?

—Más de las doce. ¿Durmió bien?

—No. Tuve pesadillas. ¿Me puede decir qué pasa?

—No se preocupe. El médico le dio una inyección. Tuvo un día duro ayer. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Anonadada. Yo... ¿tiene que ser café?

Él denegó con la cabeza.

—No. ¿Qué tal un batido?

Ella sonrió. No mucho, pero era una sonrisa.

—Pensaba más bien en algo como un Jack Daniels.

Él le devolvió la sonrisa.

—Claro, pero el doctor...

—Al doctor que le den por el culo.

Él simuló una sorpresa que no sentía.

—Vale, señora. Lo que usted diga. Un Jack Daniels. Conozco un sitio en De Kalb. Tengo el coche ahí fuera.

Se puso en pie, la vista fija en la cara de ella. Había sido bella. Aún lo era, aunque fuera una belleza algo desvaída. Bonita y triste. Su boquita pequeña con los extremos vueltos para abajo, los ojos como ventanas tranquilas que una mano invisible había

cubierto con persianas pálidas. Le gustaba su acento: algo francés, pero con algo más, algo más oscuro.

Él se preguntaba qué tipo de sueño habría tenido. En la academia de policía no enseñaban a trabajar con sueños. Miró la ordenada miseria del «hogar provisional». Nadie los contaba, pero los sueños son lo más importante para la gente que está en un lugar así. Algunos necesitaban los sueños para poder seguir adelante; otros se pasaban la vida intentando escapar de ellos.

Lo siguió hasta el coche, al otro lado de la calle. Desde hacía rato caía una lluvia fina y fría, una lluvia constante en un cielo color pizarra. Había bajado del noreste, por la bahía de Long Island. Las calles estaban grises y vacías. Mirara adonde mirase, no veía más que la lluvia y el hormigón. Un gato medio muerto de hambre pasó corriendo, buscando donde guarecerse.

Ella había visto cómo la observaba y se había imaginado lo que le pasaba por la cabeza. Era delgado, judío, con un aspecto demasiado intelectual para un poli. Pensaba que debía de tener treinta y tres, treinta y cuatro años. Su pelo negro empezaba a dejar entradas y tenía un asomo de barba en el mentón. Parecía algo perdido.

Bajaron lentamente por Myrtle Avenue. Abrams iba callado. No confiaba en ella. Ella estaba algo adelantada en el asiento, mirando con la vista perdida las mismas calles sórdidas de siempre. Latas y botellas rotas, cagadas de perro y jeringuillas usadas; la lluvia iba empapando manzana tras manzana, un universo cargado de temor y odio, de ira endurecida y amor agriado e inútil.

En cuestión de horas, todo le resultaba frío y desconocido, y se dio cuenta, como si fuera la primera vez, de cuánto lo odiaba. Alzó la cara, buscando el sol; pero sólo había lluvia y hormigón y los drogadictos amontonados en los portales a la salida del centro de metadona de Kingsview.

Giraron a la derecha al llegar a Classon, pasando por delante de la comisaría, hasta llegar a De Kalb. En la siguiente manzana aparcó en segunda fila. Entonces ella se dio cuenta de que él no había dicho nada desde que habían subido al coche.

CAPÍTULO CUATRO

El bar era medio puertorriqueño, medio italiano. Quizá por eso le habían puesto un nombre irlandés: Murphy's. Estaba casi vacío: un puñado de estudiantes de grafismo del Pratt Institute, un poli que no estaba de servicio, un par de chicas de alquiler que venían de Bed-Stuy para el turno de la tarde, un viejo siciliano que hablaba con voz baja en italiano rural al que estaba detrás de la barra. Luz tenue, reservados estrechos con asientos de polipiel, carteles desvaídos en castellano e italiano, un olor a *whisky* rancio, pequeños fantasmas de sueños insignificantes. Imágenes refractadas de botellas de colores resplandecían, desconsoladas, en espejos barrocos de marcos herrumbrosos.

—¿Le gusta este sitio? —preguntó ella.

—No —contestó—. Pero no hay ruido. Ni discos, ni televisión. Tenemos que hablar.

Ella pidió un Jack Daniels. Él trajo una botella y dos vasos y los puso en la mesa que había entre ellos.

—¿Cómo es que una chica buena como usted bebe algo así?

—No soy una chica buena.

—¿No?

—No.

Estaban en penumbra, en su propio reservado, en la parte posterior del bar. En la pared una tenue bombilla escondía su luz con una pantalla polvorienta. Él llenó el vaso de ella, y dejó medio vacío el suyo. La mano de Angelina temblaba al llevarse el vaso a la boca. Emitía un ruido afilado al chocar contra los dientes. Él no dijo nada, mientras la veía apretar el vaso contra sus labios, cayéndole el *whisky* por la barbilla. Ella tenía lágrimas en los ojos y lluvia en el cabello.

—¿Cuándo vio por última vez a su marido? —preguntó.

—No comprendo...

—Dijo que estaba casada cuando la interrogamos ayer.

—¿Ah sí? Sí, pues supongo que lo dije. No me acuerdo. Da clases sobre religiones caribeñas y africanas. A veces se tira a sus estudiantes.

Dejó el vaso. Había conseguido beberse ya la mitad. Notó que él no había ni tocado el suyo.

Angelina tenía los ojos de un verde cruel, de lagarto, amplios, con pequeños puntitos ámbar en los extremos más apartados de la pupila. Los puntos desaparecían como copos de nieve con la menor sombra. Ojos encapotados, drogados de sueño: sueño en el que había reposado durante más de cuarenta años. Ojos oscuros como el mar, desencantados, solitarios, empapados de sueños. Los fijó en los de él sin incomodarse, sin parpadear, rogando tener una visión que trascendiera las

limitaciones de la vista.

Él la contempló con mirada triste.

—Dijo que habían tenido una discusión hace dos noches. ¿Es así?

—Una discusión. Sí, supongo. Se fue. No es la primera vez que lo hace.

—Sobre qué era. —Dudó un momento—. La discusión: ¿era sobre alguna de sus alumnas?

Ella levantó el vaso, dio un sorbo, y lo volvió a dejar.

—No. Me parece que no. No me acuerdo. Sobre eso ya no discutimos. ¿Para qué? Yo le digo que lo dejo. Él me dice: «Vuelve a Haití». ¿Es eso poder escoger? —Lo miró. ¿Por qué estaría hablando así, exhibiendo sus debilidades en un bar barato?—. Me parece... me parece que era sobre Filius.

—¿El hombre que murió anoche? ¿El que estaba en su apartamento? ¿Filius Narcisse?

Ella no pudo evitar un gesto de repulsión. No quería pensar en el apartamento. Un estudiante reía, algo incómodo, en la barra. Un jamaicano entró y empezó a hablar con las chicas. Angelina sintió un estremecimiento en su espalda.

—Sí —dijo. Quería levantarse; irse y dejar todo esto atrás y olvidarse de que todo esto había sucedido—. Discutimos sobre Filius. No lo encontrábamos. Yo quería llamar a la policía. Rick se negaba.

—¿Dijo por qué?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué importa? Pensaba que podía causar problemas a mucha gente.

—¿A qué gente?

Ella vaciló y dijo:

—Haitianos, gente pobre. Pensaba que les causarían problemas si empezaban a hacer preguntas por ahí.

—¿Qué tipo de problemas?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—¿Quién sabe?

—¿Estaba preocupado?

—No lo sé. Quizá. Sí. Creo que sí.

Ella sabía que sí lo estaba. ¿Por qué era tan difícil decir la verdad?

—¿Por qué?

—No me lo dijo.

La mentira salió con facilidad, como la ira. Ella rellenó su vaso pequeño casi hasta el borde. El pulso le temblaba menos.

—¿Había pasado algo?

—¿Pasado algo?

Se sentía atrapada, asustada.

—Sí. Dijo algo ayer sobre el vídeo. Sobre este hombre, Filius. Parecía que tenía miedo. Era... incoherente. —Vaciló un momento—. Mire, comprendo. Estaba alterada. —Se detuvo, jugando con el vaso. Aún no había bebido nada—. Hábleme de ellos, hábleme del vídeo.

Ella se lo explicó lo mejor que pudo; las palabras salían a trompicones, vacilantes. Él la escuchó, percibiendo su horror en su voz, viéndolo en sus ojos.

—¿Qué es lo que han encontrado? —preguntó ella al fin.

—¿Encontrar?

Ella contuvo la respiración. El corazón le armaba tal jaleo que estaba segura que él lo debía oír.

—En mi apartamento, en el salón.

En realidad quería decir «debajo del parquet». Pero era incapaz de decirlo. Una parte de ella aún tenía la esperanza de que todo hubiera sido una pesadilla.

Él vaciló.

—Ya sabe lo que encontramos. Lo que usted halló.

—¿Cuántos? —preguntó en una voz leve, distante. Él no se apresuró.

—Hablé con el doctor Taylor del depósito de cadáveres. En total sacaron nueve cadáveres. Cuatro habían muerto recientemente, en los últimos dos meses; el resto hacía mucho más tiempo. Taylor cree que fueron desenterrados de los cementerios de la zona. Algunos seguían en sus ataúdes.

Desde donde se encontraba, ella seguía oliendo la podredumbre. La había seguido desde África, estaba aquí, en el bar.

—¿Rick lo sabe? ¿Se lo han dicho?

Abrams le lanzó una mirada dura. Estaba cansado. Llevaba casi toda la noche despierto, había dormido un par de horas, y llevaba trabajando desde las nueve. Algo le decía que aquél iba a ser un caso difícil.

—Señora Hammel, me temo que tengo malas noticias que darle.

Ella no pareció contestar.

—¿Comprende? Malas noticias sobre su marido.

—¿Sobre Rick?

Él asintió.

—Él... Hemos encontrado su cadáver esta mañana. Usted aún dormía... no hemos querido volver a hacerle pasar un mal rato. Lo hemos identificado a partir de los documentos que encontramos en su cartera. Las fotos correspondían. No tendremos otro remedio que pedirle que venga al depósito a efectuar una identificación formal más tarde, pero no ahora.

Ella no dijo nada. Se quedó mirando la mesa, al vaso de cristal. Él odiaba esta parte de su trabajo, la intimidación forzada con los familiares de los asesinados.

—¿Dónde?

—¿Perdón?

—¿Dónde lo encontraron?

—En el parque. El de Fort Greene, quiero decir, no el de Prospect. Bajo un árbol junto al monumento. Lo habían... —Vaciló. No era fácil decirlo—. Alguien lo había asesinado. Lo encontró alguien que hacía footing a primera hora de la mañana. El cadáver estaba cerca del camino. No habían intentado realmente esconderlo. Le... — Él había estado allí, había visto el cadáver—. Lo degollaron. Y... le arrancaron la lengua.

Alguien tiró de la cadena de un inodoro justo al lado del reservado en el que se encontraban. En el piso de encima una puerta se cerró de golpe. Una voz gritó, quejumbrosa, en español.

Ella levantó la vista. Esperaba el llanto o el anonadamiento, pero no era así. Lo estaba mirando a los ojos. Y sonreía.

CAPÍTULO CINCO

Llovió durante todo el día. En las calles un diluvio interminable inundaba el mundo acunado por una curiosa luz tenue. Los desagües estaban hinchados, atascados de porquería. Bajo el asfalto cargado resonaban las alcantarillas con un sonido hueco, atormentado.

Angelina acompañó a Reuben Abrams al depósito de cadáveres del hospital de Kings County. Querían que hiciera la identificación definitiva del cuerpo de Rick. Aparcaron junto a la entrada de Urgencias y Traumatología y avanzaron bajo la lluvia oblicua hacia el depósito. Quedaba a la derecha, subiendo unos escalones.

Allí no había indicios de la presencia de la muerte, ningún olor a formaldehído, era un vestíbulo normal rodeado de puertas de oficinas. Reuben entró con Angelina por una puerta de la izquierda en que podía leerse «Inspector médico jefe». El cartel especificaba «Horas de identificación 9-16 horas». Angelina se preguntaba qué pasaba con la gente que no moría en horas de oficina.

Una puerta a la izquierda llevaba la indicación «Sólo personal de la Brigada de Homicidios de Brooklyn». Carteles en las paredes daban consejos a los que acabaran de perder un ser querido. Había unos folletos en una mesita de madera. Un empleado salió de una de las oficinas y saludó a Abrams con poca ceremonia. Se notaba que no era la primera vez que hacían esto. Se volvió y miró a Angelina. Era un hombre pequeño, con ojos tristes y gafas.

—¿La señora Hammel?

Ella asintió. El empleado la miró con reticencia.

—¿Le importaría entrar en mi oficina?

El corazón le había empezado a palpar, provocado por la asepsia del entorno, de la falta de presencia de cualquier muerte real en aquel aire. Aquel aire tan neutro le resultaba irrespirable.

Frente a una mesa abarrotada se le pidió que firmara en un libro y que demostrara su identidad. El empleado completó el formulario titulado «Identificación personal del cadáver», triple copia, una para el archivo, otra para la oficina de desaparecidos de la Policía de Nueva York y otra para el fiscal del distrito. Nunca se le había ocurrido que la muerte pudiera ser tan complicada.

—Señora Hammel —dijo el empleado—, le voy a mostrar una foto del hombre cuyo cadáver fue encontrado esta mañana en el parque de Fort Greene. Tómese el tiempo que haga falta. Si está segura de que se trata de su marido, no tiene más que firmar este formulario. Con eso ya estarán todos los trámites.

Ella sacudió la cabeza.

—Nada de fotos —dijo ella. Su voz era segura, pero el corazón le temblaba—. Quiero verlo.

—Señora Hammel, no recomiendo...

El teniente puso una mano en un brazo del empleado. Éste suspiró.

—De acuerdo —dijo—. Tenemos una habitación abajo con una ventana desde la que podrá ver el cadáver. Pediré que lo preparen.

Después de cinco largos minutos estuvo preparado. El empleado llevó a Angelina a la sala de visión. Cuando estuvo sentada, abrió una cortina. Al otro lado de la ventana estrecha en una habitación pequeñísima con paredes de azulejo blanco la mitad de su vida yacía desnuda sobre una mesa de piedra, bajo unas luces que zumbaban y se encendían y apagaban de forma muy adecuada.

Alguien había peinado el cabello de Rick hacia atrás, apartándolo de la frente. Había restos de caspa en sus sienes. Tenía la barbilla oscura por el pelo que empezaba a crecer. Le habían cubierto el torso con una tiesa sábana blanca y puesto la cabeza sobre una almohada de goma. Tenía aspecto de estar incómodo, aunque tuviera los ojos cerrados. Los labios tenían cortes y hematomas donde el asesino había intentado extirpar la lengua. En una de sus mejillas una navaja había dejado una gran herida, con bordes abiertos pero sin sangre.

Estaba pálido y cambiado, pero era Rick: el Rick que alguna vez amó, hacía tanto tiempo que resultaba doloroso recordarlo, el Rick de los últimos años por el que había dejado de sentir algo. Ya no importaba ahora, nada en absoluto. Asintió una sola vez con la cabeza y se dirigió a la puerta.

Abrams la cogió por el codo y la dirigió de vuelta hacia las oficinas del piso superior. Ella se apoyaba mucho en él. Las extremidades se le habían vuelto líquidas. El hombre de los ojos tristes le pidió que firmara el formulario de identificación, indicando los espacios en blanco con una uña mugrienta. Por primera vez desde la luna de miel, Angelina se dio cuenta de que el nombre que usaba era el de otra persona. Cuando el oficial se agachó para recuperar los formularios, Angelina notó que tenía la palabra «Dios» tatuada en el dorso de la mano derecha y «Jesús» en el dorso de la izquierda. Dio la vuelta al escritorio y le estrechó la mano, murmurando rancios pésames con una voz rancia. También notó que le olía el aliento.

En el umbral, le volvió a coger la mano y le puso algo en ella, un trozo de papel doblado. Al llegar al vestíbulo lo desdobló. Era un folleto pequeño, tinta oscura morada en papel rosa. «Vida eterna con nuestro señor Jesucristo». Ella lo hizo una bola y lo tiró al suelo.

—¿Se le permite que haga esto? —preguntó.

Sentía el tipo de ira sin sentido y que hace daño porque no tiene ningún significado ni salida que darle. Él se encogió de hombros.

—No hace ningún mal —dijo.

—Pero si...

—No pienso en ello —dijo con dureza.

La cogió del brazo y la llevó fuera. Aún llovía.

* * *

Ella no quería ir a otro bar. Se quedaron en el Ford y condujeron en silencio por las mareantes calles empapadas de lluvia como amantes negligentes que no tienen cama a la que ir, conduciendo hasta que amainase la tormenta. Él pensó en la sonrisa de ella en el bar, cuando le dijo que su marido había sido encontrado en un parque con el cuello abierto y sin lengua. Parecía estar cansada. Estaba dispuesto a considerar eso una excusa aceptable.

Oscureció, una oscuridad callada y sosa. La lluvia seguía cayendo, fría y coloreada por las mojadas luces azules y doradas. Caía en una constante cascada sobre las torres brillantes del centro de Manhattan, sobre bares, teatros y galerías elegantes, de paredes grises, sobre el cristal y el mármol, el metacrilato y el bronce, las mentiras, las poses y los simulacros. Caía sin pensárselo dos veces sobre los oscuros edificios de apartamentos de alquiler en Harlem, sobre las iracundas torres de Babel de Brooklyn y el sur del Bronx, sobre las ciudades-dormitorio y las vías de tren, sobre la madera, la herrumbre y los cristales rotos, sobre más mentiras, poses y simulacros.

Avanzaban, algo incómodos por las calles plateadas y brillantes, vacías de gente. La lluvia y las luces luchaban por convertir en magia la sordidez; pero aquí nada podía alejar la oscuridad. Su mundo era una realidad dura que ninguna varita podría convertir en un país de ensueño. La lluvia aporreaba el techo metálico del coche y chorreaba por el parabrisas emborronado.

—¿Tiene idea de quién lo podría haber matado? —preguntó Abrams. Mantuvo la vista fija al frente, evitando mirarla.

Ella se quedó callada un momento, mirando cómo las gotas se asentaban y dispersaban. Qué podría saber un policía judío de los motivos de la muerte de Rick.

—No —dijo—. Nadie lo odiaba tanto como eso.

—¿Cree que el móvil fue el odio?

—No. Ya le digo que nadie odiaba a Rick tanto. Se debió de cruzar con alguien, algún loco.

Él extendió una mano y abrió un claro en la humedad condensada en el parabrisas.

—Algunos de los cadáveres que encontramos en su apartamento habían sido mutilados —dijo—. A algunos les faltaban las orejas. A otros les habían arrancado la lengua. O se la habían cortado. Para el caso, es lo mismo.

Ella no contestó. Iban hacia el oeste por Atlantic Avenue bajo el ferrocarril elevado de la línea de Long Island.

—Gire a la derecha al llegar a Portland —dijo ella.

Él no necesitó preguntar adónde quería ir. Portland iba directo al parque de Fort Greene.

—No hay nada que ver allí —dijo él.

—Quiero verlo.

—Está oscuro. Llueve. No hay nada que ver.

Ya hacía dos horas que se había acabado su turno. ¿Qué hacía, en el coche, bajo la lluvia, con aquella mujer cuya vida acababa de ser reducida al mínimo? Debería estar buscando al asesino de su marido. Pero estaba convencido de que ella sabía algo: un nombre, un motivo, un incidente. Quizá otra cosa, algo que no lograba ni adivinar. Recordaba su sonrisa tranquila en el bar.

Ella volvió la cara hacia él, y al hacerlo, él vio sus ojos reflejados en el nublado parabrisas.

—Por favor —dijo ella.

Los faros de un camión que pasaba borraron su reflejo del cristal. Hizo girar el coche.

El parque no podía cerrarse para evitar que la gente entrara de noche. Muchos alcohólicos y heroinómanos pasaban la noche allí bebiendo vino barato o chutándose. Hoy estaría vacío. Esta noche la lluvia impondría el orden. Al menos de momento.

Ya estaban empapados cuando encontraron el camino. Él llevaba la linterna que siempre guardaba en el maletero. Sentía la Browning 38 suavemente apretada contra sus costillas, bien instalada en la sobaquera.

—Fue por aquí —dijo él—. Junto al monumento.

Una fila de luces brillaban como halos de papelería barata a lo largo del camino. Su falsa promesa de calor en la oscuridad sólo lograba intensificar la sensación de desolación que sentía Reuben. No quería estar allí.

Avanzaron lentamente por el camino, Reuben delante, intentando ver en la lluvia, intentando distinguir un esquema en esa luz, muerte y oscuridad. Angelina le seguía, anonadada, sin tener claro por qué había querido ir. La muerte de Rick estaba aún fresca, demasiado fresca, como nieve en un campo desvaído. No sabía cómo reaccionaría. Habría un entierro, sus padres vendrían de Boston y su hermano de Sag Harbour. Estarían sus colegas y estudiantes; algunas verterían más lágrimas que ella. Ella era el campo desvaído; durante unos días su muerte la dejaría blanca y reluciente. Sólo durante unos días.

Al fin Reuben encontró el lugar, un árbol a unos tres metros del camino. La lluvia había borrado toda huella del trabajo de esta mañana: pisadas, marcas de pala, yeso, pequeños agujeros donde los fotógrafos habían colocado las varas de medida.

—Lo encontramos aquí —dijo él, barriendo el suelo con el haz de luz.

Era irregular y estaba empapado, manojos de hierba pisoteada en un mar de barro. Angelina sintió que una oleada fría de desesperación le subía al corazón. Luchó

por contenerla, respirando a fondo. No lo había amado, hacía años que no lo amaba; no tenían proyectos comunes, ni siquiera de mutua traición. ¿Por qué este dolor, esta necesidad de llanto? No por él, claro. Por sí misma. No había querido que las cosas acabaran así. Pero mejor esto que nada. ¿No?

—Ahora no hay nada aquí —dijo él—, ¿ve?

Ella no contestó. Veía perfectamente: barro y recuerdos dispersos, nada más. Mañana ya no quedaría nada en absoluto. Pensaba que estaba llorando, pero cuando se llevó la mano a la mejilla vio que tenía la cara mojada de la lluvia, no de lágrimas.

—Déjeme sola —soltó, sorprendida por su propia impaciencia—. Necesito pensar.

Él no dijo nada. Simplemente le dio la linterna y se fue sin decir palabra. La luz se clavaba como un fino cuchillo en la gruesa cortina de lluvia que barría el empapado suelo. Tendría que haber habido más, algo más significativo que esto. Era demasiado vulgar, demasiado anónimo.

Se volvió para irse. Al disponerse a hacerlo la luz incidió en algo justo en el extremo de su campo de visión. Se dirigió de prisa hacia allí, se agachó y alargó la mano. Estaba medio enterrado en el barro, pero salió sin dificultad. Durante más de un minuto lo tuvo en la palma de la mano, dejando que la lluvia lo lavara. Sabía lo que era, claro. ¿Cómo no lo iba a saber? Pero no se imaginaba que lo encontraría allí.

Miró a uno y otro lado. Abrams no estaba a la vista. No sabría nada de su hallazgo: había sido depositado después de que la policía se fuera, para que ella lo encontrara. Con un escalofrío, se metió el objeto en el bolsillo del abrigo.

CAPÍTULO SEIS

Una vez en el coche, empezó a tiritar incontrolablemente. Reuben puso la calefacción a máxima potencia y dirigió el coche de vuelta hacia De Kalb.

—Es mejor que me lleve de vuelta hacia el hotel —dijo ella—. Lo siento. Lamento haber hecho que se mojase. Tenía razón. No había nada que ver.

—No creo que llevarla al hotel sea una buena idea. No tal como está ahora. Ha sido un día duro. Los próximos días quizá lo sean aún más.

—¿Puedo volver a mi apartamento?

Reuben giró de Fulton a Flatbush Avenue.

—En absoluto. Los forenses siguen desmontándolo. Lo siento. Lo volverán a dejar como estaba. —Se detuvo. Nada volvía a quedar como estaba—. ¿Cree que querrá volver allí?

Ella se agachó para quitarse los zapatos. Estaban llenos de agua. Tenía las medias empapadas. Pensaba que nunca se secaría.

—No —murmuró—. Nunca.

—¿Tiene amigos, parientes?

Tenía amigos, pero nadie con quien quisiera estar en este momento. En cuanto a parientes... Indicó que no.

Él la miró. Parecía una rata ahogada en un río, pensó. Entonces se miró a sí mismo. Había empezado a brotar vapor de sus pantalones de la zona más cercana a la calefacción. Estalló en carcajadas. Ella le siguió la mirada, vio el vapor, y se miró. Ella también emitía vapor. Echó la cabeza hacia atrás y se deshizo en carcajadas. Nunca había reído con tal intensidad.

Su risa fue subiendo de tono, dejándola sin aliento, haciéndole perder el control, bordeando la histeria. De repente, con la misma velocidad, pasó al llanto, el cuerpo presa de convulsiones, el pecho hinchado de dolor. Reuben detuvo el coche junto a la acera. Se quedó quieto, sentado, impotente, sin poderla consolar. El coche se llenó de vapor, como un baño turco. Ya no tenía la menor gracia. Él alargó la mano y apagó la calefacción.

Lentamente el llanto fue amainando. Volvió a controlarse. Se enjugó la cara, pero era inútil; todo estaba mojado.

—Iremos a mi casa —dijo él. Se dirigieron hacia el sur, hacia West Flatbush—. Va contra el reglamento, pero ¿qué más da? De todas maneras tendré que pasar bastante tiempo con usted a lo largo de los siguientes días, así que es mejor que esté donde me resulte fácil verla. ¿Sabe cocinar? Ella se encogió de hombros.

—Regular. Lo que mejor sé hacer es pintar. Me gusta pintar.

—¿Le gusta pintar? Eso lo dejamos para otro momento. Por ahora me conformo con que sepa cocinar. Aunque sea regular. Considérelo su alquiler. ¿Hay algo que

necesite?

—¿Para cocinar?

—No. Para usted. Lo tiene todo en el apartamento. Ella se encogió de hombros.

—No me iría mal una ducha. Y ropa limpia.

—Pasaré por casa de mi hermana después de cambiarme. Es gorda, pero había sido delgada, de su talla, más o menos. Nunca tira nada. Supongo que no ha perdido la esperanza.

Él se preguntaba por qué hacía todo esto, por qué le hacía tanto caso. No era porque hubiera perdido a su marido: no era la primera viuda atractiva con la que se encontraba en su trabajo. Pero parecía estar extrañamente sola, más sola que nadie que jamás hubiera conocido. Y le había sonreído de aquella manera misteriosa. En contra de su buen criterio, estaba algo fascinado. Pondría las cosas en claro con el capitán al día siguiente.

* * *

Ella se sentía extraña, de pie desnuda en el cuarto de baño de él, con la piel de gallina. El reflejo de su cuerpo delgado, oscuro y brillante multiplicado en los espejos. Estaba rodeada de los objetos personales de Reuben: una maquinilla eléctrica, un cepillo de dientes solitario y muy gastado, una botella de loción de Clinique, calzoncillos colgados de una cuerda, secándose en la bañera. Nada femenino, nada que delatara la presencia de una esposa o una novia fija. Ella se preguntaba qué hacía allí, cómo había ido a parar a aquel sitio. ¿Por qué se mantenía tan cerca de ella? ¿No tenía otras cosas que hacer, otras investigaciones que requirieran su dedicación? ¿Sospechaba que ella era cómplice? ¿Sabía él algo?

Sacó otra toalla del armario de encima del calentador y empezó a secarse por segunda vez. Tenía la sensación de que nada lograría secarla bien. Su ropa estaba en el suelo, hecha una pila miserable. Se agachó para ponerla sobre el radiador.

Al levantar el abrigo el pequeño ataúd de madera cayó al suelo desde el bolsillo donde lo había puesto. Medía unos doce centímetros de largo por cinco de ancho y estaba pintado de blanco. A cada lado y en el fondo había escrito un nombre de dioses del rito del Congo. En la tapa estaba el nombre de Rick escrito en letras negras y mal hechas, junto a una pintura de Papa Nebo, el oráculo *voudoun* de los muertos. Era hermafrodita, con una falda de muselina blanca y una chaqueta de frac. Un sombrero de copa y unas gafas de sol enmarcaban su cara pintada de blanco.

El ataúd era pequeño. El próximo sería algo mayor. Y el siguiente aún más grande. El último sería de verdad. Angelina tiritó y forzó la tapa, rompiéndose una uña. Como esperaba, la caja estaba llena de cenizas: la lengua de Rick, o mejor dicho, lo que quedaba de ella.

Temblando aún, echó las cenizas al inodoro. Rompió el ataúd en trocitos, los

envolvió en papel higiénico, los echó con las cenizas y tiró de la cadena.

* * *

—Vudú —dijo él.

—¿Perdón?

—Vudú. ¿Qué sabe usted sobre ese tema?

Estaban en la cocina de él acabándose el cordero al curry que Angelina había preparado. Él le tuvo que pedir que no añadiera crema de leche a la salsa: seguía respetando las normas kosher relativas a la comida. Aunque en una noche como aquélla, pensaba él, ya casi daba lo mismo.

Sus padres se habían mudado a Boro Park abandonando Williamsburg en 1960, cuando los negros y puertorriqueños se empezaron a instalar allí. Él tenía entonces cinco años, era asmático, llevaba patillas rizadas y un gorrito de punto. Lo único que recordaba del día en que se habían mudado era cómo al tío Avrum se le había caído el sombrero cuando ayudaba a su padre a cargar un armario pesado en el camión. Reuben se había reído mucho, y le pegaron.

El tío Avrum había muerto dos semanas más tarde y Reuben lloró en el entierro, asustado de que quizá, de alguna manera, su risa había mandado al viejo a la tumba. Pero el tío Avrum no era viejo, sólo enfermo. Y no había sido la risa lo que lo había matado. Había tenido que echar raíces demasiadas veces, en demasiados sitios.

Años más tarde, Reuben había logrado comprenderlo. Aún podía sentir, en algún rincón de su fuero interno, al tío Avrum con su enorme sombrero de piel echado sobre la frente, abrazando el pasado contra su pecho como si fuera una reliquia sagrada. Incluso cuando ya era policía, y cuando lo asignaron al distrito 88 tres años atrás, Reuben insistía en tener el apartamento en West Flatbush. Estaba a quince manzanas de la casa de sus padres en Boro Park, podía ir andando a los lugares de su infancia.

Cerca de la casa de sus padres, en la calle 49 con la Avenida 14, estaba su antigua yeshiva, la Bais Yakov. A un par de manzanas en la otra dirección había, en un sótano, la pequeña sinagoga donde su padre le había llevado a rezar por primera vez. Ningún miembro de su familia vivía a más de quince minutos de camino. En aquellas calles podía viajar en el tiempo en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando empezaba el trabajo, se convertía en policía. Era duro, bebía cerveza, reía de los chistes verdes que contaba MacMenemy y trabajaba en sábado si hacía falta. Pero eso eran sólo cosas que hacía para que le dejaran ser policía. Cuando no trabajaba llevaba la kippa por la calle y pasaba la mayor parte de los sábados en casa de sus padres.

Era difícil vivir una doble vida, pero la alternativa era peor. Cada asesinato, violación, cada indignidad cometida contra carne humana lo llagaba por dentro.

Algunos polis se emborrachaban. Otros pegaban a su mujer. Su terapia consistía en volver a casa a West Flatbush. Volviendo allí con Angelina ponía por primera vez en peligro su código personal. Esperaba no tener motivo para arrepentirse de ello.

—¿Por qué lo quiere saber?

—Sabe muy bien por qué. Esos asesinatos, el asesinato de su marido. Hay algún tipo de conexión vudú, ¿no?

Ella lo miró desde el otro lado de la mesa. La había acogido en su apartamento, le había dado de comer, le había dado media botella de vino bueno. ¿Qué quería de ella?

—¿Usted cree que la hay?

—Escuche —le dijo—. En esta Goldener Medina en la que vivimos hay miles de asesinatos rituales cada año. ¿Lo encuentra difícil de creer? Yo también. Pero resulta que es verdad. Aquí, en Nueva York, tenemos algunos de los peores: satanistas, seguidores de cultos que utilizan drogas, vuduistas, todos los tipos de sonados. Algunos de ellos creen que el sacrificio humano es una manera encantadora de pasar el rato. Usted vio ese vídeo, usted vio lo que hacían. ¿Qué me puede contar sobre el vudú?

Se estaba dejando lo más importante, pero no lo sabía, y ella no se sentía con fuerzas para hacerle notar su error.

—¿Qué le hace pensar que lo que vio en el vídeo tiene algo que ver con el vudú?

—No sé. Parecía algo...

—¿Raro?

—Pues claro.

—Y los que bailaban eran negros.

Él asintió.

—¿O sea que algo raro, sumado a unos negros, y a un asesinato y a algún tipo de ceremonia religiosa equivale a vudú?

Él empezaba a estar incómodo.

—No necesariamente. Hay muchos tipos de religiones negras. Está la santería, está...

—Pero usted cree que esto es vudú.

—Su marido pasó mucho tiempo con la comunidad haitiana. Usted es haitiana. El hombre que murió, Filius, era haitiano.

—En Haití lo llamamos *voudoun*.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que da lo mismo. Ella dejó el tenedor.

—No, teniente, no da lo mismo. El vudú es un producto de Hollywood, zombis y muñecos de cera con alfileres y todo eso. El *voudoun* es la religión de la mayoría de los haitianos.

—Pensaba que eran católicos.

—Pertenece a la iglesia católica, pero el *voudoun* es su fe.

—¿Usted cree que estos asesinatos tienen algo que ver con el... *voudoun*?

Ella dudó un momento.

—No he dicho eso. Creo que la relación, si la hay, no es tan sencilla.

Calló y dio un sorbo. Tenía la sensación de no hacer pie. Llevaba tres años trabajando en Fort Greene, y los haitianos seguían desconcertándolo.

—¿Es usted...?

—¿*Voudouniste*? No. —Ella negó con la cabeza—. Mis padres... Éramos lo que se llamaba la élite. Aunque Haití sea la más antigua república negra, los mulatos seguimos teniendo el poder. Tenemos el dinero, la formación, los contactos con Francia. Somos más franceses que haitianos, más europeos que africanos. Mi familia iba a misa cada domingo. Nunca sentimos el impulso de bailar para Dios.

—Pero su marido... si me permite que pregunte.

Ella cerró los ojos, ahuyentando las nuevas visiones que suscitaba el nombre de Rick: un cuerpo pálido en una mesa de piedra, barro gris y hierba, un pequeño ataúd blanco.

—No se preocupe. Rick era experto en *voudoun*, entre otras cosas. Puede buscar sus libros, leer sus artículos. No creo que nadie lo haya matado por eso.

—Tal vez no. Pero querría encontrarme con algunas personas, hablarles de lo que ha estado sucediendo. Amigos de su marido, amigos de Filius. Usted me puede dar la pista. Usted me puede ayudar, si quiere.

«En efecto —pensó ella—, puedo ayudarle. Pero no le haría ningún bien. Tiene que acabar así. Con Filius, con Rick». El corazón le temblaba. Estaba mareada. Mareada y asustada.

—No puedo ayudarle —dijo ella—. No sé nada.

Pero apartó la vista al decirlo, y por primera vez él supo que mentía.

Sonó el teléfono. Él dudó un momento, mirándola, intentando resolver si le estaba tomando el pelo o si simplemente tenía miedo. Entonces se levantó y fue a la habitación contigua.

Cuando volvió su cara mostraba su preocupación.

—Tiene que ver con su amigo Filius —dijo—. Está pasando algo raro. —Se detuvo y se sentó—. Vino una gente esta mañana. Dijeron que eran parientes suyos. Lo enterraron esta tarde. No lo entiendo. Tendría que haberse hecho la autopsia.

Angelina puso cara disgustada.

—No tenía parientes aquí —dijo—. ¿Dio su nombre la gente que lo vino a buscar?

—No lo sé. Supongo. El hospital debe de tener un archivo. Pero ¿por qué lo enterraron tan de prisa?

—Es la costumbre. En todos los países tropicales.

Él asintió.

—Hay algo más —dijo.

—¿Sí?

—El informe del laboratorio. Aparentemente hubo alguna confusión y efectuaron los análisis de las muestras de sangre que le extrajeron. Tienen algo raro. Algo fuera de lo normal. —Vaciló un momento. Ella lo miraba con atención, como si ya supiera lo que iba a decir—. Quieren desenterrar el cadáver. El patólogo se ha puesto en contacto con el fiscal del estado para hacer una petición de exhumación.

CAPÍTULO SIETE

El miércoles amaneció pálido y sin ningún encanto, un día gris, oscuro y triste; aunque resultaba brillante comparado con la lluvia del día anterior. Angelina tenía la impresión de no haber visto jamás un día que empezara tan apagado. No sabía, literalmente, qué hacer. Reuben había salido pronto para comprobar el anómalo informe del laboratorio y acelerar el proceso de exhumación.

Evidentemente tenía trabajo para encargarse del entierro de Rick, pero no se sentía con fuerzas para ello. Había seguido la sugerencia de Reuben y lo había dejado todo en manos de la secretaria de Rick en la Universidad. Mary-Jo estaba haciendo todos los preparativos: había llamado a la gente, puesto esquelas en los periódicos y hablado con la funeraria. Angelina aún no había informado a los padres de Rick, ni quería hacerlo. La secretaria también se encargaría de eso.

Logró arrancarse de la cama a las diez. La ropa seguía algo húmeda, pero era mejor que los fragmentos de vestuario que le había dejado la hermana de Reuben, que le sentaban muy mal y eran todos feísimos. Se había formado una imagen muy desagradable de la hermana de Reuben: gritona, rechoncha; una pechugona matrona judía de cara redonda y con diez hijos, que usaba cosméticos de Avon e iba de compras a Macy's una vez al mes.

El apartamento de Reuben estaba lleno de fotos: sus abuelos, en atuendo hasídico, sus padres, sus hermanos, su hermana el día de su boda, tías, tíos, primos, sobrinos, sobrinas, los vivos y los muertos. Le había hablado de ellos la noche anterior:

—Éstos son mis abuelos. No los conocí; murieron en Auschwitz. Y éste es mi tío Avrum; él murió aquí, en Brooklyn. Esta mujer con esa pinta tan curiosa es la tía Rivke. Y éste es su hijo Irving, mi primo: ahora estudia en la Yeshiva University.

Una letanía de nombres, de caras, de recuerdos. Nunca se cansaba de recitarlo: eran lo más importante de su vida. Eran su pasado. Sin ellos no era nada, no estaba en ningún sitio. Era por ellos que encontraba tan insoportable la soledad de Angelina.

Sobre una mesita, algo separadas de las otras, había varias fotos en color de una criatura. Angelina había cogido una.

—¿Quién es? —preguntó.

A Reuben le costó responder.

—Son fotos de mi hija Davita —dijo—. Tiene diez años. Ésta es la más reciente; en la que está con el caballo; la hicieron hace un mes.

En la foto se veía a una niña delgada, morena, de ojos grandes. Tenía las riendas de un pequeño *pony* en la mano, sonriendo iluminada por un rayo de sol.

—No sabía que tuviera hijos.

—Sólo una niña, sólo Davita.

—¿Está casado?

La voz de él sonaba lejana.

—Lo estuve —respondió—. Hubo un tiempo en el que estuve casado. No tengo fotos. Perdona...

Se puso de pie y se fue a la cocina a preparar más café.

Angelina fue cogiendo una a una las fotos y devolviéndolas a su lugar. Para ella no tenían el menor significado, resquebrajadas, desvaídas, torcidas en sus marcos dorados o plateados; pero al mirárlas le invadió una repentina ola de envidia, tan arrolladora que tuvo que cerrar los ojos y apretar la mandíbula para evitar prorrumpir en sollozos. La proximidad de su familia y lo seguro de su ascendencia eran cerillas que prenderían su piel si dejaba que se acercaran demasiado.

Se preparó el desayuno y fregó los platos. Cuando acabó, fue al baño y se lavó la cara con agua y jabón. Necesitaba una base, una crema hidratante, maquillaje. Quizá iría de compras más tarde. Se lavó el cabello usando el champú de Reuben, una porquería que había comprado en una tienda de las que están abiertas veinticuatro horas al día. Le dejó el cabello áspero. No encontraba un secador por ninguna parte.

A las once y diez volvió al salón. Las fotos la miraban desde sus gruesos marcos, cada una de ellas como un basilisco, con los ojos clavándose en su carne. Se levantó y las puso de cara a la pared. Intentó leer una historia de detectives escrita por alguien llamado Robert B. Parker. Reuben tenía toda una hilera de libros de ese tipo en un estante. Un asesino mataba mujeres negras en Boston. Dejaba una rosa roja cada vez que mataba una. No eran más que palabras, no podía concentrarse en ellas.

Las fotos seguían mirándola: sus ojos de basilisco la podían ver a través del oro y la plata. Dejó el libro y fue de habitación en habitación, recogiendo todas. Cupieron en un cajón grande de la cocina.

En el salón Reuben tenía una gran pecera con peces tropicales. Nadaban juntos, en uno y otro sentido, y sus encendidos colores destacaban como lo más luminoso que había en la habitación. Siguiendo las instrucciones de Reuben les echó un poco de comida y miró cómo las partículas brillantes iban descendiendo hacia el fondo. Los peces eran como ella, pensó: hijos del trópico condenados a nadar en una pecera de cristal a miles de kilómetros de su hogar. Soñaba con hundirse en el fondo de la pecera y cerrar los ojos para siempre. Nadie conseguiría que volviera a nadar.

A las doce sacó algo de embutido de la nevera y se preparó un bocadillo. No recordaba si había contado a la policía lo de los paquetes de carne que había dejado Filius en su apartamento. El bocadillo le pesaba en el estómago. Lo dejó a medio comer. A las doce y media se levantó y sacó las fotos del cajón. Una a una extrajo las fotos de sus marcos y las colocó sobre la mesa.

Fotos viejas, de los vivos, de los muertos, de los medio olvidados. ¿Qué derecho tenían ellos de mirarla así? Encontró un par de tijeras de cocina en otro cajón y empezó a cortar las fotos en tiras largas, y después las tiras en trozos más pequeños.

Al final perdió la paciencia, y dejó de lado las tijeras y empezó a romper los trozos con los dedos, rompiéndolos en tiras cada vez más pequeñas: la tía Rivke, el tío Avrum, el primo Irving y la pequeña Davita. Cuando hubo acabado, el pasado de Reuben yacía en el suelo, convertido en fragmentos desordenados.

Fue al salón y encontró en un armario una botella de coñac Napoleón. Lo fue bebiendo, lentamente, sentada en silencio, mirando cómo los peces de cola brillante iban y volvían en su limitado universo. ¿En cuántas vueltas consistía una vida? Había una válvula cerca del fondo de la pecera. La abrió y contempló cómo el agua empezaba a derramarse sobre la moqueta. Los peces fueron bajando y bajando en el depósito, nadando desesperadamente, luchando contra la corriente inesperada que los arrastraba hacia abajo. Al fin yacían sobre la grava, la arena y las algas del fondo, sus cuerpos brillantes retorciéndose en un esfuerzo final por respirar.

A la una menos cuarto, cogió el teléfono y marcó un número de Brooklyn. Contestó una voz que ella conocía.

—Aubin, ¿eres tú? Tengo que verte en seguida. Sí, en seguida. Iré a verte. Espérame.

CAPÍTULO OCHO

—Su haitiano era seropositivo.

El doctor Pablo Rivera se arrellanó en la silla y miró a Reuben con sus ojos miopes por encima de las gafas. El doctor tenía treinta y tantos años, una edad delicada en su profesión: aún era lo bastante joven como para preocuparse, pero con la suficiente experiencia para saber que poco podía hacer. Trabajar en el Cumberland le ponía en primera línea de fuego. Estaba luchando en una guerra, aunque ya no tenía muy claro quién era el enemigo.

—¿Quiere decir que tenía el SIDA? —preguntó Reuben. Rivera se ajustó las gafas y sacudió la cabeza.

—No es tan sencillo como eso —murmuró.

Se encontraban en la oficina de Rivera, en el cuarto piso del hospital. Reuben se sentía incómodo allí. Aunque no se diera cuenta de ello, en realidad, el doctor y él tenían mucho en común. Ambos eran hijos de inmigrantes que habían elegido profesiones en las que podían ayudar a los demás. Ambos habían empezado su trabajo como idealistas. Ambos se estaban volviendo cínicos, y eso les resultaba doloroso.

El hospital se convertía en el foco del descontento de ambos. Rivera estaba viendo que la medicina poco puede hacer contra la miseria y la ignorancia. Ponía vacunas a los niños y llenaba a los padres de antibióticos: las enfermedades antiguas se iban y otras nuevas tomaban su lugar. Allí, en los pasillos asépticos, tras paredes de brillante acero, Reuben veía los hematomas y las heridas de arma blanca que ridiculizaban sus esfuerzos. Rivera ponía puntos de sutura en las heridas, Reuben detenía a los atacantes, y mientras tanto los asesinos y víctimas del mañana afilaban sus armas en una docena de patios de colegio.

—Pero acaba de decir que era seropositivo.

—Seré más preciso, teniente. El señor Narcisse tenía anticuerpos del virus VIH. Quizá tuviera síntomas de SIDA, quizá no. Si consigo localizar su historial médico tal vez logre averiguarlo. No todos los que son seropositivos desarrollan el SIDA. Incluso hay algunos especialistas, y muy buenos, que no creen que el VIH sea la causa del SIDA. No es la teoría predominante, pero hay buenos argumentos.

—Sin embargo, en este momento la cuestión no es si nuestro amigo tenía el SIDA.

Rivera se echó hacia adelante. Reuben notó que tenía aspecto de estar cansado. A la mayoría de los médicos les gusta tener ese aspecto; les hace sentirse bien. Pero en el caso de Rivera parecía ser auténtico.

—Con el tiempo espero obtener los suficientes datos como para poder establecer un diagnóstico. Pero fueran cuales fuesen sus síntomas, no parece que el señor

Narcisse haya muerto de SIDA. Sólo menciono el que fuera seropositivo para que entienda el origen del informe de laboratorio por el que le llamé.

El doctor se detuvo un momento. Casi logró esbozar una sonrisa.

—Teniente, ¿puedo contar con su discreción?

—Por supuesto, siempre y cuando la información que me dé no afecte a este caso.

Rivera dudó un momento.

—No —dijo—. No lo afecta. La cuestión es que ya al principio de la crisis del SIDA la gente hablaba de las llamadas «cuatro haches». Eran los cuatro grupos sociales que parecían tener especial propensión a la enfermedad. Todos se identificaban con una palabra que empezaba con la letra «H». Los homosexuales eran los más conocidos. Los hemofílicos y heroinómanos iban después. La cuarta «H» era de «haitianos».

—Uno de cada veinte mil haitianos padece el SIDA. Ésa es una proporción alta. Los haitianos eran uno de los grupos de riesgo más importantes hasta que su gobierno organizó un escándalo y consiguió que se eliminara esa categoría. Oficialmente, se supone que no establezco ninguna diferencia entre los haitianos y los demás. En la práctica, sí la establezco.

El doctor cogió un paquete de cigarrillos de la mesa.

—¿Fuma?

Reuben asintió y cogió uno. Rivera se lo encendió y después acercó la llama al suyo.

—Dígame, teniente, ¿dónde cree que hay la mayor tasa de casos de SIDA en este país?

Reuben exhaló una fina línea de humo entre los labios.

—No sé. San Francisco, supongo. O quizá aquí, en Nueva York.

—Pues no. En un lugar llamado Belle Glade, en Florida. ¿Qué tiene Belle Glade que no tengan otros sitios? Ratas, por lo pronto. Alcantarillado deficiente. Chabolas. Una tasa de tuberculosis muy alta. Mala alimentación. Y una población predominantemente haitiana.

—El problema no es que esa gente sea haitiana. Lo que pasa es que los refugiados haitianos son gente de lo más pobre que hay en este país. Haití es la nación más pobre en el hemisferio occidental. Hay una relación entre la miseria y el SIDA, de la misma manera que existe una relación entre el uso intensivo de drogas o la promiscuidad sexual y el SIDA. Todos mandan a la mierda el sistema inmunológico.

Rivera se puso de pie y se acercó a la ventana. Su oficina daba directamente a la sección de las casas Ingersoll de las ciudades-dormitorio de Fort Greene. La mayor parte de sus pacientes procedían de aquel lugar. Él mismo había nacido a menos de un kilómetro de allí, hijo de inmigrantes puertorriqueños. Con menos suerte aún estaría buscándose la vida en aquellas calles.

—Muchas de las personas que atendemos en este hospital son haitianos. Oficialmente se supone que no me doy cuenta de ello. Extraoficialmente tomo muestras de sangre de todos y las mando al laboratorio. Allí hacen una sencilla prueba de detección del VIH. Ahora ya es rápido, y en unas horas ya sé con lo que me enfrento. Hice la prueba a Filius Narcisse y, como ya le dije, el resultado fue positivo.

Se volvió a Reuben.

—Quizá le desagrada, teniente, pero por esto es por lo que no se hizo autopsia. A nadie le gusta hacer autopsias a los cadáveres con VIH. Tienen miedo a contaminarse con la sangre. El señor Narcisse se pasó un rato en la nevera antes de que lo entregáramos a su familia para que lo enterraran.

—No creo que fuera su familia, doctor. Que yo sepa, el señor Narcisse no tenía pariente alguno fuera de Haití.

Rivera parecía algo sorprendido. Nada más que eso.

—Ya. Bueno, quien fuera que se llevase el cadáver, debió de parecerle bien a la administración del hospital. Yo no me meto en esas cosas. Si ha habido alguna irregularidad, hable con ellos.

El doctor se detuvo y dio una larga calada al cigarrillo.

—En todo caso, la historia del difunto no acaba ahí. Tomé más de una muestra de sangre antes de que muriera. Desde hace algún tiempo mando muestras tomadas de personas seropositivas a un amigo en el College Hospital, en Atlantic Avenue. Se llama Joe Spinelli. Uno de sus pasatiempos es buscar cofactores del VIH. Tiene acceso a un espectrógrafo de masas para cromatografía de gases.

Reuben apagó el cigarrillo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que busca estructuras moleculares para identificar sustancias que de otra manera sería imposible. Aspectos que no se identificarían en un análisis de sangre normal. Mezcló una muestra de la sangre del señor Narcisse con éter. Cuando separó de nuevo la sangre y el éter, encontró una serie de sustancias poco habituales.

—¿Como por ejemplo?

—Le he hecho una lista. Se la puede llevar. Mandaré una copia al forense.

—Por encima... ¿Tomaba drogas? Rivera se encogió de hombros.

—Esto no son drogas. Joe identificó una gran cantidad de sustancias diferentes, pocas de las cuales se encontrarían normalmente en cualquiera de las drogas que se pueden comprar en la calle. El origen más probable de algunas sería la ingestión o la inserción subcutánea de una serie de hierbas o productos animales, que seguramente incluían varios tipos de insectos, sapos y peces.

El doctor miró el papel que tenía sobre la mesa.

—A ver... Joe encontró rastros de saponinas, un grupo amplio de glucósidos. En

dosis altas pueden ser muy tóxicas. Un tipo, las sapotoxinas, se administraban en algunas zonas de África como una especie de suero de la verdad; en grandes cantidades impiden la respiración celular y provocan la muerte. A Joe le parecía que no había bastante en esta muestra para indicar una dosis letal.

»También halló diversas dosis de raninas, resinas acidas, dihidroxifenilalanina, y una serie de alcaloides, incluida la prurieninine y prurienidine. Éstas se encuentran en bastantes plantas tropicales, especialmente trepadoras de la familia de las leguminosas. En ciertas combinaciones pueden actuar como compuestos psicoactivos y provocar alucinaciones.

»Joe cree que tampoco en este caso la dosis fuera tóxica. Lo mismo sucede con otras sustancias activas de otras plantas y la mayoría de los productos animales. Con una única excepción: había cantidades importantes de tetrodotoxina en la sangre de este hombre. Es lo que llamamos una neurotoxina: un veneno que actúa sobre el sistema nervioso. La mayor parte de las neurotoxinas son proteínas, pero la tetrodotoxina es una sustancia no proteica de enorme toxicidad. Dicho claramente, es uno de los venenos más fuertes que hay. Es sesenta veces más potente que la estricnina, mil veces más potente que el cianuro potásico. Sólo 0,5 miligramos de tetrodotoxina pura son capaces de matar a un adulto. Actúa provocando parálisis neuromuscular total. El hombre en cuestión fue envenenado, teniente. Lo único que me desconcierta es que estuviera vivo cuando lo encontraron.

Rivera se quitó las gafas. Sin ellas los ojos resultaban débiles y enrojecidos. Reuben tenía la sensación de que el cansancio del médico no era sólo físico. Conocía esa cara: la había visto bastante a menudo en el espejo del lavabo.

—Teniente, si quiere saber lo que le pasó a su haitiano, tendrá que desenterrarlo. Lo antes posible.

CAPÍTULO NUEVE

El encuentro con Aubin había dejado a Angelina incómoda. Durante casi una hora se paseó sin destino concreto por las apagadas calles. Sus tacones sonaban contra la acera a medida que avanzaba a un ritmo *stacatto* como el repiqueteo de un tambor *rada*. Avanzaba por las calles como una exhalación, sin ser consciente de la música que producía.

Hacia las cuatro y media se encontró al final de Clermont Avenue, donde estaba su apartamento. No había tenido intención de ir allí; algo la había empujado, alguna compulsión cuyo nombre no sabría decir. Mirando a un lado y a otro, no vio a nadie conocido. No se veían vehículos de la policía por ninguna parte.

El apartamento estaba precintado. En el borde entre la puerta y el umbral había un cartel oficial de la policía de Nueva York en blanco y negro que decía: «NO PASAR: INVESTIGACIÓN EN CURSO». Angelina arrancó el cartel e introdujo su llave en la cerradura. Se abrió sin el menor sonido.

Por el momento, la policía había acabado su trabajo. Podía ver huellas de su paso por todas partes, en donde habían buscado huellas digitales, etiquetas en los objetos, más etiquetas indicando que esto o lo otro había sido apartado como prueba. ¿Prueba de qué? La puerta del salón estaba cerrada; la dejó tal como estaba y se dirigió al dormitorio.

En el armario encontró una maleta de tamaño mediano y la llenó con lo mejor de su ropa. Dos pares de zapatos de repuesto. Ropa interior limpia. Algo negro para el entierro. Consideró la posibilidad de ponerse ropa interior negra: ¿sería eso morboso? No miró para nada la cama.

Al otro lado del pasillo, en el lavabo, llenó una bolsa de tocador grande con cremas y lociones caras. Rick nunca había sido tacaño con los productos de tocador de ella. Según decía, le gustaba que ella se cuidara. A esto Angelina solía responder: «Pues claro, quién me va a cuidar si no».

Había reliquias de Rick esparcidas por todas partes. Su maquinilla de afeitar con pelitos pegados a la hoja, un tubo de crema de afeitar, un champú anticaspa, unos calzoncillos sucios extendidos sin la menor ceremonia sobre el cesto de la ropa sucia. Simuló no verlos.

Al levantar la vista se vio en el espejo, el espejo grande de encima del lavabo. Ojos hundidos, mejillas hundidas, cabello lacio. Recordó el pez rojo ahogándose en el aire, cómo le giraban los ojos en sus órbitas y se iba quedando inmóvil. Coleando constantemente, cayendo todavía. Se volvió a mirar en el espejo. La dura luz fluorescente no hacía nada por suavizar el efecto.

Tenía la ropa hecha un desastre. Necesitaba una visita al tinte y un planchado. O quizá no. Tal vez nunca se la volvería a poner. Se desnudó de prisa, incluidas las

bragas y el sostén, tiritando. Tenía la piel muy fría y húmeda. Tenía piel de gallina en los brazos y el pecho. No le iría nada mal otra ducha, una ducha realmente caliente.

El piloto del calentador de gas seguía encendido. Encontró un tubo de gel en el armario del lavabo. Metiéndose en la ducha, cerró la cortina y abrió el agua caliente. Al girar el grifo, el agua brotó sobre su cabeza, empapándola de agua helada, que en unos segundos se volvió caliente, muy caliente. Dio un respingo, dándose la vuelta para que la mayor parte de aquella catarata punzante le diera en la espalda. A medida que se iba acostumbrando al calor, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dejando que el agua corriera por su cara. Lentamente fue retrocediendo, metiéndose bajo el agua, sintiendo las duras agujas sobre sus pechos y su vientre. La piel le hormigueaba, la sangre subía a la superficie. Alargó una mano, buscando el gel.

De repente, abrió los ojos, apartando el agua para poder ver. Sentía miedo sin que hubiera motivo para ello, como si el apartamento hubiera despertado.

Tras la cortina de baño pululaban sombras. El lavabo se estremecía, indistinguible tras el velo de plástico y vapor condensado. El agua caía sobre la cortina, ocultando todo ruido. Sintió que el corazón le latía aceleradamente y alargó una mano para apartar la cortina de plástico. Al retirar la cortina, empezaron a caer gotas de agua sobre el suelo. Parpadeó para eliminar unas gotas grandes que tenía en los ojos y se esforzó por ver. El cuarto de baño se estaba llenando de vapor, el espejo ya estaba cubierto de una película uniforme.

Cerró el grifo. El agua se detuvo al instante, produciéndose un silencio encantado. Se detuvo en el umbral de la ducha, escuchando. Detrás de sí el agua corría en regueros por los azulejos. Gota a gota, como un grifo que no cierra bien. Aguzó el oído, buscando un indicio de que algo se movía en el apartamento. Silencio. Y el ruido frío del gotear del agua en los azulejos resquebrajados.

Suavemente, salió de la ducha. En su mente una voz le decía que no había nada raro. ¿De qué tenía miedo? No había oído nada. Pero sabía muy bien qué temía.

Alargó una mano para coger la toalla de baño que estaba colgada en la barra. Se envolvió en ella, atándose justo por encima de los senos. Notaba los intestinos sueltos. Se dijo que no era importante.

Con el corazón en la boca, abrió la puerta. El pasillo estaba vacío, lleno de su propio silencio. Conocido, pero a la vez súbitamente extraño. Se había vuelto una extraña, allí, en su propia casa. Algo la había echado y no quería que volviera.

Entró de puntillas en el dormitorio. Estaba vacío. El corazón le martilleaba en el pecho, no podía dejar de mirar alrededor. Una voz en su cabeza no cesaba de gritar: «¡Escápate, ahora que aún estás a tiempo!».

Cogió un jersey y un par de téjanos y se los puso. Y un par de zapatillas deportivas. Sólo eso. Levantó la maleta.

De repente, supo por qué había ido al apartamento. El origen del impulso interno

que la había llevado allí estaba en el estudio de Rick, si es que no se lo había llevado la policía. Volvió a dejar la maleta.

Vestida se sentía menos vulnerable que desnuda en el lavabo. «No hay nada ahí fuera», se dijo. Había visto el precinto en la puerta, y lo había roto. Pero había otras maneras de entrar. Pensó que sí sabía lo que le daba miedo.

Se deslizó hasta el pasillo, tiritando involuntariamente al hacerlo, y avanzó a hurtadillas hasta llegar al estudio de Rick. La puerta estaba entreabierta. Respiró a fondo y encendió la luz. Una luz amarilla e intensa llenó la habitación. Permaneció en el umbral, dudando. Era vital que recuperara lo que había ido a buscar, pero a la vez el impulso de salir corriendo era arrollador. La sangre latía en sus venas, espesa y cálida, como jarabe.

La policía lo había registrado todo. Eso no importaba, claro: estaba segura de que no sabrían dónde o qué buscar.

En las paredes, las serias caras de los dioses africanos la miraban. A su lado, pinturas al óleo haitianas de san Jorge y san Patricio en marcos de madera dorada. Un crucifijo de madera con la imagen de un cristo negro. Un estante de figuritas del Congo, de Léogane; muñequitas gordas vestidas de seda a rayas rojas y azules. Notaba sus miradas, su ira apenas contenida por su intrusión.

El escritorio había sido registrado, y no por la policía. Archivos, fajos de cartas, bolígrafos, lápices, clips —una confusión de papelería— yacían dispersos por el suelo. Los cajones habían sido extraídos de cualquier manera y su contenido vertido al azar. La lámpara italiana de Rick, que había costado trescientos dólares estaba en el suelo hecha añicos. Los dos archivadores habían sido vaciados sistemáticamente. Alguien había arrancado los libros de las estanterías que cubrían dos paredes, había pasado las páginas y los había tirado.

Sección por sección, fue repasando los archivadores. Fotocopias de contabilidad de fincas en Haití del final de la época colonial, todas intactas. Todo intacto, tal y como esperaba. Copias de cartas privadas de los reinos de Dessalines, Christophe y Pétion, completos, a excepción de un documento. Fuera quien fuese el que buscara sabía lo que quería.

En una esquina había un armario de madera con las puertas abiertas de par en par, y la mayor parte de su contenido diseminado por la moqueta. Todo aquello había sido el orgullo de la colección de Rick: *livres de commerce* desde 1735 hasta 1788; varios registros enormes de ingresos y gastos conocidos simplemente como *grands livres* de los almacenes franceses de esclavos de Montaudouin, Bouteiller, Michel y d'Havelooze; los *journaux* o índices necesarios para que las grandes cuentas tuvieran pies y cabeza; y varios libros sobre barcos de comerciantes de Nantes, Le Havre y La Rochelle, que contenían datos de las embarcaciones de transporte de esclavos, sobre los esclavos propiamente dichos, las muertes producidas durante la travesía, las rutas

de navegación.

El armario era de palo de rosa, una pieza pesada, con un exceso de decoración, imitando el estilo imperio. Rick lo había comprado hacía diez años en una tienda en los Heights. Si era cierto lo que decía el vendedor, había sido hecho por Phylfe en sus últimos tiempos en Partition Street, la actual calle Fulton. El precio para un armario de la última época de Phylfe era relativamente bajo en aquella época, y Rick lo había comprado movido por un impulso; uno de los pocos que Angelina le conocía.

El vendedor había pasado por alto u olvidado un detalle, que descubrieron años más tarde al poner el armario en su actual posición. Si se apretaba una hoja de acanto que había en el borde de una puerta, se abría un panel lateral. Angelina pasó los dedos por el bajorrelieve, encontró la hoja y la apretó. El panel cedió, revelando un amplio hueco.

Del hueco sacó una libreta grande. La comprobó rápidamente. No parecía haber sido manipulada. Respiró a fondo y se dirigió hacia la puerta. Los dioses de las paredes miraban impasibles. A su alrededor el apartamento también la vigilaba. Percibía su respiración, lenta y regular, sin prisa, esperando.

En el pasillo la sensación se hizo más intensa. Sentía un hormigueo en su piel. No podía apartar los ojos de la puerta del salón. Quería salir corriendo por la puerta de entrada, salir al rellano, a la calle; pero sus pies llevaban plomo, como los de un buzo. Pulgada a pulgada, se iba acercando. El corazón le latía con tal fuerza que pensaba que las paredes debían estar temblando. Sus pies se movían ajenos a su voluntad, centímetro a centímetro, paso temeroso tras paso temeroso.

Ella sólo oía el palpitante de su corazón, como un tambor *kata*, sonido blanco sobre la oscuridad de la noche, iniciando la ceremonia, abriendo la puerta de los dioses. *Ouvri barrié pou mon, Legba...* La oscuridad se interrumpía. *Ouvri barrié...*

Levantó la mano y giró el pomo. Silenciosamente se abrió la puerta.

La habitación estaba bañada por una luz oscura. Angelina apretó el interruptor de la luz, pero no pasó nada. Lentamente, sus ojos se acostumbraron a la escasez de la luz, a la dignidad de su ausencia.

Sentada en una silla, oscura en medio de la habitación, estaba una persona, medio en sombras, con los rasgos ocultos por la semioscuridad. Angelina se quedó inmóvil en el umbral, tensa, asustada, forzando la vista. Dio un paso adelante. Hubo un ruido a su izquierda y algo se movió. Al darse la vuelta vio una segunda figura emerger de las sombras oscuras y desenfocadas. La figura se detuvo y la miró. Su respiración volvió, pegajosa e irregular.

—Tú —susurró ella, con la voz suave como la crema.

La cabeza le daba vueltas, veía la habitación borrosa, tenía los pulmones cargados de aquel aire espeso. La figura se le acercó. Angelina intentó huir, pero la habitación empezó a girar y sus piernas fueron como cubitos de hielo que se fundían.

CAPÍTULO DIEZ

Se había hecho de noche cuando llegó la orden de exhumación. El departamento del forense había querido esperar hasta la mañana siguiente. Querían mantener el horario de oficina siempre que fuera posible.

—A los muertos no les importa esperar —dijo el empleado cuando Reuben llegó para recoger la orden.

—A mí sí —contestó Reuben.

Deseaba tener a Filius desenterrado, cuanto antes, mejor. Si lo dejaban demasiado tiempo, la sangre en el cadáver empezaría a descomponerse. El patólogo de la policía había explicado que la biodegradación de las proteínas de los enzimas provocaría la producción de nuevos enzimas y proteínas, y éstas, a su vez podrían descomponer cualquier droga que aún pudiera haber en el organismo de Filius.

Había solicitado órdenes de exhumación para cuatro de los cadáveres recientes del apartamento de los Hammel. Fue posible identificarlos mostrando fotos en las funerarias de la zona, y ya habían sido devueltos a la paz de sus tumbas.

Fue entonces cuando Reuben se dio cuenta por primera vez de que había presiones para evitar que se supiera lo que Angelina Hammel había encontrado debajo de los tablones de su suelo.

Se había advertido a las funerarias que no dijeran nada a los parientes. Para evitar sufrimientos innecesarios, según se les dijo. Y eso parecía razonable. Pero entonces uno de los encargados había empezado a hacer preguntas, preguntas incómodas. ¿Dónde los habían encontrado? ¿Tenía la policía pistas de quién los podría haber desenterrado? ¿Había más?

En ese momento una versión oficial había aparecido como un ectoplasma. Había cuatro cadáveres en total. Todo había sido una broma pesada de unos estudiantes de medicina del Hospital de la Universidad de Long Island. No había necesidad de que se preocupara innecesariamente a los parientes, ni de que unas incipientes carreras médicas fueran arruinadas. El decano los había amonestado fuertemente. Los cadáveres serían devueltos intactos; las familias de los chicos pagarían los nuevos ataúdes y el entierro; todo sería muy discreto.

Reuben había entrado indignado en la oficina del capitán Connelly en cuanto vio la versión oficial.

—¿Qué estudiantes de medicina? —preguntó—. ¿Qué familias? Connelly se había limitado a encoger sus anchos hombros y a contestarle que no hiciera caso de la versión oficial.

—Es sólo para tener contenta a alguna gente. Sé bueno, síguenos la corriente. Te prometo que no afectara la investigación de tu caso. Esto son sólo relaciones públicas.

Para empeorarlo todo, Doug Lamont había sido enviado de la oficina de prensa de la central de policía. Teniente de primer grado a los veinticinco años. Muy listo, niño prodigio, debería haberse metido en la publicidad. Vivía en Manhattan, en la zona de Tribeca. En un amplio *loft*. Llevaba un traje de Issey Miyake, una camisa de Umberto Ginocchetti, zapatos de Gucci. Reuben recordaba el famoso dicho de su tío Nathan: «Nunca lleves ropa que no puedas pronunciar».

Lamont y su traje de diseño habían recibido instrucciones de hacer frente a las preguntas cuando llegasen. Si es que llegaban. Un par de reporteros de los periódicos locales parecieron haberse enterado de algo, quizá a través de alguna funeraria. Fue uno del *Haití Observateur*, que tenía las oficinas en la Navy Yard. Lamont, risueño, los había despachado con un par de historias de violación con agravantes cargadas de «información privilegiada», la cabeza dándoles vueltas por los discursos sobre ancianas viudas que tal vez tendrían un infarto si se enteraban de que sus seres queridos habían sido arrancados de la tierra antes de tiempo. Para acabar de arreglarlo, les había dado una buena dosis de «hacednos un favor a nosotros, y nosotros os lo haremos a vosotros», insinuando que les darían algunas buenas noticias.

Periodistas noveles, primerizos entusiastas que sabían pronunciar los nombres de etiquetas de diseño, se habían tragado Lamont y su sonrisa de cien dólares como si fueran un plato de sushi, crudo. Cualquiera lo habría hecho. ¿Por qué había mandado Manhattan al Príncipe Azul?

Ninguno de los otros cadáveres había sido identificado, y seguramente no sería posible hacerlo, a no ser que se consiguiera alguna información de los restos dentales. Reuben había puesto un novato llamado Johnson a trabajar revisando expedientes de vandalismo en cementerios. Los cuerpos estaban en un congelador. Llegó del laboratorio el informe de Filius. Ahora estaban esperando autopsias, una detrás de otra, que durarían toda la noche. Nada complicado. Sabían lo que buscaban: indicios de envenenamiento por tetrodotoxina.

Reuben y su compañero Danny Cohen iban en coche hacia el este por la calle Fulton, antes de entrar por Jamaica Avenue, rodeando el extremo inferior del gran complejo de parques y cementerios que une Brooklyn con Queens. Incluso en la muerte, la gente de Nueva York prefería la segregación a la integración. Altas tapias de piedra y verjas herrumbrosas separaban los judíos de los católicos, y los puertorriqueños de los chinos. Sin duda iban a paraísos delimitados por vallas.

—Odio este sitio —dijo Danny—. De niño, mi padre me traía aquí. Todas esas casas de piedra con «Cohen» escrito en el dintel. Solía tener pesadillas. Pensaba: «Si eres un Cohen, te meten en uno de esos sitios». Pensaba que eran pequeñas prisiones.

Un poco más allá de Stony Road entraron en Cypress Hills. Aquel cementerio gozaba de la preferencia de los haitianos, aunque todavía no tuvieran una parcela

exclusiva. Era un cementerio laico: los no creyentes estaban mezclados con los creyentes, y los blancos con los negros.

El resto del equipo de exhumación estaba ya esperando en la oficina del cementerio. Además de Reuben y Danny, el equipo consistía en Steve Koreski, de la oficina del fiscal del estado; el patólogo que iba a realizar la autopsia; un doctor libanés apellidado Chomoun; el director de pompas fúnebres que había supervisado el entierro y dos sepultureros con melena. Sally Peale estaba con los otros, para sorpresa de Reuben. Sally era una antigua novia, una abogada lista del departamento legal del ayuntamiento de Nueva York.

—Tan puntual como siempre, Reuben.

Sally era pequeña, rubia y muy dura de pelar. Reuben y ella habían pasado mucho tiempo juntos hacía unos tres años, a nivel muy personal. Sin embargo, era la primera vez que se encontraban en un cementerio. Por un momento, Reuben sintió el conocido tirón de su atractivo: Sally Peale no era alguien a quien se podía olvidar rápidamente. Logró sonreír, con cierto esfuerzo; seguían siendo amigos, de vez en cuando se veían, aún intercambiaban regalos por Navidad y la Tanukah.

—¿Qué haces aquí, Sally? No sabía que el ayuntamiento se interesara por esto.

—Sólo he venido a vigilarte, Reuben. ¿Qué tal estás?

—Bien. Tú tienes buen aspecto.

—Tengo hambre. Había quedado para cenar.

—¿Con alguien que yo conozca?

Sally hizo un gesto displicente.

—¿Te crees que yo trato con gente que tú conoces? Venga, hombre, Reuben. Dale a Steve la autorización y desenterremos de una vez a este tío.

Habían enterrado a Narcisse en la sección de Parkside de Cypress Hills, en el extremo este del cementerio, cerca del Memorial Abbey. El equipo avanzaba lentamente entre altos árboles, que sólo llegaban a ver a medias. Los faros de los coches revelaban viejas tumbas judías a la derecha. Poco después llegaron a una enorme zona de tumbas chinas, con lápidas bajas coronadas por piedras pequeñas que sujetaban trocitos de papel.

Aparcaron en la entrada del Abbey y recorrieron el resto del camino a pie, andando en fila india entre lápidas grises y rosadas muy apretadas. La mayoría de los nombres eran españoles. Nadie parecía ser muy importante o rico.

Los extremos del camino de grava por el que avanzaban marcaban el salto más definitivo de todos. Sus linternas iluminaban los nombres y fechas, la figura de piedra de un diminuto ángel herido, flores de color desvaído estropeadas por la lluvia y el viento. Una tumba nueva, cubierta en parte por tablas parecía una herida abierta en la tierra. Reuben la evitó, estremeciéndose como alguien en presencia de un mal augurio.

Narcisse había sido enterrado detrás de la Abbey, cerca de la Interborough Parkway. Mirando hacia el noroeste, Reuben podía ver las luces altas de Manhattan, perfectas sobre un cielo plomizo. A sus pies, la tierra fresca de la tumba apenas se veía bajo un montón de coronas empapadas de lluvia.

Los sepultureros sacaron dos lámparas de arco eléctrico de la camioneta que habían aparcado cerca de allí. A menudo trabajaban de noche, sobre todo en esa época del año. Encendieron las lámparas, arrancando un haz de luz a la oscuridad. Antes de empezar a trabajar apartaron las flores. Al hacerlo, una tarjeta de plástico se desprendió de una corona grande y fue a caer a los pies de Reuben. Éste se agachó y la recogió.

«*Dormi pa'fumé, Filius*», podía leerse. No estaba firmada. Reuben se la metió en el bolsillo.

No había notado que Sally se había puesto a su lado. Ella le tocó con suavidad un brazo y él pegó un respingo.

—Vaya asunto, ¿eh?

Reuben asintió.

—¿Has estado ya en uno de estos actos? —preguntó él. Sus palabras fueron puntuadas por el ruido de palas removiendo tierra húmeda.

Ella asintió.

—Media docena de veces. Pero nunca de noche. ¿Qué hace que éste sea tan urgente?

Él se lo explicó.

—Aun así creo que se podría haber dejado hasta mañana —opinó ella—. O quizá es que te gusta este tipo de cosas.

A sus espaldas, los sepultureros seguían agachados, en pleno trabajo, meras siluetas en la dura luz. La gente formaba pequeños grupos. Alguien soltó una carcajada nerviosa.

—Hablando de este tipo de asuntos —continuó Sally—. ¿Qué es eso que he oído de unos estudiantes de medicina del hospital de la universidad?

Él se encogió de hombros.

—Relaciones públicas —dijo Reuben.

—¿Quién ha dado las órdenes?

—Tú debes saberlo mejor que yo.

Ella sacudió la cabeza. Tenía la cara a oscuras, pero aún así él podía distinguir sus ojos. Parecía un recuerdo. Quizá lo era.

—Mira, Reuben, por lo que he oído, te has encontrado, ¿cuántas?... nueve personas muertas, ninguna de ellas con signos visibles de violencia. Alguien llega a la conclusión de que han sido desenterrados de los cementerios locales. Veinticuatro horas más tarde ya los han identificado y los están volviendo a enterrar. Eso es muy

rápido. ¿Quién quiere que estos cadáveres vuelvan a su sitio?

Él se encogió de hombros, un gesto expresivo heredado de su padre, que a su vez lo había heredado del suyo. Era un gesto con pedigrí.

—Francamente, no lo sé —dijo—. Los hechos se suceden a gran velocidad desde que empezó este caso. Alguien de muy arriba quiere que no se le dé demasiada importancia.

—Pero sigue abierto el caso, ¿no?

—Sí, pero eso es sobre todo por ese hombre que vamos a desenterrar aquí. En los otros cadáveres no hay pruebas de muerte violenta. Los cuatro que han enterrado hoy ya tenían certificados de defunción. Muerte por causas naturales.

Los sepultureros estaban metidos hasta la cintura en el agujero. La tumba aún no se había endurecido, y la tierra suelta era fácil de desprender una vez que hubieron superado la primera capa mojada por la lluvia.

—¿Qué pasa, Reuben? Alguien de mi oficina ha estado haciendo preguntas sobre el caso.

—¿Quién?

—No lo sé. Mi jefe me las transmite, dice que se las han pasado a él.

—¿Desde dentro de tu departamento?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Quizá alguien en la oficina del alcalde. «Un cargo político» es lo que dijo Jack. Que esto quede entre nosotros.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Quieren detalles. Cuántos cadáveres, si conocemos su identidad, qué se está haciendo. Y alguien parecía estar interesado en lo que hacías tú. Jack me preguntó lo que sabía de ti.

—Espero que fueras discreta.

Ella sonrió. Él recordó la sonrisa de ella en el pasado, y arrinconó el recuerdo con la misma velocidad con que había aparecido.

—Dije que eras *gonif*. ¿Qué le iba a decir, si no? —Ella se detuvo, poniéndose seria de nuevo—. ¿Qué hace que ésta sea una investigación tan especial, Reuben?

Él no contestó en seguida. Los sepultureros habían encontrado el ataúd y estaban sacando las últimas paletadas de tierra.

—No lo sé, Sally. Pero querría averiguarlo. Oye, si te enteras de algo, ¿me lo dirás?

—Por supuesto. Y tú, lo mismo.

—Pregunta por ahí. Averigua quién está detrás de esas preguntas. ¿Lo harás?

Ella asintió. Se miraron, con confianza. Sería tan fácil: una palabra, una caricia...

—Creo que Drácula está a punto de aparecer —dijo Sally, mirando la tumba.

Uno de los sepultureros había salido de la tumba y estaba situando un torno sobre

el hueco. Pasaron una correa por las cuatro asas del ataúd, y la unieron a un cable cogido al torno. El segundo sepulturero salió a duras penas para ayudar a su compañero a poner en marcha el torno. Lentamente, el ataúd fue saliendo de la tierra, rozando levemente contra los lados del agujero al ir subiendo, arrancando pequeños fragmentos de tierra.

El mundo se redujo a una caja alargada, todos tenían la vista fija en ella. De repente, Reuben encontró que aquella escena era ridícula, como el desenlace de algún programa de magia en la televisión, en el que levantarán al mago en una caja pintada a rayas, desafiando a la muerte, metido en una camisa de fuerza y encadenado. El torno avanzaba a trompicones, inclinando el ataúd. Algo golpeó ruidosamente en el interior de la caja. Los sepultureros continuaron izándola.

Reuben ayudó a los sepultureros a maniobrar el ataúd, echándolo a un lado. La placa de latón con el nombre relucía aún, apenas había perdido su brillo por su breve permanencia bajo la tierra. La luz caía como una maldición, blanqueando el ataúd. El director de pompas fúnebres se adelantó ante la pequeña multitud con un largo destornillador en la mano. Parecía estar nervioso, sus movimientos resultaban patosos, intensificados por aquella luz tan dura. Cuidadosamente, fue dando la vuelta al ataúd, soltando los tornillos.

Los dos sepultureros apartaron la tapa. Reuben se acercó, interponiéndose entre el ataúd y la luz. Una sombra cayó sobre el interior. Reuben hizo un gesto, y los sepultureros la apartaron del todo. Reuben se apartó de la luz y miró.

El ataúd estaba vacío. Sobre el cojín donde había reposado la cabeza de Filius Narcisse había un pequeño ataúd blanco cubierto de escritura.

CAPÍTULO ONCE

Estaba astillada, fragmentada, presa de imágenes de podredumbre inmaculada, andando medio ciega por calles oscuras y plomizas como si el mundo no fuera a acabarse nunca, como si fuera a andar siempre, sin obstáculo alguno. O como si el mundo hubiera acabado ya, y a ella la hubieran dejado atrás para que se abriera paso a trompicones entre las tumbas.

Sus pasos inseguros la llevaron, como en otros momentos de crisis, a la pequeña iglesia haitiana en la calle Lafayette. El pequeño edificio pintado de blanco le parecía más una tumba que un faro, y al principio lo evitó. Las cosas que había visto durante la última semana, y sobre todo lo que acababa de ver aquella tarde, la habían llevado al borde de algo. Temía la locura, pero temía aún más que una mente racional se ocultara detrás de todo aquello.

La luz en la iglesia era tenue, como solía serlo a esa hora del día, como si sólo esperara que la pusieran en marcha. Una lámpara de sagrario estaba encendida en el pequeño altar, roja como una cereza, temblando suavemente, señalando la presencia de Cristo. Angelina se santiguó e hizo una genuflexión, sin especial habilidad. No era una mujer piadosa, los movimientos lentos de la piedad la hacían resultar patosa. Sobre el altar, apenas alumbrado y con un tono rojizo pálido, la figura de un cristo negro la veía ocupar un banco y agachar la cabeza. ¿Sería verdad?

Hacía casi un año que iba de vez en cuando a Saint Pierre. La ira de Rick, la indiferencia de Rick, el calor de Rick, la frialdad de Rick, éstos habían sido los móviles que la habían empujado a una devoción imperfecta y defectuosa. ¿O sería simplemente que se estaba haciendo mayor y menopáusica y que necesitaba la fe?

Estaba intentando calmar su mente lo suficiente para poder rezar cuando el padre Antoine la descubrió. Esperaba su visita desde que se enteró de la muerte de Rick. Él sabía, por supuesto, que Rick era protestante, y que no requeriría sus servicios para el entierro. Pero Angelina sí lo necesitaría, de eso estaba seguro.

El cura esperó mucho tiempo a su lado, mirándola en silencio, aguardando a que su atención se dispersara. Pero no estaba concentrada, sino distraída, tan incómoda con Cristo como antes, ese mismo día, con Reuben y sus recuerdos. Al fin, se volvió y miró el padre Antoine.

—*Bonsoir, Angelina. Tout va bien?*

Ella negó con la cabeza. Sus ojos eran enormes, privados de expresión.

—No —dijo el cura—, claro que no. Perdóname.

Se sentó a su lado, un hombre grande, patoso en su sotana negra. Sus enormes manos reposaban en el regazo, inútiles para cualquier gesto de consuelo. Allí, bajo la mirada cargada de dolor de su Dios, su condición religiosa le prohibía ofrecer consuelo de cualquier manera que no fuera con palabras.

—*Richard est mort.*

—Sí, lo sé. Silbert me lo dijo hoy. Te esperaba. Deberías haber venido antes.

—Ya estoy aquí.

—En efecto —susurró—. Ya estás aquí.

—Padre, necesito hablar con usted.

Él nunca la había visto así. Preocupada, sí, pero nunca aplanada, exprimida.

—Claro. Podemos hablar aquí, o...

—No —dijo, con una voz abrupta, que se resquebrajaba—, hablar no. Confesarme. Tengo cosas que quiero confesar. Por favor, padre, antes de que sea demasiado tarde.

El enorme cura la miró, desconcertado. En todo el tiempo que llevaba yendo a su iglesia, nunca había entrado en un confesonario. Esa noche parecía estar encogida, como si algo la desgastara.

—Nos pondremos allí, en el confesonario. Le será más fácil. Ella lo siguió como un perro apaleado, o como alguien que cargara con un gran peso, y no lo pudiera dejar.

El pequeño cubículo había sido instalado algo precariamente en un rincón de la iglesia, cerca de la capilla de san Miguel. No entraba mucha luz, incluso cuando la iglesia estaba totalmente iluminada. Era un lugar oscuro, preparado para los pensamientos oscuros. Los pecados no afloran con facilidad a la luz del día.

Angelina se sentó junto al enrejado preguntándose por qué había ido. ¿Qué haría el cura? Dijera lo que dijese, ¿podría cambiar algo?

—¿Cuánto hace desde la última vez que te confesaste?

Un rayo de luz entró por el enrejado, cayendo sobre su regazo, dorándola.

—Veinte años.

El cura recitó sus fórmulas, ella respondió, entonces se produjo un silencio entre ellos, cargado con el peso de tantos silencios por confesar. ¿Por dónde empezar? ¿Dónde acabar? A tropezones, soltó lo primero que se le ocurrió. Tenía tan poca práctica que su lengua se negaba a colaborar delatando su corazón. Pero lentamente las palabras empezaron a surgir, al principio vacilantes, después fluidas, un chorro, espeso y delicioso, ahogándola, casi.

Tardó más de una hora, y cuando acabó estaba temblando y cubierta de sudor frío. Con voz temblorosa, el cura pronunció las fórmulas de absolución. Pero no se sentía absuelta. Nada la podía absolver. No era por algo que hubiera hecho. La gracia podía borrar las acciones. Era lo que ella sabía. No existe perdón para el conocimiento, no hay absolución para las cosas que se albergan en la mente y se agitan.

El padre Antoine fue el primero en salir del confesonario. Angelina lo siguió, cabizbaja, con la vista en el suelo.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, Angelina? Me gustaría poder ayudarte.

—No, padre, nada.

—¿Has hablado con alguien de... estas cosas? Ella indicó que no.

—Será mejor que no lo hagas. Estaré aquí cuando me necesites.

—Gracias, padre. Creo que debo irme ahora.

—¿Dónde estarás? Tal vez necesite ponerte en contacto contigo.

—No, no lo haga. Estoy bien, estoy, en casa de un amigo.

—Al menos dime dónde estás.

Ella le dio unas señas y él las apuntó en una pequeña libreta que guardaba en el bolsillo. Al guardar la libreta, ella lo miró a la cara.

—¿Importa si en realidad no creo?

¿Cuántas veces le habrían hecho a él aquella pregunta? Sacudió la cabeza.

—No lo sé, Angelina. La cuestión es que vayas a misa y te confieses. Lo demás, déjalo a Dios.

—¿Es tan sencillo?

Él desvió la mirada. Sobre el altar, la luz roja vaciló y se apagó. Tuvo la sensación de que había pasado una corriente de aire.

Ella se volvió y se fue entre los bancos y salió a la noche. El padre Antoine estuvo un rato de pie, en silencio, con la mirada fija en el lugar donde había estado la llama. Encendería la lámpara más tarde.

Salió por la puerta lateral que llevaba a la sacristía. No había nadie más en casa esa noche. Las piernas le pesaban, se encontraba mal. Se sentó en el estudio, componiéndose. Al fin se decidió a coger el teléfono y marcar un número. Sonó muchas veces antes de que alguien lo cogiera.

—Aquí el padre Antoine de Saint Pierre. Tengo la información que me pidió. Pero me tiene que prometer que no le harán daño.

Una voz al otro lado de la línea calmó sus dudas. El padre Antoine tomó aliento.

Sólo le llevó unos segundos dictar las señas, pero a él le pareció una eternidad. La luz del santuario se había apagado. La iglesia estaba a oscuras.

—Escuche —dijo cuando acabó—. Ésta es la última vez que va a tener noticias mías. ¿Comprende? No quiero verlo más por aquí. No se me acerque.

No hubo respuesta. Ya no había línea.

CAPÍTULO DOCE

Reuben le había dado la llave la noche anterior. Abrió la puerta sin saber si él habría vuelto. El pasillo estaba a oscuras, pero al final veía la luz que brillaba por las rendijas de la puerta de la cocina.

Se sentía anestesiada por dentro, privada de sentimientos. Era como si algo oscuro y pesado la ahogara: anhelaba algo de dolor fresco, algún dolor que la desgarrara y le permitiera respirar de nuevo. Empujó la puerta suavemente. Se abrió. Los goznes estaban flojos.

Él estaba sentado en el suelo, sobre los azulejos fríos, con las piernas cruzadas entre los fragmentos mutilados de su familia y sus amigos, repasando aquel puzzle loco de sonrisas y caras, extremidades arrancadas y gestos rotos, buscando algo que pudiera reconocer. Le temblaban las manos. Lloraba en silencio.

Ella se detuvo en el umbral y lo miró, sin sentir ni mala conciencia ni satisfacción. Sus dedos se movían como alas de mariposas sin dibujo sobre pétalos oscuros, cepillando su pasado fragmentado con caricias pequeñísimas, suaves como el talco. Casi lloró de compasión por él.

Al fin él levantó los ojos y vio cómo ella lo miraba, sus rasgos difuminados por las lágrimas. Ella no dijo nada. Su confesión la había dejado muda y vacía.

—¿Por qué? —preguntó él, sabiendo que no había respuesta.

Ella le dio la espalda. La sangre le subía a raudales a la cabeza, destrozando el silencio. Ella, como él, también quería restaurar las cosas. Quería volver a oír sus propios pensamientos. Pero sólo oía la sangre que le borbotoneaba en el cerebro y voces que no reconocía, llamándola por su nombre desde muy lejos. Salió corriendo del apartamento, de vuelta a la noche.

Las calles vacías se extendían ante ella como alcantarillas, bastas y deshabitadas. No importaba hacia dónde fuera. Giró a la derecha y se puso a correr, ciega y sorda, intentando ahogar las voces que sonaban en su cabeza.

Ya había llegado a la esquina de Coney Island y Cortelyou cuando oyó los pasos de él que la seguían de cerca, martilleando la acera con los pies. A ella ya no le quedaba ni aliento ni voluntad; estaba exhausta y desgarrada, incapaz de tirar adelante. Su respiración avanzaba en bocanadas entrecortadas, un dolor agudo se clavaba en su costado. Se derrumbó contra el escaparate de George's Restaurant, jadeando como una zorra atrapada. En el interior, la gente tomaba café y la mejor tarta de queso de Brooklyn. Banderas estadounidenses de colores encendidos estaban en la pared junto a fotos de hombres y mujeres jóvenes vestidos con distintos uniformes. El inagotable deseo del inmigrante de lograr la normalidad.

La alcanzó andando despacio. Las lágrimas de sus mejillas aún no estaban secas. Una mujer los miró al pasar, con curiosidad, pensando que eran amantes en plena

pelea. Angelina tiritaba, jadeando, intentando respirar. El cabello le caía en los ojos abiertos, largo e iracundo. La mujer miró por un momento, y después siguió adelante, indiferente. Todo el mundo tenía sus problemas.

Él le tocó suavemente el hombro, pero ella se estremeció y se retiró, casi como si la hubiera abofeteado.

—¿Qué pasa, Angelina? ¿De qué tiene miedo? No le voy a hacer daño. Las fotos no tienen importancia. No estoy enfadado, créame. Me ha hecho daño, pero no estoy enfadado. Quiero comprender.

Ella no lo podía mirar a la cara, no soportaba verle los ojos. Todo este rato estaba tiritando. Él volvió a tocarla, y ella sintió que, dentro, algo cedía. Tiró la mano hacia atrás y de repente se encontró pegándolo, con fuerza contra la mejilla, una vez y otra, hasta que se encontró aporreándolo furiosamente con los puños cerrados, pegándole en cualquier parte y en todas a la vez; su cara, sus brazos, su pecho, su estómago. Y todo el tiempo él se mantuvo en silencio, como si la ira sólo dispusiera de las manos de ella para expresarse.

Apenas la podía controlar. Los brazos de ella iban como ruedas de molino, pegándole. Él no quería hacerle daño, ni que se hiciera daño ella, pero tenía que detenerla. De alguna manera, logró apoderarse de sus brazos, pero siguió sacudiéndose, tensa, convulsiva, como si estuviera presa de un ataque.

—¡Angelina, intente controlarse! —le gritó—. ¡Por favor, Angelina, pare! ¡Se va a hacer daño! ¡No tiene nada que temer! Quiero ayudarla, Angelina. ¡Pare, por favor!

Pero ella siguió jadeando, y escupiendo y sacudiendo los brazos, intentando liberarse.

Y entonces, tan de repente como había empezado, su pataleta terminó. Se quedó rígida, todo el cuerpo tremendamente tieso. Un momento más tarde la tensión desapareció y se apoyó en el escaparate, como si fuera a caer. Él suponía que ahora vendrían las lágrimas, y cuando no llegaron, empezó a pensar que quizá no la pudiera ayudar.

—No se preocupe —dijo ella—. Ya estoy bien. Perdome que le haya pegado. Perdome que rompiera sus fotos.

—No importa. Volvamos al apartamento.

Intentó rodearla con el brazo, pensando que quizá necesitaría que la consolaran, pero ella eludió su patos o gesto y siguió adelante sola. Él la siguió, lentamente, de vuelta, sin que ninguno de los dos hablara. El silencio que los rodeaba se podía tocar. La respiración de ella era aún espasmódica e irregular, pero la ira o el terror —no acababa de decidir cuál de los dos había sido— parecía haber pasado.

Llegados al apartamento, la instaló con un coñac y se preparó otro. Ella aún temblaba lo suficiente para que se apreciara a primera vista. Con el primer sorbo se estremeció. El zumbido que le sonaba en la cabeza había disminuido hasta ser un

mero murmullo. Las voces eran susurros, afortunadamente lejanos. No las reconocía, pero ellas la conocían, sabían su nombre, y temía que si la llamaban con la suficiente insistencia acabaría por ir a reunirse con ellas.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó él, después de un rato. Angelina asintió. Estaban en el salón. Había quitado de en medio los peces. La pecera estaba en su rincón, oscura y vacía. Las algas del fondo ya habían empezado a pudrirse.

—¿Querría contarme qué es lo que ha pasado?

Sacudió la cabeza, y extendió la copa para que le pusiera más coñac. El sabor le recordaba su casa, sus últimos años en París. Su padre siempre había encargado a un amigo en Francia cajas de coñac Vielle Réserve de la Charente. Los invitados que iban a cenar siempre se fijaban en él, diciendo que nadie en todo Haití tenía un coñac tan bueno. Después de que los detuvieran, los Tontons habían ido a robar las últimas cajas del sótano. «Confiscarlo» habían dicho, pero era un robo. No habían dejado ni una, pero entonces ya no importaba. Nunca fue nadie más a cenar.

—Hoy fui a confesarme —dijo ella.

—¿De verdad? ¿Y de qué se confesó?

Vaciló.

—Eso es un secreto mío y de Dios.

—Y del cura.

Ella asintió.

—Sí. Del cura también. Pero él no le dirá nada. Los curas juran. Pensaba que lo sabría.

—Sí, lo sé. La mitad de los crímenes de esta ciudad se resolverían si esa norma se pudiera anular, aunque sólo fuera por un día. —Se detuvo—. No creía que fuera creyente.

—Puedo serlo cuando lo necesito.

—¿Y ahora lo necesita?

—Me parece que sí.

Ella cambió bruscamente de tema, hablándole del Vielle Réserve y después, sin querer, de su padre.

—¿Por qué detuvieron a su padre? —preguntó él.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué detenían a la gente entonces? Los Tontons Macoutes mataban gente inocente sólo para asegurarse de que nadie se sintiera a salvo. Papá fue ministro bajo el presidente Vincent y bajo Lescot, allá por los años treinta y cuarenta. Ministro de educación en ambos gobiernos. Cuando Lescot fue derrocado en 1946, abandonó la política y se dedicó a su plantación de caucho cerca de Jérémie. Cuando Magloire llegó al poder, convenció a mi padre de que aceptara una cartera en su gobierno y cuando fue derrocado, mi padre volvió a la plantación. Eso era en 1956. Mi padre

tenía sesenta años. Yo tenía siete.

»Al año siguiente, Duvalier ganó las elecciones, y poco después los Tontons ya estaban cazando miembros de la élite. Nuestra familia era de las primeras de la lista: los Hypolite-Béliard eran una de las familias más antiguas de la *gens de couleur*.

Sonrió sin convicción.

—Todos son de color en Haití, sabe. Nosotros hemos tenido la piel clara más tiempo que casi nadie, o sea que estamos en primera fila de la sociedad.

Se encogió de hombros. Una expresión sombría le atravesó la cara.

—Seis meses después de que Duvalier llegara al poder, unos hombres vinieron a nuestra plantación. Se llevaron a mi padre a Port-au-Prince. Nunca lo volví a ver.

Se quedó callada, mirando la pecera vacía, y el vaso vacío que tenía en la mano. Tras la muerte de su padre, su madre fue internada en un sanatorio en Suiza. No había ni diagnóstico, ni tratamiento. Llevaban a Angelina a verla una vez al año, pero su madre nunca la reconoció, nunca habló. En las largas noches suizas, cargadas con la promesa de nieve, veía por la ventana como vientos fríos se alzaban y caían sobre las laderas empinadas. En el interior, en una mesa junto a su cama, había una foto de un mar de coral, pálida, en un marco plateado.

A medida que Duvalier fue reafirmando su poder sobre el país, la élite empezó a hacer las maletas y a marcharse; algunos a Europa, otros a Estados Unidos. A los dieciséis años, Angelina fue enviada al colegio a París. Cuando las cosas se calmaron un poco unos años más tarde, su tía Classinia la hizo volver a la villa de la familia en Pétionville, en las montañas que dominan Port-au-Prince. Vivió allí con su tía y algunos criados, bebiendo los restos de buen vino, viendo el sol amoratado ponerse al otro lado de la bahía, cepillándose el largo cabello negro, mirándose la cara en un espejo de cristal francés traído hacía mucho a Haití de Nantes. Por la noche oía los *tap-taps* avanzando por las curvas de la carretera de Pétionville.

—Quería ser artista —dijo—. Pintora. Cuando estaba en París estudié un poco. Tenía un profesor en la calle Saint Sulpice. Dijo que tenía talento. De vuelta a Haití, pintaba todos los días; pero Rick dijo que perdía el tiempo, que nunca me convertiría en una artista seria allí. Dijo que tenía que ir a Nueva York, y que él me compraría un estudio.

—¿Lo hizo?

Ella negó con la cabeza.

—Tenía una habitación en mi apartamento que llamaba mi estudio, pero era demasiado pequeño y oscuro. Pinto un poco, pero sólo para mí. No ha habido exposiciones ni galerías.

—¿Ha guardado sus pinturas?

Ella lo miró con una cara extraña, como si entrara en un territorio prohibido.

—Hay algunas en Haití —dijo—. Las de Nueva York están en un almacén de

Bensonhurst. Nadie las ve nunca. No sé por qué las guardo; sólo acumulan polvo y telarañas.

—¿Podría verlas?

—No le gustarían.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé —dijo ella—. Lo sé.

Richard Hammel la había encontrado allí en su primer viaje de investigación a Haití. Ella tenía veinticuatro años, él treinta y uno. La llevaba cada tarde a un *picnic* en Kenscoff y la mayor parte de las noches a cenar al Oloffson. Bailaban música disco en el Cercle Bellevue y merengue en el club sin nombre de la rué Poste Marchand. El dinero asignado a su proyecto de investigación casi se había acabado después del primer mes. De vez en cuando la acompañaba a un remoto *houngfor* en el valle de Artibonite, donde veía a hombres y mujeres convertirse en dioses y diosas. Durante dos meses ella relució. Por primera vez en su vida, tuvo la impresión de ser feliz.

Sin embargo, en el aire refinado de Pétionville los parientes que le quedaban en Haití murmuraban su desaprobación. Rick era americano, nada rico, y mucho peor, un hombre sin árbol genealógico. A su modo de ver no era ni digno de desprecio. Los Hypolite-Béliard vivían en un mundo de distinciones sutiles, un microcosmos determinado por finas variaciones de tono de piel —mulato, marabou, griffon, negro, blanco— y diferenciaciones aún más sutiles de gusto y educación. Se ponían polvo de arroz en la cara, tomaban absenta en el Pigalle y encargaban las últimas novelas de París. Ese matrimonio estaba prohibido.

Pese a todo Angelina se casó con él. Al día siguiente, su tía la desheredó públicamente. Rick se la llevó directamente a Nueva York, a su pequeño apartamento en Brooklyn. Más allá de sus ventanas mugrientas, no crecía nada. No había montañas, ni bosques, ni mares de coral. Durante algún tiempo fue feliz y tuvo la impresión de estar enamorada. El reloj sonaba, y su vestido de boda se iba deshilachando.

Después se fue quedando despierta por las noches, escuchando los ruidos que no existían. A veces caía en sueños intensísimos y soñaba con el vestido amarillo que había llevado de niña, cuando tenía siete años.

Angelina habló hasta que se hizo tarde. No tenía fotos para enseñar a Reuben, sólo recuerdos hechos jirones. Puestas de sol y espejos aparecieron por momentos, sus palabras no podían retenerlos, obligarlos a quedarse quietos. Se preguntaba qué estaría ocultando, y por qué.

Ya eran más de las doce cuando la llevó a su habitación. Ella apenas recordaba haber dormido allí la noche anterior. Cuando él empezó a cerrar la puerta, se volvió y le dijo:

—Por favor, Reuben, quédate esta noche. Me gustas. Di, por favor, que te quedarás.

Le suplicaba con la mirada. Puestas de sol y espejos. Sombras apagadas de una niña pequeña.

—Estás cansada —susurró él—. Estamos cansados los dos. Deja la luz encendida si tienes miedo. Yo estaré durmiendo aquí al lado.

—No es por eso —replicó—, no es por sentirme segura.

Él se detuvo y comprendió. Los ojos de ella habían cobrado vida.

—¿Para qué, si no? Apenas nos conocemos, Angelina. Se supone que no te tengo aquí. Si mis jefes se enteraran de que he dormido contigo... —Abrió las manos—. Por favor, Angelina, quizá si la situación fuera diferente...

Cerró los ojos y asintió. No lo quería ver. Las puestas de sol y los espejos la cegaban. No lo vio cerrar la puerta. No lo vio descansar la cabeza contra la puerta un momento antes de irse.

CAPÍTULO TRECE

Reuben miró el despertador. Eran casi las cuatro de la mañana. Algo lo había despertado. Se levantó de la cama y se puso una bata. No recordaba haber estado tan cansado en su vida.

Se veía luz en la cocina. Angelina estaba allí sentada en el suelo como había estado él unas horas antes. Había encontrado un rollo de celo en un cajón y estaba ocupada uniendo los trozos de sus fotos. La miró mientras iba clasificando y ordenando, uniendo borde desgarrado con borde desgarrado, fragmento con fragmento, cara con cara.

Cuando se acercó, ella no se movió, sino que continuó clasificando y pegando como si no se hubiera dado cuenta de que estaba allí. Miró lo que había hecho: había cuadrados y rectángulos en el suelo junto a ella, los bordes irregulares, el celo torcido. Nada encajaba. Ninguna de las piezas correspondía. Las fotos que intentaba reconstruir estaban tan rotas y difusas como los fragmentos que quería poner en orden.

Se agachó y le puso una mano suavemente en uno de sus hombros. Levantó la vista sorprendida, pero sin miedo.

—Te esperaba —dijo ella—. He recompuesto tu familia. Como Humpty Dumpty. Mira.

Él la puso de pie con todo cuidado. Estaba vestida con la gruesa bata que había mandado su hermana. La ropa que había ido a buscar al apartamento seguía allí, en la maleta.

La bata estaba abierta, mostrando algo de sus pechos. Él alargó las manos para cerrarla, pero el pulso le tembló, y le tocó la mejilla. La vio mirarle, sintió cómo le temblaba el corazón, cómo se le ponía fría la piel bajo la gruesa bata. Le acarició la mejilla con los pelos del dorso de la mano. Ella le besó los dedos suavemente.

Ahora ya no podía resistirse. Sonriendo, ella le tomó la mano y la puso sobre su pecho. Al deslizarse bajo la bata, él la acercó y la besó. Sus labios tenían sabor a sal, y se dio cuenta de que le caían lágrimas por la cara.

Ella echó la cabeza hacia atrás y él le besó el cuello con suavidad. La mano de él avanzó, cauta, por el pecho de ella, rozando el pezón, arrancándole el aliento. Ella se avanzó hacia él y puso su boca contra la suya, besándolo a fondo, su lengua como el ala de una polilla, rozando sus labios y dientes.

Cerrando los ojos, ella vio su cara en un cristal ondulado. La cara de Rick que sonreía, desnudo como el invierno, la cara de Rick con hematomas, pálido sobre una cama de acero inoxidable, el sol que se hundía desnudo en el mar rojo, su madre desnuda y muerta en una cama de seda. Asustada, volvió a abrir los ojos. La cara de Reuben estaba cerca de la suya.

Él la ayudó a quitarse la bata, sacando los brazos por las incómodas mangas adornadas de encaje. Cayó pesadamente al suelo, dejándola fría y desnuda en sus brazos.

La habitación daba vueltas, se sentía enferma de deseo. Él bajó la cabeza y tocó sus pechos con sus labios abiertos, convirtiéndola en agua. Las piernas ya no la aguantaban; tiró de él, se aferró, temiendo que el mundo saliera disparado.

Lloriqueó cuando sus dedos le tocaron las caderas, pero los labios de él encontraron los de ella y los acallaron. Sabía que el sexo no tenía nada de bonito, nada que brillara en el cuerpo. Rick le había enseñado eso. Rick con sus manos frías y su piel húmeda. No esperaba nada, ni quería nada. Esto era todo lo que podía conseguir: un abrazo frío, un momento de farsa, un churretón de semen frío contra su vientre. Cerró los ojos y vio la cara de Rick, hinchada de triunfo.

Estaban desnudos, luchando entre los fragmentos de cientos de fotos destrozadas. Los trozos de papel se le pegaban a la piel. Los bordes se le clavaban. Oía a vainilla y pimienta, oyó voces que susurraban, el viento entre los caucheros, sintió que Reuben la penetraba y gritó, gritó, abrió los ojos y sintió que el mundo se inclinaba, se inclinaba, oyó su voz gritando mientras él se movía dentro suyo, gritó y cerró los ojos.

Después lloró un buen rato, acunada en sus brazos. La había llevado a su cama y se había cubierto con el edredón como si fuera una tienda de campaña. Sus muslos estaban aún cubiertos de sangre. No alcanzaba a comprender cómo la podía haber dañado.

Y entonces dejó de llorar y se lo explicó, arrancando las palabras sangrientas de su interior; y él estaba tendido a su lado en la oscuridad, herido y en silencio.

Después de un rato él se durmió, exhausto, con su brazo aún alrededor de los hombros de ella. Fuera un viento oscuro llegaba desde el mar y soplaba a bocanadas torturadas sobre la ciudad dormida. Un cubo de basura se volcó con gran estruendo y empezó a balancearse sobre la acera. Angelina estaba despierta, escuchando el ruido. Tenía una mano sobre el corazón de Reuben, oyendo cómo golpeaba. Él no se despertó.

Reuben soñó que estaba en un cementerio donde las tumbas eran altas como rascacielos y los perros iban de un lado a otro en jaurías silenciosas. Una larga fila de personas avanzaban en procesión entre las tumbas, él entre ellos, con palas largas sobre los hombros, buscando un sitio para cavar.

En un rincón abandonado de la necrópolis encontraron un trozo de tierra recientemente removido y se pusieron a cavar. Cavó como un loco, cada vez más a fondo, adentrándose en la tierra. Cuando miró al fin a su alrededor, se encontró solo en la tumba abierta, de pie sobre un ataúd, lejos de todos los demás.

De alguna manera logró colocarse junto al ataúd y levantar la pesada tapa.

Iluminaba la figura envuelta en un sudario que había en el interior. La cara de Angelina le sonreía, incorrupta, inmaculada, increíblemente bella. Se agachó para besarla y sus labios estaban calientes. Cogiéndola por la nuca, la izó hasta sentarla. Al hacerlo, atisbo su espalda. Por debajo era un horror de podredumbre. Se le veía el cráneo a través de una masa estropajosa de pelo. Donde antes estaba su carne, ahora había una masa de gusanos que se movían en un caldo corrupto. La dejó caer e intentó escapar de la tumba. Al momento despertó gritando, y la encontró a su lado, sonriendo.

Ella lo calmó, diciendo que era el viento lo que lo había asustado. Estuvieron despiertos a partir de entonces, hablando de vez en cuando, como amantes que se conocen desde hace mucho y se despiertan en la madrugada. Al fin, ella le dijo lo que había temido decirle antes.

—Hoy volví a mi apartamento —susurró—. El apartamento donde Rick y yo vivíamos.

—Sí, ya sé. ¿Qué pasó?

Ella vaciló un momento, y lo abrazó.

—Vi a Filius Narcisse —dijo ella—. Estaba sentado en el salón.

—¿Lo viste? ¿Seguro?

Ella apretó la mano de él con fuerza. La oscuridad les acechaba por todas partes.

—Lo vi —susurró—. Y hablé con él.

Pero no le dijo quién más estaba allí. No lo habría comprendido. De hecho, ella tampoco lo acababa de entender.

CAPÍTULO CATORCE

—¿Doctor Spinelli? Aquí el teniente Reuben Abrams. Llamé ayer pero no estaba. Dejé un mensaje a su secretaria.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Spinelli acababa de empezar su turno. Había tenido una noche difícil. Su nueva novia acababa de descubrir a Alex Comfort: habían llegado a la «B» cuando él se derrumbó.

—Sí, teniente, recibí su mensaje. Quiere verme. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

Reuben explicó lo que le había dicho Rivera, dejando que Spinelli aportara algunos de los tecnicismos que le faltaban. Estaba sentado en la cocina, bebiendo una taza de café templado. Angelina estaba en la cama, intentando dormir. Spinelli le interrumpió cuando estaba a mitad de su explicación.

—Mire, teniente, mandé un informe sobre esto al doctor Rivera. Si es necesario, testificaré ante el tribunal que su víctima murió a consecuencia de envenenamiento por tetrodotoxina. Pero no creo que eso sea necesario después de la autopsia.

—No va a haber autopsia.

—¿Por qué?

—Porque no tenemos el cadáver.

Un largo silencio. Cuando Spinelli volvió a hablar, su voz había cambiado.

—¿El ataúd estaba vacío?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

Spinelli vaciló antes de contestar.

—Teniente, si hubiera sido un poco más listo, lo habría advertido.

—¿Usted sabía que esto podía pasar?

—No. Si lo hubiera sabido, se lo habría dicho. No se lo dije porque no usé mi imaginación. Esto es sólo algo que he leído. No se me ocurrió que pudiera pasar en Nueva York.

—¿Y qué es lo que ha leído, si es que se puede saber?

—¿Ha oído hablar de los zombis, teniente?

—Doctor Spinelli, no quiero...

—Espere, teniente. El hombre cuya sangre analicé era haitiano, ¿no?

—Correcto.

Reuben oyó como Spinelli tomaba aliento.

—Eso lo adiviné. De hecho, lo podría haber sabido antes si me hubiera tomado la molestia de mirar su nombre. —Se detuvo un momento—. Bueno. Escúcheme con atención. Olvide todo lo que haya podido oír sobre los zombis, todas las películas de sesión nocturna que haya visto, todos los cómics que haya leído de niño. Aquí sólo hablamos de hechos.

»Créame, me siento igual de incómodo que usted usando la palabra “zombi”. Soy médico, soy un científico, así que lo que le voy a decir son hechos científicos. Eso que los haitianos llaman un “zombi” no es un ser sobrenatural; si pensara que lo es, no le hablaría de esto, no desperdiciaría su tiempo. Parece ser que son personas en quienes se ha inducido un estado de narcosis profunda, un coma más o menos imposible de distinguir de la muerte, a los que se declara muertos, se los entierra, y después los reaniman a un estado de conciencia incompleto.

—Esto que me dice ¿son suposiciones? —preguntó Reuben—. ¿O tiene pruebas?

—Hay pruebas —respondió Spinelli—. Un íntimo amigo mío es etnobiólogo en Harvard. Estudia remedios de las plantas medicinales en sus contextos culturales. Se dedica a buscar aplicaciones farmacéuticas a plantas medicinales tradicionales. Ha trabajado mucho con los alucinógenos entre las tribus indias de Brasil.

»Hace unos años se enteró de que yo estaba interesado en las toxinas naturales. Me habló de sustancias de las que no tenía noticia. Una de ellas era la tetrodotoxina. Este veneno es una molécula compleja que se da en la naturaleza en varias especies de peces, generalmente conocidos como peces globo. Esta toxina se encuentra en su piel, su hígado, sus genitales e intestinos. Como le explicó el doctor Rivera, es extraordinariamente tóxico.

Spinelli dejó de hablar. Reuben lo podía oír, respirando suavemente, y los ruidos habituales de la actividad de un hospital de fondo.

—Dígame, teniente ¿ha oído hablar del *fugu*?

—Nunca.

—Es el nombre en japonés del pez globo. Allí lo consideran una especie de *delicatessen*. Todos los mejores restaurantes lo sirven. La cuestión es que es potencialmente letal, de manera que sólo se les permite prepararlo a cocineros con una licencia especial del gobierno. En general se come como *sashimi*, carne cruda de los músculos dorsales, que no son tóxicos. Aun así, cada año alguien muere por comer *fugu* preparado sin las debidas precauciones. ¿Y por qué cree usted que la gente se arriesga de esa manera cuando se podría comer unos buenos boquerones?

—Supongo que tiene buen sabor.

—Al contrario. Por lo que me han dicho, no es gran cosa. El sabor no es lo que importa. Lo que la gente busca es una experiencia con drogas legales. La idea no es eliminar por completo la toxina, sino dejar justo la suficiente para que el que lo coma sienta cierta euforia. Algo bebido, con la boca algo adormecida, como si acabara de ir al dentista. Así que mucha gente se adormece y sienten un cálido cosquilleo. Algunos mueren. Pero ¿qué pasa antes? Tiene que haber algo antes, ¿no?

Sonó un timbre.

—Perdone un momento, teniente, alguien me llama por la otra línea.

Hubo una breve pausa mientras el doctor hablaba por la otra línea. Entonces

volvió su voz.

—¿Por dónde iba?

—Entre adormecido y muerto.

—Exacto. Entre estar adormecidos y muertos entran en coma y, fíjese en esto, los llevan al hospital y los declaran muertos. Mientras tanto, ellos siguen completamente conscientes. Oyen, sus facultades mentales están despiertas, pueden ver si alguien les abre los ojos. Pero no pueden mover ni un músculo, ni hablar, ni parpadear. Aparentemente están muertos. A veces los entierran vivos.

»En Haití no comen *fugu*, pero el pez globo es uno de los ingredientes de una mezcla venenosa. Esta mezcla la hacen los brujos locales o *bokors* y se la conoce como el veneno de los zombis. Esta sustancia, dicho de otra manera, convierte a la gente en zombis. Los ingredientes exactos varían de una zona a otra, pero siempre incluyen pez globo, es decir, siempre contiene tetrodotoxina. Si se acierta en la cantidad, el resultado es una muerte aparente. Ésa es la primera fase del proceso. La segunda es el entierro, que en general tiene lugar en seguida. La tercera es la exhumación, generalmente esa misma noche. La cuarta fase consiste en administrar un antídoto que contiene *datura stramonium*. No hay pruebas que indiquen que la *datura* ni ninguno de los otros ingredientes contrarresten realmente la tetrodotoxina. Pero la *datura* es extremadamente psicoactiva. Produce un estado de delirio psicótico, que conduce a la confusión y la amnesia. En Haití, el nombre popular de la *datura* es *concombres zombi*, el pepino de los zombis.

Spinelli calló de nuevo. Se acercó a la puerta. Reuben podía oír cómo hablaba en voz baja con alguien. Un momento después ya estaba de vuelta.

—Teniente, tengo que irme. Si puede pasarse por mi oficina en algún momento, le reuniré algo de documentación. Y le daré el número de este amigo.

—Doctor, antes de que se vaya, ¿está intentando decirme que han convertido a Filius Narcisse en un zombi?

—Eso lo tiene que decidir usted. Yo sólo le he dado algo de información. Usted puede sacar las conclusiones que quiera. Avise a mi secretaria si va a venir. Intentaré estar a su disposición.

La línea quedó sin comunicación. Reuben colgó el auricular y cerró los ojos. Lo que había empezado como un caso normal de homicidio se estaba convirtiendo rápidamente en una especie de caza del fantasma. Él no creía en los fantasmas. Hasta hacía cinco minutos no creía en los zombis. Una hora antes Angelina le dijo que había hablado con un hombre al que vio por última vez declarado muerto en un hospital. Ahora un doctor en medicina le decía que tal vez no fuera una alucinación.

Volvió a coger el teléfono.

CAPÍTULO QUINCE

Danny Cohen llegó a las 8.30 horas con dos agentes, O'Rourke y Grigorevitch. Reuben explicó los hechos mientras se afeitaba.

—¿La cree?

—Creo que vio algo.

—Podría estar reviviendo el encuentro original, sublimándolo al devolver la vida a su amigo muerto. Una cuestión de transferencia.

Cohen tenía estudios superiores, había estudiado psicología. Tenía ideas.

—Escucha, Danny, es una tía lista. Lo ha pasado mal, y quizá empiece a ver visiones, pero no creo que sea así.

—¿Ella afirma que realmente habló con él?

Reuben asintió. Angelina seguía en la cama.

—¿Sabes qué le dijo? ¿No la informaría sobre los mundos del más allá, o algo así, verdad?

—Para, Danny. Algo la asustó. Tú estabas allí cuando ayer abrimos ese ataúd. Ella no sabía nada sobre eso, o sea que es del todo posible que alguien lo haya llevado de vuelta al apartamento, una especie de broma.

—¿Le dijiste lo que encontramos?

Reuben dejó la maquinilla y se aclaró la cara.

—¿Y a ti qué te parece, Danny? ¿Te crees que disfruto contando a una viuda que acabamos de estar exhumando a un amigo suyo?

Las preguntas de Danny le empezaban a irritar.

—Bueno, bueno, no hay por qué enfadarse. ¿Qué dijo ella que le había dicho?

—Dice que él no sabía quién era, ni cómo había llegado allí, ni quién le había llevado. No la reconoció, ni respondió al ser llamado por su nombre. Estaba como...

—¿Un zombi? ¿Es eso lo que me vas a contar? Venga, hombre. Ella te ha estado contando demasiadas tonterías de esas del vudú.

—Siéntate, Danny.

—¿Cómo que me siente? Tenemos que irnos, tenemos que salvar Nueva York de los zombis.

—Siéntate y escucha.

No había otro sitio donde sentarse excepto el inodoro. Bajó la tapa y se sentó en ella.

—Después de llamarte, Danny, llamé a otra persona, a un tal Spinelli. Joe Spinelli. Es un experto en hematología del hospital universitario de Long Island. Te hablé de él ayer; es quien encontró la tetrodotoxina en el cuerpo de Narcisse.

—Es verdad, me acuerdo.

—Bien. Le conté a Spinelli lo que había sucedido, que no encontrábamos a

Narcisse, que alguien creía haberlo visto vivo, quería una opinión médica. Algo que pudiera haberseme pasado, algo que tuviera pies y cabeza para el informe.

—¿Y qué te dijo? ¿Que la tetrodotoxina te da poderes sobrenaturales, o algo así?

—No te hagas el listo, Danny. Calla y déjame que te cuente lo que me dijo.

Reuben le contó lo que había dicho Spinelli. El efecto fue gratificante. Por primera vez en los veinte años que hacía que lo conocía, Danny Cohen se había quedado sin palabras. Cuando recuperó el habla, su tono había cambiado dramáticamente.

—¿Crees que aún está allí, esperando que alguien vaya a hablar con él?

—No lo sé, Danny. No se puede decir que tenga mucha experiencia con este tipo de cosas. Angelina mencionó que alguien había vuelto a levantar los tablones del salón. Es muy comprensible que no se tomara la molestia de ver qué había.

—¿Crees que podría haber más?

Reuben se encogió de hombros.

—¿Más cadáveres? Espero que no. Sin embargo, hay algo que me inquieta. Angelina dijo que el precinto estaba intacto cuando llegó. Ese apartamento no tiene puerta trasera. Así que ¿cómo entró Narcisse? Por muy zombi que sea, no atravesará las paredes.

—Yo creo que deberíamos ir allí. ¿Estás preparado?

—Claro. Vamos allá.

Danny siguió a Reuben hasta el salón, donde esperaban O'Rourke y Grigorevitch. Al salir, Danny señaló el dormitorio de invitados con la cabeza.

—«Angelina», ¿eh? Conque estrechando lazos con los nativos, ¿eh, Reuben?

—Déjalo, Danny. La señora es viuda.

«Y hasta anoche también era virgen, pero en eso es mejor que no entremos». Había cosas que gente como Danny Cohen nunca llegarían a comprender.

Al llegar a la puerta del apartamento, Danny se volvió a Reuben.

—Ya sé qué hay de raro. ¿Qué ha pasado con tus fotos, Reuben? ¿Las que tenías de Bubble y los demás?

Reuben no contestó.

* * *

Reuben entró el primero, seguido de cerca por Danny. Se conocían desde niños, en el yeshiva Bais Yaakov. Su primer recuerdo común fue una pelea a puñetazos delante del colegio dos días antes del Yom Kippur. Ninguno de los dos podía recordar cuál fue la provocación o el resultado, ni cómo habían acabado por ser amigos. Habían estudiado la secundaria juntos, y sólo se separaron cuando Danny fue a la universidad de Nueva York. Después Danny también se hizo policía. Ya hacía tres años que estaba en el departamento de Reuben, y durante gran parte de ese tiempo

habían trabajado formando equipo.

Reuben sintió frío en el momento mismo de entrar por la puerta. El precinto estaba roto, tal y como había dicho Angelina, y la puerta estaba abierta de par en par. Danny entró siguiéndolo, silbando suavemente la música de los *Cazafantasmas*. A veces Reuben tenía la sensación de que Danny tenía la misma sensibilidad que un saco de patatas.

—Da miedo, ¿eh, Reuben? Y hace frío... Recuerdas la escena de *El exorcista* donde la habitación se congela.

—Cállate, Danny. No tiene la menor gracia.

—Es que nunca he tenido tratos con el otro lado.

—Y ahora tampoco los vas a tener. Escucha, Danny —Reuben se encaró a su amigo—. Una cosa es un chiste, ¿vale? Pero ya sabes lo que nos encontramos aquí la última vez. Eso no tuvo la menor gracia, y esto tampoco la va a tener.

—Pero los zombis, Reuben...

—Déjalo correr, Danny.

Danny abrió la boca, miró una vez más a Reuben y la cerró. Pensándolo bien, tal vez Reuben tenía razón. Quizá no tenía gracia. Y realmente hacía frío allí dentro.

Los agentes O'Rourke y Grigorevitch estaban todavía en el rellano. Ninguno de los dos había estado en el apartamento, pero habían oído hablar mucho de él. O'Rourke se santiguó disimuladamente antes de atreverse a entrar por la puerta. Grigorevitch lamentaba haber tomado un desayuno tan abundante.

Reuben encendió la luz del pasillo. La puerta del salón estaba entreabierta, como la había dejado Angelina. Estaba cargado de sombras. El frío parecía salir de allí, ¿o era sólo la imaginación haciendo horas extras?

—Cierra la puerta —ordenó—. No quiero que los vecinos metan las narices por aquí.

—¿Crees que serían capaces?

—Danny, la gente es muy morbosa. Los vecinos son curiosos. Si tu apartamento huele mal, si te peleas con tu novia, ellos quieren saber qué pasa. La gente de por aquí sabe que ha pasado algo gordo en el apartamento A. No saben qué. Pero se mueren de ganas de saberlo.

—Vale. Vamos a acabar con esto.

Reuben dio varios pasos hacia la puerta. De repente se detuvo y levantó la mano. Olió con cuidado.

—¿Hueles algo, Danny?

Danny arrugó la nariz.

—No, nada... aunque... espera. —Volvió a oler—. Mierda, Reuben, ¿no será que...?

Reuben fue a la puerta y la abrió. Habían cerrado las cortinas y la habitación

estaba sumida en la oscuridad. Reuben buscó con la mano en el marco y encontró un interruptor de la luz. Lo encendió. La habitación se llenó de una luz tenue. Los tablones del suelo habían sido arrancados, dejando un hueco enorme. Una corriente fría surgía del fondo, trayendo consigo un olor apagado, enfermizo, desconocido y poco tranquilizante.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Angelina se despertó nublada, como en una mañana de tormenta. Su mente estaba confusa, y tenía los sentidos abotargados. Durante medio minuto no supo dónde estaba ni cómo había llegado allí. Entonces le volvió la memoria, como un torrente de imágenes desordenadas: Rick, con la boca desgarrada; su apartamento allanado; Filius, sentado con la mente en blanco, asustado, en su mecedora; los dedos largos de Reuben, frágiles contra su pecho; los peces ahogándose en la moqueta; sangre caliente cayéndole por los muslos. Se sentó, anonadada, dolida por dentro.

Aún estaba desnuda bajo las sábanas calientes. Con cierto asombro, se pasó las manos por el cuerpo, como si lo descubriera por primera vez. ¿Adónde habría ido Reuben?

—¡Reuben! —gritó—. ¡Reuben!

No hubo respuesta. Se levantó de la cama y encontró un kimono gris echado sobre una silla. Le iba más bien grande, pero se lo puso, arremangándose.

El apartamento estaba vacío. Miró el reloj: las nueve de la mañana. Se dio cuenta de que debían haber ido a su apartamento para comprobar la historia sobre Filius. Que Filius se había convertido en un zombi, eso era evidente.

Se tomó un café en la cocina, como otras veces. Los trozos de fotos seguían allí, donde los había dejado esa misma mañana. Tenían rastros de sangre pegada. No sabía si alegrarse o avergonzarse. ¿Cómo lo decía Rick? «Prefiero el sexo sin penetración». Excepto con sus estudiantes, claro. Por lo que le contaba, a ellas sí que las penetraba.

Después del desayuno, volvió a su cuarto para vestirse. Fuera, el viento seguía aullando, sometiendo al día con sus golpes. Las calles estaban llenas de escombros. Un niño corría, tapado y ciego, por la acera. Un coche dio un giro brusco para evitar una rama que ocupaba la carretera. Pasó un perro flaco, olisqueando desolado pilas de basura. Un mundo roto, lleno de sueños rotos.

Angelina se preguntó qué pasaría con el funeral. Debería llamar a Mary-Jo Quigley a la universidad o preguntarle a Reuben el nombre del director de las pompas fúnebres. O quizá no. Tal vez debería dejarlos continuar, y enterrarlo en algún sitio, ante todos sus amigos, parientes y estudiantes. En algún lugar decorosamente resguardado de la vista.

Pensó que en primer lugar tenía que conseguir algo de ropa limpia y objetos de aseo. Debería haberle pedido a Reuben que recogiera la maleta en su apartamento. Quizá se lo podría decir después. De momento, conseguiría algunas cosas en el centro.

Llamó un taxi. Cuando llegó, un cuarto de hora más tarde, salió corriendo, cerrando la puerta de golpe. El viento le dio en la cara, y bajó la cabeza, luchando por llegar al taxi. No vio un hombre que la miraba con atención desde un portal del otro

lado de la calle.

* * *

Volvió al apartamento después de las once y volcó todas sus compras en el dormitorio. El dormitorio de ella, no el de él. No daba nada por supuesto después de una sola noche, y no creía que él lo hiciera. ¡Un policía judío blanco! ¡Por el amor de Dios! ¿Es que quizá no había metido la pata lo suficiente con Rick para toda una vida?

Encontró una bolsa de basura grande y la llenó con los fragmentos de fotografías del suelo y la mesa de la cocina. Ya puesta en ello, continuó ordenando el resto del apartamento. Había oído hablar de que los hombres judíos buscan mujeres para que les hagan de madre. Sería mejor que Reuben Abrams no se hiciera ilusiones.

Cuando acabó, se preparó un descafeinado con unas pastas que había comprado. Comida de niña, pero así era como se sentía: una niña pequeña con un vestido amarillo. Y el olor de vainilla y pimienta en el aire. La pequeña Angelina en el regazo de papá, sentada tan mona, con aspecto tan de niña buena, mientras el viento movía las ramas y agitaba su falda. Volaba, volaba.

A las doce sonó el teléfono.

—¿Podría hablar con el teniente Abrams, por favor?

Era la voz de una mujer, con acento de Brooklyn. Le resultaba conocida.

—Lo siento, pero no está aquí en este momento.

—Vaya. Tampoco está en la comisaría. El encargado me dijo que tal vez estaría en casa. Llamaré más tarde.

—Tal vez quiera dejar un mensaje. ¿Con quién hablo?

—Me llamo Mary-Jo Quigley, secretaria del departamento de... Un momento. ¿Es usted, señora Hammel?

Vaya, vaya. La hormiguita hacendosa en acción.

—Hola, señorita Quigley. No le había reconocido la voz.

—No sabía que... —vacilación algo incómoda—. ¿Está bajo protección policial o algo así?

—Algo así. ¿Cómo está, señorita Quigley?

—He estado intentando ponerme en contacto con usted. Nadie podía decirme dónde estaba. No esperaba...

—No se preocupe. No tenía ganas de ver a nadie estos días.

—Comprendo, Angelina. ¿Me permites que te llame Angelina? No sé cómo decirte lo mucho que lo siento, lo del profesor Hammel. Animales, les deberían dar garrote vil. Lo digo en serio. La silla eléctrica es poco para ese tipo de persona. Les deberían hacer sufrir.

—¿A qué tipo de persona se refiere, señorita Quigley?

—Ya sabes. Los degenerados. Negros, hispanos. Tengo entendido que lo mutilaron. Qué asco. Animales, ¿cómo se les puede llamar si no, gente capaz de hacer algo así? Un hombre tan dulce, el profesor Hammel. Un santo. Nadie se merece morir así. Pero a quién se lo digo, lo sabes mejor que nadie, ¿verdad? Hoy le decía a...

—Señorita Quigley, en este momento no me apetece hablar de ello.

—Oh, ¡lo siento! Debería ser más sensible. Mi psicointetista me dice que tengo que empatizar más. —Una pausa—. Oye, Angie, tus suegros están desesperados por verte. Están en los Heights, en el St. George. ¿Te gusta ese hotel? Yo lo odio. Demasiado grande. En todo caso, les gustaría que los llamaras. El resto de la familia del profesor llega mañana para estar presente en la incineración. Oye, Angie, no debes saber lo que pasa, ¿no?

—En efecto, no lo sé, señorita Quigley. ¿Qué tal si me lo dice?

Mary-Jo la complació con los detalles del entierro. Todo el mundo estaría allí. Después habría un acto religioso en la capilla de la universidad.

—Gracias por llamar, señorita Quigley. Le diré al teniente que lo buscaba. Tal vez le pueda devolver la llamada.

—No hay de qué. Puedo volver a llamar. Es que la prensa ha estado merodeando por aquí. Con eso de que fuera profesor y todo eso; hace que sea interesante. Me entrevistaron esta mañana para el canal Nueve. ¿No te parece que Gary Douglas es de lo más mono? Yo...

La hormiguita hacendosa se lo estaba pasando en grande. Angelina colgó el teléfono.

Fue al dormitorio y extendió sus compras sobre la cama. Usando su cortauñas, quitó las etiquetas. No había podido comprar gran cosa con doscientos dólares, pero ahora tenía que ir con cuidado con el dinero. Rick tenía un seguro de vida más bien escaso.

Se quitó la ropa de la mamá gorda con alivio. Reuben la podía devolver con un ramo de claveles. ¿Cómo las llamaba Jean Brodie en aquella película? «Flores utilitarias». Muy cierto. Esperaba que ella, Angelina, no tuviera que ir a hacerle una visita. Él no esperaría que ella fuera a conocer a su familia, ¿no?

Se miró en el espejo de cuerpo entero que había junto a la puerta. *¿Hoy quién eres? ¿Angelina Hammel? Mejor dicho: Angelina Hypolite-Béliard. Aún mejor dicho: Angelina Comoquiera-quesellame.*

A él le habían gustado sus pechos, le había acariciado las piernas y el cuello, se había metido en ella hasta el fondo. No se lo podía creer: como si fuera la cosa más normal del mundo. Se preguntaba si él querría volver a hacerlo aquella noche. Quizá esta vez no dolería tanto.

Se metió en la ducha y abrió del todo el grifo. Era una ducha mejor que la que

tenía en casa, un cubículo con una puerta de cristal, en vez de una cortina enclenque colgada de un riel. Agujas de agua caliente azotaban su piel. El vapor llenaba el cubículo, vapor caliente y delicioso que bañaba sus pulmones en calidez y empañaban el cristal, aislándola de todo en un pequeño mundo propio. La hormiguita hacendosa no la encontraría aquí. Filius el zombi tampoco. Nadie la encontraría.

Cerró el agua y cogió la enorme esponja del suelo. Había comprado una botella de Bain aux Plantes de Clarins. Un poco de lujo no sienta mal a nadie. Vertió generosamente el gel de ducha sobre la esponja. Sonriendo, se echó hacia atrás y se pasó la esponja mojada por los senos y el vientre.

Y gritó, gritó y gritó. La esponja cayó al suelo. Y tras ella, la primera gota de sangre, y entonces un reguero y después un chorro. Ella perdió pie y cayó sobre la puerta de la ducha, embadurnando el cristal de sangre. Al írsele los pies, dio una patada a la esponja, haciendo saltar una de las hojas de afeitar de la docena que alguien había plantado amorosamente en ella.

CAPÍTULO DIECISIETE

Reuben estaba de pie al borde del agujero, como un hombre junto a un profundo acantilado que sabe que en un momento se va a desmoronar el suelo bajo sus pies y se va a precipitar al abismo.

O'Rourke había cogido una linterna grande del zeta. Se la pasó a Reuben, aliviado al ver que el teniente entraba primero. La mano le temblaba visiblemente al pasarle la linterna. Nadie quería ser el primero.

Reuben se arrodilló en el borde y proyectó el haz de luz formando arcos suaves, recorriendo el espacio vacío y tenebroso. Ladrillos que se derrumbaban, vigas viejas, tierra que había sido rastrillada y pasada por el tamiz en los últimos días sin que produjera prueba alguna. Telarañas en los rincones, milagrosamente intactas. La oscuridad era maciza, dulce por la presencia de la muerte. Pero esta vez no había cadáveres. Ni un jirón de sudario.

De la pared que había frente a Reuben habían sido extraídos ladrillos. Bastantes ladrillos. Había un hueco lo suficientemente grande para que un hombre pudiera introducirse en él. Algo se movía en el estómago de Reuben. Sabía que tenía que bajar allí y meterse en el hueco. Tenía que haber un túnel, pensó: la corriente de aire entraba por ese hueco. Y el olor fétido.

—Voy a bajar —dijo Reuben.

Estaba seguro que otro había dicho esas palabras, de tanto como se contradecían con lo que él sentía en esos momentos. Quería más que nunca darse la vuelta e irse de aquel lugar.

—Voy contigo, Reuben.

La voz de Danny resultaba extraña. Ya no bromeaba. Reuben notaba que al humor lo había sustituido el miedo.

—De acuerdo. Entrarás a gatas detrás de mí. —Reuben dudó—. O'Rourke, encontrará otra linterna en mi coche. En el maletero. Tráigasela al detective Cohen, por favor.

—Sí, señor, en seguida.

O'Rourke habría hecho cualquier cosa por salir de allí. Cogió las llaves que le ofrecía Reuben y se volvió para salir.

—O'Rourke.

—Dígame.

—Ya que sale a buscar la linterna, llame por favor a comisaría y cuénteles lo que hemos encontrado aquí. Dígales que tal vez necesitamos ayuda.

O'Rourke pareció ponerse de color verde.

—¿Cree que va a encontrar... algo allí abajo? Reuben se detuvo un momento y asintió.

—Sí, agente O'Rourke. Eso es exactamente lo que creo que voy a encontrar.

O'Rourke giró y salió precipitadamente de la habitación. Grigorevitch se quedó. Cada vez se sentía peor.

Al principio nadie dijo nada. Un reloj avanzaba cansinamente sobre la chimenea. Reuben se volvió y se vio reflejado en un espejo barato. Evitó su imagen, nervioso. El reloj seguía haciendo tictac. Reuben se fijó en una mosca, muy arriba, dando vueltas. En el súbito silencio, el zumbido de las moscas se amplificaba.

O'Rourke tardó cinco minutos, pero pareció mucho más. Danny no le dio las gracias cuando le pasó la linterna.

—El capitán Connelly está en una reunión con el fiscal del distrito, señor. Le dejé un mensaje.

—Gracias. Quizá pueda volver a llamar más tarde. Bajaremos de todos modos. Quédese aquí con Grigorevitch y mantengan las orejas bien abiertas. Si uno de los dos grita... —Iba a decir «vengan a buscarnos» pero las palabras cayeron muertas entre sus labios—. Vayan a buscar ayuda —acabó por decir, sin especial convicción—. ¿Comprenden?

—Sí, señor. —O'Rourke dudó—. Buena suerte, señor.

Reuben no dijo nada. Se volvió para irse, pero volvió atrás.

—O'Rourke, ¿preguntó de qué trataba la reunión de Connelly con el fiscal?

—El sargento de recepción parecía creer que tenía relación con este caso. —El agente se encogió de hombros—. Pero podrían ser habladurías.

Reuben asintió. ¿Por qué llamaría Connelly al fiscal ahora? No habían detenido a nadie en relación con el caso, no tenían siquiera una hipótesis. Mentalmente se encogió de hombros mientras se descolgaba por el agujero del suelo. Danny lo siguió un momento más tarde.

El hueco en la pared era basto, de aproximadamente un metro de diámetro, y cercano al suelo. Reuben se arrodilló ante la boca e iluminó la cavidad con su linterna.

—¿Qué ves, Reuben? —preguntó Danny. Inconscientemente, había bajado la voz y susurraba.

—Qué locura —contestó Reuben—. Diviso unos escalones. Una escalera antigua con un techo de ladrillo. Parece aún más antiguo que estos cimientos. Todo parece estar algo mohoso. Hay cientos de telarañas viejas. Algunos de los ladrillos están cubiertos de musgo. Parece algo húmedo.

—¿Ves algo más?

Reuben negó con la cabeza.

—No. Tendremos que introducirnos ahí.

—¿No tendríamos que esperar a que llegara Connelly? Quizá debería hacerse cargo de esto algún tipo de Operaciones Especiales.

—Danny, alguien tiene que introducirse. Después de lo que pasó la otra vez sabemos que podría haber supervivientes. No me gusta, pero estoy decidido e intento no pensar en ello. Puedes quedarte aquí si así lo prefieres.

Danny se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—No dejaré que te metas tú solo ahí dentro, Reuben. Después, si te encuentras unas Tortugas Ninja serías capaz de no decírnoslo.

Reuben se volvió hacia su amigo. Notaba su miedo.

—¿Qué pasa, Danny? ¿De qué tienes miedo? En serio.

Danny volvió a sacudir la cabeza.

—No pasa nada, Reuben. Es este sitio, que me pone los nervios de punta. Venga, vamos a ver qué hay al cabo de la escalera. Reuben dudó un momento. Al fin asintió.

—Vamos allá.

Los escalones bajaban unos siete metros antes de dar paso a una superficie llana. Agachándose en el último escalón, iluminó el camino con la linterna. Un túnel oscuro se alejaba, igual que los escalones, con paredes de ladrillo antiguo, telarañas, y completamente oscuro.

El túnel era estrecho, pero lo bastante grande para que una persona pudiera pasar sin demasiada dificultad. Reuben tendría que agacharse un poco, pero no tendría problemas para pasar. El techo era un arco redondeado. Las paredes resultaban frías al tacto. Reuben se adentró en él y al momento sintió cómo las paredes lo apretaban. Quién sabe cuánto hacía desde su construcción y cuánto hacía desde que alguien había avanzado a gatas por allí, si es que el túnel había sido construido como paso para seres humanos, y no simplemente una rama de una antigua alcantarilla o algún tipo de desagüe para el túnel de Brooklyn a Battery. Los ladrillos tal vez estuvieran sueltos, quizá se desprendieran a su paso, atrapándolo. Se obligó a no pensar en ello.

Danny lo seguía. Tenían que ir uno tras otro. Reuben arrancó lentamente, recorriendo la oscuridad con su linterna. Detrás de él oía los pasos apagados de Danny. De vez en cuando, el haz de la linterna de Danny proyectaba sombras en el de Reuben, tejiendo complejos dibujos entre los ruinosos ladrillos. Respirar no era problema. El aire olía mal, pero era lo bastante fresco para que pudieran respirar.

El túnel parecía bajar, pero Reuben no lo podía asegurar. En algunas zonas había telarañas espesas: su cabello y ojos ya estaban llenos, y sentía las patas de arañas vivas sobre su cabeza y cuello.

El potente haz de la linterna revelaba sólo fragmentos del túnel: tenía una cierta curvatura al adentrarse cada vez más profundamente en la tierra. Ya hacía rato que habían perdido de vista el acceso por el que habían entrado, y Reuben se preguntaba si alguien les oiría si gritaban. Encorsetado por los ladrillos, ahogado por las telarañas, le costaba creer que el apartamento aún existiera. El mundo se reducía a un espacio extremadamente limitado, a ladrillos desnudos y los límites de su propio

cuerpo.

—¿Oyes algo, Reuben?

La voz de Danny resultaba rasposa.

—¿Como qué?

—No sé. Me parece que he oído algo allí delante.

Reuben movió la luz de derecha a izquierda. Musgo. Telarañas. Nada. Comprobó su pistola, para asegurarse de que la llevaba. Algo atravesó su camino corriendo. Una rata, rápida y ágil. Desapareció en la oscuridad. Siguieron adelante.

El ruido de goteo del agua provocaba ecos minúsculos. De vez en cuando había manchas de humedad en el techo y las paredes.

Sin previo aviso, un túnel lateral se abrió a su derecha. Reuben lo iluminó como pudo con su linterna. Más ladrillos antiguos, más sombras, más ecos apagados que se extendían hacia la nada. Cinco minutos más tarde pasaron otra abertura similar, esta vez a su izquierda. Se encontraban en una especie de laberinto.

El aire de los túneles laterales parecía más fresco. A Reuben le atraía la idea de seguir por uno de ellos, con la esperanza de que condujera a una salida, pero la prudencia parecía indicar que era mejor quedarse de momento en el túnel principal. Siguieron adelante. Ya no había más túneles laterales. El conducto se prolongaba ante ellos sin cambios. Oscuridad como de noche sin luna, una oscuridad antigua, húmeda y amenazadora. Sombras iracundas, fantasmas de la infancia, un rayo de luz vacilante, cortante, cada vez más débil.

De repente, Danny hizo que se detuviera.

—¡Para, Reuben! ¡No te muevas! Reuben se detuvo en seco.

—¿Qué pasa?

—Hay algo detrás de mí.

La voz de Danny era tensa. Reuben notó que su amigo estaba al borde del pánico. No debería haberle permitido que se metiera allí.

—Calma, Danny.

—He oído algo, Reuben. Venía de aquellos túneles de allí atrás.

—Has oído una rata. Eso es lo que pasa.

Reuben notaba cómo el pelo se le erizaba. El miedo de Danny era contagioso.

—No. Una rata no. Aquí no. Escucha. Lo he vuelto a oír. Reuben no oía nada. Giró a duras penas e iluminó a Danny.

Su amigo estaba agazapado, dándole la espalda, como si esperara que algo emergiera de la oscuridad. Súbitamente, Reuben también lo oyó, un ruido de algo que raspaba, grave, sin dirección definida.

—Calma, Danny.

Pero Danny estaba histérico. Sus viejos temores a la oscuridad estaban intensificados por su paso por el túnel. Cuando Reuben se dio cuenta de lo que hacía,

ya era demasiado tarde. Danny sacó la pistola y disparó a lo loco a la oscuridad, una y otra vez, hasta que hubo vaciado el cargador.

El ruido de los disparos se fue desvaneciendo, eco tras eco, dejando intacta la oscuridad. Había un ruido como de lluvia que cae sobre hojas secas: las balas debían de haber desprendido fragmentos de ladrillo. A Danny le temblaba la mano al guardar la pistola. Sabía que se había portado como un estúpido. Aún dirigía la linterna hacia la oscuridad a su espalda. Más fragmentos de ladrillo cayeron contra el suelo, seguidos por un silencio breve, intenso.

—Reuben, yo...

Mientras hablaba, empezó otra caída de fragmentos, que en pocos momentos se convirtió en un estruendo.

—¡Sal de ahí, Danny! ¡Se está derrumbando el techo!

Danny se volvió, como si así pudiera recomponer la roca. El estruendo aumentó de volumen, apagando la voz de Reuben. Reuben cogió Danny por el brazo y lo arrastró por el pasillo. Una nube de polvo bajaba por el túnel, envolviéndolos y ahogándolos. Reuben tropezó, se levantó y siguió corriendo. Danny lo seguía, tosiendo, con los pulmones llenos de tierra.

El estruendo cesó. El túnel seguía lleno de polvo, colgado en el silencio más desnudo. Había pequeños choques, pequeñas caídas de roca, pero el silencio se fue imponiendo inexorablemente, calmándolos, poniendo fin a sus convulsiones.

Reuben y Danny esperaron a que el polvo se hubiera asentado y entonces volvieron sigilosamente por el túnel, dispuestos a salir corriendo a la menor señal de otro derrumbamiento. La caída había sido unos quince metros atrás. En las proximidades había polvo suspendido en el aire formando una nube ocre. Iluminaron con sus linternas una masa de ladrillos, tierra y piedra. Los escombros llegaban al techo y más arriba incluso, por un gran agujero. Algunas partes de las paredes laterales se habían derrumbado. No había manera de pasar por allí.

—¿Qué vamos a hacer, Reuben?

Éste recorrió el obstáculo con su linterna. Era impenetrable, pero también evidentemente inestable.

—Creo que no vale la pena perder el tiempo con esto, Danny. No podemos saber qué grosor tiene. En el apartamento sabrán que ha pasado algo y mandarán a alguien a rescatarnos. Prefiero que no nos quedemos aquí esperando, podría haber otro derrumbamiento. Sigamos adelante.

Danny estaba de acuerdo. No tenían elección. Reuben volvió a ponerse a la cabeza y continuó en la dirección del principio.

—Mantente cerca, Danny. Apaga la linterna. No sabemos cuánto tiempo vamos a estar aquí abajo.

Danny apagó su luz. Todo a su alrededor se quedó a oscuras. La única luz era la

de Reuben, unos metros por delante de él.

—Siento lo que pasó allí atrás, Reuben. Me entró pánico.

—Tenías miedo, Danny. ¿Tenías miedo antes de entrar? ¿De qué tenías miedo?

Hubo un largo silencio. Reuben oía la respiración de Danny, siguiéndolo de cerca, sus pies que rozaban contra el áspero suelo del túnel.

—Hace mucho tiempo, Reuben —dijo por fin—. Tenía un sueño. Una pesadilla. Antes de que nos conociéramos, de niño. El sueño estaba lleno de túneles, túneles como éste. Me metía en ellos por una cosa u otra, y cuando estaba dentro me daba cuenta de que me perseguían.

—¿Sabías quién te perseguía?

—No. No creo que fuera una persona. Pero sabía que si me encontraba me mataría. Me despertaba dando alaridos.

—Ahora estás despierto, Danny.

—No, Reuben, eso era lo que realmente daba miedo. Me despertaba en mi cama, gritando, pero nadie venía. Estaba solo en mi habitación y sudaba y gritaba, pero nadie venía a ayudarme, así que me levantaba y abría la puerta y... entonces sí que me asustaba, porque al abrir la puerta volvía a estar en el túnel, sólo que esta vez sabía que lo que me perseguía estaba muy cerca. Entonces corría y giraba una esquina y algo pasaba... y entonces pasaba algo, y me despertaba de verdad. Pero no recuerdo qué pasaba.

—¿Y este sitio te recuerda al sueño?

El silencio se iba alargando más y más. Reuben se detuvo y se volvió, iluminando la cara de su amigo con la linterna. Su expresión era de auténtico miedo.

—Esto es mi sueño, Reuben —susurró Danny—. ¿No comprendes? Por eso me dio tanto pánico. He vuelto a mi sueño, sólo que esta vez no estoy durmiendo.

Avanzaron en silencio. El aire empezaba a ser espeso y estancado. El aire fresco que había habido venía de los dos túneles laterales.

El túnel acabó abruptamente. Hubo un giro suave y entonces una pequeña subida que conducía a una pared de ladrillo. No podían seguir adelante. Y no podían volver atrás.

* * *

Estuvieron sentados junto a la pared durante lo que les pareció un rato largo, sin decir nada. La oscuridad los oprimía. Dentro de un rato la linterna de Reuben se agotaría. La de Danny aún los iluminaría una o dos horas. Quizá alguien los rescataría para entonces. La oscuridad era impenetrable.

—¿Hueles algo, Reuben?

La voz de Danny sonaba desvaída y perdida.

—Desde que entramos no hacemos otra cosa.

Danny arrugó la nariz e inhaló dos veces.

—No es eso, Reuben. No es ese olor a moho. Es otra cosa.

Reuben olisqueó. Danny tenía razón. Se notaba algo distinto.

—Cada vez es más fuerte, Reuben. Me parece...

Danny inhaló profundamente. Lentamente, le cambió la cara. Pareció ponerse pálido de golpe, como si se le hubiera ido la sangre de las mejillas.

—¿Qué es Danny?

—Mierda, Reuben, ya sé qué es. Es gas. Es olor a gas ciudad.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El gas iba filtrándose lentamente en el túnel procedente de un conducto roto por el derrumbamiento. Iba invadiendo, invisible y letal, los rincones del pequeño mundo que habían creado, apenas perceptible al principio, pero ganando terreno por momentos. Ya se hacía difícil respirar el aire en la zona del derrumbamiento. El conducto roto era inaccesible.

Danny y Reuben se ataron pañuelos tapándose la boca y volvieron a su pared, conscientes de que sus vidas se medían en minutos más que en horas. El gas no tardaría en llenar el poco espacio que quedaba. Reuben iluminó con su linterna la superficie de la pared que les impedía avanzar.

—¿Qué te parece, Danny?

Danny miró a Reuben por encima del hombro.

—Parece que lo hicieron con prisas, no como el resto del túnel. El cemento es basto, se está deshaciendo en algunas zonas. Creo que es sólo un tabique que alguien hizo para tapar el túnel. Podría incluso llevarnos al exterior.

—O al río.

—Eso también es el exterior. En todo caso, no creo que sea problema. Esta pared es antigua. Si al otro lado estuviera el río ya haría tiempo que se habría derrumbado.

Danny se llevó la mano al bolsillo y sacó una navaja grande, de las que tienen hojas de todo tipo. Tenía un pincho, corto pero bastante fuerte. Danny se lo pasó a Reuben.

—Ten. Usa esto.

Reuben empezó a desprender el cemento de entre dos ladrillos a la altura de sus hombros. Iba saliendo con facilidad. Reuben trabajaba de prisa, tosiendo y ahogándose a medida que el gas se hacía cada vez más espeso y potente. El cemento empezaba a desprenderse en trozos grandes, cayéndole a los pies; cuando hubo desprendido lo suficiente, cogió el revólver vacío de Danny y lo usó para golpear como si fuera un martillo contra el ladrillo lleno de telarañas, agrietándolo, desprendiéndolo del cemento restante. El ladrillo se astilló y cedió, cayendo al vacío.

Se veía una luz difusa al otro lado del minúsculo orificio. Reuben inhaló una bocanada de aire limpio, mohoso pero respirable.

—Dame tu linterna, Danny. La mía ya no da más de sí. Reuben proyectó la luz por el hueco. Un metro más allá le pareció ver una reja metálica pesada, con barras carcomidas y oxidadas por el tiempo. El túnel parecía acabar detrás de la reja, pero Reuben no veía lo suficiente para vislumbrar qué había más allá. Había estado aguantando la respiración; al inhalar, el gas lo ahogaba y la cabeza se puso a darle vueltas. Tendría que ampliar el agujero a toda prisa.

Una vez desprendido un ladrillo el resto era fácil. Reuben dejó la pistola y se puso

a trabajar con las manos, empujando y tirando de ladrillos sueltos hasta que se desprendían. Una sección de la pared se desprendió, intacta. En unos minutos creó un hueco lo bastante grande para poder pasar a gatas.

Al otro lado se encontraron en un tramo corto de túnel idéntico al que acababan de abandonar. Ahora, con la linterna de Danny podían ver bien la reja. Era gruesa, con un cierre a un lado, y los huecos entre las barras estaban cubiertos por generaciones de telarañas.

Reuben apartó las telarañas del segmento central de la reja e iluminó lo que seguía. Al otro lado había una enorme cámara, con paredes y suelo de ladrillo. Muy arriba en la pared más alejada, casi invisible desde donde estaba Reuben había una ventana rota y enrejada que permitía que entrara algo de luz y un poco de aire del exterior.

En el suelo de la cámara había pequeñas losas redondas, como tapas de pozo. Las losas estaban agujereadas y eran curiosamente lisas. Los agujeros eran más o menos del tamaño de una moneda grande. Daba la impresión de que nada de esa cámara había sido tocado en mucho tiempo.

El cierre de la reja saltó a la primera patada, pero Reuben tuvo que usar todas sus fuerzas para conseguir mover unos pocos centímetros la reja. Los goznes estaban oxidados y se negaban a moverse. Aunque los efectos del gas ya disminuían rápidamente, Reuben aún estaba algo mareado.

—Déjame probar.

Danny sustituyó a Reuben en su puesto. Era más robusto que su amigo y todavía iba con regularidad al gimnasio de Fulton Street a hacer pesas. La verja cedió. No mucho, pero lo suficiente.

El camino estaba libre. La cámara los esperaba. Aunque sin ningún motivo concreto, Reuben tenía mucho miedo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Danny entró primero con Reuben pisándole los talones. Se quedaron en la entrada, iluminando aquella tremenda estancia con sus linternas. Ladrillo grueso, construido de cualquier manera, con telarañas colgando como barbas, carcomido y oscuro, con el cemento que se desmoronaba suavemente. Reuben notaba la antigüedad de aquel lugar, su presencia sólida, confinadora, como una tumba. Por lo que veían, era una cámara grande de unos treinta metros cuadrados, con unos nueve metros de altura. Había una gruesa puerta de madera en la pared de la derecha.

Danny fue el primero en notar que el suelo era algo cóncavo, bajando de los cuatro lados hacia el centro, sin demasiado desnivel. De cada una de las paredes partía un canalón y de cada una de las esquinas se originaban cuatro más, convergiendo hacia el centro en la más céntrica de las «tapas de pozo», como si fuera el eje central de una rueda.

Al mirarlo más de cerca vieron que estrechos canales tallados en el suelo enladrillado iban de los cuatro canalones diagonales a cada uno de los pozos, que eran en total unos cincuenta, distribuidos, por lo que parecía, en círculos concéntricos cada vez mayores que se extendían desde el centro hasta casi los extremos. Las tapas de pozo eran todas del mismo tamaño, con unos ochenta centímetros de diámetro.

Danny se aventuró y pisó el suelo, como un bailarín que saliera a un escenario desconocido y esperara que la música de la orquesta lo pusiera a tono. Pero sólo había silencio y el ruido de pies solitarios sobre ladrillo.

—Este sitio me da escalofríos —susurró Danny—. ¿Tú qué crees que es esto?

—No lo sé, Danny. Ojalá lo supiera.

—Hace frío, mucho frío. ¿A qué profundidad crees que estamos, Reuben?

Reuben sacudió la cabeza.

—No lo sé. La ventana está a más de siete metros por encima de nosotros.

—Eso es lo menos que pudimos bajar cuando entramos.

Danny se detuvo y se acercó a la pared de la izquierda. Reuben notó que evitaba pisar las tapas de pozo, sorteándolas como un niño que evita pisar las rayas de la acera.

—¡Reuben! —Danny mantenía la voz baja, pero la tensión era evidente—. Por aquí, Reuben, mira esto.

Reuben se unió a su amigo, inconscientemente imitándolo al evitar los pozos. A lo largo de la pared había una serie de jaulas metálicas, aproximadamente del tamaño de un archivador puesto de lado. Se acercaron más y Danny iluminó el interior con su linterna. Al fondo de la primera jaula, bajo una pila de polvo y telarañas, logró discernir algo que parecía un montón de huesos.

—¿No será...?

—Es un animal, Danny.

—¿Quieres mirar? Reuben se estremeció.

—Dejémoslo para los forenses. Sea lo que sea, hace mucho que está aquí.

En cada una de las jaulas había al menos una pila como la de la primera. Había abrevaderos polvorientos en la parte más cercana de las jaulas. Toda la comida que hubiera podido haber en ellos se había podrido y desaparecido hacía mucho.

Reuben fue quien hizo el siguiente descubrimiento. Apuntando la linterna hacia arriba, notó que el techo era de yeso, en algunas zonas muy resquebrajado. A lo largo del extremo exterior se prolongaba un círculo de algo que parecía hierro oxidado. Al principio pensó que era un adorno, aunque le extrañó encontrar algo así, por muy austero que fuera, en un lugar de aspecto tan ascético. Y entonces movió la linterna más hacia el fondo y vio algo voluminoso en el extremo del techo.

Era una especie de grúa. El brazo se extendía desde el círculo exterior hasta el centro de la sala, donde se unía a un círculo interior, menor que el otro, también de metal oxidado. Los círculos no eran adornos, sino raíles para la grúa. Del extremo interior del brazo colgaba un polipasto y una especie de gancho cuya función era evidente a primera vista.

—¿Crees que aún funciona? —la voz de Danny sacó a Reuben de su breve ensoñación.

Reuben se encogió de hombros.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo viejo que sea. De hasta qué punto esté oxidado. Se podría llegar a restaurar para que volviera a funcionar, pero de momento...

Danny recorrió el brazo de la grúa con la linterna.

—¿Estás pensando lo mismo que estoy pensando yo?

—¿Que usaban este trasto para abrir y cerrar esas tapas?

Danny asintió.

—Seguramente tienes razón —contestó Reuben.

—Parece complicado, pero no se me ocurre otra finalidad.

—¿Para meter mercancías en los pozos?

—Quizá, quizá.

Había algo en aquello que inquietaba a Reuben. La grúa no había sido usada para cargar sacos de harina, de eso estaba seguro.

—¿Quieres que abramos uno?

—No es que me haga una especial ilusión.

—A mí tampoco —Danny se estremeció levemente. La piel de los brazos se le ponía de gallina. Miró a su alrededor, inquieto—. Pero algo me dice que deberíamos hacerlo. Para quedarnos tranquilos.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? —preguntó Reuben—. Esas tapas tienen pinta de pesar bastante.

Danny lanzó a Reuben una mirada fulminante.

—Deberías hacer pesas más a menudo, Reuben. Venga, vamos a intentarlo.

Reuben asintió. Se sentía apocado, anonadado, incapaz de reaccionar más que mecánicamente. En lo más hondo de sí sentía la necesidad de vigilar por encima del hombro. ¿Qué había oído Danny en el túnel, qué lo había impulsado a disparar? A pesar de las grandes dimensiones de la sala, Reuben sentía claustrofobia.

Escogieron el pozo más cercano, que no parecía en nada distinto de los otros. Reuben apagó su linterna, y Danny dejó la suya en el suelo, donde proyectaba una forma oblicua de luz color pastel en el suelo. Cara a cara, se agacharon, adoptando cuidadosamente la posición para evitar dañarse la espalda. Metiendo los dedos en los huecos, tensaron los músculos y prepararon la espalda para cargar con el peso.

Era aún más pesado de lo que Danny había previsto. Los músculos se abultaban en sus cuellos y hombros, pero la tapa no hizo más que ladearse unos milímetros. Sin inmutarse, Danny se entregaba plenamente a la tarea.

—Venga... Reuben... que... podemos... hacerlo —decía, casi sin respiración.

Reuben cerró los ojos. Un rayo de luz danzaba sobre una tela negra; sintió como si sus músculos se fueran a desgarrar o si sus omoplatos fueran a saltar de sus articulaciones. La losa subió lentamente, arañando el suelo al depositarla allí.

Descansaron, recuperando el aliento. Reuben fue el primero en moverse. Cogiendo la linterna de Danny del suelo, iluminó las sombras que ocupaban el hueco. Espesas telarañas, el removerse de patas de araña, algo indefinido allí abajo. Usó la linterna para apartar las telarañas. Volvió a iluminar el agujero, nervioso. Arañas corriendo de un lado al otro, molestas y enfadadas, con las patas brillantes. Un puñado de sombras inquietas. Paredes de ladrillo esmaltado, resquebrajadas y sucias. En el fondo, otra pila de huesos, desordenada y gris. Huesos viejos, huesos quebradizos, pulidos de todo resto de carne por las patas de las arañas hacía mucho tiempo. Y coronándolos, un cráneo humano, con fragmentos de piel seca aún pegados a las mejillas, y mechones de pelo largo y sucio como algas sobre los huesos.

CAPÍTULO VEINTE

Los mechones de pelo estropajoso avanzaban como una fuga por el cerebro de Reuben, repitiendo una vez y otra su mensaje duro y enrevesado de podredumbre. Se estremeció y se apartó del hueco abierto, seguido por Danny.

Aquel lugar era un cementerio de piedra. Quién sabe cuántas osamentas contenía, ni cuánto hacía que estaban allí. Por dondequiera que andará, los muertos anónimos estaban acurrucados bajo sus pies. No había nombres inscritos en las pesadas losas que cubrían sus restos, ni fechas que indicaran su nacimiento ni su muerte.

Reuben miró los pozos funerarios. Había algo que lo inquietaba especialmente: enterrar los muertos bajo losas de piedra no era anormal; dejarlos sin nombre era inusual, pero no sin precedentes. Pero ¿por qué iba alguien a querer sellar las tumbas con losas como aquéllas, perforadas por grandes agujeros, como las tapas de las cajas en las que los niños se llevan a casa su hámster?

Sin darse cuenta, habían cruzado hasta el pie de los escalones que conducían a la puerta de madera. Tras su última experiencia, ninguno de los dos tenía muchas ganas de ver qué había detrás de la puerta; pero ambos sabían que si había alguna salida más fácil que volver por el túnel, sólo podría ser por la puerta. Y el gas, aunque ya mucho más disipado, seguía entrando en la sala.

Reuben subió por los escalones mientras Danny se quedaba abajo, iluminándole el camino. Suavemente, Reuben tocó el pomo metálico, sin adorno alguno, cogiendo ánimos para girarlo. El mecanismo iba duro, pero apenas oponía resistencia. Reuben hizo fuerza con las piernas y tiró fuerte.

La puerta se combó por arriba, y entonces cedió de golpe, moviéndose hacia fuera con un oscuro sonido. El olor de aire cerrado desde hace mucho tiempo invadió la nariz de Reuben. El olor era corrupto y mohoso, pero contenía cierta sugerencia apagada de algo inesperado, un perfume cargado, complicado, que había estado confinado en un espacio cerrado durante siglos, desvaído pero persistiendo, atenuado hasta ser un espectro pálido, flaco, oscuro, voluble, lamentable.

Los goznes se atascaron y la puerta se quedó a medio abrir. Reuben se adentró por el hueco y apuntó el interior con la linterna. La puerta estaba cubierta por una única, enorme telaraña. Reuben dudó, como si la telaraña fuera algo más que una obstrucción de la puerta. Entonces, casi salvajemente, la desgarró de lado a lado. Los jirones cayeron, revelando sólo una zona oscura en la que no entraba luz alguna. Fuera lo que fuese lo que había al otro lado de esa puerta, no era ni el exterior ni la libertad.

Reuben rogó que no fuera la entrada de otro osario. Lo que vio a continuación le arrancó su petición de los labios. No era horror, ni terror, sino un sueño del que todo horror o terror había sido amputado, dejando un pequeño movimiento de locura que

señala las pesadillas escondidas en los recovecos del dormir.

La puerta daba a una segunda sala, mucho menor que la primera, más oscura y más pesada: una habitación a la que el tiempo había hecho siniestra. Bajo un techo de yeso ligeramente decorado había unas paredes con un revestimiento oscuro que se tragaba la luz amarilla de la linterna de Reuben. El suelo era de parquet, en algunas partes cubierto por alfombras persas. Había restos de arena donde alguien había estado frotando la madera, una costumbre que ya se perdió en el siglo XIX. Una nube de telarañas se contoneó obscenamente con la corriente de aire al abrir la puerta, y después se asentó de nuevo, grande y pensativa, una quietud gris, envuelta por el polvo que ahogaba la estancia.

Las arañas habían tejido la tela del tiempo: dibujos salvajes e intrincados en los que los años habían quedado presos como moscas punteadas. Detrás de ellas, ahogados por las sombras, los lomos dorados de libros encuadernados en piel lucían en estanterías de madera oscura. Un globo terráqueo en una montura de madera ocupaba el rincón más lejano, con océanos secos y desvaídos, sus ciudades caídas, sus torres derruidas. Una gran araña se paseaba sobre sus zancos por el corazón oscuro de África, tiesa y negra, recorriendo el mundo con sus zancadas.

Contra la pared trasera, en vez de libros, había retratos de hombres vestidos con la indumentaria del siglo XVIII y principio del XIX, escarchados de telarañas, resquebrajados y desprendidos por los largos años de abandono. Miraban fijamente a Reuben, con ojos tristes, fríos y acusadores. Todos tenían en la mano algo que parecía una vara o cetro de algún tipo, como si imitaran a un rey o a un príncipe. Pero su ropa era oscura y sobria, y sus severos rasgos apuntaban no a la blandura de los palacios, sino a una vida dedicada a fines más altos.

La pared donde estaban los retratos se veía cortada en el centro por una escalinata de unos doce escalones de piedra que conducía directamente a una puerta baja de madera. En la puerta estaba pintado un círculo rojo con rayos que caían hacia el suelo, emblema del sol, y en el centro del círculo Reuben reconoció las palabras hebreas *yod, heth, waw, heth*: el nombre divino: Yahweh. Bajo el sol un león sujetaba un libro abierto en el que estaban escritas las palabras latinas *semper apertus*: siempre abierto.

En el centro de la habitación, de cara a la puerta, había un pupitre alto enterrado en enormes telarañas que llegaban desde su extremo superior al suelo, como si sujetaran el pupitre en su lugar. Reuben tenía la vista pegada en el pupitre, ante todo, o, mejor dicho, en lo que había sentado en el pupitre.

Era el cadáver momificado de un hombre, vestido con ropa como la de los retratos: un apagado abrigo de cachemira de estilo cuáquero sobre un chaleco de terciopelo negro, una pechera y un cuello de muselina blanca, calzones de nankín abotonados justo debajo de la rodilla. Todo ello muy podrido, pero aún intacto. La

ropa de a diario de un letrado o clérigo.

En el pupitre ante la momia había un libro abierto, cubierto de una gruesa capa de polvo. Pero no veía en absoluto. Su cara curtida estaba cubierta desde la barbilla a la frente por una telaraña enorme, circular. Y en el centro de esa tela estaba sentada una araña enorme, con muchas patas, delgada, vibrando levemente en su fina cuna mientras esperaba pacientemente su presa.

El suelo detrás del pupitre no tenía alfombra. Debajo de una fina capa de polvo apenas se discernían unas líneas pintadas en rojo. Un círculo de tamaño considerable rodeaba una estrella de cinco puntas, por cuyos ángulos interiores corrían dos círculos concéntricos menores, distantes unos veinte centímetros. En cada una de las puntas había tres candelabros altos, todavía completos con velas de cera amarilla.

Reuben pasó detrás del pupitre y se acercó a la estrella de cinco puntas. Barriendo con la mano y soplando limpió una parte del suelo y se irguió para mirarlo mejor. Una inscripción seguía el doble círculo interior. Reuben reconoció varias letras hebreas y distinguió palabras que suponía eran latinas. En el centro de la estrella estaban distribuidos diversos símbolos sin seguir un esquema claro. Algunos vio que eran símbolos astrológicos, otros insignias cabalísticas, pero el resto era menos claro. Parecían casi africanos.

Se puso de pie cuando entró Danny. Ninguno de los dos dijo nada. Danny estaba de pie en la puerta, intentando asimilar todo aquello.

—¿Estás bien, Reuben?

—Sí. Estoy bien.

—¿Es de verdad? —dijo en voz queda.

Pero sabía que sí era de verdad. Lo había visto antes; en su pesadilla, hacía muchos años, acurrucado entre las sábanas húmedas, gritando para que encendieran la luz. En lo más hondo, Danny tenía miedo, mucho miedo. En lo más hondo, Danny sabía lo que pasaba al final de la pesadilla, algo que no había contado a Reuben.

Danny se acercó a una de las estanterías. Apartando las telarañas, sacó un volumen del estante más cercano. Era un libro grande, de tamaño folio, encuadernado en piel gruesa, con grandes cierres de latón. Había una mesita cerca. Danny depositó el libro en la mesita y abrió los cierres. Las páginas estaban algo pálidas, pero por lo demás el libro estaba sorprendentemente bien conservado.

Las letras de la página titular eran gruesas. En el centro había una insignia circular compuesta por cuatro círculos concéntricos, formando una banda en la que había dispuestas dos series de caracteres hebreos y dos de griegos. En el centro del círculo había varios símbolos geométricos, más letras hebreas y filas de algo que parecían ser números. Debajo del círculo estaban unas palabras en francés: *Le Grand Pentacule*: el Gran Pentáculo.

El título también estaba en francés: *Les Clavicules de Salomón. Traduit de*

l'Hébreux en Langue Latine Par le Rabin Abognazar et Mis en Langue Vulgaire par M. Barault Archevêque d'Arles. Al pie de la página había una fecha: *M.DC.XXXIV*: 1634.

El libro parecía ser un tratado de magia ritual, incluyendo fórmulas para conjuros, símbolos talismánicos, diagramas y dibujos ilustrando rituales mágicos.

Reuben se acercó a Danny. Juntos fueron recorriendo los estantes, sacando libros al azar, examinándolos brevemente antes de devolverlos a su lugar. Más libros en francés, varios en latín, con títulos misteriosos y curiosas inscripciones: *De Occulta Philosophia Libri Tres*; *De naturalium effectuum causis, sive de Incantationibus...*; *Staganographia, hoc est, ars per occultam scriptram animi sui voluntatem absentibus aperiendi certa...*; *Grimorium Verum*; *Lemegeton*; *Veterum Sophorum Sigilla et Imagines Magicae*; *De Septem Secundeis...*

En una fila encontraron más de cuarenta volúmenes en inglés, alemán y holandés. Cerca había varios libros en griego, casi una docena en hebreo, tres en lo que Reuben supuso que era árabe, y uno en una escritura que no reconocía. La mayoría eran de los siglos XVII y XVIII, y en general estaban publicados en París, Leiden, Cassel, Basilea y Darmstadt. El más moderno era un pequeño libro de formato medio folio en inglés, publicado en Boston en 1800 por Nathaniel Ackerknecht. Escrito por un tal Perseverance Hopkins, el título era *Una Prudente Advertencia a los Justos, un Relato de los Recientes Hechos Acaecidos en Nantucket*. Parecía haber sido leído con frecuencia, y los márgenes estaban cubiertos de notas escritas en una letra fina, algo retorcida.

En una mesa estrecha en la parte trasera de la habitación, justo debajo de los pensativos retratos, había una pila de papeles cubiertos de telarañas, la mayor parte de los cuales resultaron ser, cuando los miraron de cerca, cartas. Cartas extrañas, en varias lenguas, pero principalmente en francés y alemán, salpicadas de citas hebreas y latinas, series de cifras y signos cabalísticos y astrológicos. Partes enteras de algunas cartas parecían estar en clave. Provenían de toda Europa, incluidas varias de Mitau en Courland, y unas cuantas de Budapest, Riga, Brest y otras ciudades del este.

Lo más interesante era una pila de más de cuarenta cartas todas escritas con la misma letra. Estaban en francés, y el encabezamiento rezaba «Cap Français». Las fechas iban de 1762 a 1807, pero la letra apenas variaba. Cap Français era, por supuesto, el nombre antiguo de Cap-Haïtien, la antigua capital del norte de Haití cuando era la colonia francesa de St. Domingue. La firma al pie de las cartas era ilegible.

Este fajo estaba guardado en una cajita, separado de las otras cartas. En el fondo de la caja había un objeto dorado y plano. Era un semicírculo, de unos treinta centímetros de diámetro, con la circunferencia lisa, pero el lado recto bastamente cortado, como si hubieran roto la circunferencia entera. Su superficie estaba cubierta

de curiosas marcas, ninguna de las cuales le resultaba familiar a Reuben. Algo parecía indicar que su origen, como el de las marcas del suelo, podría ser africano.

Reuben cerró la caja.

—Danny, para que no haya problemas con Connelly, quiero que sepas que me llevo estas cartas. Quiero enseñárselas a Angelina. Y el semicírculo también.

—Yo creo que deberíamos salir de aquí —dijo Danny y fue hacia los escalones.

—Un momento —dijo Reuben.

A cada momento, mientras estaba en esa habitación, la vista se le iba hacia la figura sentada al pupitre. Algo lo atrajo en esa dirección.

Quería ver el libro, ver la página que el brujo vestido de cuáquero estaba leyendo cuando murió. Cuidadosamente se acercó al pupitre desde un lado. La mano de la momia reposaba en la página, fina y seca, encorvada como una uña. Al moverla, el cadáver se sacudió. La araña se estremeció, tuvo miedo y salió corriendo por la telaraña, refugiándose en la órbita ocular derecha del brujo.

Reuben levantó el libro, un grueso volumen de tamaño folio, y lo empezó a apartar del pupitre. Al hacerlo iba rompiendo las telarañas que unían la momia y el pupitre. Una segunda araña grande salió corriendo de debajo. Reuben se sobresaltó, y el libro se le escapó de las manos, cayendo con estrépito al suelo y cerrándose. Lo levantó, balbuceando en la densa nube de polvo amarillo.

Reuben apoyó el libro en el borde del pupitre y lo volvió a abrir. La página titular decía:

El liber Arcanorum

o Ketab El Asrar

de Aben Pharagi Maroccanus Scriptor Nubianus

Traducido a la lengua inglesa

de la traducción latina de Trithemius,

hecha por un sabio inglés

y profusamente ilustrado

con dibujos extraídos del texto original,

de una copia encontrada en la ciudad de Fayyoun, Egipto

MDXLI

Lentamente, Reuben fue ojeando las páginas amarillentas. En las páginas de la izquierda estaba impreso el texto latino, enfrentado al texto inglés, que ocupaba la derecha. El texto principal consistía en estrofas cortas, que Reuben pensó debían ser conjuros, alternando con líneas de letras cabalísticas y expresiones talismánicas escritas en árabe:

Cuando hubo recorrido unas diez páginas el libro, que llevaba tanto tiempo abierto por un mismo punto, se rompió por el lomo y se volvió a abrir por la posición original. La página estaba completamente ocupada por una xilografía al estilo del siglo XVI. Reuben tardó medio minuto en discernir el tema y la composición del dibujo. Cuando lo logró, cerró el libro con un escalofrío y se alejó del pupitre.

La escena representaba un cementerio, en el que se ilustraban gráficamente los sucesos de la resurrección futura. El artista había trasladado la escena del supuesto Egipto del original a un cementerio europeo, adornado con vírgenes y crucifijos de la fe cristiana. Pero este dibujo no se parecía en nada a las representaciones habituales de la resurrección, en las que los muertos se levantan con sus cuerpos radiantes de carne resurrecta, vestidos de blanco y colmados de alegría al encontrarse con Jesús en el paraíso.

Por el contrario, los cuerpos de los recién revividos estaban podridos y corruptos, vestidos con los restos de sudarios comidos por los gusanos. En sus caras el artista había logrado representar expresiones de horror y terror extremos. Estaban envueltos en una oscuridad neblinosa en la que se agazapaban extrañas formas.

Pero no era todo esto lo que hizo que Reuben cerrara el libro tan de prisa y con tanta aversión. Fue el ver las cosas que lamían y mordisqueaban las extremidades y las caras de los resucitados, incluso mientras yacían aún temblando en sus tumbas. Eran de un blanco terrible, y sus cuerpos, a Reuben no le cabía la menor duda de ello, se moverían, de moverse, de una manera nauseabunda. Una criatura del extremo izquierdo tenía girada su... cara hacia el lector con tal expresión de hambre y triunfo que nada lograría borrar sus rasgos de la memoria de Reuben.

CAPÍTULO VEINTIUNO

La puerta al final de las escaleras estaba cerrada con llave por dentro, pero la llave estaba atascada por la herrumbre. Danny reventó la cerradura con el pie, haciendo que la puerta fuera a parar, con los goznes rotos, contra la pared. Al otro lado había un rellano estrecho de madera cargado de polvo. Las paredes eran de roca desnuda.

Partiendo de este rellano se extendía una escalera tambaleante de madera que ascendía en curva. Subieron lentamente, anonadados, temerosos de encontrar más horrores, conscientes del crujir de la madera antigua bajo sus pies. Quien hubiera construido esas cámaras subterráneas realmente se había esforzado por asegurar su inaccesibilidad.

Al final de la escalera encontraron una trampilla de madera. Al igual que la puerta anterior, daba a un espacio oscuro. La linterna de Reuben estaba casi gastada. Danny le pasó la suya. Con esta luz más fuerte vieron un túnel que se extendía ante ellos, más estrecho que el primero y completamente cubierto de telarañas. Danny tomó la delantera esta vez, rompiendo las telarañas con el brazo y la linterna, los ojos recorriendo la oscuridad, buscando cualquier señal de movimiento.

El túnel acababa en otra escalera de madera que llevaba, como la anterior, a una trampilla. Danny la levantó y salió al otro lado, una cámara como una caja, de un metro cuadrado. Alguien la había tapiado.

La pared era de ladrillo y cemento, como la que habían encontrado ante la verja. Igual que aquella, ésta tenía zonas más débiles y quebradizas. Abriendo un hueco lo bastante grande para pasar lograron salir a un sótano abandonado desde hacía mucho tiempo.

El edificio encima del sótano era un almacén muy desvencijado, uno de los varios de la zona de Front Street cercana al río que esperaban ser derruidos desde hacía varios años. Encontraron la puerta principal y salieron al sol de final de septiembre, parpadeando, quitándose de encima la oscuridad y los terrores de la noche en una calle llena de escombros justo al norte del Brooklyn Bridge.

Un comité de recepción les esperaba cuando llegaron al apartamento de los Hammel. Hacía más de dos horas que un equipo estaba en el túnel, intentando llegar, cavando, hasta Reuben y Danny, que se suponía estarían muertos o atrapados. La historia del zombi había sido relatada —con algunas florituras— al capitán Connelly, que había estado a punto de tener su tan esperado infarto. A Danny lo habían apartado del caso y se le había asignado otro compañero. Reuben estaba suspendido en sus funciones y se le dijo que se tomarían medidas disciplinarias. El departamento de asuntos internos de la policía había sido notificado. Se hablaba de una investigación.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Reuben.

Nadie lo sabía. Gisler, el teniente encargado, se encogió de hombros y dijo que

debía tener algo que ver con los vampiros. Oyó su risa, fuerte e hiriente al salir enfurecido del apartamento, cerrando la puerta de golpe. Danny se quedó para hacer un informe oral.

Una vez en la calle, Reuben buscó una cabina telefónica. Después de media docena de intentos frustrados, logró localizar a Sally Peale en una oficina del ayuntamiento.

—Estoy metido en un lío, Sally, pero no sé qué pasa.

—¿Tiene que ver con el caso Hammel?

—Pues claro. ¿Con qué, si no?

—Encontrémonos en el centro dentro de media hora, Reuben. Hay un restaurante chino en Mott Street, el número veinte. Te veré allí.

—¿Cómo se llama el restaurante?

—Ya te lo he dicho: número veinte. Está cerca del Museo Chino. Estaré en la planta baja.

Chinatown no tenía el menor encanto, ni resplandor, un nombre más que un barrio. Reuben raramente iba allí. No le gustaba la comida china, el abundante uso de la carne de cerdo.

Sally lo esperaba en una mesa del fondo, entre las sombras. Vestía con un traje gris de aspecto caro con un pañuelo de color crema al cuello, la abogada perfecta. Él la encontraba preciosa. ¿Por qué no habría funcionado lo suyo?

—Siéntate, Reuben.

Había una tetera blanca y azul en la mesa y dos pequeñas tazas de porcelana sin asa.

—Toma un poco de té, Reuben. Es *Pi Lo Chun*, té verde de Soochow. Te gustará.

—Preferiría una cerveza.

Ella le lanzó una mirada que decía «ya estamos con ésas». Pasó un camarero y pidió una cerveza.

Chicas con vestidos chinos llevaban *dim sun* por las mesas en carritos pequeños y chirriantes, cada uno con su propia selección y carteles en chino. Sally parecía saber o adivinar qué ponía en cada uno. Iba señalando con el dedo, pidiendo para los dos, bolas grasientas y blancas de masa hervida y finezas pálidas, envueltas en hojaldre. Ella sabía los nombres en cantones. Reuben se sentía envidioso e incómodo. Jugueteo con la comida, demasiado avergonzado para preguntar cuál de aquellos paquetes —si es que alguno la tenía— contenía carne de cerdo.

—¿Preferirías pato, Reuben?

—Estoy bien. Esto ya me sirve.

Sally levantó un *dim sun* entre dos palillos y se lo metió en la boca. Sus labios eran sensuales, y el gesto, erótico. Reuben sintió un poco haberla perdido.

—¿Qué tipo de problemas tienes, Reuben?

Se lo explicó lo mejor que pudo.

Cuando hubo acabado, ella se sirvió otra minúscula taza de té. Estaba oscuro. Puso la tapa a medias sobre la tetera. Un camarero se la retiró. A su alrededor voces chinas subían y bajaban como campanillas.

—¿Has contado a alguien más lo que encontrasteis?

—Danny está haciendo un informe ahora.

—¿Pero nadie más ha hablado contigo? ¿Nadie más que no sea del cuerpo, quiero decir? Reuben indicó que no.

—¿Con el fiscal de distrito, quieres decir, no?

El camarero volvió con la tetera, llena de nuevo de agua caliente. El vapor salía del pitorro, lánguido e incoloro.

—Algo así —dijo Sally.

Parecía ausente. A lo lejos, una puerta se cerró de golpe. En la cocina, que ellos no podían ver, un chorro de vapor silbaba, desolado, viejo. En la pared, sobre sus cabezas, colgaban muestras de caligrafía china, palideciendo, albergando algún tipo de misterio. En una mesa cercana, dos viejos fumaban y bebían té.

—¿Verdad que si alguien te hace preguntas me llamarás? —Sacó una hoja de su agenda y escribió unos números en ella—. Aquí me encontrarás casi siempre.

Reuben lo miró. No era el número de su casa, ni el número al que la había llamado en el ayuntamiento. Sin decir palabra, dobló el papel y se lo metió en el bolsillo.

—Tengo que irme —dijo ella.

Él dudó.

—¿Estás liada con alguien? —preguntó.

—Sí. ¿Y tú?

No parecía preocuparle. Pero mantuvo la vista fija en él. Él sacudió la cabeza.

—No lo sé —dijo él.

—Cuidado con la Hammel, Reuben. No quiero que te hagan daño.

—Pero no puedes evitarlo.

—En efecto. —Ella se pasó la lengua por los labios—. ¿Estás enamorado de ella? —preguntó.

Él esquivó su mirada.

—Yo también me tengo que ir —respondió.

* * *

La llamó y la llamó, pero las paredes se limitaban a devolverle el nombre, y supo que se había ido. El silencio lo unió súbitamente a ella, revelando su necesidad, su esperanza, su decepción. Ayer habría sido sólo silencio. Hoy era una herida abierta, las espinas de una zarza cortando una mano desprotegida.

Cerrando la puerta, miró las otras lesiones que había traído a casa: cortes y cardenales, trofeos de su tozuda curiosidad. Ésas eran heridas poco profundas. Más adentro llevaba trofeos más permanentes, imágenes de la muerte cubierta de telas de araña que se adentraban en su mente para buscar y ocupar su centro fragmentado. Ni siquiera los azotes verbales que había recibido de Connelly podían borrar la escuálida arqueología de la muerte.

Tenía la ropa hecha un desastre. Fue directo al dormitorio y se quitó el traje: sólo hacía diez semanas que lo había comprado y ya no servía ni para donarlo a la beneficencia. Se dirigió al lavabo, sintiéndose apagado y abatido. Quizá una ducha lo animaría.

Había sangre por todas partes. Sangre en el suelo, sangre en las toallas, sangre en el plato de la ducha, como pintura roja por el cristal y los azulejos. Reuben fue presa del pánico, corrió de habitación en habitación buscándola, sin encontrar nada. De vuelta al lavabo, buscando con más cuidado encontró trozos de gasa y algodón, el rollo vacío de esparadrapo que guardaba en el armario. Por lo visto se había hecho un gran corte, y se lo había curado. ¿Cómo había sucedido? Estaba alterada, pero no podía creer que hubiera intentado suicidarse. Aquello no tenía pinta de ser un intento de suicidio.

Estuvo a punto de resbalar con la esponja. Estaba justo ante la ducha, empapada de sangre. Se agachó para cogerla, pero la dejó caer al hacerse un corte en el dedo con una hoja de afeitar. La volvió a coger, esta vez con más cuidado, y la miró de cerca. Las hojas habían sido colocadas con habilidad: justo lo bastante profundas para permanecer ocultas, pero lo bastante cercanas a la superficie para cumplir eficazmente con su función.

Angelina había perdido mucha sangre. Debía de estar débil, tal vez estuviera inconsciente en algún sitio. Pero ¿dónde? En su habitación encontró las bolsas de compra vacías. La ropa que le había dejado su hermana estaba sobre la cama. Se había vendado las heridas, se había vestido y entonces se había ido. Se fue sin siquiera dejarle una nota diciendo adónde iba.

Sonó el teléfono. Tres veces, entonces paró. Un momento después volvió a sonar. Corrió a cogerlo.

—¿Angelina?

Silencio. Entonces el ruido de respiración, acompasada, al otro lado. Alguien escuchaba.

—¿Quién es? ¿Eres tú, Angelina?

Colgaron. La promesa de Angelina viva se convirtió en el zumbido de la línea.

Vio el nombre de Mary-Jo Quigley en el bloc de notas y llamó a la universidad. La señorita Quigley no había estado intentando llamarlo. No, no había visto a la señora Hammel, aunque había hablado con ella antes. ¿A qué hora? Hacia las doce,

suponía. Había hablado con la señora Hammel sobre los preparativos para la incineración. ¿No era una pena que lo quisieran incinerar? Era un pecado quemar así un cuerpo humano.

Le dio las gracias y colgó. Quizá se precipitaba al asustarse. Lo más probable es que se hubiera vendado lo bastante bien para llegar a un hospital. El más cercano era King's County. Cualquier taxista la habría llevado allí.

En la recepción del hospital no tenían registrada ninguna señora Hammel. La enfermera de turno no creía que hubieran ingresado ninguna mujer haitiana aquella tarde.

Probó en el hospital Metodista y el Caledonian, al oeste y el sur de Prospect Park respectivamente. Nada. El Maimonides Medical Center en la Décima Avenida. Nada. La iglesia donde había ido a confesarse el otro día. Nada. La funeraria donde habían llevado el cadáver de Rick Hammel. Nada. Dejó el teléfono.

Cinco segundos más tarde sonó.

—Abrams.

—¿Es usted, teniente? Llevo diez minutos intentando comunicar con usted.

Era un sargento de la brigada de homicidios, un hombre llamado Jesús Riley, un mal nombre para el fruto de un matrimonio mexicano-irlandés.

—Estaba haciendo unas llamadas, sargento. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Podría pasarse por aquí cuanto antes? Ha habido otro homicidio. Está implicada una señora llamada... —se detuvo, como si consultara el registro—. Sí. Se llama Angelina Hammel. La del marido que encontraron en el parque hace unos días.

Reuben sintió que un pitido tremendo le atravesaba las carnes. El corazón se le quedó vacío. No sentía nada, lo sentía todo.

—¿Está muerta?

Un latido de corazón. ¡Cuánto dura un latido!

—No, señor. Está viva. Ha estado preguntando por usted.

—No comprendo. Usted dijo un homicidio.

—Cierto. La víctima es un tal... a ver... Aubin Mondesir. Supongo que no me expresé bien. Mondesir era un amigo de la señora. Por lo menos, eso dice ella.

—¿Quién lo encontró?

—La Hammel. Dijo que lo encontró muerto, y nos llamó en seguida. Estaba allí cuando llegó el coche.

—¿Cómo está ella?

Otro latido.

—Parece haber sido duro. Le pregunté si quería ver a un médico, pero dijo que no. Entonces mencionó su nombre. Dijo algo de que estaba en su casa. ¿Es así?

Reuben se calló un momento.

—Sí, sargento. Es así.

—Es sólo para saberlo. No lo he puesto en el informe. He oído...

Reiley dudó.

—¿Qué ha oído, sargento?

—Que ha tenido algunos problemas, señor. El capitán ha vuelto hace media hora. Cohen estaba con él. Dice que quiere verle.

—¿Connelly?

—No. Cohen. ¿Va a venir a recoger a la señora?

—Ahora voy hacia allí. Que no se meta en líos —calló un momento—. ¿No estará detenida, verdad?

—No. Queremos interrogarla más adelante. Pero pensé que preferiría encargarse de eso usted mismo. No se sospecha de ella, si es a lo que se refiere.

—De acuerdo. Reténganla. Díganle que llegaré en quince minutos.

* * *

Ella no habló. Pero sus ojos dijeron muchas cosas. Ante todo, que tenía miedo.

—¿Estás bien?

Una pregunta estúpida. Saltaba a la vista que estaba mal.

Ella indicó que no y lo miró. No sonreía.

—Vámonos de aquí.

La llevó directo al Brooklyn Caledonian y usó su carnet de policía para saltarse la cola. Ella no protestó. Por el camino notó que las manchas de sangre en la blusa se estaban agrandando.

—La compré esta mañana —dijo ella—. Estaba recién estrenada.

Se puso a llorar mientras hablaba. Pero no lloraba por su blusa. Lloraba por él. Él había estado dentro de ella, había tomado el lugar de Rick, el lugar de su padre; y, sin darse cuenta, se estaba enredando en las redes de su existencia. Había tanto que él no sabía, que no debía llegar a saber. No lo amaba.

Eso era imposible. Pero le apetecía irse a algún lugar oscuro y privado con él y simular que lo amaba.

Reuben aún encontraba difícil aceptar que ella hubiera sido virgen. Una virgen con experiencia, tal vez, pero intacta como una niña de trece años. ¿Podría ser eso motivo de asesinato? Entre sábanas frías, las acciones frías tiritan contra la piel.

Se imaginaba el infierno de eso, la miseria diaria de un matrimonio así. El autodesprecio, el odio de uno mismo. Era comprensible si había buscado una salida. Aún le ocultaba algo, de eso él no tenía la menor duda. ¿Qué había confesado al cura la noche anterior? ¿Información relativa a la muerte de Rick? ¿El conocimiento de su propia complicidad? Esperaba que no. Pensaba que se estaba enamorando de ella, suavemente y en contra de su voluntad.

Sus cortes necesitaban puntos de sutura. El doctor la trató como a cualquier mujer

que llegaba con cortes de hoja de afeitar: la cosía, pero le daba a entender que era malgastar su valioso tiempo. Ella tuvo que pedir un calmante para el dolor. Las bruscas instrucciones que dio a la enfermera decían que debería estar hecha a este tipo de cosas. ¿Acaso no sucedía con frecuencia? ¿No esperaban ya las negras que sus hombres las rajaran? ¿No era la resistencia a los cortes una señal de valor en África? ¿No se usaban las heridas cicatrizadas como símbolo de madurez?

Ella no dijo nada, no sintió nada. En cierto modo, el doctor tenía razón. Llevaba las cicatrices por dentro. Pero eran símbolos de vergüenza, no de orgullo.

El viaje de vuelta a casa transcurrió en silencio. La oscuridad había espesado calles conocidas. El viento se había ido, dejando la ciudad apagada y desolada. Tras las ventanas iluminadas, tras las persianas a rayas y las cortinas plegadas, las figuras de hombres y mujeres se movían en cámara lenta, ejecutando una mesurada danza de la muerte, sonriendo cogidos de la mano, saludando y girando, vestidos y desnudos, limpios y sucios, girando, inclinándose, amenaza y gracia, dedo contra dedo, palma contra palma, sin música, contoneándose, los ojos cerrados, los ojos abiertos, pecho contra pecho, labio contra labio callado, engullidos por las sombras de un minué que no piensa. El coche iba pasando lentamente por delante de las ventanas, por delante de las puertas abiertas, por delante de las escaleras oscuras. Reuben vio la textura de la noche pasar por encima de la cara de Angelina, apartó la mirada y vio cómo la carretera iba girando. Y volvió a girarse y vio sombras puntiagudas dibujadas contra sus ojos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—¿Quién lo hizo?

Ella apartó la mirada, hundida en su silla, con los ojos cerrados y un vaso vacío en la mano.

—¿Quién te hizo esos cortes? ¿Quién puso las hojas de afeitar en la esponja?

—No lo sé.

—Yo creo que sí lo sabes. Te siguieron hasta aquí. Te conocen.

Ella dudó. Abrió mucho los ojos, desenfocados, tristes, acusadores.

—A mí no. No me conocen. Conocían a Rick. ¿Me pones más?

Ella alargó el vaso en silencio mientras él lo llenaba.

—Te siguieron hasta aquí, por el amor de Dios. ¿Para qué esas hojas de afeitar? ¿Una advertencia? ¿Qué era?

Ella lo miró, con la lengua paralizada, los ojos muy separados. Movi6 la cabeza hacia arriba, después hacia abajo. Sí, indicó con la cabeza, sí.

—¿De qué? ¿De qué te advertían?

—No lo sé —dijo, llenándose la boca de *whisky*.

—Tienes que saberlo, porque si no, no se tomarían tantas molestias.

—Tal vez sea una equivocación.

Él se apartó, indignado.

—¿Cómo quieres que te ayude si no me dices la verdad?

—No quiero que me ayudes. No te he pedido ayuda.

—¡Pero la necesitas! ¡Mira cómo estás!

Se puso de pie, dejando bruscamente su vaso en una mesilla, reprimiendo la repentina ira, mezclada con temor. Entró precipitadamente en la cocina, abrió el grifo y se remojó la cara antes de llenar un vaso. Pasó un minuto, y entonces la oyó entrar y ponerse detrás de él.

—Son gente peligrosa —dijo ella—. No quiero que te mezcles en esto.

Él se volvió hacia ella.

—Ya estoy mezclado —dijo—. Soy policía, éste es mi trabajo.

—No quiero que la policía se meta en esto.

—No sirve de nada. Han asesinado a tu marido. Han envenenado a tu amigo Filius. Alguien ha puesto una esponja llena de hojas de afeitar en mi cuarto de baño. En mi cuarto de baño, en mi apartamento. Han entrado en la casa de un agente de policía. Tanto si te gusta como si no, la policía ya está mezclada en todo ello. Y por si no te habías dado cuenta, esta mañana tuve la impresión de que también me había liado un poquito contigo. O quizá es que ya lo has olvidado.

Ella se estremeció.

—No —susurró—. No lo he olvidado.

—Espero que no —dijo él— porque yo tampoco. Durante una fracción de segundo hubo una corriente de ternura entre ellos. Entonces él recordó que aún estaba enfadado.

—¿Por qué fuiste a ver a ese tal Aubin? El que encontraste muerto esta tarde.

Ella se sentó a la mesa. Ojalá la dejara dormir. Si sólo la dejaba en paz un poco, dejarla desenmarañar lo que estaba pasando.

—Aubin es... era un *voudouniste*, un *houngan*. Fui para que me ayudara.

—¿No dijiste que no querías ayuda?

Ella miró el suelo.

—No ayuda de la que tú me das —dijo—. No ayuda normal. Aubin sabía de eso. Aubin sabía cómo ayudar. Él conocía a esta gente, conocía sus métodos. Alguien había organizado una *expedition de morts* contra Rick. Y otra contra mí. Habían pagado un *pouin chaud* a un *bokor*.

—No comprendo.

—No —dijo ella—. Claro que no. Eso es lo que te estoy intentando explicar. Eres un *blanc*. Puedes follarme, pero no meterte en mi piel, no puedes bailar conmigo.

Reuben hizo una pausa antes de hablar.

—Angelina —empezó—. Los dos podemos jugar a eso. Podría confundirte con unas cuantas palabras en yiddish, decirte que eres una puta *schwartzte*, pegarte un sermón sobre la pureza racial a la judía. Pero no voy a hacerlo porque yo no pienso así, y me parece que tú tampoco.

—¿Y tú qué cono vas a saber lo que yo pienso?

—Bueno, de acuerdo, supongamos que me equivoco. Eres una tía negra de puta madre, y un judío casoso como yo no te llega ni a las rodillas. ¿Qué has conseguido, exactamente, con eso? La respuesta es que has conseguido meterte en un lío mayúsculo. Porque no creo que seas capaz de resolverlo sola, y no creo que tengas nadie más a quien recurrir. —La miró a los ojos—. Tal como se presenta el asunto, necesitas ayuda, y la necesitas ya.

»Estoy de acuerdo en que hay algunos tipos de ayuda que no puedo darte, el tipo de ayuda que esperabas de tu amigo Aubin. Eso no quiere decir que no necesites el tipo de ayuda que sí puedo ofrecerte. Lo más probable es que la necesites aún más. No sé lo que es una *expedition de morts*. Pero me juego algo a que no duele tanto como una esponja llena de hojas de afeitar. Así que ¿por qué no te pones cómoda y me cuentas lo que sepas? Cuando hayas acabado, podemos cenar y tomarnos una botella de vino francés que tengo en la nevera. Después, ¿quién sabe?... Podríamos ver la tele. Podríamos jugar al Monopoly. Podríamos irnos a la cama.

Ella se quedó muy quieta, la mirada fija en él, mirándolo sin verlo. Cuando habló, su voz parecía llegar de muy lejos. Si escuchaba con mucha atención, podía oír cómo la garza blanca movía las alas al volar.

—Hace doce años, Rick y yo estuvimos en Haití. Él estaba haciendo una investigación en el norte de la isla. Tenía Cap-Haïtien como cuartel general. Su tema era el *voudoun* en la revolución de 1791. Solía hacer frecuentes visitas a Bois Caimán, al sur de la ciudad, donde tuvo lugar la ceremonia *voudoun* que desencadenó la rebelión.

»Un día alguien sugirió que visitáramos la casa de una vieja plantación cerca de Bois Caimán, un sitio llamado Petite-Rivière. La mayor parte de las casas señoriales de la zona fueron quemadas durante la revolución, pero Petite-Rivière sobrevivió. A Rick le dijeron que aún había documentos en la casa de antes de la revolución.

»Fuimos juntos, era un día caluroso de verano.

Por algún motivo, parecía recordar hasta el último detalle de ese día, el tiempo que hacía, lo que llevaba, lo que comieron, las formas que tomaban sus sombras contra las paredes, el ruido de las cigarras en los campos marrones. Ella no llevaba nada debajo del vestido, que se le pegaba como un trapo mojado.

—Cogimos la carretera por Plaine du Nord y Gallois, y entonces nos adentramos en las montañas hacia el oeste. Petite-Rivière estaba completamente aislado. Creo que fue por eso que sobrevivió a la rebelión. Nuestro jeep tenía dificultades para no salirse del camino. Llegamos a media mañana. Había líquen rojo creciendo en las paredes. Me notaba húmeda, enfadada con Rick por haberme llevado hasta ese sitio. Pero quería que lo ayudara con los documentos que pudiera encontrar: mi francés siempre fue mejor que el suyo.

Se detuvo, como inquieta por un problema de lenguaje. Alguien cruzó el suelo del piso de encima, los pies de un hombre pesado, lento y resuelto. Pensó en la belleza móvil de las oropéndolas, en los naranjos y los árboles shadek que proyectaban sombras sobre la hierba chamuscada, en el cerco de *sablier* que rodeaba la casa como una valla de cuchillos.

—Petite-Rivière no era gran cosa. Lo que Boukman y sus rebeldes no habían conseguido, el tiempo y el clima sí lo habían logrado. En un principio había sido propiedad de una rama de la familia de Pays de Bourjolly, colonizadores franceses de La Rochelle. En el momento de la revolución el dueño era Jean-Claude de Bourjolly, que era también, entre otras cosas, el agente local de Riedy y Thurninger, la mayor compañía de comercio de esclavos de Nantes. Según los historiadores contemporáneos, logró escapar a las masacres y de alguna manera consiguió huir a América.

»Los actuales dueños eran unos mulatos pobres que cultivaban sisal para venderlo a una compañía americana de Le Cap. Afirmaban ser descendientes de la primera familia negra que tomó posesión de Petite-Rivière después de la huida de los Bourjolly. Quizá no lo fueran. En Haití todo el mundo quiere encontrar una genealogía. Todos somos *ti Guinée*, hijos de África, pero estamos desesperados por

encontrar unas raíces. Ser negro no basta, hablar el *langage* no es suficiente, tenemos que tener nombres, tenemos que convertirnos en gente con pedigrí.

Se detuvo un momento pensando en sus propias raíces retorcidas, y en el suelo fértil en el que habían crecido.

—Vivían en habitaciones antiguas que perdieron su dignidad hacía mucho tiempo. Sin agua, ni electricidad, sólo sombras del pasado. El pasado de alguien, de cualquiera, a ellos ya les servía. Había dos viejos en la terraza jugando a las damas, viendo el mundo alejarse un poco más con cada ocaso. No nos hicieron ningún caso.

»Rick y yo encontramos los papeles amontonados en un viejo baúl metálico en un desván lleno de café tostado y excrementos de ratón. Estaban milagrosamente bien conservados, de alguna manera el baúl los había mantenido a salvo de la humedad, las esporas y el polvo. No estaban ni mucho menos perfectos, claro, pero la mayor parte de ellos eran sorprendentemente legibles.

»Todo ese día lo pasamos leyéndolos y separándolos en diversos montones. Una niña pequeña nos miraba, creo que era la pequeña de la familia, de ocho o nueve años. Era bonita pero bastante deforme; tenía la cabeza inclinada sobre los hombros, como si se hubiera roto el cuello, casi como si la hubieran ahorcado. Siempre que levantaba la vista, ella me miraba desde el rincón. Sólo miraba, no decía nada. Intenté hablarle, pero nunca respondía.

Angelina se quedó callada, mirando hacia Reuben pero viendo sólo un recuerdo, retorciendo los dedos inconscientemente en el regazo. La niña había muerto poco tiempo después. El contacto de Rick lo había mencionado de pasada en una carta. Durante meses, la imagen de la niña yaciendo en la mesa de pino donde ella y Rick habían puesto las cartas, con un fino vestido arrugado blanco, con el cuello aún torcido, con su virginidad rota por un padre supersticioso usando un grueso palo de madera, para asegurarse de que no se convirtiera en una *diablesse* después de que la enterraran. La inocencia es una puerta abierta para cualquier mal que quiera entrar en nuestro jardín.

—Rick ofreció dinero a la familia por el baúl y su contenido. Aceptaron cincuenta dólares (dólares americanos, no gourdes) y quedaron convencidos de que hacían un buen negocio. Supongo que lo era: ¿de qué les podían servir aquellos trozos de papel a ellos? Ni siquiera sabían leer.

Ella recordaba cómo se habían ido al caer la noche, la niña condenada mirando desde la puerta, tal vez ya afectada por el mal que la había de matar, los caminos equivocados que cogieron, las subidas y bajadas del camino, con los faros enredados en hojas verdes monstruosas, el olor de *vétiver* en la oscuridad húmeda e infecta. Oyeron un tambor *kata* durante unas millas hasta que eso también desapareció y se vieron envueltos en silencio. Lejos, al otro lado de la quebrada ancha y sin nombre, unas luces como luciérnagas parpadeaban en larga fila por un camino invisible. La

gente de la montaña iba a pie al *houngfor* para convertirse en dioses.

En retrospectiva se preguntaba si había habido presagios aquella noche, algo que pudiera insinuar lo que se acercaba, pero no se le ocurría nada. Miró fijamente a Reuben, sus manos, ojos y cara. ¿Qué aspecto tendría cuando hubieran acabado con él?, se preguntaba. ¿Le dejarían a ella mirar? ¿La dejarían tocarlo? ¿Le permitirían besarle mientras moría?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—La mayor parte de los papeles eran de la época de Bourjolly. Eran cartas de *armateurs* (de compañías de comercio de esclavos) de Francia, cartas de amigos de Saint Domingue y otros sitios de las Antillas francesas, registros de cargamentos, copias de varios *rôles d'armement* con detalles de los barcos y su tripulación, minutas de la Asamblea provincial para el sector norte de la isla, incluso unas páginas de un *grimoire*...

—¿Un *grimoire*?

—Un libro de conjuros mágicos. Siguen bastante extendidos en Haití. *Le Petit Albert* se vende bien en las tiendas de la rué Poste Marchand. Los utilizan en las ceremonias *voudoun*.

—Entiendo. Sigue.

Ella dudó. La claridad de su memoria estaba nublada por el presentimiento de verdades más inmediatas.

—Nos llevó dos semanas leer y ordenar todo. Trabajamos juntos con los papeles; el francés de Rick no era lo bastante bueno para entender el estilo del siglo dieciocho. Pero él hizo el trabajo más difícil: la investigación histórica, ligando los datos desordenados, buscando un esquema que uniera los fragmentos. Y encontró un esquema. Un esquema muy coherente, que se fue perfilando a lo largo de los siguientes años.

Se detuvo un momento, y después siguió, con prisa.

—Bourjolly se había metido en algo muy peculiar. *Une affaire très étrange et effrayante*, así lo describía en una carta a uno de sus amigos en La Rochelle.

—¿Esto cuándo?

Ella se encogió de hombros.

—Mil setecientos setenta y cinco, setenta y seis. Nunca lo supimos con seguridad. La mayor parte de lo que averiguamos fueron meras conjeturas. Rick rastreó bibliotecas en Francia y Haití. Se pasó dos veranos encerrado en los Archivos Nacionales detrás de la catedral de Port-au-Prince. Sus conocimientos del francés del siglo dieciocho llegaron a ser bastante buenos. Rastreó las librerías de segunda mano de París, fue a subastas de manuscritos en el Hôtel Druot, se gastó una fortuna. Al final era un experto en el comercio de esclavos franco-haitiano.

Él percibió su reticencia a ir al grano.

—No me has dicho qué era ese asunto en el que se metió Bourjolly.

Ella se estremeció levemente, como si una fina corriente de aire la hubiera buscado y la hubiese encontrado sola en su habitación. Cruzando los brazos sobre el pecho, reposó la barbilla sobre una de las manos, con la mirada en el suelo.

Cerró los ojos un momento, y los volvió a abrir.

—Algo... —lo miró a los ojos—. Algo vino en un barco cargado de esclavos. Venía de África. Algo... o alguien.

—Me parece que no...

No le hizo ningún caso. Estaba concentrada en hechos de hacía más de dos siglos.

—Tenía miedo. Tenía miedo, pero estaba fascinado. Lo que fuera (o quien fuese) cambió su vida. En sus primeras notas, sólo hace referencias de paso a ello, pero con el tiempo, sus cartas y diarios, o al menos lo que encontramos, se convirtieron en la obra de un hombre obsesionado.

Ella miró la pared detrás de él. La pared empezó a derrumbarse. ¡Qué pared más estúpida! ¿Por qué no se estaría quieta? Tenía que concentrarse, tenía que mantener su mente centrada en el aquí y el ahora. Si no el mundo, el mundo entero empezaría a derrumbarse.

—Rick nunca acabó de comprender —continuó—. Pero yo supe casi en seguida qué era lo que había encontrado Bourjolly. Qué había venido de África.

Dudó un momento, después continuó.

—Había una ciudad —dijo ella—. Una ciudad en lo más hondo del bosque, la selva Ituri en lo que antes era el Congo. Ahora se llama Zaire.

Ella sonrió interiormente. Era como un cuento de hadas, una de esas historias que le contaba su padre antes de que se lo llevaran. La sentaba en su regazo y le sonreía y le acariciaba el pelo con sus manos grandes, y cuando se había calmado le contaba cuentos. Metida en la cama en los largos atardeceres le había leído fragmentos de *Las mil y una noches*, la traducción francesa de Galland. Pero esto no era un cuento; era verdad.

—La ciudad se llamaba Tali-Niangara, pero los comerciantes árabes del norte se referían a ella como Madīnat al-Suhhār (la ciudad de los brujos). Tali-Niangara era de piedra, y dicen que sus murallas eran casi tan altas como los árboles más grandes, y que sus puertas eran de madera y hierro, cubiertas del oro más puro. Puede que eso sea todo leyenda, pero sí es cierto que los habitantes de Tali-Niangara eran brujos.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Mi padre me lo contó cuando era muy pequeña. Estas historias iban pasando de generación en generación, historias antiguas, de los esclavos del Congo. Decían que en medio de Tali-Niangara había una ciudadela donde vivían los dioses y donde hablaban con los hombres. La gente de esa ciudad no necesitaba un ejército. Su arma era la más sencilla de todas: el miedo. Fuera de las murallas, la gente del bosque y la gente de más allá, a orillas de río Congo, vivían presas del terror. Mandaban cada año un tributo a Tali-Niangara, después de las lluvias: ganado y grano, pieles y tela y especias, mucho oro y plata, *nkisi* y esclavos. Y cada año mandaban chicos y chicas jóvenes para los dioses de Tali-Niangara, que nunca volvían a ver.

—¿Por qué esto? ¿Cómo podía aceptar la gente esta situación? ¿De qué tenían

miedo?

—Tú eres judío —dijo ella—, no africano. Difícilmente podrás comprender. Los dioses vivían en Tali-Niangara. Daban poder de vida y de muerte a los brujos de la ciudad. La gente de los alrededores vivía con el temor a eso. Si no mandaban el tributo, sus cultivos se arruinarían, la caza desaparecería, el ganado perecería, sus hijos enfermarían y morirían. Mejor perder algo que perderlo todo. Los señores de Tali-Niangara no necesitaban murallas ni ejército.

Estuvo quieta un rato, calmando su corazón. ¿Era el temor que sentía ese mismo miedo o algo más racional? Ella no podía saberlo.

—Durante siglos nada cambió —continuó, contando la historia como se la había contado su padre, como la habían contado a su vez su abuelo y abuela—. La selva creció y se expandió en todas las direcciones, el río fue cavando un canal más profundo hacia el mar, la gente de Tali-Niangara bailaba y cantaba y hacía ofrendas a sus dioses codiciosos. Así es como me contaron la historia. Los sacerdotes escribían libros en tfinagh, una escritura que habían traído los comerciantes de los desiertos del norte. Escribían las palabras de sus dioses en finas placas de oro batido. Ése era el único propósito de su civilización: registrar los oráculos de sus dioses y transmitirlos a las generaciones venideras, aumentando progresivamente la obra de las generaciones anteriores. Se dice que la ciudadela de Tali-Niangara contenía una biblioteca con más de diez mil libros dorados.

»Y se dice que los sacerdotes hacían un círculo dorado en el que escribían palabras de gran poder y un diagrama de la ciudad, y lo daban a sus reyes para que lo llevaran como símbolo de su derecho a reinar, y de su poder sobre la vida y la muerte de todo lo que había en la ciudad y fuera de ella.

Levantó la vista.

—Así es como me contaron esta historia, Reuben. Me la contó mi padre, cuando era muy pequeña. —Cerró los ojos—. Durante siglos nada cambió. Y entonces, un día al principio de la primavera un grupo de hombres con la piel del color de la leche apareció en las puertas de Tali-Niangara, hombres con espadas y cañones y mosquetones, hombres que no temían a los dioses ni a los sacerdotes que los servían. Fueron admitidos en la ciudad y se les ofreció la hospitalidad del rey y de sus consejeros. En secreto se hicieron conjuros contra ellos, pero no tuvieron efecto alguno. Se escribieron maldiciones, pero siguieron intactos.

Durante un mes los extraños se quedaron, comiendo, bebiendo, descansando. Finalmente, una noche oscura mataron al rey y a su guardia, saquearon la ciudadela, llevándose muchos de los libros de oro, y se llevaron cautivos a cincuenta de los mejores jóvenes de la ciudad, incluidos siete sacerdotes. Al amanecer estaban ya lejos en el bosque, cargados de oro y con una partida de esclavos de la mejor calidad.

Los esclavos avanzaban lentamente, impulsados por los látigos, pero al paso que

dictaban los árboles y el sotobosque por el que avanzaban. Los negreros no eran innecesariamente duros con sus prisioneros, cada uno de ellos representaba una inversión de tiempo y dinero que aún había que recuperar. Nadie quería que su parte muriera antes de llegar a las Indias.

Pero el bosque era hostil. Los negreros tenían que llegar al río y volver a la desembocadura antes de que su barco partiera sin ellos. Y los dioses de Tali-Niangara habían empezado su venganza, lenta pero segura.

Uno a uno los negreros fueron muriendo, por algún accidente, por picadura de serpiente, la mayoría por fiebres. Empezaron a abandonar el equipaje innecesario, hasta que llegó el turno de los objetos de oro, todos menos unos pocos. Hubo también algunas bajas entre los esclavos, pero muchas menos que entre los negreros. Cuando los esclavos llegaron a orillas del río Congo, sólo quedaban cinco blancos y treinta negros. Cuatro de los negros eran sacerdotes.

De vuelta al barco, la historia de los supervivientes despertó mucho interés, al igual que los artefactos de oro que mostraron en privado al capitán y sus oficiales. Una expedición más grande, bien equipada, podría traer riquezas incontables en metales nobles y bellos esclavos. El barco zarpó una semana más tarde. No tenían una carga completa de esclavos, pero estaban impacientes por llegar a las Indias y regresar a su casa en Liverpool.

La tripulación era minoría, pero el terror del mar abierto y las condiciones de las cubiertas donde estaban los esclavos los mantuvieron pasivos durante la primera semana del largo viaje. Todo ese tiempo, sin embargo, los cuatro sacerdotes estuvieron tramando algo, primero con sus compatriotas de Tali-Niangara, y después con individuos que escogieron entre los demás esclavos. Los días pasaban sin que sucediera nada digno de mención. Hubo muertes entre los esclavos, principalmente como consecuencia del flujo. Dos tripulantes fueron víctima de las fiebres. Bajo las cubiertas el olor se hacía insoportable.

El motín empezó cuando entraron en el Caribe. Era de noche, tarde. La mayor parte de la tripulación dormía. A pesar de sus armas, a pesar de su mejor estado físico, a pesar de su mejor conocimiento del barco, los marineros fueron rápidamente dominados. A lo largo de la siguiente semana, los sobrevivientes fueron torturados. No fueron los únicos. Una vez que los hombres de Tali-Niangara tuvieron el control, trataron a todos como vasallos; el que fueran blancos o negros era irrelevante.

Sólo se tuvo clemencia para con dos blancos. Uno era el piloto del barco, un hombre llamado Bellamy. El otro era un agente de comercio de esclavos francés. Se llamaba Jean-Claude de Bourjolly, el hombre cuyos papeles encontraron Angelina y Rick en Petite-Rivière.

—Descubrimos mucha información sobre el viaje en las cartas de Bourjolly —continuó Angelina—. Cosas que mi padre nunca había sabido, cosas de las que nunca

se había tenido constancia. Bourjolly tenía conocimientos de lenguas africanas y siempre le habían fascinado las religiones y prácticas mágicas de los negros que había conocido en Haití. Ayudó a los hombres de Tali-Niangara a conseguir el control del barco.

»Entonces aconsejó a los cabecillas del motín que abandonaran el barco y se refugiaran entre los maroons, esclavos fugitivos dispersos por las montañas de Haití. La barca era lo bastante grande para transportar a los supervivientes de Tali-Niangara y unos cuantos esclavos que se quedaron para servirles, además de Bourjolly y Bellamy, sin el que sabían que estaban perdidos.

»Antes de meterse en la barca, los sacerdotes encontraron en un baúl del camarote del capitán el círculo dorado que había pertenecido a su rey y otros trozos de oro robado.

»Partieron el círculo dorado por la mitad y se llevaron uno de los trozos, para que quedara con ellos en su exilio. La otra mitad se quedó en el baúl a bordo del barco, con los *nkisi* de oro y el libro de los dioses que habían traído de Tali-Niangara.

»El mayor de los sacerdotes se quedó a bordo con ellos. Rezaría para que hubiera un viento oscuro del oeste que devolviera el barco a África, a la desembocadura del Congo, a lo largo del río a orillas del gran bosque. Volvería a Tali-Niangara para hablar con los dioses en la alta ciudadela. Los hombres de Tali-Niangara construirían canoas e irían a buscar a sus hermanos de occidente. Se reunirían las dos mitades del círculo. Habría de nuevo un rey. Y los dioses de Tali-Niangara se vengarían. Eso sería el principio de la Noche de la Séptima Oscuridad. La noche de la resurrección de todos los muertos.

Angelina dejó de hablar. Había cerrado los ojos, anulando el presente. En su mente veía al sacerdote, librado de su esclavitud, de pie, solo, en la proa del pequeño barco, soñando con un bosque que nunca volvería a ver. Se preguntó qué le habría pasado. ¿Se habría hundido o lo habría hecho prisionero otro barco? Rick se había pasado muchos años intentando descubrirlo. Y casi otros tantos intentando encontrar Tali-Niangara. Tali-Niangara y su fabulosa biblioteca de libros dorados.

—¿Es eso todo lo que sabes?

Ella indicó que no.

—No todo. Hay un poco más. Bourjolly y Bellamy llegaron a la costa con los esclavos en algún lugar del norte de Haití. Se dice que Bourjolly hizo matar al piloto una vez hubo cumplido con su misión. No sé qué tipo de historia se inventó para explicar su rescate, pero pronto volvió a Petite-Rivière y continuó con sus ocupaciones de siempre.

»Sin embargo, de alguna forma siguió en contacto con los esclavos de Tali-Niangara. Con el paso del tiempo se dieron cuenta de que no les iba a llegar ayuda de la ciudad, que nunca volverían a África. En unos años Bourjolly consiguió encontrar

sitio para todos en su plantación. Falsificó papeles de origen para ellos. El barco en el que llegaron nunca fue encontrado. Los trataron bien en Petite-Rivière. Bourjolly les encontró esposas entre las esclavas congoleñas que llegaban a Cap Francais. Se asentaron y crearon familias, incluidos los sacerdotes. No tenían votos de celibato que obedecer.

—¿Por qué? ¿Por qué hacía Bourjolly todo esto? Él mismo era un negrero, dijiste que era un agente para una compañía francesa de comercio de esclavos.

Angelina asintió.

—Buscaba el conocimiento —susurró ella.

—¿Conocimiento? ¿Conocimiento de qué?

—De lo que fuera que habían enseñado los dioses de Tali-Niangara a sus sacerdotes. Los conjuros, las oraciones, las palabras de poder. Bourjolly quería ser brujo, sabes. Había estudiado las artes negras en Europa. Pero a los cuarenta años seguía sin conseguir nada. En África había oído leyendas de Tali-Niangara, el Madīnat al-Suhār. Con la ayuda de los hombres que había salvado creía que encontraría respuestas para todas sus preguntas, que obtendría acceso a los misterios más antiguos. Él creía que Tali-Niangara había recibido sus conocimientos de Egipto, la fuente de toda sabiduría. Era un francés de su tiempo. En aquella época en París los filósofos creían que Egipto había sido la fuente de la *prisca sapientia*, la sabiduría primigenia que los antiguos griegos habían perdido. Dio a esos esclavos la vida, seguridad, comida, esposas. Lo que quería obtener a cambio era el conocimiento de cosas prohibidas. Debió parecerle un trato justo.

Ella permaneció en silencio. Reuben la miró.

—¿Consiguió lo que quería? —preguntó él.

Ella levantó la vista. Sus ojos eran como ópalos blancos, fijos, pálidos, acuosos.

—Sí —contestó—. Obtuvo la sabiduría. La sabiduría y el poder. Y la esperanza de la inmortalidad.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Reuben se levantó y fue hacia la ventana con la intención de cerrar las cortinas. Echó una mirada a la calle ahíta de lluvia. Inexplicablemente había hojas secas y crujientes bajo el pálido manto de una lámpara de sodio. Los restos de la voz de Angelina flotaban en el silencio como una rosa rota sobre el agua, pétalos dispersos bajando por una corriente oscura y atormentada. En su mente se empezaba a perfilar un esquema poco definido, aún sin unidad, sin canalizar, con bordes oscuros iluminados por el amanecer renqueante de una incierta comprensión.

—No comprendo nada —dijo—. Todo esto pasó en el siglo dieciocho. Ahora estamos en la década de los noventa del siglo veinte.

Ella lo miró, inquisitiva, y se abrazó a él con aún mayor fuerza.

—¿Ah sí?

—Aquí sí —contestó él—, en esta habitación.

Miró el calendario. El entramado de días y semanas estaba firmemente implantado en el ahora y aquí.

—Pero fuera —insistió ella— podría ser cualquier momento. A esta gente no le importan las fechas y los años. No tuvieron calendarios hasta que llegaron los barcos negreros. El tiempo no tiene sentido para ellos: pasado, presente, futuro, todo ello es una misma sustancia.

—¿Qué gente? Antes hablabas de «gente peligrosa». ¿A quién te refieres? —Dio la espalda a la ventana, a la noche.

—Hace un año alguien se puso en contacto con Rick. Él no me dijo quién había sido, al menos no al principio. Pero tenía miedo. Desde el primer momento tuvo miedo.

»Había estado manteniendo correspondencia y hablando con mucha gente durante cinco años y nunca pasó nada. Bibliotecarios, libreros, académicos, expertos en historia colonial francesa y africana, eruditos del *voudoun*. Todos parecían igual de intrigados que Rick por lo que había encontrado. Alguno debió de enseñar los artículos de Rick a algún amigo. O ese amigo a otro amigo. Nunca lo pudimos saber. Pero llegó una llamada, y la primera visita.

Angelina se detuvo. Le temblaban las manos.

—Antes de irse de Haití —continuó—, Bourjolly fundó una religión. La llamó Le Septième Ordre, el Séptimo Orden. Creía que habían habido seis órdenes secretas a lo largo de la historia encargadas de custodiar la verdad oculta: la hermandad pitagórica, los seguidores egipcios de Hermes Trismegistos, la orden de los templarios, los rosacruces, los masones y la Prieuré de Sion francesa. Su hermandad debía ser la Séptima Orden: la última y la más grande.

»La creó en parte según el modelo de las órdenes mágicas europeas, y en parte

según las sociedades secretas africanas como el Bizango. Enseñaba una mezcla de ocultismo occidental y brujería africana. Profetizaba la resurrección de todas las cosas cuando el auténtico rey volviera a sentarse en el trono de Tali-Niangara. La Noche de la Séptima Oscuridad.

Una expresión inexplicable se reflejó en el rostro de Angelina. Reuben no sabía qué era, si un sueño, o miedo, o un recuerdo o todo eso junto. Un momento más tarde se había esfumado.

—Sus primeros seguidores fueron sus esclavos —continuó—. Ellos convirtieron a otros. Y él convirtió a la mayor parte de su familia y a varios amigos en Haití y Francia. Cuando llegó la revolución y los blancos fueron expulsados de Haití, la fraternidad fue encabezada por los sacerdotes de Tali-Niangara. Aún existe, y todavía es poderosa.

—¿Y dices que está aquí, en Nueva York?

—Tienen miembros aquí —dijo ella—. No son haitianos; son americanos. Hay células en Francia y en varias ex colonias francesas en África. Quizá también en otros lugares, no lo sé.

Apretó con fuerza las manos para evitar que temblaran. Su voz sonaba rasposa, difícil de controlar.

—Hicieron una visita a Rick —dijo ella— y le sugirieron que abandonara su investigación. Se asustó, pero no lo suficiente para dejar algo tan importante para él. Sólo abandonó las cosas concretas que estaba haciendo y modificó el rumbo de la investigación. Lo que descubrió entonces sí que le dio miedo.

Volvió a tiritar, esta vez de forma más evidente.

—¿Tienes frío?

Ella indicó que no.

—Déjame que acabe —dijo ella—. Rick hizo algunas pesquisas. Pidió a uno de sus estudiantes de posgraduado que le ayudara, el hombre que encontraste en nuestro apartamento, Filius Narcisse. Después de la revolución en Haití, Bourjolly vino a los Estados Unidos. Llegó a Florida y fue subiendo hasta Nueva Inglaterra, donde vivió en Nantucket durante algún tiempo. Parece ser que pasó algo desagradable. En todo caso tuvo que huir.

Reuben la miró con cara de curiosidad. Recordó súbitamente el libro que había encontrado en la cámara subterránea: *Una Prudente Advertencia a los Justos*, siendo un *Informe de los recientes hechos sucedidos en Nantucket*. Escrito nueve años después de la revolución haitiana.

—De Nantucket se dirigió a Nueva York, en donde se instaló a este lado del río. Se compró una granja a la salida del pueblo de Brooklyn-Ferry y un almacén en Front Street.

Reuben notó frío en los huesos. Empezaba a comprender lo que había visto esa

mañana.

—El apartamento donde vivíamos Rick y yo, en Clermont Street, fue construido en el terreno de la casa de Bourjolly. Antes vivíamos al oeste del parque. Hace unos ocho años Rick encontró unos títulos de propiedad. La granja estuvo allí hasta la década de los 1840. Brooklyn crecía y necesitaban terrenos para poder construir. Bourjolly ya había muerto, pero tenía un hijo, Pierre. Éste construyó una hilera de casas en el terreno de la granja. Vivió durante años en la casa en la que está nuestro apartamento.

»Rick se obsesionó con la idea de vivir en esa casa. Había heredado algo de dinero, así que hizo una oferta a la familia que vivía en nuestro apartamento, una familia puertorriqueña. Rick les ofreció un buen precio, y ellos vendieron.

—¿Cuándo murió Bourjolly? —preguntó Rick.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. No lo sabe nadie. No está registrado en ningún sitio. Rick se pasó mucho tiempo buscando: incluso se pasó semanas vagando por los viejos cementerios, buscando una lápida. Pero no encontró nada. Es como si el viejo hubiera desaparecido. Quizá se estaba forjando otro escándalo; quizá alguien le obligó a irse de Brooklyn, igual que le habían echado de Nantucket.

Reuben apretó los labios.

—No —dijo—. No lo creo. —Se detuvo—. Te lo explicaré en otro momento. Pero me estabas contando las cosas que descubrió Filius.

—Pues —continuó Angelina— parece ser que incluso antes de llegar a este país, Bourjolly había estado construyendo una red de contactos, gente interesada como él mismo en el ocultismo y la magia. Incluía algunas personas eminentes. Con su ayuda fue reuniendo una pequeña congregación de fieles. Puede que eso tenga algo que ver con lo que sucedió en Nantucket. Algunos de sus seguidores llegaron a ser figuras eminentes de la nueva república: abogados, académicos, miembros de la jerarquía eclesiástica, políticos. En ese momento estaban de moda las sociedades y cultos secretos. Los swedenborguianos acababan de inaugurar una iglesia americana en Baltimore. Los masones estaban firmemente establecidos: George Washington había sido iniciado en 1752.

»Llegado el siglo diecinueve, la Séptima Orden era algo más que un pasatiempo intelectual para norteamericanos influyentes: se había convertido en un camino hacia el poder. Se fue haciendo más cerrada, y no lo contrario. Los miembros juraban lealtad bajo pena de muerte, y por lo que parece la amenaza de castigo no era un farol.

»Sólo se podía ser miembro por invitación. Los que aceptaban debían cometer un crimen grave: robo, violación, incesto, incendio, sacrilegio... pero sobre todo asesinato. Los jefes de la sociedad conservaban todos los detalles junto con una

confesión escrita de puño y letra del aspirante. Eso hacía que la gente se estuviera callada, muy callada.

»Durante el siglo diecinueve, la rama americana no tuvo contactos con el grupo en Haití, aunque sí lo tuvo con París. Conservaron su poder e influencia, y la orden se hizo tremendamente rica. El perfil de los participantes ha cambiado. Siguen habiendo jueces, senadores y oficiales del gobierno. Pero ahora la orden también incluye varios industriales, un par de grandes dueños de medios de comunicación, inversores inmobiliarios, agentes de bolsa... y unas cuantas personas relacionadas con el crimen organizado.

Se detuvo y levantó los ojos, muy abiertos, y al ver esos ojos y el dolor que albergaban y las lucecitas que brillaban en sus bordes supo que al fin decía la verdad y que al decirla se lo jugaba todo. No sólo su vida, sino todo. Y al comprender eso, a él también le entró miedo.

—¿Rick sabía todo esto? ¿Él y Filius descubrieron todo esto?

Ella asintió. Era una marioneta sin dolor ni miedo. Vacía.

—¿Por qué no nos vinieron a ver a nosotros o al FBI?

Ella intentó apartar la mirada, pero él la siguió.

—Él quería... —su voz era como una pajita, fina—. Él pensaba que podría unirse a ellos, y que le facilitarían información que él pudiera usar. Así tendría un libro que coronaría su carrera, alterando nuestra forma de comprender la historia de Haití. Pero creo que esperaba más que eso. Eran hombres con poder, hombres con influencia. Rick era ambicioso. Una vez habló de sus posibilidades de convertirse en asesor presidencial en materia de asuntos caribeños. Intentó jugar con ellos. No les gusta que jueguen con ellos.

—Y tú, ¿también juegas con ellos? ¿Es por eso lo de la advertencia? ¿Para que dejes de jugar con ellos?

Ella sacudió la cabeza, un movimiento imperceptible.

—Están buscando algo. Algo que creen que Rick tenía. Algo que quieren a cualquier precio.

—¿Un documento? ¿Una prueba de algo?

Ella volvió a sacudir la cabeza.

—Tienen la mayor parte de sus archivos. Vinieron ayer o anteayer y se llevaron todo lo que pudieron. Pero se les escapó una cosa, lo que de verdad buscaban.

—¿Qué era eso?

—La libreta de Rick —dijo ella—. Una vez se la enseñó a Filius, hace un año. Cuando vi a Filius ayer, me confesó que se lo había dicho a la orden antes de que lo envenenaran. Utilizó la libreta como una manera de intentar entrar en la orden.

—¿Filius era miembro?

Ella sacudió la cabeza.

—No, pero quería serlo. La ceremonia grabada en la cinta de vídeo debió de haber sido la primera de varias. Implicaba... —Dudó—. Creo que Filius mató a alguien. Eso era la sangre que había en el cuenco. Lo habían grabado para tener a Filius bien cogido, era aún mejor que una confesión firmada.

—¿Y entonces qué pasó?

Ella se encogió de hombros.

—No pudieron encontrar la libreta. Filius no podía saberlo. Rick tenía un escondrijo seguro. Lo encontré ayer y lo llevé a la sucursal más cercana del Banco di Ponce. La he metido en una caja de seguridad.

—Así que convirtieron a Filius en un zombi.

Ella pareció estremecerse, y entonces asintió.

—Un zombi, sí. Muerto un tiempo, y después revivido por medio de un antídoto. Era un secreto que trajeron los esclavos de Bourjolly de Tali-Niangara. Cómo matar un hombre sin matarlo.

—Pero a Rick sí que lo mataron.

Ella asintió.

—Sí. Cuando Filius les hubo fallado, esperaron a que Rick volviera de nuestro viaje al Zaire. Querían sorprenderlo, pero el vídeo lo alertó. Eso creo que fue un error. El vídeo. Alguien lo dejó para que Rick lo viera, para asustarlo. Pero Rick siempre pensó que podía salirse con la suya. Incluso en ese momento pensó que los podía engañar. No sé qué hizo ni qué les dijo. Quizá intentó llegar a un acuerdo. En todo caso, no funcionó. Lo mataron. Y ahora me están presionando a mí.

—Pero a ti no te quieren matar porque saben que conoces la existencia de la libreta.

—Exacto; pero tal vez tengan miedo de que la entregue a la policía. Saben que volví al apartamento.

—¿Qué contiene la libreta?

—Todo lo que te he contado, con detalles de nombres y fechas y todo eso, cosas que Rick había logrado desenterrar. Tenía pruebas que podrían haber sido muy incómodas para ellos. No creo que los hubiera destruido, pero los podría haber incomodado bastante.

—¿Sólo eso?

—No. Rick tenía las notas de todas sus investigaciones sobre el barco que había llevado a Bourjolly y los esclavos a Haití. Estuvo muy cerca de saber su nombre y de localizar los pecios...

—¿Pecios?

Angelina asintió. El cabello le caía suavemente sobre la frente, tapándole los ojos. Se lo apartó.

—No lo sé. Rick estaba seguro de que el barco no podía haber llegado lejos. Si no

lo encontraron a la deriva y remolcaron hasta algún puerto, es que se hundió.

—¿Por qué son tan importantes los pecios?

—Porque contienen la mitad del disco dorado. Para la Noche de la Séptima Oscuridad. Sin él el rey no volverá.

—¿Tienen la otra mitad? —Aún no le decía lo que había encontrado.

Ella negó con la cabeza. Esta vez el cabello no se movió. Reuben quería que se moviera, quería verla apartarlo con aquel gesto tan fácil.

—Rick pensaba que Bourjolly lo debía de haber guardado. Debió desaparecer con él. Sé que Rick tenía algunas ideas acerca de dónde podría estar. Algo que ver con el apartamento. Quizá pensaba que Bourjolly lo había enterrado en alguna parte de la granja.

—No estaba del todo desencaminado.

—¿Qué quieres decir?

Reuben se puso de pie y fue al salón. Volvió con la caja que se había llevado de la cámara subterránea. Sacó el fajo de cartas y se las pasó a Angelina.

Ella las fue mirando en silencio, una a una, sus dedos delicados contra el frágil papel. Una página entera se desmenuzó mientras la tenía en la mano. Papel y tinta y el pasado sin fragmentar. Leyó un buen rato. Finalmente levantó la vista.

—Están todas dirigidas a Bourjolly. Son de un mulato de Cap Français, un hombre educado, un empleado. Parece haber sido el principal contacto de Bourjolly con la orden en Haití. ¿Dónde las has encontrado?

Se lo contó brevemente. Ya no tenía la menor duda de que los restos momificados eran los de Bourjolly en persona.

Por último levantó el semicírculo dorado de la caja y se lo pasó. Era afilado, plano y duro, y líneas grabadas de escritura andaban como insectos peculiares por toda su superficie.

Angelina pasó los dedos suavemente por encima.

—Esto es escritura Tifinagh —susurró—. Tiene que ser auténtico. —Levantó la mirada—. Te matarán —dijo—. Harán cualquier cosa para apoderarse de esto.

—Lo sé —dijo Reuben—. Lo sé.

Cogió el medio disco dorado, lo metió en la caja y la cerró en silencio.

Sonó el teléfono, fuerte y agudo. Angelina se sobresaltó. Reuben descolgó el auricular. Escuchó brevemente, dijo «Estaré allí» y volvió a colgar con cuidado. Se quedó un momento contemplando el teléfono, y después miró a Angelina.

—El capitán Connelly me quiere ver. Ha mandado un coche para recogerme. No quiere decir de qué se trata. Pero parece estar irritado.

Volvió a coger el auricular y marcó un número de memoria. Danny contestó en seguida. Parecía estar de mal humor, nada dispuesto a hacer favores a nadie, pero Reuben insistió hasta que cedió.

—Date prisa en llegar, Danny. Y Danny...

—¿Sí?

—Tráete la pistola —Reuben colgó.

Angelina esperaba en el salón. Parecía nerviosa, tensa.

—Tengo que irme —dijo Reuben—. Connelly no me ha dado elección. Dice que es importante. No quiero que estés aquí sola, así que he pedido a mi compañero Danny que venga. Llegará en un cuarto de hora si no se entretiene. Usa el portero automático. Se llama Danny Cohen. Un metro noventa, complexión fuerte, treinta y pocos. Te gustará. No dejes entrar a nadie más. Si pregunta qué está pasando, díselo.

—No quiero que te vayas, Reuben.

—No te preocupes. No tardaré mucho. Te lo prometo. Danny te cuidará. Confía en mí.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Escucha. ¿Qué oyes? En primer lugar, el sonido de tu respiración. Después, la sangre que entra y sale del corazón. Si escuchas con mucha, mucha atención, puedes oír la sangre circular por tu cabeza, como un río desbordado. Los sonidos son lo único que cuenta: cuando se impone el silencio, cuando no oyes nada, entonces sólo está la muerte.

Respiró a fondo en la oscuridad y volvió a espirar. Dos veces más para mantener el ritmo. Su corazón iba a toda velocidad, sin control. Se sentía ligero de cabeza, mareado y aprensivo. Con el retorno de la plena conciencia había llegado un enorme e ilimitado miedo. El miedo era como una manta, lo envolvía, lo ahogaba y se sacudía como un niño bajo una sábana demasiado apretada que le oprime cada vez más cuanto más se mueve.

Había estado en una gran oscuridad. Había mirado indefenso cómo lo habían declarado muerto, escuchado con terror como clavaban la tapa del ataúd, como la tierra húmeda caía a paletazos en su tumba hasta que ya no hubo ningún ruido, ninguna respiración, ni circulación de la sangre, ni el latido del corazón. Lo peor era saber. Saber que volverían, saber que lo liberarían de la tumba sólo para llevarlo a un lugar aún más terrible. Cuando el ruido de las palas atravesaba la oscuridad, y había sido sucedido por un terrible raspar de metal contra madera, había enloquecido de miedo.

Lo habían levantado del ataúd y le habían dado para comer la pasta nauseabunda de batata, melaza de caña y *concombre zombi*. A la mañana siguiente le habían dado una segunda dosis, y entonces lo habían dejado solo. La conciencia había vuelto, pero mezclada con la terrible locura inducida por los agentes psicoactivos del *concombre*. Medio loco, había yacido en la oscuridad sobre un suelo durísimo, mientras sus demonios interiores se desmadraban. Antes de mediodía habían ido a buscarlo y lo habían llevado en coche a otro lugar.

Había escapado a través de largos túneles que olían a humedad y habitaciones llenas de huesos y cosas sin forma ni color. Al fin se había encontrado en una habitación vacía, conocida y extraña a la vez, al igual que la mujer que le había hablado allí. Y el hombre, el hombre que le había dado tanto miedo a ella. Ahora, por supuesto, podía recordarla: la mujer era Angelina, la habitación estaba en el apartamento donde todo había empezado, la sangre y los silencios hambrientos. No podía recordar quién era el hombre. Al final lo habían llevado allí y lo habían metido en la oscuridad detrás de una puerta pesada, con un cerrojo.

Alguien encendió una cerilla, y una llama amarilla chisporroteó en la oscuridad. En un momento se calmó. Una mano invisible la acercó a la mecha de una vela, acariciándola suavemente, incitándola a vivir.

«Canta», dijo una voz, y otra voz cantó, levantando las palabras más y más arriba hasta que llegaron al techo y quedaron colgados en pequeños montones. Podía distinguir las oscuras figuras de dos hombres, uno alto, otro de altura mediana. Le daban la espalda. Estaban vestidos de rojo y negro, con largos mantos bordados que llegaban hasta el suelo. El hombre alto estaba medio cantando, medio entonando un salmo.

Su compañero encendió una segunda vela. Llama rítmica, luz fluctuante. Difícil de distinguir, un altar bajo temblaba ante ellos. Una tercera llama creció en una vela y una cuarta. La canción siguió y siguió, tejiendo del gastado silencio oscuros dibujos de amor y terror.

Sobre la amplia superficie del altar imágenes de los *loa* estaban escoltadas por pinturas al óleo de colores encendidos. Pequeños tarros tapados con telas con diferentes estampados, *govis* que contienen los *loa* y los espíritus de los muertos. En un plato grande, un cráneo de cabra con velas marrones en cada órbita, con abalorios colgando entre sus cuernos. Un cráneo humano sin mandíbula cubierto de restos de grasa de vela. Un ejemplar de *Le Petit Albert*, decorado con tiras de cuentas rojas y moradas, cubiertas de polvo, intocadas, intocables.

Los hombres se volvieron hacia él. Ahora cantaban los dos.

... *odâ owèdo mêmê odâ misn wèdo, dîéké, Damballah-wèdo têgi nêg ak-â-syel...*

Había una cruz grande de madera a la izquierda del altar, decorada con telas de muchos colores y atada con gruesas cuerdas. Al pie había botellas, algunas envueltas en tela de saco, otras transparentes; *clairin*, *whisky*, *vermut* y *coñac*. A la derecha del altar estaba la *madoule*, el ataúd sagrado de las sociedades Bizango.

La visión del ataúd le despertó un cúmulo de recuerdos. Le revoloteaban por la cabeza, picándolo sin piedad.

¿Quién es tu madre?

La Veuve, la madoule. La viuda. El ataúd sagrado.

¿Quién es tu padre?

No tengo padre. Soy un animal.

¿Quién es tu esposa?

No tengo esposa, estoy casado con la tumba.

¿Quién es tu hijo?

No tengo hijo. Los muertos no procrean.

Recordaba esas preguntas, sus respuestas. Desnudo ante el altar, parpadeando en la luz de las velas que le resultaba dolorosa después de la oscuridad aparentemente total, todo ello le volvió a la mente. Las preguntas. Las respuestas. Y el precio a pagar.

Los cantos cesaron. Se quedó tieso, como si el veneno aún hiciera efecto. Sin la menor expresión facial, los hombres avanzaron hasta estar a unos centímetros de él. El hombre alto habló.

—¿Filius Narcisse?

Asintió con la cabeza. Tenía demasiado miedo para formular una respuesta.

—¿Quién es tu madre?

Sacudió la cabeza, incapaz de responder. Se le repitió la pregunta.

—¿Quién es tu madre?

La respuesta surgió del pasado, su voz estaba resquebrajada por la sed y por el miedo.

—La Veuve.

—¿Quién es tu padre?

—No tengo padre. Soy un animal.

Sin el menor aviso, los dos hombres se pusieron uno a cada lado de él y lo cogieron por los brazos. No se resistió. Tiraron de él y se movió, las piernas como muertas, arrastrado por el suelo.

En la pared lateral del *bagui* había una puerta baja y estrecha en la que había pintada en rojo una *vévé*. La puerta se abrió y lo llevaron, medio en andas, medio arrastrado a una pequeña cámara circular sin ningún mueble ni adorno. Las paredes, el suelo y el techo estaban pintados de blanco. Desde el alto techo en forma de arco colgaba una única bombilla desnuda. Su luz pálida rebotaba en las desnudas paredes blancas, provocando lágrimas de dolor en sus ojos acostumbrados a la oscuridad.

La habitación estaba llena de un ruido de baja frecuencia, confuso, que subía y bajaba en cadencias ásperas e irregulares. Un momento se interrumpía, otro volvía a empezar, resbalando por sus venas como hielo. El ruido llegaba de debajo del suelo, surgiendo descoyuntadamente de unas filas de agujeros pequeños perforados en algo que parecían ser tapas de pozo circulares. No era tanto un mugir de voces incoherentes como un grito de desesperación apagado pero continuo.

Habría pensado que se trataba de voces de animales, de seres sin alma, si no hubiera sabido que eran humanas. O que habían sido humanas.

Una de las tapas había sido levantada y apartada. La apertura era justo lo bastante grande para permitir que entrara una persona.

Como si respondiera a una señal imperceptible, el hombre alto le dio la vuelta mientras su compañero le pasaba un arnés y una cuerda por la cabeza y los hombros. Pidió auxilio, sabiendo que nadie vendría. Al oír su grito, algunos de los lamentos subieron de tono, como si fueran ecos de su propia voz. No había palabras. Habían perdido su conocimiento del lenguaje a la vez que su humanidad. Con el tiempo sabía que comprendería sus galimatías a la perfección. Se preguntó si hablaban unos con otros en la oscuridad tan, tan larga.

Los hombres lo arrastraron hasta el borde del agujero a pesar de que se debatía con todas sus fuerzas. Al llegar allí se quedó como muerto, toda resistencia lo abandonó por el horror mismo de su situación. El hombre alto se inclinó sobre él y le susurró al oído unas palabras en una lengua muerta desde hacía mucho tiempo, las últimas palabras de una voz humana que oíría nunca. Gritó mientras le hacían perder pie de una patada y empezó su descenso al agujero.

Los ásperos lados de piedra le rasparon las caderas y los hombros a medida que iba bajando más y más con la cuerda que giraba lentamente. Dos metros, cuatro, cada vez más hondo, y el círculo de luz se iba haciendo menor por momentos.

Al llegar a los cinco metros, los pies dieron contra la superficie fría y dura del suelo y sintió que las piernas le cedían. Pero el pozo en el que lo habían metido no era lo bastante ancho para ponerse en cuclillas. Las rodillas le dieron contra la pared, sus nalgas reposaban contra piedra que no cedía.

Medio de pie, medio en cuclillas, lloró incontrolablemente. Con un tirón imperceptible de un cordel soltaron el arnés. Se separó de él y lo sacaron rápidamente, colgado del extremo de la cuerda. Su último contacto con el mundo de allí arriba, su cordón umbilical cortado.

Algunos, según le habían dicho, duraban diez o veinte años. Se rumoreaba que uno había durado cuarenta años: encorvado, deforme, ciego, ni remotamente humano. No podía comprender por qué no dejaban de comer lo que les daban día sí, día no. Inválidos, locos, con dolor constante, seguían viviendo. Eso era lo horroroso, que no eran capaces de dar la espalda a la vida.

Se oyó un rascar mucho más arriba. La tapa perforada volvió a su sitio con un martilleo que indicaba su carácter totalmente definitivo. Durante un momento que pareció una vida entera los aullidos cesaron. Un silencio profundo, nada terrestre se apoderó de la cámara, lleno del eco de la piedra resonando contra la piedra. Pasos suaves se alejaban. Una puerta se abrió y se volvió a cerrar. Alguien rió. Alguien lloró.

La luz se quedó encendida. Podía ver, fuera de su alcance, diecinueve minúsculos agujeros, como de alfiler, en la eterna oscuridad. Para recordar la luz. «Como las estrellas —pensó—. Como pequeñísimas estrellas parpadeantes».

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El conductor del coche patrulla era un desconocido para Reuben. Tenía la mandíbula cuadrada y los labios estrechos. No habló durante su largo viaje, aparte de presentarse. Cuando Reuben le preguntó dónde lo llevaba, él se encogió de hombros y dijo:

—Le llevo a ver al capitán Connelly, tal y como me han ordenado.

—No lo he visto por la comisaría —dijo Reuben—. ¿Hace poco que lo han trasladado?

El hombre no respondió.

Condujo en silencio por las calles sin memoria. Brooklyn estaba en un estado de perpetuo flujo. Las viejas tiendas yiddish de la infancia de Reuben ahora tenían nombres caribeños o españoles; había sinagogas convertidas en iglesias con nombres como la Iglesia de la Santísima Trinidad de América; caras conocidas se habían convertido en caras desconocidas. El coche estaba caliente pero se sentía incómodo. Reuben miró por el parabrisas: el grueso cristal hacía que todo pareciera lejano, como una ciudad vista a través del agua. En el exterior la noche se pegaba a las calles para aprovechar su calor.

Atravesaron Queens y Nassau County hacia el este, saliendo de la ciudad hacia las zonas semirurales de Long Island. Reuben se quedó dormido un momento y al despertar se encontró atravesando una enorme oscuridad donde los faros del coche eran las únicas luces. Las largas extraían un mundo de cristal de la nada; una carretera blanca como la tiza, los pálidos setos, los árboles oscuros con la marca del invierno en sus hojas. Una granja apareció de repente y al momento ya no estuvo, buhardillas pintadas de blanco planas sobre la superficie de la oscuridad. Un pequeño molino de viento giraba suavemente con la brisa del mar. Un caballo estaba en pie en un campo silencioso, pateando la hierba enredada.

Llegaron a una casa con buhardillas algo alejada de la carretera, rodeada de árboles y espesos matorrales. Era de estilo colonial, pero de construcción moderna. Una luz brillaba en una única ventana de una cúpula que destacaba contra el cielo. Las primeras dos plantas estaban a oscuras. La casa era como un barco a la deriva en la noche.

El conductor llevó a Reuben dentro, aún silencioso y apagado. Parecía conocer bien el edificio. Un interruptor a la derecha de la puerta encendió la luz de un pasillo largo y una escalera con pasamanos blanco.

—Suba —dijo el conductor—, lo están esperando.

Las escaleras daban directamente al tercer piso. Un largo pasillo enmoquetado llevó a Reuben hasta un espacio en el que la luz le llegaba casi hasta los pies. El corazón le latía desacompadadamente, le costaba respirar. La casa resultaba fría.

Había un punto de humedad en el aire. En alguna parte se oía un reloj pesado, ni lento ni rápido. Una puerta abierta invitó a Reuben a entrar. Había una escalera de caracol que subía hacia un espacio iluminado.

Reuben ascendió lentamente los escalones, de uno en uno. Fue a salir a la cúpula, una gran área sobre la que se extendía un hemisferio de cristal. El aire era cálido y húmedo. Era como si Reuben hubiera entrado en un invernadero tropical en una fría noche de invierno. Plantas exuberantes crecían por todas partes en abundancia. Palmeras, lianas y asombrosas flores rojas constituían un mundo en miniatura. Orquídeas de colores encendidos florecían en tiestos de musgo, aisladas en las masas de follaje espeso.

El capitán Connelly estaba sentado en una silla de mimbre a la izquierda de Reuben, su robusta osamenta encajada en ella como una mano de hombre en un guante de mujer; estaba nervioso, apocado, no del todo presente. Cuando Reuben entró, el capitán no hizo ningún gesto de bienvenida ni de reconocerlo. Había manchas de sudor en su pecho y en sus axilas. Minúsculas gotitas de sudor le cubrían la frente.

A cierta distancia de Connelly, dando la espalda a la habitación, una figura miraba, casi a oscuras, por la ventana la oscuridad exterior.

Reuben se acercó a Connelly. El capitán lo miró fijamente, pero no dijo nada. El segundo hombre se volvió. Era un hombre guapo, de cincuenta y pico de años, bien rasurado, corto cabello gris. Una amplia frente se unía con unas espesas cejas y una nariz afilada. Una cicatriz estrecha le recorría la mejilla derecha, blanca y afilada como una hoja de afeitar. Habló con suavidad, con una voz un poco aguda que parecía indicar una carga de energía tensa y nerviosa en el interior. Energía, fuerza, violencia quizá. La violencia más indirecta, mejor controlada.

—¿Se ha fijado, teniente, lo oscuro que puede ser el aire, incluso a unos pocos kilómetros de la ciudad más grande? Hay más oscuridad que luz en el universo. Algún día lo apagará todo.

—¿Quién es usted? —preguntó Reuben—. ¿Qué quiere?

—Hablar. Sólo eso —el desconocido se detuvo.

Indicó una silla de mimbre como la que ocupaba Connelly.

—Tome asiento, por favor, teniente. No lo retendré mucho tiempo.

Reuben se sentó, bastante a su pesar. El desconocido ocupó una silla frente a él. En el límite de su campo de visión parpadeaba una luz fluorescente. No había estrellas en el cielo al otro lado de la cúpula de cristal.

—Su capitán y yo —empezó el desconocido— hemos tenido una conversación larga e interesante. ¿No es así, capitán?

Connelly no dijo nada. Era como si lo hubieran hipnotizado. Miraba y escuchaba, pero no estaba presente.

—Hemos hablado del caso Hammel. Supongo que alguien ya le habrá dicho que ha sido suspendido. Sin embargo, hemos decidido anular esa decisión y asignarle otro caso. Mañana se le darán los detalles. Haga el favor de no perder su tiempo ni el de nadie intentando llevar adelante la investigación del caso Hammel. No encontrará respuestas. No hay respuestas. El caso ha sido cerrado. Definitivamente.

—¿Usted quién es? —preguntó Reuben por segunda vez.

El desconocido lo miró, extrañado, como si la pregunta no tuviera mucho sentido.

—No tiene especial importancia, teniente. Lo he hecho venir aquí esta noche por cortesía. No abuse de ella, por favor. Puede estar seguro de que lo que digo tiene la aprobación de la autoridad más alta. Lo que digo ha sido aprobado a niveles muy altos. Usted tiene orden de no mencionar esta reunión ni revelar su contenido a nadie. ¿Comprende?

—¿Con qué autoridad?

—Ya se lo he dicho. La más alta. ¿Acaso tengo que ser más explícito? Es una cuestión de seguridad nacional. Ya no es asunto de la policía.

—¿Usted quién es? —preguntó Reuben—. ¿Del FBI? —No estoy autorizado para responder a eso. Su capitán me avala. Si quiere, me puede llamar Smith. ¿Con eso está contento?

Smith puso las manos en el regazo. Tenía las riendas de la situación, y él lo sabía.

—Teniente, le advierto que será mejor que no me contraríe. En este asunto tengo plena jurisdicción. Exijo su cooperación, su plena cooperación.

—¿Y si me niego?

—En ese caso lo haremos detener por obstaculizar mis investigaciones. Le advierto, teniente, que se trata de un asunto de la mayor gravedad. Hará bien en no ocultarme información ni intentar confundirme con afirmaciones falsas ni deliberadamente confusas. Pero estamos perdiendo el tiempo. Creo que comprende perfectamente lo que quiero de usted. Y que sé cómo obtenerlo. Ahora quiero que me cuente lo que encontró hoy. Lo que encontró en el túnel.

Reuben dudó. No tenía ningún sentido que el FBI estuviera implicado en esto. ¿Sabían algo sobre la conexión de la orden con el crimen organizado? Si era así, ¿por qué no decirlo? Y ¿por qué cerrar la investigación?

—Todo esto estará en el informe... señor Smith.

Smith sacudió la cabeza.

—No va a haber ningún informe, teniente. ¿No comprende? Lo único que quiero es un informe verbal ahora. Sólo para quedarme tranquilo.

Reuben sabía que no había nada que hacer. Smith tenía la sartén por el mango, fuera del FBI o de cualquier otra agencia. Con todo cuidado, Reuben contó a Smith lo que él y Danny habían encontrado. Pero no dijo nada de las cartas ni del medio círculo dorado. Esperaba que Danny también se lo hubiera callado.

—¿Y ahora qué pasará?

—¿Pasar?

—A lo que había en el túnel. Los libros y todo lo demás. Smith se arrellanó en su silla.

—Nada —dijo—. No les pasará nada. Se quedarán donde están. Esos túneles son un peligro para la salud. No me sorprendería que usted o el señor Cohen hubieran cogido alguna enfermedad desagradable. Las autoridades municipales ya han recibido instrucciones de precintar los accesos. Más adelante los rellenarán.

Smith tenía las manos a cada lado, manos carnosas que descansaban suavemente sobre el reposabrazos de la silla de mimbre, la mano derecha algo oculta. Detrás suyo las hojas verdes se arqueaban contra la noche. El tubo fluorescente parpadeaba como el aura al principio de una migraña.

—Pasemos al siguiente punto. Quiero saber qué le ha contado la señora Hammel. Me han informado de que vive en su casa desde hace unos días. Muy caritativo por su parte. Pero supongo que a estas alturas le habrá contado algo interesante.

—No creo que hayamos hablado de nada que a usted le pueda interesar.

La voz de Smith cambió de una forma sutil pero perceptible. La educación se desvaneció y fue sustituida por la amenaza. La amenaza era casi tangible, algo que se podía tocar con la mano, como un cuchillo.

—Le aseguro, teniente Abrams, que cualquier cosa de la que puedan haber hablado usted y la señora Hammel es de sumo interés para mí.

Reuben se levantó de la silla.

—Quisiera irme —dijo.

—No se lo aconsejo, teniente. Siéntese, por favor.

El hombre que se hacía llamar Smith no hizo movimiento alguno. Toda su autoridad radicada en su voz.

—¿Me está amenazando? —preguntó Reuben.

—No lo sé —dijo Smith—. ¿Se siente usted amenazado?

—Sí. Me siento amenazado.

—Muy bien. Estupendo. Así es exactamente como quiero que se sienta. Vuelva a su silla, por favor.

Smith se dirigió a Connelly.

—Capitán, tal vez querría enseñarle al teniente los objetos que ha tenido la bondad de traer consigo.

Connelly levantó la mirada, como alguien que despertara de una pesadilla. Asintió con la cabeza y se agachó para coger una cartera que tenía a sus pies. De ella sacó un sobre grueso y grande. Se lo pasó a Reuben.

Éste abrió el sobre y dejó caer su contenido en su regazo. Eran unas veinte fotos, copias grandes en color. Eran de niños y niñas, de cinco a trece años. Estaban todos

desnudos o medio vestidos, sus cuerpos dispuestos en lo que para algunas mentes quizá fueran poses eróticas. Reuben reconoció esas fotos.

Un año antes las había encontrado en un apartamento donde había ocurrido un homicidio. La investigación había tenido como resultado el descubrimiento de una red de pedófilos en Brooklyn Heights. Se habían practicado detenciones. La mayor parte de los casos aún no habían llegado a los tribunales. Las fotos aún no habían sido utilizadas como pruebas.

—Desagradables, ¿verdad? —dijo Smith—. Parece ser que fueron encontradas en su armario personal en la comisaría del distrito 88. Afortunadamente para usted, fueron a parar a manos del capitán Connelly, que aún no las ha pasado a la brigada antivicio o de asuntos internos. Supongo que se da cuenta de hasta qué punto se le complicaría la vida, teniente, en el caso de que hiciera eso.

Así que de eso se trataba, pensó Reuben. Un trabajo rudimentario pero efectivo de chantaje. Podrían poner todas las fotos que quisieran: en su mesa de trabajo, en su apartamento, quizá incluso en su caja de seguridad en el banco. Había manejado mucho material obsceno en ese caso; no habría problema para conseguir fotos con sus huellas digitales.

Reuben se puso en pie. Miró primero a Connelly, después a Smith.

—Quiero que alguien me lleve de vuelta a casa.

—El coche le espera abajo.

Reuben se volvió y se dirigió hacia la escalera.

—Tenga cuidado, teniente —la voz de Smith sonaba oscura, cansada, casi seductora. A sus espaldas sentía el calor de la pequeña jungla—. Piense en lo que le he dicho. Piense detenidamente. Y teniente...

Reuben se dio la vuelta. Ambos hombres lo estaban mirando.

—Guárdese las espaldas.

CAPÍTULO VEINTISIETE

«Confía en mí». Las palabras más peligrosas de la lengua. De cualquier lengua. Angelina no confiaba en nadie, ni siquiera en sí misma.

Cuando Reuben se fue, dejó tras de sí un silencio tan pavoroso como un grito prolongado. El silencio le aulló hasta que se puso las manos sobre los oídos y apretó, encerrándolo en lo más profundo, lejos de la noche exterior.

Danny llegó diez minutos más tarde, algo irritado. Pensaba pasar la noche solo y quitarse las penas con unas copas. Hacer de canguro para la nueva novia de Reuben no formaba parte de sus planes. La primera media hora transcurrió de forma incómoda. Angelina estaba malhumorada, asustada, inquieta y Danny le llegó apagado y perplejo. El sermón de Connelly había tenido su efecto en él. A Danny no le molestaba que Reuben tuviera esta mujer en su apartamento, ni que quisiera que la vigilara. Había hecho media docena de trabajos de protección personal. Eso era el problema: sabía lo aburridos que pueden llegar a ser.

Hablaron de esto y lo otro. Danny encontró una botella grande de Glenfiddich en el armario de los licores y sirvió dos generosos vasos. Al fin y al cabo, no estaba de servicio.

Se preguntó cuánto sabía Angelina de lo que estaba pasando, qué parte de los asuntos del día le había revelado Reuben, si es que le había contado algo. Aparte de con Connelly, él no había hablado con nadie. Aún lo atormentaba: el largo túnel, el cuarto con los pozos y las jaulas, la biblioteca dormida y su guardián ciego y cubierto de telarañas.

La noche avanzó. El nivel de la botella de *whisky* fue bajando, mayormente a través del vaso de Danny. Angelina le contó lo de las hojas de afeitar, y cómo creía que habían llegado hasta allí. Las habitaciones estaban en silencio, en un silencio tenso, aún cargado del silencio abandonado de Reuben. Ninguna conversación servía. Ella habló de Rick en frases cuidadas que estaban a medio camino entre el dolor y la alegría. Danny apenas contestó. Parecía estar en otro sitio, pensando, soñando o flotando en algún sitio intermedio.

Empezó a hacer frío. Angelina encendió el gas. Pequeñas llamas amarillas parpadearon y proyectaron una calidez artificial por la habitación oscurecida. Se preguntó cuándo había visto por última vez el sol, sol de verdad.

—Reuben tenía muchas fotos —dijo Danny—. Fotos de su familia. Siempre las tuvo, en todos los apartamentos que tuvo. ¿Te dijo qué hizo con ellas?

Angelina miró las llamas fluctuantes, y los reflejos que creaban en el protector de latón. Vio reflejado su propio rostro, su imagen callada deformada por las llamas y el metal.

—Ya no están —dijo ella—. Reuben las tiró. Ya estaba harto de ellas.

Danny la miró con cara de póquer, percibiendo la mentira, pero incapaz de expresarlo.

—Reuben nunca haría eso —dijo—. Él quiere a su familia. Ellos lo son todo para él.

—Lo sé. —Hablaba con suavidad. Sus palabras estaban llenas del silbido del gas. Sólo lluvia y niebla y en verano calor sin luz—. Pero pasó.

Danny la miró. Miró la luz de las llamas que se reflejaban en su cabello. No dijo nada. Pensó que Reuben la debía encontrar bellísima. Esas cosas pasan. Quizá era bellísima, él no lo sabía. Personalmente, él no pedía demasiado a una mujer. Pero Reuben era diferente.

—¿Te has acostado con Reuben? —preguntó, asombrado por su propio descaro.

—Sí —dijo ella.

La volvió a mirar. Sí, pensó, Reuben sabría tocar una mujer así, sabría cómo hablarle.

Ella se le acercó.

—Háblame de Reuben —dijo ella—. Me dijo que eras su mejor amigo. Que hacía mucho que os conocíais.

Danny asintió. Vio cómo un rizo le caía sobre los ojos, y cómo lo apartaba con la mano. La luz de las llamas recorría su piel, dándole un tono cobrizo. Reuben la debía encontrar misteriosa, fría y bella. Reuben sabría cómo vencer su reserva.

—Reuben es el hombre más solitario que conozco —dijo—. Tiene su familia, tiene sus amigos, casi nunca está solo. Pero es tan solitario como si viviera en la luna. Es solitario y está perplejo, sólo que no quiere darse cuenta de ello.

—¿Perplejo? ¿Por qué?

Danny se encogió de hombros.

—Por la vida, supongo. No, no es eso. Por la bondad.

—No comprendo.

—A Reuben lo educaron para creer en la bondad, en el poder de la virtud. Sus padres son estrictos. No son hassidim, pero sí practicantes. Le dijeron que Dios es bueno, que el universo está impregnado de bondad. A pesar de todo, a pesar del Holocausto. Aún peor, de alguna manera *como consecuencia* del Holocausto. Es lo que le decían.

Se detuvo, mirando la piel de ella, mirando cómo la luz de las llamas la transformaba. Parecía brillar con luz propia.

—Pero Reuben no logra encontrar esa bondad, así que se preocupa y agobia. Piensa que Dios es medio malo, o que quizá no hay Dios. Pero su infancia estuvo llena de Dios. No puede desprenderse de Él sin desprenderse de su infancia, y no se puede desprender de su infancia sin desprenderse de sus padres, y a sus padres los quiere. Así que está perplejo. Y mire donde mire ve maldad en vez de la bondad que,

por su educación, espera.

—¿Es por su trabajo? ¿Es por ser policía?

Danny negó con la cabeza. Sorbió un poco más de *whisky*. Empezaba a sentir un sabor amargo en su boca.

—No es por eso. Es por él mismo. Su trabajo no es que ayude; pero Reuben haría reproches a Dios aunque fuera un rabino. Cosa que no es.

—¿Es por eso que se siente solo?

Danny dudó antes de asentir.

—Sí —dijo—. No se me había ocurrido, pero me parece que es eso. El universo no está lo bastante lleno para él. Lo intenta llenar con gente, con recuerdos o con alguna otra cosa, pero en realidad lo que quiere es bondad. No amor, ni armonía, ni paz. Sólo bondad.

—¿Y mujeres? ¿Tiene a alguien?

El corazón de ella latía irregularmente, en cadencias negligentes. Su soledad la llevaba hacia él como una polilla ciega a través de la infinita oscuridad.

—Te tiene a ti.

—Sólo anoche. Me he acostado con él una sola vez. No me tiene.

—No tiene a nadie más.

—¿Y antes?

Se hizo un silencio prolongado. El frío del exterior apretaba con fuerza contra los cristales de las ventanas. Cuando Danny habló, su voz había cambiado.

—Reuben ha estado casado. ¿Te lo dijo? Ella asintió con la cabeza.

—Su mujer se llamaba Devorah. Era muy bella. Eran novios desde niños. Crecieron en la misma calle, y pasaron todo su tiempo juntos. Ella sólo tenía diecinueve años cuando se casaron. Reuben tenía veintiuno.

Danny calló, escuchando voces del pasado.

—¿Fueron felices?

Él levantó la vista y asintió.

—Sí —dijo—. Muy felices. No había visto nunca a nadie tan feliz. Duró cuatro años.

—¿Qué pasó?

Otra vez ese silencio.

—Me lo puedes contar —dijo ella.

—Hubo un accidente. Estaban de vacaciones con su hija Davita en un campamento de verano judío en Massachusetts, en las Berkshire Mountains. El campamento es una colonia muy pequeña de bungalows a la orilla de un lago. Devorah y Reuben salieron a nadar una mañana, muy temprano. Hay una corriente en el centro del lago. Devorah no era una buena nadadora. Sabía lo de la corriente, pero por algún motivo esa mañana no tuvo cuidado. Reuben la perdió de vista, y después

la vio haciendo grandes esfuerzos. Él hizo lo que pudo, pero no logró salvarla. Nunca se lo ha perdonado.

Danny apartó la vista. Tenía lágrimas en los ojos. También hacía mucho que conocía a Devorah.

—¿Y su hija?

—¿Davita? Vive con los padres de Devorah. Él no daba abasto, así que la adoptaron. La visita tan a menudo como puede. Viven en Canadá, en un lugar llamado Hamilton, justo al sur de Toronto. Se fueron de aquí después del accidente.

Danny volvió a quedarse callado. Se preguntó qué habría hecho Reuben con las fotos de Davita. Angelina no dijo nada. Se puso en pie y se acercó a la ventana.

La calle estaba vacía. Vacía y alterada. Sin gente, las calles cambian, pierden su sentido. Pero no la engañaba. Estaban allí. En apartamentos de lujo, en oficinas de cristal, en vestíbulos de mármol pulido, en coches largos y refinados, en jardines interiores espléndidos con viñas, al final de escaleras de caracol, con los pies dispuestos a bajar, en túneles de la noche más profunda, en cementerios punteados de sombras. Allí fuera. Esperando.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Angelina se despertó de repente, saliendo de un sueño de cicatrices y belleza destrozada. El viento se había avivado de nuevo, saliendo a las calles dormidas como un borracho, aullando, golpeando, dejando caer bolsas de lluvia oscura como vino barato sobre aceras manchadas y resquebrajadas. Se quedó en la cama y lo escuchó bramar, y algo le dijo que no había sido el viento lo que la había despertado. El reloj señalaba la 1.15. Reuben tendría que haber vuelto hacía muchísimo.

Durante unos segundos el viento se calmó y un silencio cargado de ira reprimida llenó la noche. Era como el momento entre los tambores *rada* y los *petro*, el estrecho espacio entre amor y deseo, donde un silencio tiritaba entre los dioses. Sabía que algo iba mal. El viento volvió a dar voces, sin aliento, al acecho, buscando la paz.

Apartó la ropa de la cama y se quedó tiritando en la oscuridad, desnuda, con frío, a ciegas. Una bata de algodón estaba en el suelo. La encontró a tientas y se la puso. Su mano se acercó por un momento al interruptor de la luz, pero se lo pensó dos veces y la apartó.

En el pasillo no había ningún movimiento. Danny se había quedado en el salón cuando ella se fue a la cama. Ella quería gritar su nombre, pero el miedo la retuvo. Estaban aquí, de eso no tenía la menor duda. Aquí, con ella, en los espacios privados de su oscuridad. Se movía despacio, conteniendo la respiración. El viento sonaba más apagado, pero a sus agudos oídos llegaban otros sonidos: una viga que crujía, un panel de madera que chirriaba con el frío, el apartamento que se estiraba y relajaba en la noche. Tenía que llegar hasta Danny costara lo que costase.

La puerta del salón estaba perfilada por una fina línea blanca de luz. Se acercó a ella descalza, como en cámara lenta, tensando todos los músculos, todos los pelos de punta, como hilos estirados contra el borde brillante de una hoja de afeitar. La puerta parecía estar a kilómetros de distancia, pequeña e inaccesible. El silencio le silbaba en las orejas como vapor, haciéndola encogerse de miedo.

Un siglo más tarde llegó a la puerta. Ojalá hubiera llevado algún arma, un palo, un zapato, cualquier cosa con lo que pudiera defenderse. Su respiración era densa y dificultosa y la ahogaba. Una mano gigante aplastaba su corazón. Temblando, alargó la mano y abrió la puerta. La luz inundó el pasillo, ahogándola.

Tuvo la impresión de haber gritado, pero la voz que sonó estaba en su interior, resonando en los silencios enormes y vacíos. No era capaz de dar una voz material a su miedo.

Danny estaba en la silla donde lo había dejado. La muerte había sido seguramente rápida. El alambre se había clavado profundamente en su cuello, rajando la tráquea como una hoja afilada.

Sonó un paso sobre el suelo a su espalda. Ella se dio la vuelta, reprimiendo un

grito. Un hombre alto salió de la cocina. Tenía una gruesa pistola en la mano, con un silenciador largo en el cañón.

—Usted no escucha, señora Hammel —dijo—. Le mandamos avisos, pero usted no escucha. Le dijimos que regresara a Haití, que olvidara todo esto, pero se queda aquí y se burla de nosotros.

Su voz era firme, su respiración suave y tranquila. Ella buscó consuelo en sus ojos, pero no lo había. Él hablaba de Haití, de volver a casa; pero Angelina sabía que para ella no habría vuelta a casa, no volvería a atravesar las oscuras aguas, sólo una noche de invierno en Brooklyn y el viento pesado entre los edificios de piedra y su verdugo que la miraba desde su altura con tristeza en los ojos.

—El teniente Abrams ya no puede ayudarla —dijo—. Ahora está sola. Ya sabe lo que queremos. No le haré daño si me dice dónde está.

Ella se dio cuenta de que había confundido a Danny con Reuben. Un pequeño error, pero se agarró a él como se agarra un hombre que están a punto de ahorcar al poder de flotación del aire.

Ahora se movía hacia ella lentamente, con paso resuelto, consciente de su fuerza, atento, alerta. Sólo su altura ya la intimidaba.

Retrocedió hacia la habitación, temblando de miedo, con los ojos fijos en la cara de él, desesperada por ganar tiempo, desesperada por que Reuben llegara. Y en ese momento la idea le vino como una bofetada: ¿y si Reuben ya había vuelto? ¿Y si yacía muerto en otra habitación?

Tuvo pánico y se volvió, dándole la espalda como un animal acorralado. Al hacerlo vio la botella de Glenfiddich medio vacía donde Danny la había dejado. Sin detenerse a pensar lo que hacía la cogió por el cuello y la rompió con un fuerte golpe contra el borde de la mesa. *Whisky* y cristal roto cayeron mezclados sobre la moqueta. Blandió el largo cuello de botella con su afilado borde, cortando el aire, advirtiéndolo para que se alejara. El terror le daría valor para herirlo, eso lo tenía claro.

—¡No se acerque! —gritó—. ¡No se acerque o le haré daño!

El hombre se limitó a sonreír y entró con pies de plomo. Tenía confianza en su fuerza, le parecía ridícula su capacidad de dañarlo; pero por las calles había visto más de una vez lo que puede hacer el cristal roto, incluso en manos de un hombre asustado. Le podría disparar, por supuesto, pero preferiría no correr el riesgo que eso implicaba. Si ella moría, tal vez nunca encontrarían lo que buscaban. Enfundó la pistola.

Lo tenía a pocos metros obligándola a dar vueltas a la habitación como un perro pastor, metiéndola en un rincón. Ella tropezó con un taburete bajo, recuperó el equilibrio como pudo y agitó la botella. El hombre se tambaleó al apartarse, perdiendo momentáneamente el equilibrio. Ella se lanzó para aprovechar la ocasión, intentando alcanzarle la cara. El cristal le desgarró la mejilla, justo debajo del ojo

izquierdo, extrayendo una línea de carne, abriendo la mejilla hasta el hueso.

La sangre salió disparada sobre la moqueta. El desconocido se tambaleó, gritando, pero cuando Angelina levantó la mano para volver a golpear, le agarró la muñeca y la obligó a bajar el brazo, sacudiéndolo, haciéndole soltar la botella. Al momento se puso sobre ella, aplastándola con su peso, apretándola contra el suelo. Haciendo caso omiso del dolor de su herida agarró su cuello con ambas manos, apretando con fuerza. La sangre salía a borbotones de la herida de él, cayendo caliente contra sus ojos y en su boca abierta.

Ella hacía aspavientos con los brazos impulsada por el terror, llorando, escupiendo, las manos martilleando el pecho de él. La tenía cogida con fuerza, apretando con saña, con sus dedos como bandas de hierro. Los golpes de ella se hicieron cada vez más débiles, cada vez menos frecuentes y precisos, meros golpecitos, y después ya nada. Y una enorme oscuridad floreció en su cabeza, tocada de destellos de luz, y hubo dolor, y no hubo respiración, y nada, nada, nada.

Dejó que la cabeza cayera contra el suelo con un fuerte golpe.

La cara y el cuello de ella estaban cubiertos de sangre. Temblando, él se puso en pie y la miró.

—Ahora —susurró, apretando los dientes para acallar el dolor—, ahora sí que podemos empezar.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Reuben se acercó a la acera y paró el motor. Instantáneamente la noche se llenó con el aullido del viento. Apagó los faros y miró la oscuridad. Nubes finas corrían nerviosamente frente a una luna aguada y asustada. Reposó la cabeza contra el volante. El plástico estaba fresco, pero no le ofrecía consuelo alguno. Se sentía exprimido. No sólo cansado sino seco, vacío de su ser. Las extremidades le pesaban, como si estuvieran enfundadas en cemento. La cabeza le palpitaba de dolor.

Había vuelto hacía casi dos horas con un coche sin distintivo alguno, un Lincoln negro con matrícula de Washington que lo había dejado enfrente de su apartamento. El segundo conductor era menos comunicativo que el primero. Campos oscuros y después las luces de la autopista de Long Island de vuelta hacia Brooklyn.

Reuben había visto cómo el Lincoln se perdía de vista y entonces había cogido su coche y había ido directo hacia la comisaría. Kruger estaba de servicio. Eso era una ventaja; Pete Kruger no era del tipo que iría a Connelly con historias de visitas nocturnas.

Reuben había bajado a los archivos con la esperanza de encontrar algo que diera un poco de coherencia a lo que estaba pasando. Una hora más tarde estaba mirando una desnuda pared blanca con piel de gallina por la espalda y sudor frío en las palmas de las manos. No había ni un solo documento. Nada relacionado con el caso. Ni un solo registro de exhumación. Nada sobre investigaciones del crimen organizado con vínculos en Haití. Nada sobre Richard Hammel. Nada sobre Filius Narcisse. Nada sobre Aubin Mondésir.

Después había llamado a Sally, usando el número que le había dado. No contestaba nadie.

Estaba sentado en el coche, mirando por el parabrisas una calle tan vacía como él. Encima, las ramas de árboles iracundos atacaban la oscuridad, dando golpes desaforados, haciendo trizas la noche. Se sentía frío, mareado y hambriento. Lo único que quería hacer era dormir.

Con un gran esfuerzo logró arrancarse del coche. Al momento se convirtió en otro fragmento de basura azotado por la tormenta. Cerró el coche y se volvió hacia su edificio. Al hacerlo levantó la vista.

Algo no iba bien. Su cerebro, lentísimo, se esforzó por interpretar la advertencia que sus cansados ojos habían registrado. Se irguió, apoyándose en el coche, mirando hacia su apartamento, luchando contra el cansancio.

De repente comprendió. No había luz en el salón. No había luz, pero tendría que haberla. Danny odiaba cerrar las cortinas. Si él estaba, estarían abiertas de par en par y la luz brillaría por la ventana. Eran más de la una y media, pero de ninguna de las maneras Danny sería capaz de irse a la cama. Y si estaba despierto vigilando a

Angelina, el lugar más lógico para estar sería el salón. Con las cortinas abiertas. Reuben metió una mano en el abrigo y sacó su 38.

Se detuvo al pie de las escaleras para quitarse los zapatos. En su fuero interno se maldecía por haber dejado a Angelina tanto tiempo allí, en un sitio que sus atacantes conocían. Conteniendo la respiración, empezó a subir los escalones de uno en uno, con la espalda contra la pared, la pistola apuntada hacia arriba por la escalera. Nada se movía. No se oía nada.

Su puerta estaba al final del rellano del primer piso. A medio camino vio la puerta entreabierta. Detrás de ella una luz estaba encendida en el pasillo. El rellano estaba frío, desierto. Sintió cómo las manos se le humedecían de sudor. Tenía la boca seca. La sangre se le movía en las venas como agua barrosa, lenta y asustada.

Al llegar a la puerta se pegó a la pared y escuchó. Al principio no oyó nada y después logró distinguir un sonido pequeño, vacilante. Una voz de hombre, baja, insistente. No era la voz de Danny. Lentamente empujó la puerta para abrirla.

Entró por el hueco con un salto, con la pistola preparada, cargado de ira y miedo, borrando su cansancio. El pasillo vacío se extendía infinitamente, conocido, desconocido. Avanzó con sus pies descalzos por la blanda moqueta del pasillo.

La puerta del salón estaba abierta de par en par. Desde allí oía la voz de un hombre, ahora más fuerte.

—No será doloroso —dijo la voz—. Al principio no sentirás nada. Después de un rato empezarás a marearte. Notarás que las extremidades te flotan, notarás la lengua dormida. Poco después empezarás a vomitar. Te pondrás fría, muy fría. La sensación de dormido se trasladará a otras partes del cuerpo. A continuación se instalará la parálisis. Lo que pase después depende de cómo haya medido exactamente la dosis. Puede que entres en coma. Te enterrarán viva. O quizá mueras. Pero tardarás mucho, y serás plenamente consciente hasta el final. En todo caso, tú eliges. Si cambias de opinión, puedes evitar que te pase nada malo. La decisión es tuya. No hubo respuesta.

Reuben sintió como si algo primitivo se le hubiera metido en las venas. Era un cazador al acecho de su presa. Robert de Niro en la cima de una montaña, muy por encima de una niebla de otoño en movimiento. El regocijo llenaba su vaciedad. Lo llenaba y lo contaminaba a la vez. Se aproximó a la puerta y giró la cabeza cautamente.

Se hallaban a la izquierda, detrás de la puerta. El hombre daba la espalda a Reuben. Angelina estaba amarrada a una silla, mirando fijamente al frente. En una mesilla baja junto a la silla había una jeringuilla grande y una botellita llena de un líquido oscuro.

Reuben atravesó la puerta con un paso cauto. Al hacerlo notó algo en el suelo junto a la silla en la que estaba sentada Angelina. Era el cadáver de un hombre espatarrado en la moqueta, con el cuello medio rebanado por un alambre. Reuben

cerró los ojos con fuerza y se cogió a la puerta para evitar caerse. Una enorme bestia levantó la cabeza y bramó, peluda y deforme sobre laderas abandonadas. Reuben abrió los ojos. Danny seguía allí. En su corazón, como un peso terrible, Reuben notaba los inicios de un dolor que duraría toda la vida.

Su instinto, su deseo era apretar el gatillo, pero no podía arriesgarse a dar a Angelina. Quería cogerlo vivo. El rugido del viento encubrió su entrada en la habitación. Se puso a la derecha, alejado de la puerta, por si hubiera un segundo hombre en el apartamento.

—Pon las manos muy lentamente en la nuca —dijo Reuben—. Da un paso hacia atrás, y date la vuelta. Si te veo algo que se parezca a un arma en la mano te voy a volar la cabeza de un tiro.

Hablaba con voz calmada, usando palabras que ya había dicho en otras ocasiones, siguiendo las reglas, vigilando al prisionero, atento a la menor señal de problema. Pero la mano le temblaba y su cabeza aullaba como el viento. ¡Danny no!, gritaba. ¡Danny no puede estar muerto! Pero Danny estaba tieso en el suelo y el hombre que daba la espalda a Reuben lo había matado y Reuben esperaba tener una excusa para pegarle un tiro.

El hombre se quedó callado y dejó caer las manos a los lados.

—Pon las manos en la nuca y date la vuelta como te he dicho. Preferiría matarte que dejarte vivir, así que vete con mucho cuidado.

El hombre se giró, lentamente, con toda la intención. Tenía la cara pálida. Había rastros de sangre en sus cejas y su cuello. Se había puesto un gran esparadrapo en la mejilla.

—Sea quien sea usted, señor, está cometiendo el error de su vida —dijo—. Hágame caso. Deje la pistola, aléjese y vuelva allí de donde viene.

—Afloje los cierres. Suéltela de la silla.

—Se está...

Reuben disparó una vez sobre la cabeza del hombre, muy cerca.

—Bueno, bueno, calma.

El hombre se volvió y se puso detrás de la silla. Soltó las correas de cuero. Cayeron al suelo. El hombre se irguió y al hacerlo, su mano se movió de prisa, se levantó con un giro, disparando.

Era bueno, pero no lo suficiente. La primera bala de Reuben le dio en el hombro.

El desconocido se balanceó, perdiendo el equilibrio por el impacto de la bala. La pistola se le escapó de la mano y cayó al suelo. Su cara dio señales momentáneas de dolor, pero volvió a calmarse. Siguió acercándose.

Reuben volvió a disparar. La segunda bala le dio en el estómago, bastante abajo. Volvió a balancearse. En el fondo de su garganta empezó un rugido profundo. De repente se movió, cogiendo a Reuben completamente desprevenido, lanzándose sobre

él. Reuben se echó atrás, disparando dos veces.

Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, Reuben cayó empujado por su oponente. En el intento de recuperarse, dio un paso hacia un lado, en dirección a la mesilla de café. Resbaló y su pie descalzo pisó con fuerza un fragmento de cristal roto. Gritó y cayó, la pistola salió volando, yendo a dar contra la pared donde no la podía alcanzar. Un segundo cristal se clavó en la zona lumbar, cerca del riñón derecho. Volvió a gritar, tumbándose rápidamente sobre el estómago, para librarse del cristal.

Al girarse para arrancar el trozo de botella que tenía en la espalda, Reuben vio cómo el desconocido se detenía y se volvía hacia él. Empezó a arrancar el cristal, esforzándose por ponerse de rodillas, pero el hombre se lanzó encima, aplastándolo contra el suelo. La habitación empezó a dar vueltas. El dolor de la espalda lo desgarraba, arrastrándolo hacia la inconsciencia, llenándolo con miles de afiladas astillitas.

El desconocido sacó un cuchillo largo y afilado de un bolsillo interior. Cogió impulso con la mano derecha, apuntando a la cabeza de Reuben. Desesperadamente, éste encontró fuerzas para apartarse. El cuchillo le rozó la sien, llevándose consigo algo de cabello y carne. El hombre volvió a levantar el cuchillo.

Reuben dio un fuerte golpe con la rodilla en la entrepierna del desconocido. Éste gruñó y se dobló, dejando caer el cuchillo. Reuben repitió el golpe y después rodó por el suelo para quitarse de encima a su atacante. Con un gran esfuerzo logró apartarse.

El hombre alto volvía al ataque. Reuben encontró el trozo de cristal y se lo sacó. Había atravesado su abrigo, entrando profundamente en la carne. Notó cómo su ropa se empapaba de sangre.

Se incorporó a duras penas, buscando su pistola. El desconocido ya estaba de pie, con el cuchillo en la mano. Un calambre de dolor le recorrió el pie derecho al apoyarlo en el suelo. Tropezó, permitiendo que su oponente lo cogiera y lo derribara de nuevo.

Esta vez Reuben le sujetaba el brazo. El hombre tenía la cara apretada contra la suya, su respiración se le metía por la nariz, tenía los ojos muy abiertos, llenos de ira. Ira y otra cosa. ¿Triunfo? ¿Éxtasis? ¿Soledad? ¿Deber? Sujetaba el cuchillo con dedos potentes, acercándolo cada vez más al cuello de Reuben.

Habían llegado a rastras junto a la silla donde seguía atada Angelina, sin poder moverse. El cuchillo estaba a unos centímetros. La mano izquierda de Reuben tocó algo duro y frío. Lo cogió con los dedos y lo levantó. Era la jeringa, que había caído al suelo durante la lucha.

Reuben arqueó la espalda, luchando por mover la mano izquierda. La punta del cuchillo ya estaba contra su cuello, su brazo derecho perdía fuerza. En su cabeza explotaban brillantes luces y resonaba un latido apagado como un trueno lejano.

Logró girarse unos centímetros hacia un lado y apretó con fuerza la jeringa. La punta dio al hombre en pleno ojo derecho. Hubo un leve chasquido al reventar el globo ocular. Reuben soltó la jeringa. Colgaba algo inclinada, atravesando el ojo. El desconocido gritó, la cara desfigurada por la sorpresa y el horror. El cuchillo cayó mientras se llevaba ambas manos al ojo.

Reuben se apartó rodando. Estaba mareado, no había logrado alcanzar su pistola y tenía la impresión de que iba a vomitar. El desconocido se retorció de agonía, cubriéndose la cara con sus dedos rojos de sangre. La jeringa había caído al suelo.

Reuben se arrastró hacia el lugar donde había visto por última vez el 38. Estaba a sólo unos metros, pero parecía que fueran kilómetros. Al fin llegó, y al hacerlo la náusea le invadió en oleadas. Vomitó, notó que la habitación se tambaleaba y que el olor de la vomitona le subía a la nariz, notó los calambres de dolor de la espalda y el pie. Se abalanzó, intentando alcanzar la pistola. El suelo subió hacia él, veloz como un tren, y se estrelló con él con fuerza. Después ya no hubo nada.

CAPÍTULO TREINTA

La noche se calmó. Tras horas de locura, el viento había amainado. Como un cuchillo de carnicero sobre el hueso, había dejado el cielo limpio, con una red rota de estrellas, brillantes como la fiebre y desnudas en una perfecta negrura de invierno. Tan de repente como había empezado, la tormenta había perdido fuerza. Ahora una quietud cargada y violenta se cernía sobre la ciudad. El viento también la había restregado, pero seguía sucia y desgraciada. No caían estrellas fugaces sobre sus calles heridas, ni descendía el fuego del cielo para quemar sus escorias.

Se quedaron echados en la cama de Reuben como amantes exhaustos, sin dormir, sólo hablando, escuchando pasar la noche. Pronto se haría de día, pero no para ellos. Pronto habría luz. Pero no para ellos. Ahora estaban sumergidos en una oscuridad constante.

El desconocido se había ido, se había llevado sus heridas y había salido tambaleándose al acabar la tormenta. La silla donde había estado atada Angelina estaba vacía. Danny seguía donde había caído en el salón, con ojos ciegos mirando fijamente al techo. Podía esperar.

Angelina estaba echada en brazos de Reuben como una criatura sin inocencia ni codicia. Por dentro ella se sentía muerta y vieja, y sabía que no se puede ser las dos cosas a la vez, pero le daba lo mismo. El forcejeo con el asesino de Danny la había dejado con hematomas, pero por lo demás ilesa. Ilesa superficialmente, donde no tenía especial importancia. Reuben la abrazaba, pero ella sabía que por dentro estaba abrazando a Danny, a su infancia, antes de que se le escapara para siempre. Estaba más lejos que nunca de la bondad que buscaba, atrapado en medio de una vía sin sueños ni razones ni belleza. Ella se apoyó en él, indefensa, y sintió su aliento inquieto contra su cuello.

—Tendremos que irnos de aquí.

Su voz era un susurro en la oscuridad. Ella continuó mirando al vacío, sin decir nada, sin desear nada.

—Sabén que estamos aquí —dijo—. Cuando el hombre que estaba aquí se ponga en contacto con sus amigos vendrán a buscarnos. Tenemos que irnos.

A continuación se produjo un prolongado silencio. Ella sentía su aliento sobre la piel, una cosa tranquila y desconocida, una cosa mínima y frágil en una noche de tormenta.

—Vino el año pasado —dijo ella—. Varias veces. Fue el hombre que visitó a Rick después de la primera llamada.

—¿Te dijo de dónde era, quién lo mandaba? Ella negó con la cabeza.

—Tenía algún tipo de carnet oficial. Una identificación. Nunca la vi. Rick me lo dijo. Como si fuera de una agencia federal.

—¿Te dijo Rick de qué agencia? ¿Tenía alguna sospecha?

—No. En el carnet no lo decía.

—¿Pero Rick tenía la impresión de que trabajaba para el gobierno?

Ella asintió en la oscuridad, invisible, con largos mechones de cabello rozándole suavemente la mejilla.

—¿Crees que podría ser el responsable de los asesinatos de Filius, Rick y tal vez de tu amigo Aubin?

Tuvo que escuchar con atención para oír su respuesta.

—Sí —susurró ella, muy dulce y suave.

Él la besó en el cuello. Su piel tenía cierto sabor a sangre. Él cerró los labios y se apartó.

—Tenemos que salir de aquí.

* * *

Uno de los dichos más famosos del tío Shmuel era: «El invierno es para los pingüinos». No había visto un pingüino en su vida, aparte de los del zoo de Prospect Park. Y la verdad es que tampoco había visto muchos inviernos. Al menos desde que había llegado de Europa. Cada septiembre él y su esposa Rivke llenaban media docena de maletas de ropa de verano y cajas de Steinglass Deli, cerraban con llave su apartamento de Boro Park y cogían el vuelo 727 de Eastern Airlines directo a Miami. Iban cada año desde 1954. Ese año no iba a ser una excepción.

Dora, la prima de Reuben, se sorprendió cuando le pidió la llave del piso de sus tíos, pero sabía que era mejor no hacer preguntas a la familia. Especialmente cuando «familia» significaba un teniente de la policía que la había visto besando a Hymie Kornblum en el asiento trasero de un Ford y que no lo había olvidado. Le dio la llave y prometió que no se lo diría a nadie. Reuben supuso que tendría dos o tres días de margen antes de que ya no pudiera más y se lo contara a alguien. Y a partir de entonces, un día más hasta que Smith y sus chicos llamaran a la puerta. O dispararan sin llamar.

—¿Cómo está Danny, Reuben? Hace semanas que no lo veo. ¿Sigue saliendo con esa rubia? ¿Cómo se llama? ¿Tanya? ¿Sonia?

—Dora, por favor, no me preguntes por Danny hoy. Lo siento, no puedo explicarte nada.

Dora se quedó pálida.

—¿Pasa algo, Reuben? ¿Le ha pasado algo a Danny? Él necesitaba hablar con alguien. Pero no ahora.

—Danny está muerto, Dora. Pero aún no puedo hablar de ello. Es algo que no soy capaz de aceptar. Todavía no. Me recuperaré en unos días. Entonces te lo contaré todo.

Ella lo miró como si le hubiera pegado una bofetada. Las lágrimas empezaban a brotarle de los ojos. Él miró a uno y otro lado. Angelina estaba esperando en el coche. Estaba amaneciendo. Se volvió y se alejó lentamente. Más tarde, mucho más tarde, como un recuerdo, oyó cerrarse la puerta.

Desde el apartamento llamó a la comisaría. Pete Kruger seguía en la recepción. La noticia de Danny le sentó fatal. Reuben le dio una descripción detallada del asesino.

—¿Quién es éste, teniente, lo tenemos fichado?

—Trabaja para una agencia federal. Puedo garantizar que no van a encontrar ni una multa de aparcamiento a su nombre. Mató a Danny pensando que era yo, pero creo que igualmente lo habría matado.

—El departamento de homicidios querrá hablar con usted.

—Ahora no. Diga que estoy de baja. Tengo que hacer unas cosas. Volveré a llamar dentro de unos días.

—Al capitán no le gustará esto.

—Ya me lo imagino. —Reuben se detuvo un momento—. Dígale que por favor se encarguen de Danny.

—Descuide. Teniente, hay un mensaje para usted de Maguire. ¿Quiere que se lo lea?

Sam Maguire trabajaba con el departamento de homicidios. Trabajaba en el caso Mondesir.

—Adelante.

—Me ha pedido que le diga que ese tipo, Aubin Mondesir —pronunciaba el nombre de pila Obin—, el que encontraron ayer...

—Sé a quién se refiere.

—Parece ser que Mondesir estaba metido en el tráfico de estupefacientes. Era un camello. No a gran escala, ni mucho menos. Pero tenía un buen negocio montado. Vendía smack, coca, un poco de crack. Maguire piensa que quizá hizo que alguno de sus amigos se enfadara, o alguien quería meterse en su territorio. Esta mañana se reúne con los de la brigada de narcóticos. Quiere que lo llame.

—Gracias, Pete. Dígale que le llamaré. Pero no de momento. Necesito tiempo para este otro asunto. Dígale a Sam que seguramente está en lo cierto. Mondesir se enfrentó con quien no debía.

Colgó el teléfono y se quedó un buen rato mirando el teléfono. Por dentro lloraba, pero no tenía lágrimas en los ojos. Angelina se había acostado. La encontró dormida. Dormir parecía una buena idea. No recordaba haber sentido tal cansancio nunca, tal agonía mental. Sus heridas dolían mucho, pero un puñado de calmantes se encargarían de eso. Encontró unas pastillas en el lavabo, y entonces se fue a unirse con Angelina en el dormitorio. Sus tíos Shmuel y Rivke dormían en camas separadas.

Reuben ya estaba dormido antes de dar con su cuerpo en el colchón.

* * *

Eran ya más de las doce cuando, con gran esfuerzo, logró recuperar la conciencia. Sentía dolor en varias partes del cuerpo. Las heridas le ardían. Tenía la cabeza como si se la hubieran llenado de perdigones y la hubieran sacudido. Al principio no recordó lo que le había pasado a Danny ni nada de la noche anterior. Cuando volvió el recuerdo fue tan reciente que resultaba casi insoportable. Se quedó tendido, anonadado, respirando a fondo, esperando que su mente lograra acostumbrarse al dolor.

Angelina ya estaba levantada. Había un hueco en el lugar en donde su cuerpo había dormido sobre el colchón. Ella debía de estar en la cocina. Dudaba que sus tíos hubieran dejado comida fresca, pero tal vez hubiera galletas y café. Reuben logró salir de la cama, tieso como estaba y se arrastró hasta la cocina.

Angelina no estaba allí. No había la menor señal de que alguien hubiera comido ni bebido nada. Fue al lavabo. La puerta estaba abierta de par en par. Angelina tampoco estaba allí.

—¡Angelina! ¿Dónde estás, Angelina?

Su voz resonaba, apagada, en el apartamento vacío, perdiéndose entre las sábanas que tapaban los muebles y las bolsas de polietileno. Sintió que el miedo se clavaba en él como una aguja larga y pulida.

La fue buscando en todas las habitaciones. No estaba en ninguna parte.

Encontró una nota clavada con un alfiler en la puerta de entrada. «Reuben: Necesito aclararme un poco. Preciso un poco de tiempo y espacio. No intentes encontrarme, por favor. Tengo tu número de teléfono por si surge algo, pero preferiría no tener que usarlo. Te agradezco que me hayas cuidado. Te agradezco que me hayas amado. Siento lo de tu amigo Danny. Sé bueno. Aunque no sé muy bien qué quiere decir eso».

«No quiere decir nada —pensó él—. No quiere decir nada en absoluto».

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Volvió a llamar a Sally. Seguía sin contestar. La llamó a su número en el ayuntamiento, pero no estaba. Cuando dio su nombre, le dijeron que esperara un momento. Medio minuto más tarde, la persona al otro lado de la línea dijo que Sally le había dejado un mensaje. Consistía en un nombre y unas señas: doctor Nigel Greenwood, Kent Hall, Columbia University. Nada más. Reuben dio las gracias y colgó.

La centralita de Columbia le puso con la extensión de Greenwood. La voz que contestó era británica, un acento sacado de *Retorno a Brideshead*.

—Ah, sí, la señorita Peale me habló de usted anoche. Dijo que usted había hecho ciertos descubrimientos que podían ser de mi interés, y pensó que yo, a mi vez, le podría ser útil. Tengo una clase de dos horas en unos minutos, pero después estaré libre. ¿Por qué no viene a Columbia? Dentro de dos horas. Encontrará Kent Hall detrás de la entrada a la calle Dieciséis. Suba los escalones frente a la biblioteca a su izquierda. Kent Hall está un poco más adelante, a su derecha. Es imposible perderse. Mi nombre está en el directorio en la planta baja, junto a los ascensores. Le estaré esperando.

* * *

Reuben cogió las cartas de Bourjolly y el semicírculo de oro africano y los metió en una caja. Fue en taxi hasta Manhattan, pagó la cuota de una caja de seguridad, y la depositó allí.

Llegar a Columbia le llevó un rato. Central Park estaba cerrado al público. Broadway estaba embotellado. El ascensor de Kent Hall no funcionaba. Encontró a Greenwood en una pequeña oficina en el cuarto piso. La habitación era del siglo XIX, con paneles de madera repletos de libros y papeles. Greenwood lo complementaba a la perfección. Reuben se preguntó si es que la universidad contrataba sus profesores en función del aspecto que tendrían en su entorno natural. El inglés llevaba una chaqueta de *tweed*, un chaleco color mostaza, pantalones de pana marrones y una pajarita de cachemir. Tenía cuarenta y tantos años, medio calvo, algo gordo. Todo rezumaba olor a humo de pipa.

Se dieron la mano y Reuben se sentó al otro lado de la mesa de trabajo, mirando a Greenwood por entre pilas de libros en precario equilibrio, muchos de ellos volúmenes antiguos encuadernados en piel. Las tapas estaban mugrientas y manchadas, un poco como su dueño.

—¿Conoce usted bien a la señorita Peale? —preguntó Greenwood.

—Somos... buenos amigos —contestó Reuben—. Hemos trabajado juntos en

diversas ocasiones.

—Yo también. Me trae sus casos difíciles, yo la ayudo cuando puedo.

—¿Es usted profesor de derecho?

Greenwood sonrió y sacudió la cabeza.

—No. Ni nada que se le parezca de lejos, me temo. Soy medievalista, especializado en las traducciones latinas de textos orientales. Cuando digo «orientales» quiero decir de oriente medio; sobre todo hebreos y árabes. Era investigador en el Instituto Warburg en Londres hasta hace seis años, entonces salí un puesto aquí y yo no me lo pensé dos veces. Desde luego las cosas ya no son lo que eran en las universidades. El suplicio de los mil recortes. Las plazas de profesor son como polvo de oro; y un campo como el mío siempre es el primero en desaparecer. «¿Se gana dinero con esto?», me preguntan. «¿Tiene aplicaciones industriales?». No tengo más remedio que contestar que no. ¿Por qué los iba a tener? Si hubieran hecho esas mismas preguntas a Platón y Sócrates los habrían echado a la calle. Así que me vine aquí: los bárbaros no resultan tan conspicuos aquí. Así, pues, ¿en qué le puedo ayudar?

—No estoy seguro, profesor. ¿Textos latinos?

Reuben recorrió la habitación con la vista. Libros en latín, libros en hebreo, libros en algo que supuso era árabe. Le sonaban.

—Bueno, los textos son la materia prima de mi trabajo —dijo Greenwood—. En realidad escribo sobre la historia, sociología y psicología social del ocultismo: asuntos como la magia, la brujería, la astrología. Tal vez no se tome en serio esos temas. La verdad es que yo tampoco. Es decir, no creo en ellos. No consultaría, por ejemplo, un astrólogo para decidir qué hacer mañana o el año que viene. Pero la gente de otros siglos sí creyeron, y sus creencias afectaron su comportamiento. Por esto resulta importante estudiar esas creencias. Y sigue habiendo mucha gente que cree en estas cosas hoy en día. Nueva York tiene decenas de miles de ocultistas de uno u otro tipo.

—¿Y Sally le traía los problemas legales? No comprendo. Greenwood se adelantó en la silla. Necesitaba un buen corte de pelo. Dos cortes.

—Bueno, no exactamente problemas legales. La señorita Peale es algo más compleja de lo que usted se imagina.

—¿Ah sí?

—Sí, bastante más. Pero creo que eso es asunto de ella. Me dijo que usted había descubierto ciertas cosas.

Reuben asintió. Explicó como mejor pudo lo que y él Danny habían encontrado en el túnel y las cámaras subterráneas.

—¿Recuerda títulos de alguno de los libros que vio allí? —preguntó Greenwood.

—Sólo de unos pocos. Había uno en francés. *Clavicles* creo que se llamaba.

Traducido del hebreo.

—Sí. Debía de ser las *Clavículas de Salomón*, la llave del rey Salomón. No hay muchos ejemplares en circulación, aunque he visto muchos manuscritos. Es el *grimoire* más importante, el libro de texto utilizado por los magos en Europa. Se suponía que había sido escrito por el rey Salomón en persona. Absurdo, por supuesto, pero la tradición le atribuye varios libros de magia. ¿Sabía usted que se supone que era mago?

Reuben asintió.

—Sí, algunos de los *midrash*...

—Pero por supuesto. Usted es judío. Lo había olvidado. Hay muchas tradiciones bíblicas. Muchas de ellas fueron acogidas por el Islam, y a través de los textos árabes al latín. ¿Encontró otros libros?

Reuben recitó los nombres de los pocos que recordaba. Greenwood fue asintiendo al oír cada uno de ellos, como si fueran nombres de viejos amigos. Pero el último le hizo levantar la vista, sorprendido.

—Repita ése.

—*Una prudente advertencia a los justos* —repitió Reuben—. Era un relato de cosas sucedidas en Nantucket hacia 1800.

El profesor se quedó callado. Se le nubló la cara. Pareció inquieto por primera vez desde que Reuben entró en la habitación.

—Ése es un libro muy difícil de encontrar —dijo al fin—. Se imprimieron pocos ejemplares y aún menos se han conservado. Creo que la mayor parte fueron quemados. Pero he visto uno en la biblioteca de Yale. —Vaciló—. Los hechos que en él se describen son de lo más desagradables. Encontrarlo en una biblioteca como la que usted describe resulta sumamente... inquietante.

—Creo que puede estar relacionado con otros hechos —dijo Reuben.

—¿Sí? ¿De qué hechos se trata?

Cuidadosamente, evitando toda tentación de dramatización o de adorno, Reuben contó al profesor los detalles que había oído de boca de Angelina acerca de la Séptima Orden. Le llevó un buen rato. Cuando acabó Greenwood se quedó mirando fijamente al frente, inmóvil, pálido, casi ceniciento.

—Dice que había cartas.

—Sí. Muchas. Las que cogí provenían de Haití. Las conservo.

—Pero dice que había otras. De Mitau, Budapest, Riga.

—Entre otros sitios, sí.

—Comprendo. Tal vez, teniente, habría sido mejor que no se las hubiera llevado.

Greenwood apartó la silla de la mesa y se puso en pie. Se acercó a mirar por la ventana. Los alumnos iban hacia sus clases en la luz cada vez más débil de la tarde de otoño.

—Dígame, teniente, ¿sabe qué ha sucedido con esos túneles, con esas cámaras que descubrió? ¿Los está explorando su gente?

Reuben sacudió la cabeza.

—Me parece que no, a no ser que me estén engañando. Me dijeron que habían sido precintados. Creo que tienen intención de tapiarlos.

El inglés asintió. Se alejó de la ventana.

—Quizá sea mejor. Sí, incluso si representa perder una biblioteca tan especial, puede que sea mejor así. Pero creo que habrán sacado los libros y las otras cosas antes de cerrarlo...

—Sally tenía la impresión de que usted me podría ayudar. —Tal vez pueda hacerlo. Pero necesito tiempo. Querría ver las cartas que sacó de la biblioteca de Bourjolly. Y tengo mucho interés en hablar con la señora Hammel.

—Me temo que no sé dónde está. Se fue esta mañana, y creo que tiene intención de desaparecer.

Una expresión preocupada atravesó la cara de Greenwood.

—Lamento oírlo. Intente encontrarla, teniente. Por el bien de ambos, es muy importante que la encuentre. Ahora mismo no puedo ayudarlo más. Póngase en contacto conmigo mañana. Éste es mi teléfono particular. Me puede llamar a casa. Espero su llamada. Ahora le sugiero que intente encontrar a la señora Hammel. Urgentemente.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Reuben volvió al apartamento hacia las seis. Por lo que podía ver, nadie lo había seguido, y nadie vigilaba el edificio. Angelina no había vuelto. Primero fue a una tienda de ultramarinos y compró comida. No tenía hambre, pero sabía que tenía que comer. De regreso al apartamento, comió un plato frío sin el menor placer. A continuación puso vendajes limpios sobre sus heridas.

A las ocho llamó a sus padres para decirles lo de Danny. Ya lo sabían a través del hermano de éste. Su madre le dijo que había estado preocupada por él todo el día. Habían pasado unos de la policía aquella misma tarde haciendo preguntas. La madre de Reuben pensaba que sus nombres eran Quirk y Maguire. Querían que Reuben se pusiera en contacto con ellos.

Su madre quería saber dónde estaba, y por primera vez en su vida le mintió.

—Estoy en Nueva Jersey —dijo.

Empezaba a preocuparle su prima Dora y cuándo empezaría a decir a la gente dónde estaba. Dos días era un plazo demasiado optimista. Veinticuatro horas como mucho.

—¿Estás metido en algún jaleo, Reuben? —la voz de su madre estaba cargada de preocupación.

Tuvo la sensación de que una vez más tenía ocho años, pero privado del sólido andamiaje de la inocencia.

—Una especie de jaleo, mamá.

—Es... ¿tiene que ver con lo de Danny? —Una pregunta estúpida, pero tenía que hacerla.

—Yo quería a Danny, mamá. Era como un hermano.

—Reuben, tengo que ir a ver a su madre. Tengo que hablar con ella. Encontraron a su hijo muerto en tu apartamento. Tú estás escondido. La policía te busca. ¿Qué le digo?

—Dile lo que te acabo de decir. Dile que Danny y yo estábamos trabajando juntos en un caso y alguien lo mató. Dile que sé quién es el asesino. Lo voy a encontrar, mamá, lo prometo.

—¿En Nueva Jersey? ¿Lo vas a encontrar en Nueva Jersey y lo vas a traer de vuelta? —Su voz le resultaba infinitamente triste, como música que había conocido antaño y ya había olvidado.

—No, mamá —susurró—. No lo voy a traer de vuelta. Lo voy a matar.

El teléfono sonó justo antes de las once.

—¿Puedo hablar con el teniente Abrams?

La voz de una mujer, cazallosa y sin aliento. Una voz costrosa, como si no la hubieran lavado en semanas. No era la voz de Angelina, pero el acento era similar.

—Abrams al aparato. ¿Con quién hablo?

—No importa. ¿Tiene papel y bolígrafo?

—Pues..., sí.

—Apúntese estas señas: 497 Gibson Street, en Bedford Stuyvesant. Apartamento diecinueve. ¿Lo ha apuntado?

—Sí. ¿Qué pretende que haga?

—Una amiga suya está aquí. Tiene problemas, problemas graves, dice que quiere que la venga a buscar. En seguida.

—¿Qué tipo de problemas?

—Problemas graves, *m'sieu*. Necesita que la ayude. Lo necesita mucho. Es mejor que venga en seguida.

—Quiero hablar con ella.

Hubo un momento de silencio y entonces volvió la voz.

—Espere.

Él esperó. Pareció transcurrir mucho tiempo, pero no podía haber sido más de tres o cuatro minutos. Cuando Angelina se puso al teléfono, su voz era apenas reconocible.

—Reu... Reuben.

—¿Eres tú, Angelina? ¿Qué ha pasado? Otro silencio, como si se hubiera ido.

—Estoy... Reuben... ayúdame... necesito... socorro...

Su voz se desvaneció, confusa, con las palabras a medio formar. Sonaba como si estuviera borracha. Borracha o... colocada. Dios mío, ¡qué estúpido había sido! Aubin Mondesir era un camello. No un pez gordo, pero iba por buen camino. Angelina lo había ido a ver el día anterior, pero no había conseguido nada porque estaba muerto. Todo eso de que era un sacerdote vudú y que daba alimento espiritual era mentira podrida.

—Angelina, ¿qué te has tomado? ¿Cuánto? ¿No será una sobredosis?

Pero Angelina no contestó. La otra mujer se volvió a poner al aparato.

—Ya se lo decía, necesita ayuda. Ya tiene las señas. Si quiere ayudarla, será mejor que se dé prisa.

La línea se cortó. El silencio que se produjo a continuación no era dorado. ¿Qué sería?

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Hay teólogos que afirman que el infierno no es un lugar, sino un estado de la mente. Se equivocan. El infierno está en Gibson Street.

Reuben avanzó lentamente, con los faros apagados, viendo cómo las sombras grises se mezclaban a ambos lados de la calle. Las paredes de edificios altos y gastados se cernían en la oscuridad como mausoleos silenciosos. Hubo un tiempo en que fueron elegantes, llenos de vida y comodidad al llegar la fiesta de acción de gracias y Navidad. Ahora estaban acurrucados en la oscuridad sórdida en todas las estaciones del año, harapientos y mugrientos, sin el menor confort. Era como si alguien lo hubiera frotado todo con un trapo grasiento, acabando con el brillo que tenían.

En algunos puntos estaban encendidos braseros en la acera, proyectando chispas rojas en el aire brillante. Reunidos a su alrededor, encorvados para protegerse del frío, pequeños grupos de ángeles caídos recogían sus inquietas alas resguardándose de la noche afilada y poco acogedora.

Figuras oscuras y envejecidas entraban y salían de portales sombríos. Por ventanas tenebrosas, tras las cortinas cerradas, tras cristales rotos y retorcidos, ojos ocultos miraban y parpadeaban lentamente, sin ver nada. Fragmentos sueltos de música surgieron de alguna parte; sonido duro, frágil, lleno de una desesperación contenida. El viento lo cogió y lo partió por la mitad, como un cristal.

Reuben pasó por delante de una ruina que alguna vez había sido un edificio de apartamentos. Primero había padecido negligencia, después malos tratos, más tarde había sido despojado de todo, finalmente había sido destripado, abandonado y dejado para que se pudriera. Había un agujero en una de las paredes, de unos treinta centímetros de diámetro. Estaba rodeado de grafitis. Flechas apuntaban hacia él. Parecía un agujero importante. Y lo era.

Reuben sabía para qué era ese agujero: uno se ponía en el lado de la calle y metía la mano, con todos los dólares y monedas que había logrado reunir en todo un día de buscarse la vida. Un camello oculto cogía el pequeño fajo y lo sustituía por un paquete aún más pequeño, con un cuarto de gramo o menos de caballo. La anonimidad era pura. La heroína, no.

Reuben vio pasar un par de ángeles caídos, tiritando, ahogándose en su sueño de estupefacientes. Las drogas no conseguirían hacerlos ricos. Las drogas no podían suprimir su hambre ni el frío que tenían ni su desesperación. Pero las drogas sí lograban hacerlos insensibles. La insensibilidad era buena. La insensibilidad era mejor que el sueño. La insensibilidad es Dios en su trono del reino de la mentira.

La calle tenía una oscuridad propia, como si Dios la hubiera hecho a medida. Ninguna de las farolas funcionaba. La última la habían roto hacía dos años. Nadie

había ido a arreglarla. Los residentes de la zona lo preferían así.

El número 497 era uno de los motivos de ello. Era un edificio de piedra marrón de estilo neorrenacentista, de cinco pisos. Alto, negro y rayado de sombras. La mayor parte de sus ventanas habían sido tapiadas, la decorativa barandilla metálica que había subido los escalones de la entrada había desaparecido hacía mucho. La albañilería estaba en muy mal estado. El término «neorrenacentista» en un sitio como Bedford Stuyvesant sonaba a chiste malo.

Reuben aparcó el coche justo enfrente. Salió y lo cerró con llave, vigilando por el rabillo del ojo para ver si alguien se movía. Un niño lo miraba desde la entrada de una casa dos portales más allá. Tenía diez años, quizá menos. Reuben le hizo un gesto, indicándole que se acercara. El niño se quedó mirándolo, dudando. Reuben volvió a llamarlo.

Sin darle especial importancia, el chico se separó de la barandilla en donde estaba apoyado. Conocía el lenguaje de la calle mejor que el inglés. Se acercó a Reuben con cierta chulería. No era un niño. La infancia no duraba mucho por allí: los niños pasaban a ser adultos en cuanto aprendían a robar bolsos o coches o vender droga o hacer de chulo para sus hermanas. Algunos sabían hacer todo esto y más antes de cumplir los seis años.

El chico se quedó a unos metros, balanceándose sobre la punta de los pies. Sabía que Reuben era un poli: la cara blanca bastaba para saberlo. Los paisanos no iban por allí a no ser que estuvieran perdidos o desesperados, y Reuben no parecía estar ninguna de las dos cosas.

—¿Qué?

Reuben sacó un billete de diez dólares del bolsillo.

—Esto es para ti —dijo—. Quiero que vigiles el coche, que nadie lo toque. Si sigue bien cuando salga, te daré dos más. ¿De acuerdo?

El chico miró el billete, después a Reuben, después al billete otra vez.

—Veinte ahora, treinta después, —dijo él.

Reuben sacudió la cabeza.

—No he venido a regatear, chaval. O lo tomas o lo dejas. Pero como salga y encuentre una sola rayada en mi máquina, voy a volver con unos amigos y vas a arrepentirte de no haber cogido el dinero.

—Oiga, que yo también tengo amigos.

—Tú tienes una mierda. No juegues conmigo, chaval. Tú coge el dinero, vigila el coche, haz que me vaya de aquí contento y mañana encontrarás que tienes treinta dólares más. Por no hablar de lo que vale mi amistad. Mete a tus amigos en esto, y lo único que tendrás es problemas gordos.

Reuben no se hacía a la idea de estar hablando así con un niño. Pero aprendían el inglés en la televisión y su manera de comportarse en la calle. Era posible que ese

niño ya se prostituyera y fuera la estrella de una docena de vídeos para pedófilos. Santa Claus y el ratón Pérez no formaban parte de su vocabulario.

El niño dudó un momento más, y alargó la mano.

—Que sean cuarenta y asunto resuelto.

Reuben volvió a sacudir la cabeza.

—Treinta y cinco. Diez ahora, el resto después. No voy a tardar. Considéralo una manera rápida de ganar dinero. El niño apretó los labios y escupió al suelo.

—Es mejor que no tarde mucho. Tengo cosas que hacer.

Reuben le dio los diez dólares.

—Y recuerda —dijo—. Una sola rayada y me vas a volver a ver.

—Eso no me gustaría, señor. No querría volver a verlo nunca.

Reuben se dio la vuelta y se alejó.

—¿Oiga, a dónde va?

Reuben indicó su destino.

El niño sacudió lentamente la cabeza.

—Eso es un picadero. Si tiene un amigo metido allí, no vale la pena que lo vaya a buscar.

* * *

La puerta de la calle estaba entreabierta, aguantada por un carro de supermercado abollado. El cartel indicaba que era de Finast. Reuben lo apartó y entró. Un viento cortante entró con él, arrastrando polvo, basura y trozos de viejos periódicos.

Un picadero era un sitio donde los adictos se ponían en fila y se iban chutando uno tras otro. La misma jeringa para cincuenta o más, hasta que perdía la punta.

El vestíbulo estaba desierto, débilmente iluminado por una única bombilla cubierta de polvo. Olores de cerveza rancia y orina fresca estaban presentes en el aire viciado. A la izquierda una escalera oscura subía de rellano en rellano hasta las alturas de la oscuridad más absoluta. Grafitis de pintura de spray impedían que el yeso de las paredes se desprendiera, azules y verdes y amarillos sobre una base de pintura marrón apagada: un listado de nombres olvidados, proclamaciones de amor y odio, el número de una puta, eslóganes de las bandas en francés mal escrito, un falo con sus correspondientes testículos, una mujer con las piernas abiertas. El arte al servicio de la desesperación.

Un hombre estaba apoyado al pie de la escalera, con los brazos cruzados, la espalda algo arqueada contra la barandilla suelta, la cara oculta en las sombras a rayas. Llevaba un traje barato azul marino y mocasines imitación Gucci, con los retenes del empeine ya ensuciados por las primeras lluvias saladas del otoño.

Reuben sabía por qué estaba allí. Ése era el puesto de vigilancia del territorio tribal, y ése era el guardián. Se había declarado la guerra en aquellas calles: negros

americanos contra caribeños, jamaicanos contra haitianos, negros contra hispanos. Era territorio de bandas. Y Reuben pertenecía a la banda menos oportuna de todas.

El hombre avanzó un par de pasos, como un gigoló adelantándose en un baile. Aún tenía la cara en penumbra. Conocía bien las tinieblas, cómo orientarse en ellas. Reuben atisbo un pendiente de oro, un pómulo estrecho alcanzado momentáneamente por la luz, una mano pequeña en un ajustado guante de cuero, dedos relucientes de anillos de oro.

—¿Buscas a alguien, *blanc*?

La pregunta fue formulada lentamente, con pleno control.

Reuben indicó que no.

—No quiero problemas. Alguien me llamó y me dijo que viniera aquí. Apartamento diecinueve. Quizá sabes algo de ello.

El hombre se adelantó hasta una mancha de luz amarilla. Tenía veintitantos años, guapo, engominado, con mucho autocontrol. Llevaba pegado el olor de una colonia barata, un fino velo sobre un olor subyacente de sudor. Se movía como un hombre que no esperaba llegar a los treinta años. No lo esperaba. Tampoco le importaba mucho.

—¿Buscas coca, *blanc*? ¿Crack? Quizá te has equivocado de sitio. No te conviene aquí; es muy peligroso.

—Alguien me llamó. Una amiga necesita ayuda. Una haitiana, Angelina Hammel. Apartamento diecinueve.

El hombre lo miró como un inspector de control de parásitos mirando una cucaracha. La mirada puso tenso a Reuben.

Lo estaba valorando. Reuben llevaba dinero, todo lo que se había llevado de su apartamento: casi quinientos dólares. Eran capaces de matarlo por mucho menos. Por allí mataban a la gente por unas zapatillas deportivas o una chaqueta de béisbol.

—No quiero coca, no quiero crack y no quiero problemas. Me habré ido en cinco minutos. Ni me olerás.

—Ya te huelo. Y hueles a poli.

Reuben tenía que decidir rápido si iba a hacerse el duro o ser educado. El vigía le daba miedo. No porque fuera un tipo duro, sino precisamente porque no lo era. Los hombres como él eran de paja; prendían fuego a la menor llama. Pero como siempre pasa con ellos, les gustaba hacer daño de vez en cuando, sólo para demostrar que, en un momento dado, también podían ser un pedernal.

—Eso no tiene nada que ver contigo. Esto es un asunto privado. Ya te he dicho que no quiero problemas. Pero como te pongas tonto, dejará de ser privado.

Llegó el momento de moverse. Reuben fue hacia la escalera, con intención de pasar de largo del vigilante. Al hacerlo hubo un destello y el hombre tenía una navaja larga a unos centímetros de la cara de Reuben.

En el piso de arriba alguien tosió, una tos prolongada y estremecedora que se extinguió quedándose sin aliento. Una puerta se cerró de golpe. Sonaba música, rap con un ritmo seguido. En el pasillo reinaba el silencio. Reuben se oía respirar, un sonido primitivo, extraño.

El hombre tenía la navaja cerca del cuello de Reuben. La hoja larga de la navaja brillaba heráldicamente, lisa, bien lubricada, afilada como una hoja de afeitar. Reuben dio un paso atrás, con la vista pegada a la hoja. El hombre se adelantó, manteniendo la posición del cuchillo. Estaba puesto en posición, relajado, fascinado por el brillo de su propia hoja. No era la primera vez que lo hacía.

De repente, Reuben dio un paso al lado y giró, apartándose del alcance de la navaja. El hombre la clavó en el aire, se dio la vuelta y alcanzó el hombro de Reuben. Éste se le acercó. El otro se abalanzó sobre él. Un movimiento de esgrima, pero sin la habilidad o la fuerza del deportista. Reuben lo esquivó sin dificultad y dio con fuerza en el fino antebrazo. El hueso se quebró con estrépito. Dedos insensibles dejaron caer la navaja sin sangre al suelo. El hombre se agachó, lloriqueando.

—La próxima vez —dijo Reuben— búscate alguien de tu talla.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

El diecinueve hacía mucho que había dejado de ser un apartamento digno de tal nombre. La puerta quemada y abollada había sido reforzada tantas veces con plancha de acero y cerraduras y trancas de seguridad que parecía más bien la puerta de una fortaleza medieval.

A cada lado de la puerta un artista de ghetto había dedicado su considerable conocimiento del oficio en pintar dos figuras mortecinas, como divinidades chinas vigilando la entrada de un templo budista. El nombre de cada una había sido escrito en burdas letras rojas al pie. A la izquierda estaba el «Barón H», el esquelético dios de la heroína, con piel pálida y jabonosa y minúsculas pupilas en ojos soñadores. De su cuello flaco colgaba un collar de jeringas usadas y de su boca y nariz salían nubes de humo cargado de droga que subían hacia el techo.

Su pareja era la «Emperatriz C», una mujer alta con un vestido de muselina blanca debajo de un frac negro de hombre. Llevaba un sombrero de copa brillante como el del dios *voudoun* Baron-Samedi, las aletas de su nariz estaban rojas y dilatadas y de sus largas uñas caía sangre. Le habían pintado la cara de un blanco tiza. En una mano tenía una botella de ron y en la otra una pala larga de sepulturero. Heroína y Cocaína, las divinidades guardianas del nuevo Hades.

Reuben golpeó la puerta y la siguió golpeando hasta que alguien respondió.

—¡Ya vale! ¡Voy! —dijo una voz malhumorada.

Un ojo apareció en la pequeña mirilla de cristal y entonces desapareció. Retiró ruidosos cierres. La puerta se abrió unos seis centímetros, cogida con pesadas cadenas. Reuben no veía a nadie. El amargo olor de heroína salía por la ranura.

—*Oui?* ¿Qué quiere?

—He venido a por Angelina Hammel.

Hubo una pausa, y la puerta se cerró. Un ruido al soltar las cadenas, un juramento entre dientes y la puerta se volvió a abrir. El espacio al otro lado estaba en penumbra, el aire estaba cargado, casi irrespirable. Puntos entre las sombras, pequeñas luces moradas bailaban a la altura del suelo. El apartamento parecía un hospital de campaña en Francia hacia 1916. Habían abierto grande boquetes en las paredes. Las habitaciones comunicaban entre sí. Todo estaba cubierto por un sudario de humo como niebla sobre las trincheras de los muertos y moribundos.

Sobre camas bajas, sobre sofás viejos, en el suelo, los condenados estaban repartidos de cualquier manera, como si durmieran. Algunos se movían en su estupor, otros estaban quietos, mientras alrededor de todos caían penachos de humo soporífero en una danza lenta y mesurada. Allí, en el sanctasanctórum de su religión el dragón se movía como el incienso, cálido, cargado y confortante.

Reuben tosió. A su lado estaba una vieja negra, encogida y nudosa como un árbol

marchito. Volvió a correr los cerrojos y movió su encorvada osamenta para verlo. Le faltaban los dientes, sus ojos estaban medio ciegos de cataratas y sólo le quedaban unos mechones de pelo sobre su calva desnuda.

—¿Angelina? ¿Quiere ver a Angelina?

Reuben asintió. Su voz era tensa y afónica, pero tenía algo bello, como si fuera lo único que quedaba de una belleza chocante. La vieja murmuró algo ininteligible, entonces se dio la vuelta y se alejó, haciéndole señas para que la siguiera. Reuben la obedeció. A su izquierda, un hombre flaco estaba encorvado sobre otro, inyectándole cuidadosamente en el dorso de la pierna, la aguja buscando una vena aún sin colapsar. Algo más allá una mujer de ojos grandes estaba en cuclillas, su mano rozando descuidadamente el cuello y hombros de un hombre que estaba tieso sobre una hoja de gomaespuma sucia.

Una compasión raída recorría suavemente el humo y el aire frío. El amor no estaba totalmente ausente del infierno. No del todo ausente, no del todo presente. Ningún dios ofrecería la salvación por ese amor. Un chute de heroína era un chute de heroína, por mucho que se administrara con amor.

Angelina estaba echada sobre la espalda, con las piernas levantadas contra el pecho, los ojos abiertos, mirando un tejido de sombras en el techo sin dar señales de vida. Tenía la cara relajada y sin expresión alguna, como si un bisturí afilado y sutil hubiera extirpado el dolor y el recuerdo. No había sangre, no había restos ni puntos de sutura: una cirugía muy perfecta. Pero la herida se curaría y el dolor volvería, más intenso que antes.

—¿Qué le ha pasado?

La mujercita se quedó mirándolo, sin comprenderlo. Él se agachó. La respiración de Angelina era poco profunda pero constante. En el suelo a su lado estaba una jeringa vacía. Estaba arremangada. Alguien le había enseñado a inyectarse. ¿O habría jugado ya un poco a ese juego? Se preguntó quién lo habría llamado. No había sido la vieja. Algo no iba bien, pero no podía imaginarse qué era.

Un sonido apagado procedente del apartamento de encima le llamó la atención. No era fuerte, tampoco realmente suave, tan elegante y afilado como el hielo que nota hacia el mar en los ríos en la crecida de primavera; sonaba como un tambor, con ritmo claro y duro en el aire cargado de droga. Sobre sus cabezas se reunían los dioses. No los dioses de este lugar sino los dioses antiguos, fuertes, persistentes y enfadados con la oscuridad cada vez mayor de un nuevo mundo y una nueva era.

Al frágil sonido del minúsculo tambor *kata* se unió la palpitación más lenta del *ségon*, rítmico y pulsante, llamando a los dioses a la danza. En el aire quieto y desnudo la grave palpitación se cernía sobre sus cabezas, pesada y fluctuante como la nieve.

Angelina se movió, como si algo muy profundo en ella se hubiera despertado con

los tambores. Sus labios temblaron, abriéndose un poco, el aliento llegaba en fragmentos.

—África... —susurraba. Se agachó para oírla. Su voz tenía una debilidad que sólo había oído en los moribundos—. África viene... —dijo ella.

Y él miró a su alrededor y lo sintió en el aire, denso, tangible, abriéndose paso por los siglos y los mares hasta el puerto roto de esa habitación cargada de droga.

Sus labios se callaron, sus ojos parpadearon y se quedaron quietos. Reuben se enderezó.

—Quiero moverla —dijo—. ¿Puede ayudarme a bajarla? Tengo el coche fuera.

La vieja sonrió.

—La llevamos juntos —dijo—. Nos vamos juntos en el coche.

Consiguieron sacar a Angelina por la puerta al rellano. Bajarla por las escaleras sería más difícil. Reuben pasó el brazo de ella por su cuello mientras que la vieja evitaba que los pies se arrastraran por el suelo. Paso a paso, rellano a rellano fueron bajando hasta el primer piso. Reuben miró hacia abajo. Había dos hombres esperándolo al pie de la escalera.

Se volvió a la vieja, con la oscura esperanza de que ella tuviera el poder de ayudarlo. Pero ya se había ido, subiendo a toda prisa las escaleras con el poco resuello que le quedaba. Volvió a mirar. Seguían esperándolo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Por algún motivo no parecía que aquellos hombres fueran amigos del gigoló cuyo brazo había roto, llegados para darle su merecido. Por como vestían no parecían tener muchos amigos. Su mirada indicaba que iban en serio y que no estaban acostumbrados a cometer errores. Entonces comprendió: todo aquello había sido un montaje.

Ayudó a Angelina a bajar el último tramo de las escaleras. Ella lloriqueó un poco, habiéndole con palabras entrecortadas en una lengua que no le sonaba de nada. Le dijo que todo iba bien, que pronto estarían de regreso a casa. Pero no tenían casa a la que ir, y no iba nada bien.

Ellos esperaron mientras dejaba su lastre en el suelo. Uno era blanco, el otro negro. Estaban impasibles, a uno y otro lado de la puerta, como dioses guardando el camino de la salida del Hades. Reuben sintió su 38 contra las costillas, un peso doloroso, desvaído.

El blanco llevaba un abrigo de cachemira, granate, desabrochado. Llevaba el cabello peinado hacia atrás con algo de fijador. En los pies llevaba zapatos ingleses brillantísimos. Tenía un cigarrillo largo entre unos labios tirantes, nada sonrientes. Cuando Reuben se acercó, cogió con fuerza el cigarrillo entre el índice y el pulgar de la mano derecha, se lo quitó de la boca y lo dejó caer. Una línea de humo salió expelido entre sus labios y quedó un momento como un fino velo sobre su cara lisa y larga. Aplastó el cigarrillo con el pie con un movimiento pequeño y circular.

Reuben percibía el olor corrupto de orina. Le llenaba las aletas de la nariz con un olor solitario y ácido, el perfume de base del ghetto.

—Estás lejos de casa, poli.

Habló el blanco, palabras tensas, irritadas. El acento era de Florida, su comportamiento, cosmopolita. Era un blanco que había pasado mucho tiempo con negros. En otro tiempo y lugar, con otros amigos, podría haber sido un defensor de los derechos de los negros o un antropólogo. Pensaría y hablaría como un negro, pero su piel siempre lo delataría.

—¿Quizá te has perdido? ¿Has venido buscando algo blando y blanco entre las negras? Parece que has encontrado algo blando y negro.

—Esta mujer está mal. La llevo a su casa.

El hombre sacudió la cabeza.

—A esta señora la esperan. Y a ti no te quieren ver para nada.

—En ese caso, querría pasar. Pero esta mujer se viene conmigo.

El floridano se volvió a su amigo.

—¿Qué te parece, Agustín? ¿Está diciendo este señor lo que me parece que dice?

El negro devolvió la mirada de su compañero. También llevaba fijador y era ágil

y fuerte, vestido con un traje de lanilla blanca. Sobre su cabeza rapada los reflejos de la luz parecían abalorios de oro.

—Chorradas —dijo—. Está diciendo chorradas. —El acento era haitiano, vía Miami.

—Eso me parecía a mí. —El blanco se volvió a Reuben—. Anoche conociste un amigo de Agustín, un tipo que se llama Kominsky. A Kominsky le hiciste mucho daño. Tiene heridas de bala. Está ciego de un ojo.

—El ojo derecho —dijo Agustín.

—Nunca volverá a ver con ese ojo —murmuró el blanco—. Está herido en su cuerpo y su alma.

—Herido en su alma —repitió Agustín—. Quiere que sufras. Agustín se pasó la mano por su coronilla reluciente, como si se asegurara de que seguía lisa.

—Me pidió que me encargara de ello en cuanto saliera del hospital. Así que vas a tener que sufrir.

Agustín se metió la mano en el bolsillo interior, y sacó una navaja automática con mango de marfil. Apretó el botón y una hoja fina relució en la pálida luz.

Reuben acercó la mano a su chaqueta. Al hacerlo, oyó dos chasquidos seguidos de más navajas que se abrían. De las sombras del fondo del pasillo de la planta baja emergieron dos figuras oscuras. Se abrió la puerta de la calle y apareció un quinto hombre. El último en llegar aseguró la puerta con una pesada cadena. La salida estaba bloqueada.

Reuben notó que perlas de sudor le picaban en la frente. Sacó la pistola. Nerviosamente los vio rodearle, cinco polillas atrapadas en los rayos de su luz, sin saber demasiado dónde meter las alas. Su silencio lo sacaba de quicio. Imaginó que se comunicaban por el canto en la oscuridad de la noche, cuando la ciudad se quedaba en silencio, como ballenas resonando en la oscuridad de Nantucket Sound, nanas violentas para dormirse en el oscuro y despintado dormitorio del ghetto. Sus ojos eran enormes y hambrientos, insensibles a toda apelación o compasión.

Reuben preparó el detonador y apuntó al hombre blanco, que parecía ser el jefe del grupo. Al hacerlo sintió de repente un borde de acero frío contra su garganta.

—Tira la pistola —le susurró una voz al oído.

Hasta ese momento, todo parecía ir en cámara lenta. En menos de un segundo, todo se aceleró a tal velocidad que se descontroló.

El hombre que tenía el cuchillo contra el cuello de Reuben se había acercado demasiado. Reuben se acercó hacia la navaja, permitiendo que su atacante girara un poco más hacia la derecha, llevándolo al límite de su equilibrio. Inconscientemente, el hombre adelantó el pie derecho seis centímetros para compensar. Reuben dejó caer muerto el brazo y bajó la pistola, como si fuera a dejarla caer como le habían ordenado, pero disparó contra la pierna del hombre.

Al estallido de la pistola siguió al instante un grito de dolor y el ruido de una navaja contra el suelo. Reuben se movió bruscamente hacia atrás y hacia el lado, tirando su frustrado asesino al suelo. Soltó otro disparo, rozando uno de los dos hombres que habían salido del pasillo. Los que tenía delante se dispersaron. El blanco sacó una pistola automática, apuntó rápida y profesionalmente y disparó dos veces, fallando de muy poco el hombro de Reuben.

Hubo un repentino ruido de vidrio que se quiebra, seguido de un ruido mucho más fuerte, como una explosión controlada. La puerta de la calle saltó de sus goznes y cayó hacia atrás, estrellándose contra la pared, arrancando trozos de yeso antes de caer colgada de la cadena, mitad hacia fuera, hacia la calle.

Por el boquete donde había estado la puerta entraron tres hombres al pasillo. Estaban vestidos con lo que parecía un uniforme de un equipo de asalto, chalecos de kevlar negro y cascos en punta. Llevaban metralletas con silenciador MP5 sin cargador. El tercero era el que se hacía llamar Smith. Estaba vestido con un traje azul claro y no llevaba arma alguna. En la calle se veía el destello de una luz azul, enjoyando la noche.

Tres de los hombres con navaja giraron y salieron corriendo. No llegaron lejos. Desde el fondo del pasillo aparecieron dos figuras más con metralletas. Hubo un silencio abrupto, nervioso, seguido a los pocos momentos por un ruido de filos metálicos estrellándose contra el suelo.

Smith se acercó al hombre blanco que había sido el jefe del grupo. Smith levantó una mano y lo abofeteó con fuerza. El hombre se tambaleó, pero no perdió pie. Smith fue el primero en hablar.

—Esto no estaba autorizado —dijo. El otro quedó cabizbajo—. Por enorme que sea la provocación, nada se hace sin autorización. Ya sabes cuál es el castigo.

—Él cegó a Kominsky. Le disparó y le reventó un ojo. Kominsky quería que nos encargáramos de él.

—Ojo por ojo, ¿eh? Kominsky fracasa estrepitosamente, así que tú tienes que superarlo. Esto es una operación, ¿comprendes?, no un *picnic*, ni una venganza personal.

Smith se dirigió a uno de los policías especiales, si es que lo eran.

—Lleváoslos —dijo—. Lleváoslos a la central. Ya me encargaré de ellos después. Pronto se quedó solo con Reuben y Angelina. Alargó la mano a Reuben.

—Teniente, por favor, su pistola.

—No creo que tenga derecho a pedírmela. Smith parecía impaciente.

—Usted ya no es policía, teniente. Es sospechoso de asesinato. Las cosas han ido mejor de lo que podía esperar desde que hablamos por última vez. O me da la pistola o intenta salir a tiros. Ahora... —se detuvo y alargó más la mano—. La pistola, por favor.

Reuben dudó un momento más, y entregó su pistola a Smith.
—Gracias, teniente. Una sabia decisión. Venga conmigo.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Dicen que Brooklyn es la ciudad de las iglesias y los cementerios. Rezas, mueres, vas al cielo. Brooklyn no es el cielo, por supuesto. El cielo no es un lugar en donde viva gente. La iglesia es lo más a lo que se acerca mucha gente, que no es mucho decir.

En términos estrictos, el lugar a donde habían llevado a Reuben ya no era una iglesia. Era sólo un caparazón abandonado esperando que llegaran las excavadoras y pusieran fin a su miseria. El cura de la mirada cansada había ido y se había llevado las reliquias de debajo del altar, junto con los granitos de incienso que se habían depositado con los huesos, la sangre y la carne seca. La piedra del altar ya no estaba, la lámpara del santísimo estaba apagada, el murmullo de bendiciones había cesado. Sólo quedaba un apagado eco de santidad; un campanario sin campanas, nichos sin estatuas, ventanas sin imágenes, rotas y cubiertas con tablas.

Reuben estaba sentado en lo que había sido el altar, tiritando por la fría corriente que entraba por una puerta trasera. La única iluminación existente procedía de una docena de luces de gas que habían instalado antes de que llegara. Smith se había ido hacía una hora, dejándolo con dos tipos forzudos que esperaban fuera en Gibson Street. Se negaban a contestar a las preguntas de Reuben o a decir adónde había ido Smith.

Habían metido a Reuben en otro Lincoln, le habían vendado los ojos y lo habían llevado a la iglesia en silencio. Lo habían separado de Angelina. No sabía adónde la habían llevado. Una vez, intentando sonsacar alguna explicación de Smith, le había propinado un fuerte puñetazo en el plexo solar para que se callara. Había perdido el sentido del tiempo y de la orientación. Habían hecho un viaje largo, pero Reuben tenía la impresión de que seguían en Brooklyn, que el coche había dado vueltas y vueltas camino a su destino.

Se abrieron las puertas delanteras de la iglesia y entró Smith, acompañado por otros dos pesos pesados. Traían a otro hombre mucho más delgado, al que hacían avanzar a empujones; tropezaba y se enderezaba con dificultad. Parecía estar esposado y dolorido. A medida que el pequeño grupo se acercó, Reuben reconoció al prisionero de Smith como el hombre que mató a Danny, el que habían llamado «Kominsky». Kominsky tenía pinta de ser un tipo duro. Portaba un grueso vendaje en el lado derecho de la cara. Llevaba un pijama y zapatillas. Lo habían traído directo de su cama del hospital. Miró a Reuben sin comprender. El grupito llegó a cuatro metros del altar y se detuvo.

Smith se separó de sus compañeros y se acercó suavemente a Reuben. Éste bajó de la mesa de piedra. El hombre mayor miró a Reuben con distanciamiento. No había la menor emoción en sus ojos, igual que si él fuera un entomólogo y Reuben una polilla ensartada en un alfiler clavado en un muestrario. La madre de Reuben habría

reconocido esa mirada. Ella había estado en los campos de concentración y había visto muchas veces hombres y mujeres con esa mirada. Aún persistía escondida en rincones ocultos de su vida, incluso ahora, en su vejez. Reuben lo notó intensamente, como si el conocimiento se hubiera transmitido por la sangre a sus ojos y su corazón. Lo notó y se estremeció involuntariamente al acercarse Smith.

—Antes había ángeles aquí —dijo Smith. Su voz sonaba lejana—. En las vidrieras, con alas rojas y moradas, como tremendas mariposas. Y allí mismo, a cada lado del altar, dos ángeles de yeso que nos vigilaban durante la misa, dorados, con las manos extendidas.

Se detuvo y recorrió las paredes desoladas y el techo oscuro, buscando en vano algo que nadie más veía.

—Fui niño, aquí, hace mucho —dijo—. Mi padre me traía a misa a esta parroquia, después de mi primera comunión. Una vez a la semana y en las fiestas de guardar. Fui monaguillo. Me vestían de blanco y me daban un incensario. Yo creía que era puro de corazón. Todos lo creíamos. Puros como Jesús. Puros como el padre Tirali. —Se detuvo, mirando en lo alto del crucero las espesas sombras—. En seguida descubrimos nuestro error. Volvió a mirar a Reuben, la mirada vacía.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Tenía ángeles? ¿Angelitos dorados para mirar cómo perdía la pureza? ¿O aún es puro de corazón, teniente? Desciende de una raza angélica, ¿no?

—Donde me llevaba mi padre no había imágenes. Ni siquiera ángeles.

Smith arqueó las cejas.

—¿De verdad? ¡Qué lástima! Los ángeles son muy bonitos.

—¿Qué han hecho con Angelina?

—Típicamente judío, esto de cambiar de tema. ¿Qué le hace pensar que he hecho algo con ella?

—Necesita ayuda. Ayuda médica. Si entra en coma, puede morir.

Smith se acercó un paso más. Su aliento creaba una tenue nube en el aire frío.

—Ella está a salvo, teniente. Totalmente segura. Yo, en todo caso, me preguntaría si lo está usted.

Reuben miró a su alrededor, la iglesia, los robustos hombres en trajes con hombreras, y el hombre delgado intentando esconder su miedo.

—Creo que va siendo hora de que me dé una explicación, Smith. No tiene autoridad para retenerme aquí. Ni siquiera se me imputan cargos.

—¿De verdad? Creo que los cargos están muy claros. Es sospechoso del asesinato de su compañero Danny Cohen. Hay orden de busca y captura. Hoy ha sido encontrado en una casa utilizada por camellos. Estaba en compañía de un adicto a la cocaína y varios notorios camellos. Y tenía una cartera con cinco kilos de *perica* colombiana cien por cien pura. Valor al por mayor, doscientos mil dólares. Mucho

más de haber llegado a la calle.

Smith cruzó los brazos sobre el pecho. Miró un buen rato a Reuben, como midiéndolo antes de decir sus próximas palabras.

—Usted es un hombre peligroso, teniente —dijo—. Sabe demasiado. Y demasiado poco. Mis superiores quieren su silencio. Hay distintas maneras de conseguir eso, por supuesto. Maneras sencillas. Y otras más complicadas, como la que yo he elegido. El motivo por el que he escogido la opción más difícil es que quiero darle una oportunidad. Mis superiores quieren algo más que una promesa de que no meterá las narices en sus asuntos. Quieren toda la información que haya conseguido reunir, quieren los archivos que haya podido sacar la señora Hammel de su apartamento, quieren cierta libreta, y quieren lo que usted sacó ayer de la sala subterránea.

—¿Y qué me darían a cambio?

Smith se encogió de hombros.

—Salir de aquí sin mancha alguna en su reputación. Mañana podría volver a la comisaría como de costumbre. Nadie lo detendría. Nadie sabría nada del pequeño incidente de esta noche. Por el contrario, encontraría una carta del director de la policía informándole de un ascenso importante.

—¿Y si os mando al infierno?

—En ese caso nos acompañaría allí. Lo juzgarían culpable de la muerte de Danny Cohen. Se demostraría que él descubrió su relación con el tráfico de estupefacientes. Lo sentenciarían. No haría falta utilizar las fotos que le enseñé. Quizá las podríamos guardar para otra persona. Tal vez la señora Hammel.

—Yo sé quién mató a Danny. Sólo que me dieran la ocasión lo podría demostrar. Sólo tendría que abrir la boca ante el tribunal.

—Sí —dijo Smith—, quizá pudiera.

Giró levemente la cabeza y chasqueó los dedos autoritariamente. El hombre que tenía detrás se adelantó, arrastrando a Kominsky.

—Creo que está usted destinado a convertirse en el fin del señor Kominsky —dijo Smith—. Ya lo ha herido de gravedad. Y le ha privado de un ojo. Ahora él está aquí, y usted también.

Smith hizo una seña a uno de sus matones. El hombre puso de rodillas a Kominsky. El herido parecía tener miedo. Tiritaba sin ningún control. No era ira, ni deseo de venganza, era miedo.

Smith no había despegado la vista de Reuben. Alargó una mano y el hombre de la derecha puso en ella una pistola, una Browning 9 milímetros con cargador automático. Smith la cogió con la displicencia de un hombre que ha tenido una en la mano con la suficiente frecuencia como para no darle importancia. Ofreció la pistola a Reuben.

—Está cargada —dijo—. Lo designo verdugo de Kominsky. Él quería que sus amigos lo mataran hoy. Su vida por su ojo. Anoche mató a su amigo confundándolo con usted. Ahora puede ajustarle las cuentas. La vida de Kominsky por la de su amigo.

Reuben cogió la pistola. Los guardaespaldas de Smith lo apuntaron con sus armas. Sabía que no tendría ocasión alguna de apuntar a nadie que no fuera Kominsky. Éste lo miró. Su único ojo expresaba elocuentemente su terror. Reuben levantó la pistola. Resultaba más pesada que ninguna otra de las que había levantado en su vida. Pensó en Danny en el suelo, con la garganta rajada. En Angelina atada a la silla junto a él. Apuntó la pistola a la cabeza de Kominsky. Si cerraba los ojos sería como en las prácticas de tiro. Disparar, cargar, disparar, cargar. Cerró los ojos. Ojo por ojo, vida por vida. «Lo mataré, mamá» se dijo. Apretó el gatillo.

Abrió los ojos y dejó caer la pistola. Smith lo miraba, impertérrito.

—Por lo visto rechaza mi oferta, teniente.

Reuben no dijo nada. Le temblaban las manos. Smith recogió la pistola. Con indiferencia nada afectada la puso contra la nuca de Kominsky. Éste temblaba como una hoja. Reuben miró a los ojos de Smith.

—Anoche —dijo Smith a Reuben—, y quizá otra vez esta noche, usted tal vez pensó que la diferencia entre usted y el señor Kominsky era la diferencia entre el amor y el odio. O el amor y la indiferencia. Tal vez sea así. Pero desde entonces las cosas se han hecho más sencillas. Usted sigue teniendo la posibilidad de escoger entre la vida y la muerte. Usted acaba de tomar esa decisión. El señor Kominsky la tomó anoche cuando fracasó en su misión.

Smith apretó el gatillo y abrió un boquete del tamaño de un puño en la nuca de Kominsky. Un violento estremecimiento sacudió el cuerpo destrozado, la sangre saltó a latidos por el aire desacralizado. Reuben cerró los ojos. El cuerpo de Kominsky cayó muerto al suelo. El sonido de la explosión resonó una y otra vez por la iglesia abandonada.

Smith devolvió la pistola a su colaborador.

—Tiene hasta mañana por la mañana, teniente Abrams. A las cinco de la madrugada. Nos veremos entonces.

Se dio la vuelta y se alejó. Reuben abrió los ojos y lo vio alejarse. En mitad de una zancada Smith se detuvo y giró atrás la cabeza.

—Por cierto, teniente. Olvidé mencionar el buen aspecto que tiene su madre. ¿Qué edad tiene ahora? ¿Setenta años, quizá? Tiene muy buen aspecto. Estoy seguro de que ella y su padre alcanzarán una edad venerable. ¿No lo cree?

Se dio la vuelta y se alejó. No hubo ya sonido alguno; sobre el suelo donde habían andado sacerdotes y acólitos fluía la sangre como un amargo recuerdo del vino.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Reuben miró el reloj. Las dos y cuarto, faltaban menos de tres horas para que llegara Smith. Lo habían metido en un cuartito que en su día había sido una sacristía y ahora estaba lleno de escombros y olor de humedad. En una esquina una estatua de yeso levantaba la mano en un gesto de inútil bendición. Tenía una silla, luz y mucho tiempo para pensar. La única puerta estaba cerrada con llave por fuera, la ventana con su tablón mal ajustado era inalcanzable aunque se pusiera de pie encima de la silla.

Smith tenía casi todas las fichas. Concretamente, tenía a Angelina y a los padres de Reuben, por no contar un cadáver que se estaba poniendo tieso sin sudario en una capilla lateral cercana. El cadáver tal vez no fuera un bien demasiado útil, pero indicaba que Smith podía ser tan despiadado como parecía. Reuben, por otra parte, tenía una libreta, un semicírculo dorado y una historia sobre un barco que había salido de África. El problema era saber hasta qué punto eso era importante para Smith y por qué. Reuben podía intentar ganar tiempo, pero todo parecía indicar que eso les costaría la vida a su madre, su padre y a Angelina.

La solución más sencilla parecía ser decirle a Smith lo que sabía, decirle dónde estaban el semicírculo y la libreta y presentarse al día siguiente para recoger su carta del director. Por desgracia, nada de lo que Reuben había visto de Smith parecía indicar que fuera de fiar. Podría ser que se lo contara todo a Smith y que él los matase igualmente. Smith no era un agente independiente. Era responsable ante hombres más poderosos que él. Estaban dispuestos a hacerle a Smith lo que éste había hecho a Kominsky, de eso no tenía la menor duda. Angelina y Reuben sabían demasiado para que los dejaran en circulación.

A las dos y media, uno de los pesos pesados entró para hacer la ronda. Cada media hora iba uno diferente, comprobaba que todo seguía normal, y volvía a cerrar la puerta. Uno tras otro se negaban a iniciar una conversación, aunque sólo fuera contestar las preguntas más sencillas.

Tenía hambre y frío y necesitaba dormir desesperadamente, pero no había comida ni calor, y no podría dormir de verdad. Una o dos veces se adormiló un momento en la silla, despertándose con el cuello dolorido y el espinoso alambre de una pesadilla clavado en el cerebro. Su pie y espalda heridos le dolían mucho. Sabía que no había escapatoria.

A las cuatro pidió una taza de café o té, cualquier cosa que lo calentara y mantuviera despierto. El guardia se limitó a encoger los hombros e irse. No le dieron nada. Fuera, lejos, sonaba una sirena, moliendo a trozos el silencio. Sin duda estaban en la ciudad. ¿Pero dónde?

Al principio no notó el ruido de algo que raspaba. Venía de muy arriba, de la ventana. Se dio la vuelta y miró hacia allí. No vio nada. La lámpara proporcionaba

una luz muy limitada, y la mayor parte del tablón que cubría la ventana estaba escondido en las tinieblas. Entonces, justo cuando iba a apartarse, captó por el rabillo del ojo un movimiento en la esquina inferior izquierda de la ventana. Estaban sacando los clavos del marco de la ventana. No había vidrio y Reuben sintió un leve escalofrío cuando una leve corriente de aire se coló por el minúsculo hueco. Hubo una sacudida y vio cómo algo caía de la ventana al piso. El tablón volvió a su sitio. Oyó algo fuera, como si alguien hubiera saltado al suelo, a continuación un silencio más pesado que nunca.

La puerta se abrió y entró el guarda anterior. Llevaba un MP5K, una versión reducida sin cargador del MP5 normal. Tenía sólo unos treinta centímetros de longitud, menos de la mitad de la longitud de un MP5A2, y pesaba 2,5 kilos. Pero las balas que disparaba eran igual de rápidas y hacían el mismo daño.

—Me pareció oír algo. ¿A qué te dedicas?

El cerebro de Reuben iba a toda velocidad. Miró al suelo a sus pies. Había un trozo de piedra rota junto a su pie derecho, parte de los escombros que llenaban la habitación. Le dio una buena patada. Fue a parar a una pila de trozos similares con un sonido apagado.

—Pataleando. Si me trajeras un café tendría algo mejor que hacer.

El vigilante echó una mirada a la habitación. Por un momento Reuben pensó que notaría el hueco en el tablón de la ventana, pero estaba demasiado oculto para que lo viera desde donde estaba. Se encogió de hombros y salió. Reuben oyó cómo giraba la llave en la cerradura con toda diligencia.

Se puso en pie y se acercó con cuidado al sitio justo debajo de la ventana donde debía de haber caído el objeto. Fue fácil encontrarlo: era un tubo metálico de unos siete centímetros, un extremo cerrado con celo. Lo cogió y quitó el celo.

Un trozo de papel de barba enrollado le cayó en la palma de la mano. Había un mensaje mecanografiado en una de las caras, escrito en una máquina manual con las letras «e» algo caídas:

Reuben: ¿recuerdas el mono con esa manera tan especial de andar en el zoo de Bronx? ¿El que vimos al día siguiente de habernos conocido? Vale, esto es para que sepas que esta nota es auténtica. Esconde el tubo y destruye la nota en cuanto la hayas leído. El hombre que llamas Smith tiene a tus padres secuestrados en el apartamento de ellos. La señora Hammel ha sido llevada a un hospital privado donde estará a salvo durante las próximas veinticuatro horas. Tú preocúpate sólo de ti y de tus padres. Cede a las demandas de Smith, pero insiste en ver a tus padres antes de entregar nada. Cuando te hayan llevado a su apartamento, diles que las cosas que quieren están en una caja fuerte oculta en tu casa. Insiste en que tus padres te acompañen allí. Hay una pistola cargada en el segundo cajón de tu mesa

de trabajo. El resto es asunto tuyo. Si lo consigues, llama al número que te di. Siempre habrá alguien para contestarlo durante las próximas setenta y dos horas. Puedo poner a salvo a tus padres y ayudarte a encontrar a la señora Hammel. A cambio necesito tu colaboración.

Cuídate. Sally.

Reuben contuvo la respiración. El cuarto pareció cambiar, como si se hubieran soltado las amarras. Cerró los ojos, luchando contra la sensación de mareo y náuseas. Cuando los volvió a abrir, la sacristía seguía igual. Polvo y escombros por todas partes. La estatua lo miraba sin compasión, sin pecado ni dolor. Oyó pasos fuera. Rápidamente hizo trizas el mensaje, lo volvió a meter en el tubo y lo introdujo en un agujero en la parte trasera de la cabeza de la estatua.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Smith era puntual. Sacaron a Reuben a las cinco y un minuto. Un fino dibujo de luz del alba se colaba nerviosamente por una ventana rota en lo alto de la nave. La iglesia era basta y estaba manchada. La mañana no tenía sentido. No parecía haber consuelo o calor posibles.

Reuben expuso sus condiciones en voz queda, sin emoción aparente, esperando no traicionar su nerviosismo. Smith estaba aromático y distante, casi inaccesible. Había dormido bien, se había bañado y perfumado antes de salir hacia la iglesia. Para un observador cualquiera parecía un contable o un vendedor de ordenadores dirigiéndose al trabajo, ojos pálidos, bien abrochado, preparado para ganarse otro día de jubilación. Al igual que un contable o un vendedor, parecía que su trabajo lo aburría, como si la breve violencia de la noche anterior lo hubiera vaciado de golpe de toda ira y esperanza. A sus pies, un charco de rojo antiguo tembló sobre el polvo cuando la inestable luz encontró un vidrio rojo intacto.

No puso reparos a las condiciones de Reuben, como si hasta cierto punto ya las esperara. Reuben tenía la sensación de que Smith tenía el curioso instinto del criminal de éxito, una habilidad intuitiva para distinguir entre la violencia útil y la gratuita. No sirve de nada ser un tipo duro si no sabes cuándo ceder. Dudó un momento, después se encogió de hombros y asintió.

Indicó a sus hombres que era hora de irse. Apagaron las luces, haciendo a su manera un segundo ritual de desconsagración. Dejaron el cuerpo sangriento de Kominsky sobre los escalones del altar, una especie de ofrenda. Quedó un rastro del caro perfume de Smith en el aire frío, completando el sacramento con incienso.

* * *

Todo fue como estaba previsto. Los padres de Reuben estaban cansados y asustados, pero ilesos. Hacía mucho que habían aprendido a dominar sus miedos, aleccionados por un látigo más temible que cualquiera de los que pudiera blandir Smith. Su madre llevaba un vestido de lana color cobre y un chal jaspeado. Como siempre, se peinaba con un moño. Nada de maquillaje ni de joyas. Era sólo una vieja que ya había mirado la muerte tantas veces que una más le daba lo mismo. Sonrió nerviosamente a Reuben y en seguida apartó la vista. Reuben la veía como si fuera la primera vez.

Su padre estaba sentado junto a ella, cogiéndola de la mano, sin decir nada. Reuben había olvidado lo frágil que era, la tirantez de su piel sobre el músculo marchito y el hueso quebradizo.

—Ellos se vienen conmigo —dijo Reuben, atreviéndose a exigir ahora que había

llegado hasta ahí—. Yo les entrego los papeles, usted y su gente se van. Nada más. Son dos viejos; no tienen importancia para ustedes.

Smith esta vez indicó que no.

—Están vivos. Los ha visto. ¿Qué más quiere?

—Quiero que sigan vivos. Les daré todo lo que quieran, todo. Pero yo no estoy dispuesto a perderlos. Su exhibición de anoche no permite que me fíe de usted.

—No era eso lo que pretendía. Más bien lo contrario. Pero si nos ahorra tiempo y le hace feliz, no veo por qué hacerme el difícil. ¿Dónde están los papeles?

Reuben dudó justo lo suficiente para darle un toque de autenticidad.

—En mi apartamento.

—Miente. Mi gente lo ha repasado con lupa. Allí no hay nada.

—No los dejé en un cajón para que alguien los encontrara. Están, de eso puede estar seguro. ¿Qué iba a ganar perdiendo tiempo?

Smith apretó los labios.

—No sé, pero tiene mucho que perder. Como no tenga esos papeles dentro de media hora, yo personalmente le rajaré el cuello a su madre sobre el fregadero de su cocina.

Entonces fue cuando Reuben decidió matarlo.

* * *

El apartamento estaba precintado, como lo había estado el de Angelina. Usando su llave, Reuben abrió la puerta para que entraran todos; sus padres, Smith y dos de los subordinados de éste. Los otros se habían ido a descansar. Había sido una noche dura.

Hasta aquí Reuben apenas había pensado en lo que podría pasar cuando encontrara la pistola. El primer problema eran sus padres: no quería que estuvieran cerca de la línea de fuego, en caso de que hubiera disparos. El segundo era cómo despachar a tres luchadores expertos en un pequeño apartamento con una sola pistola y sin refuerzos. La pistola —si es que estaba allí daría una ventaja de tres segundos. ¿Y entonces?

Se volvió a Smith.

—Mis padres deberían echarse. Llevan toda la noche despiertos. Mire a mi madre. Está cansada y asustada. Mi padre también. Pueden esperar en el dormitorio mientras resolvemos esto.

Smith echó una ojeada al matrimonio mayor.

—Lleva a su madre al dormitorio. Vigílala. El padre se queda con nosotros.

Reuben intentó no discutir. Tenía que evitar a toda costa que Smith sospechara algo. Uno de los guardaespaldas llevó a su madre al dormitorio. Al menos así sus problemas se veían de algún modo reducidos.

El estudio no tenía ni poca ni mucha luz. Estaba atrapado en una especie de penumbra de ocaso. Alguien había cerrado la persiana —Reuben la solía tener abierta— permitiendo sólo que se filtrara una pálida e insignificante luz.

Smith fue el primero en entrar y encendió la luz del techo. Decir que lo habían repasado con lupa era poco. No había demasiado desorden —los buenos buscadores son sistemáticos, no patosos—, pero era evidente que ni un centímetro había escapado a la atención de manos y ojos expertos. Incluso habían arrancado el papel de las paredes en algunas zonas.

Reuben fue hacia donde estaba Smith. Su padre lo seguía, acompañado por el hombre que lo vigilaba. El viejo cerró la puerta y se apoyó en el umbral. Parecía estar al borde del colapso. La cara se le había puesto grisácea y enfermiza. Reuben lo miró, pero no había expresión alguna en sus viejos ojos.

—Los papeles están en una caja de caudales en el suelo —dijo Reuben, improvisando a cada momento. Quería besar a su padre, decirle que lo quería. La fragilidad se lo impedía. Siempre se lo había impedido. Primero la fragilidad de la infancia, después la de la juventud y ahora la de la vejez—. Guardo la llave en mi mesa de trabajo.

Smith miró a su compañero.

—¿Parker?

—No hay problema —dijo el hombre—. Esta habitación la trabajamos a fondo. La mesa está limpia.

Quería decir que no había ningún arma en los cajones. Reuben esperaba que no fuera así.

—¿Encontrasteis una llave?

Parker se encogió de hombros. Tenía unos hombros muy anchos. Cuando los encogía se abultaban muchos músculos debajo de su americana de *tweed*. En su hombro izquierdo, debajo de la chaqueta, llevaba un arma en una pistolera. Aún tenía su Uzi en la mano derecha, despreocupado pero no despistado.

—No lo sé. Lo hizo Curtis. Se le dan bien las mesas. Lo hace a fondo.

—No la habrá encontrado —interrumpió Reuben—. La tengo cogida con cinta adhesiva en la parte trasera de un cajón. No se encuentra fácilmente.

—Curtis es bueno —repitió Parker. Era maravilloso ver el sentido de equipo en acción.

—Ahora veremos.

Reuben se acercó a la mesa, intentando retener algún tipo de iniciativa. Lo último que quería era que Smith o su pistolero metieran la mano en el cajón buscando una llave inexistente y sacaran una pistola. Si es que había tal pistola.

Reuben llegó a la mesa. Smith lo miraba con atención. ¿Y si el mensaje había sido una trampa? ¿Y si Curtis había pasado *después* de que hubieran dejado la

pistola? Mejor no pensar. Mejor retener la calma. Reuben abrió el segundo cajón tal y como le habían dicho y metió la mano.

Allí estaba, esperando, dura, lisa y fría como el corazón de Smith. En seguida la reconoció: una Heckler y Koch P7. La había usado una vez en una práctica de tiro. La pesada culata y el resorte del martillo la identificaban a la primera. Alguien lo había planeado con cuidado: con un cañón de ocho centímetros era fácil de esconder y maniobrar. La culata resultaba extrañamente gruesa. Reuben supuso que llevaba un cargador de trece disparos en vez de los ocho normales. La cogió como pudo. El corazón le martilleaba con rabia en lo hondo del pecho. Estaba mareado.

—¿Algo va mal, teniente? —Smith dio un paso adelante.

—La llave no está. Sus matones han armado una merienda de negros.

Smith se acercó un poco más. Reuben siguió haciendo gesto de buscar. Se sentía lejano. Movía la mano como en un sueño.

—A ver...

Reuben levantó la vista. Su padre seguía junto a la puerta. Parker estaba a su lado, peligrosamente cerca.

Smith había llegado junto a él. Como un hombre al borde de un enorme precipicio, Reuben lo dejó todo y saltó al vacío, sacando la pistola y apuntándola en un solo gesto, cogiéndolo por el cuello con su mano libre, poniendo la pistola con fuerza contra su sien, desordenando su pelo peinado con tanto cuidado.

Notó que Smith se ponía tieso, no de miedo, sino preparándose.

—Diga a Parker que suelte el arma. Tiene dos segundos para hacerlo.

Reuben intentaba que su voz sonara tranquila, pero por dentro una tormenta se había apoderado de él.

Parker dudó. Smith indicó con la cabeza que lo hiciera. El hombretón soltó el Uzi. A la vez agarró al padre de Reuben, poniéndolo delante de él como escudo. Un momento más tarde, sacó la pistola y la apuntó a la cabeza del viejo. Empate.

Reuben golpeó con fuerza a Smith en la cabeza, tirándolo al suelo. Smith gruñó e intentó ponerse de rodillas, pero no lo consiguió. Reuben se echó detrás de la mesa.

Parker estaba entrenado para rescatar rehenes, no para el terrorismo. Dejó su escudo a un lado y se agachó, disparando a través de la mesa donde creía que estaba Reuben. Su pistola lanzaba balas Glaser de las más potentes, que destrozaban la chapa y el conglomerado. Reuben logró ponerse detrás del archivador metálico. Los siguientes tres disparos rebotaron contra el acero. Reuben se puso en pie y disparó dos tiros. Dieron a Parker en todo el vientre, desgarrando la pared del estómago y proyectándolo contra la pared. El que había cargado la pistola había puesto municiones de alta velocidad.

Un pie fuerte abrió la puerta de una patada, echando al padre de Reuben al suelo. Un momento más tarde el segundo guarda entró en la habitación, pegado al suelo,

girando y levantándose un poco. Llevaba el Uzi, levantado, buscando un blanco. Reuben le disparó en la cara, a bocajarro. El silencio que se produjo a continuación fue muy puro.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

—Papá, ¿estás bien?

Reuben se agachó y ayudó a su padre a sentarse. Su padre estaba alterado pero aparentemente ileso.

—Sí —respondió, falto de aliento—. Yo estoy bien. Ve y comprueba que a tu madre no le haya pasado nada.

Reuben ayudó al viejo a que se sentara en una silla. A toda prisa recogió las armas del suelo. Parker y su compañero ya no eran un peligro. Smith estaba fuera de combate. Con la pistola en la mano, Reuben fue corriendo al dormitorio. Su madre estaba agazapada sobre la cama con la espalda contra la pared, rezando en voz baja. Levantó la vista, llena de temor que se convirtió en alivio cuando reconoció su hijo.

—He oído tiros. Reuben, ¿está a salvo tu padre?

Reuben asintió.

—Está bien. —Quiero verlo.

—Está sentado en mi estudio. No quiero que entres allí. Hay dos hombres muertos.

—No será la primera vez que vea muertos, Reuben. Dos más no me harán ningún año.

—Espera. Te lo traeré aquí.

Reuben dejó casi todas las armas, quedándose sólo la P7 para usarla él. Volvió al estudio.

Su padre estaba sentado donde lo había dejado Reuben. Smith estaba de pie. En una mano tenía una radio bidireccional de bolsillo. En la otra tenía un cuchillo de punta biselada y hoja afiladísima. En el suelo estaban las tiras de esparadrapo que fijaban el cuchillo a su pantorrilla. Lo tenía cogido con la hoja metida profundamente en la boca del padre de Reuben. El viejo se ahogaba, apenas podía respirar.

Smith no se detuvo ni se dio la vuelta cuando Reuben apareció en el umbral.

—Abrams acaba de volver —dijo suavemente, hablando por la radio—. Primero me encargaré de él. Llegad cuanto antes. Y que la unidad seis se dé prisa.

Soltando el pulsador, Smith volvió a meterse la radio en el bolsillo. Tenía la vista fija en el padre de Reuben.

—Tire la pistola suavemente hacia mí, Abrams. Muy suavemente.

Su voz sonaba tranquila y controlada. No parecía estar nada inquieto.

—De todas maneras te voy a matar, Smith. Suéltalo.

Reuben vio el movimiento imperceptible de la mano de Smith mientras apretaba la hoja del cuchillo contra la parte posterior del paladar de su padre. Gotas de sangre brillante mezclada con saliva aparecieron en los labios del viejo. Hacía grandes esfuerzos por respirar. Sus finas manos estaban agarradas a la silla como ramitas

finas. Reuben cedió y tiró la pistola hacia Smith.

En el momento en que la pistola dio contra el suelo, Smith apretó hacia delante y arriba simultáneamente. El cuchillo era de acero con gran contenido de carbono. Podía agujerear un tonel sin romperse ni combarse. La cabeza del viejo le resultaba como papel. La fuerza que hacía Smith levantó al padre de Reuben de la silla. Smith lo tenía cogido como un pez en un anzuelo, mientras que brotaba la sangre de su boca. El viejo se sacudió, retorció y finalmente quedó lacio. Un trozo del cuchillo asomaba en lo alto de su cráneo.

Reuben gritó y corrió hacia Smith. La mano de Smith estaba empapada de sangre. Soltó el cuchillo, dejando caer al hombre con él y, agachándose, cogió la pistola del suelo.

Reuben estaba a pocos metros de él. Vio cómo la pistola dudaba, y después se levantaba. Perdida la razón, se echó hacia atrás, estrellándose contra el marco de la puerta. Smith disparó dos veces, haciendo saltar el yeso de la pared a sólo unos centímetros de la cabeza de Reuben.

Insensible, Reuben rodó por la puerta, girando a medida que daba volteretas, poniéndose en pie a duras penas. Una bala salió silbando por la puerta medio segundo después de que lo hiciera él. Recobró el equilibrio y al volverse vio a su madre que había salido del dormitorio. Sus miradas se encontraron.

Reuben la cogió y la empujó hacia la puerta de entrada. Oyó pasos a su espalda. Había una mesilla con un jarrón de cristal. Reuben cogió el jarrón y se lo tiró a Smith, que entraba por la puerta, dándole de lleno en el pecho, haciéndole perder el equilibrio y el aliento.

—¡Corre, mamá, corre!

Medio llevándola en brazos, medio arrastrándola, Reuben hizo avanzar a su madre por el rellano hasta las escaleras. Estaban en mitad del primer tramo cuando oyó a Smith salir con estruendo por la puerta del apartamento. Su madre no pesaba mucho, pero había empezado a ser presa del pánico, y Reuben encontró difícil bajarla por las escaleras.

—¡Avrumel! —gritó—. ¡Avrumel! —Era el nombre de su padre. Había oído los tiros y había visto la sangre—. ¡Avrumel! —siguió gritando, ahora ya haciendo aspavientos, presa de miedo y dolor.

A Reuben se le saltaban las lágrimas mientras se la llevaba, lágrimas brillantes que convertían la sangre de su padre en agua.

Smith los seguía, cada vez más de cerca. Sus pasos sonaban pesados en la escalera, golpeando como martillos. Llegaron a la puerta de la calle. Smith quizá fuera un tramo atrás. Reuben sacó a su madre por la puerta.

—¡Corre! —gritó—. ¡Sigue corriendo!

Smith apareció en lo alto de la escalera. Disparó dos tiros, apenas dos centímetros

demasiado altos. Reuben siguió a su madre por la puerta. La alcanzó al llegar al bordillo.

La gente que pasaba por la calle miraron al oír los tiros y pasos que corrían. Una sirena sonó cerca, acercándose a toda velocidad. Alguien había llamado a la policía.

De repente, de la nada surgió una berlina negra que derrapaba hacia ellos. Un hombre con un pasamontañas negro estaba asomado por la ventanilla derecha, apuntándolos con una pistola. Reuben tiró a su madre al suelo, cubriéndola con su cuerpo, en el momento mismo en que Smith salió por la puerta del edificio. El coche se detuvo de golpe, subiéndose a la acera. Se oyeron gritos. La gente corrió para ponerse a resguardo. La sirena cambió de tono cuando el coche de policía giró la esquina a media manzana de allí.

Smith dudó un momento. Reuben levantó a su madre y la puso detrás de un Volvo 760 aparcado. Un momento más tarde los parabrisas del coche saltaron hechos astillas cuando el pistolero bajó del vehículo y empezó a disparar hacia donde estaban. Llevaba un fusil Franci SPAS de aspecto amenazador, metiendo un cartucho en la cámara, disparando, volviendo a introducir otro, poniendo un cargador nuevo cada ocho disparos, volviendo a cargar y disparar como si estuviera cazando patos.

Hubo un chirrido de neumáticos cuando el zeta frenó. Un policía uniformado se asomó por la ventanilla del copiloto, apuntando a la berlina con una gran pistola. El francotirador giró, apuntó y disparó dos veces, destrozando el parabrisas del policía. Un segundo después cayó, con la garganta desgarrada por una bala 375 Magnum. Alguien abrió la puerta trasera del coche de la policía, gritando a Reuben y su madre.

—¡Venga, daos prisa! ¡Venid!

Smith corrió hacia adelante, intentando ponerse detrás del Volvo. El tipo del asiento posterior del zeta le disparó, obligándolo a retroceder. Una segunda berlina llegó a toda velocidad desde el lado del parque. El francotirador de la policía ya había salido del coche, apuntando sobre el techo del Volvo para cubrir a Reuben y a su madre. Cruzaron la calle a toda prisa, Reuben tirando de la vieja. Estaba tiesa del miedo que tenía, incapaz de obrar por cuenta propia.

Reuben la metió de un empujón en el asiento trasero del coche.

—¡Llévala de aquí! —gritó—. ¡Yo voy a por Smith!

—Déjalo. —Era una voz de hombre, dura, sin concesiones.

—Ha matado a mi padre.

Una segunda berlina se detuvo. Dos pistoleros más bajaron, disparando indiscriminadamente.

—Más tarde. Tenemos que salir de aquí.

Se oyó otra sirena. Reuben dudó medio segundo más y se metió en el zeta, echando a su madre contra la banqueta del asiento trasero. Las balas entraron por la ventanilla trasera, subiendo y saliendo por el techo. El conductor ya había metido la

marcha y se iba a gran velocidad.

El coche giró una esquina y aceleró. Ya no había sirena, sólo el rugido del motor y el chillido de los neumáticos sobre el asfalto mientras se abrían camino por el tráfico. Los coches se apartaban hacia la derecha para dejarles paso.

Reuben se enderezó y ayudó a su madre a sentarse. Notó que pesaba mucho.

—Ya está, mamá. Estamos a salvo.

Silencio. Vio la cara del hombre que estaba junto a ella. La miraba a los ojos. No lo había conseguido.

CAPÍTULO CUARENTA

Babilonia es cristal oscurecido. Cristales oscurecidos y vidas oscurecidas. En los callejones oscuros, vidrio roto y sueños rotos. Hay jardines colgantes en torres de bronce, y las putas andan ligeras por calles llenas de vapor y estrellas mientras mucho más arriba, en tronos de madera de cedro pintados, los pálidos príncipes las miraban vestidos con los modelos de la temporada.

El coche con ventanas oscuras iba hacia el noroeste, hacia los rascacielos de Manhattan, cruzando el puente de Brooklyn. El río Hudson corría por debajo, frío como el agua, brillante como un río, con ribetes de acero líquido. A la derecha de Reuben, la extensísima construcción del edificio del Watchtower velaba en silencio a los no elegidos. Hoy no habría resurrección.

El coche de policía no era de la policía. Eso era lo único que le habían querido decir. Lo habían abandonado en un garaje privado en el Eastern Parkway y habían pasado al coche en el que iban ahora, un Chevrolet. Otro vehículo, un coche largo y negro sin ventanas en la parte trasera había recogido el cadáver de su madre. Parecía demasiado pequeña para aquello, para aquella longitud tan poco justificada. La habían estirado en una camilla y la habían arrastrado por el aire libre unos momentos antes de meterla, como si fuera para siempre. No tenían ninguna prisa. Reuben había visto cómo el coche salía a la calle y se mezclaba con el tráfico matutino de la Parkway, con el sol brillando en los retrovisores.

Ahora estaban en el viaducto de South Street, dirigiéndose hacia el centro. Reuben estaba anonadado. No habló con el hombre que tenía a su lado, ni con el que arriesgó su vida rescatándolo de la granizada de balas. Ese hombre había dicho que se llamaba Jensen.

Reuben se preguntaba dónde estaría Smith ahora, qué estaría haciendo. Reuben veía su mano, la mano de Smith, manchada con sangre, la sangre de su padre. Oía un eco en su cabeza, el sonido del cuchillo en el cráneo de su padre. Detrás de la valla de alambre a la derecha unos chicos jugaban a baloncesto. Todo parecía seguir como si nada hubiera pasado.

Giraron a la izquierda al llegar a la East 34th Street. Unas manzanas más al oeste, el coche se detuvo ante un edificio de construcción reciente de cristal color verde botella. Letras doradas sobre la entrada reluciente rezaban, en inglés y en japonés: Torre Izumo Taisha. A Reuben no le decía nada ese nombre.

Jensen condujo a Reuben por un vestíbulo llenísimo hacia dos filas de ascensores, seis a cada lado, frente a frente. El viento rugía en el hueco de los ascensores. Sonó una suave campana y a su izquierda se abrieron unas puertas. Salieron unas cuantas personas, pero Reuben y Jensen fueron los únicos en entrar. Jensen sacó una llave del bolsillo y giró una cerradura de seguridad en la consola. El ascensor inició su

ascenso.

Subían juntos en el ascensor hacia las nubes, en silencio. Brillantes números amarillos relucían mientras subían. El silencio aumentaba. Los números desaparecieron y fueron sustituidos por la cara de la madre de Reuben, su vehemencia frenada. Su cara y la de su padre se difuminaron y se hicieron una sola cara. Reuben sacudió la cabeza. Los números se detuvieron en la planta noventa y nueve, pero el ascensor siguió subiendo. Al fin sonó una campanilla y se abrieron las puertas.

El espacio que veía estaba vacío, delimitado por paredes de cristal oscurecido. Un suelo de cemento, sin moqueta. Herramientas de construcción. No había ni tabiques ni separaciones. Las filas de ascensores proporcionaban el único alivio a esa monotonía.

Lejos, cerca de una ventana alta estaban varias personas de pie. Jensen indicó a Reuben que debía ir hacia allí. Al hacerlo, la mayor parte de esas personas se apartaron de la ventana y fueron hacia él. Tres hombres de treinta y tantos años dieron la mano a Reuben. Él olvidó sus nombres al momento. Sólo podía recordar el nombre más sencillo, Smith. Sus ojos quedaron pegados a la última persona, la que seguía junto a la ventana, mirando al exterior. Cuando estuvo a sólo unos pasos se detuvo.

—Hola, Reuben —dijo Sally con voz perdida, poco más que un susurro—. Lo siento, no consigo decirte lo mucho que lo siento.

Él notó el sufrimiento en su voz, lo mucho que lo lamentaba y su ira, y no dijo nada, nada en absoluto.

—Ven aquí, Reuben. A la ventana.

Siguió callado, pero se puso junto a ella ante la ventana.

—Mira, Reuben —susurró Sally—. ¿Qué ves?

Miró y vio nubes bajas que flotaban alrededor de los edificios más altos; Pan Am, Chrysler, American Brands. No se veía a nadie. Desde esa altura no se veían ni como puntitos. Sólo su padre y su madre, a la deriva en el aire muertos, reflejos sin sustancia.

—Nueva York —respondió Reuben. Sally sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Nueva York, no. Babilonia. La gran Babilonia, la madre de las putas y las abominaciones de la tierra.

No preguntó de qué le hablaba. Tuvo la impresión de saber por dónde iba. Las nubes se movían lentamente, con gran dolor, rompiéndose y volviendo a formarse a medida que atravesaban la ciudad. Un sol pálido se filtraba a través de ellas alcanzando las calles que había debajo, privadas de calor y sentido. Sus padres estaban muertos.

Sally se dio la vuelta.

—Lo siento muchísimo —repitió.

Sin especial gracia lo abrazó suavemente. Él soportó el abrazo un momento y se apartó. No podía aguantar que lo tocaran. Estaba aún anonadado por su pérdida. Sally dejó caer los brazos a los lados. Hacía frío en aquel espacio enorme, sin calefacción alguna.

—Sentémonos, Reuben —dijo ella—. Tenemos que hablar.

Alguien había dispuesto sillas de plástico formando un círculo. Los cuatro hombres ya estaban sentados. Reuben siguió a Sally y le ofrecieron asiento. Sally ocupó el lugar restante, frente a él. Estaba vestida con un conjunto sencillo, de falda y jersey granates. Llevaba pendientes pequeños en forma de cocodrilo. Era imposible leer sus ojos.

—Reuben —empezó Sally—, sé que querrías estar solo, pero no hay tiempo. También sé que debes tener preguntas, pero no me queda otro remedio que pedirte que tengas paciencia. Puede que no tenga respuestas para todas, otras quizá no las podré contestar ahora, otras quizá nunca. Tendrás que aceptar eso.

»Las cosas que voy a contarte son muy confidenciales. Son algunas de las informaciones más delicadas de los Estados Unidos. Ni el presidente está al corriente. Y no lo estará, a no ser... —vaciló—, a no ser que las circunstancias nos obliguen a utilizar la fuerza.

Reuben la interrumpió.

—¿Quién eres, Sally? ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué estás matando a toda esta gente?

Sally se estremeció y se adelantó en su silla.

—Por favor, Reuben, déjame hablar. Déjame que te lo explique. Después puedes preguntar lo que quieras.

Reuben asintió. El espacio en el que estaba sentado no era nada comparado con el hueco que se había abierto en él. Su padre estaba de pie junto a la ventana mirando al vacío. No giraría la cabeza.

—En primer lugar —dijo Sally— permíteme que te presente a los demás.

Ella fue diciendo sus nombres y ellos se ponían en pie y le daban la mano a Reuben: Chris Leach, ex profesor de psicología, alto, delgado, pensativo; Curtis Kolstoe, abogado como Sally, gordo, con grandes ojos castaños y una mirada penetrante; Hastings Donovan, ex policía, pelirrojo, fuerte, reservado; y Emeric Jensen, ex profesor de teología en Dartmouth College.

—Emeric —dijo Sally—, quizá deberías explicar un poco quiénes somos.

Jensen arqueó las cejas. Era rubio, unos treinta y cinco años, constitución delicada, algo tímido.

—¿Por qué siempre me toca a mí? —preguntó.

—Porque eras profesor de teología —contestó Sally—. Éste es tu castigo.

Reuben notó que había algo entre ella y Jensen que no era una relación profesional ni amistosa. ¿Pero qué podía importarle algo así ahora?

Jensen se echó hacia adelante con los codos sobre las rodillas y la barbilla entre las manos. Reuben imaginaba que así había empezado las clases cuando enseñaba.

—Nosotros cinco somos parte de un equipo más amplio con base en Washington —empezó—. Nuestro nombre oficial, cuando lo usamos, es AVS. Eso quiere decir Agencia de Vigilancia de las Sectas. Sé que puede sonar un poco raro, pero le puedo asegurar que de raros, nada. Somos una agencia gubernamental establecida hace seis años como parte de un programa de colaboración entre el FBI, la CIA y la Agencia Nacional de Seguridad. La CIA está incómoda con las sectas fundamentalistas desde hace muchos años, desde que Ríos Montt se proclamó presidente de Guatemala en... ¿cuándo fue?

—El ochenta y dos —dijo Kolstoe.

—En el ochenta y dos. Tal vez recuerde ese episodio. Montt era miembro de una secta americana llamada la Iglesia de la Palabra Completa. Cuando llegó a la presidencia no tenía más de ochocientos miembros en todo el país; pero inmediatamente después empezó a llegar dinero de todas partes. Todos los fundamentalistas recalcitrantes se habían propuesto salvar Guatemala del comunismo y el ateísmo. Si hubiera durado mucho, la Iglesia de la Palabra Completa habría dominado el país.

»Ríos Montt era sólo la punta de un iceberg. Estaba Jomeini en Irán, por supuesto. Justo antes de ser depuesto, Marcos fue nombrado jefe de la organización de Meditación Trascendental en Filipinas. Los Moonies están implicados en la financiación de movimientos anticomunistas en varios países latinoamericanos. Durante la década de los ochenta, la religión volvió a ser una gran fuerza política, y no parece importar si los implicados son o no tradicionalistas. El FBI empezó a interesarse cuando la masacre de Jonestown en la Guyana. Aquí, en los Estados Unidos, los miembros de las sectas a menudo se enfrentan con las autoridades federales. Secuestran a alguien, lo llevan a otro estado; quizá se mete un desprogramador y se lleva el chico a Kentucky u Oregón. Son delitos federales. Y no tengo que contarle nada de los asesinatos de las sectas.

»Todo esto empezaba a ser demasiado complicado para una sola agencia, especialmente dado que la mayor parte de estas sectas son internacionales. Por ello se estableció un comité presidencial en 1987 para que recomendara qué tipo de acciones se debían tomar. El resultado fue la AVS. Dicho esto, devuelvo la palabra a la señorita Peale.

Sally no se movió al principio. Parecía estar poniendo en orden ideas difíciles, sopesando lo insopesable. Reuben tuvo la impresión de que estaba cansada. Cansada y triste. Como si algo le pesara mucho.

—Reuben —dijo, vacilante—, sé que estás cansado. Sé que has sufrido mucho y que querrías estar solo y dormir. Pero quiero que primero oigas lo que tenemos que decirte. Entonces podrás dormir o hacer lo que quieras.

»El problema es que las cosas están empezando a moverse más rápidamente de lo previsto. Lo que ha pasado anoche y esta mañana me ha cogido de imprevisto. No sabíamos que Kominsky iba a mandar a sus amigos a por ti, que os tenderían una trampa a ti y a la señora Hammel de esa manera. Ni que Smith se aprovecharía de la situación. Podrían haber pasado días antes de encontrarte.

Se detuvo, sin saber cómo seguir.

—¿Qué tal si me dices lo que está pasando? —dijo Reuben, de repente. Su tono era bajo, pero cargado de ira. Después de lo que había pasado, después de la pesadilla, lo irritaba el estar sentados con tanta tranquilidad en aquel silencio verde por encima de la ciudad hablando de problemas y ventajas como si analizaran una jugada de ajedrez—. Hace dos noches se cargaron a mi mejor amigo, he visto cómo acuchillaban a mi padre y mataban de un tiro a mi madre esta mañana, y os comportáis como si eso fueran gajes del oficio. ¿Pero quién os habéis creído que sois?

Sally se puso en pie, alterada. Quería abrazar a Reuben, darle consuelo y seguridad. Pero no era el momento ni el lugar.

—Intenta mantener la calma, Reuben. Enfadarte no servirá de nada. No conseguirás nada, no vas a resucitar a nadie; pero sí que puedes conseguir que Smith y sus jefes no hagan lo mismo con otros. ¿Quieres que siga?

Reuben asintió.

—Lo siento —dijo.

—Bueno, pues escucha con atención. Me pusieron a trabajar con la AVS hace dos años. Ya hacía diez que trabajaba con el FBI, durante los últimos cinco años estaba infiltrada en el ayuntamiento. No hace falta que te explique lo que hacía allí. Te lo puedes imaginar. Hace dos años mi jefe me llamó a su oficina y me presentó a Emeric y Curtis.

»Hacía seis meses que trabajaban en una investigación importante, y muchas pistas apuntaban al ayuntamiento. La investigación afectaba a una secta que reclutaba a sus adeptos exclusivamente entre las capas superiores de la sociedad. Creo que ya sabes a qué secta me refiero.

Respiró a fondo.

—Al principio pareció que se trataba de una investigación cualquiera, algo más extraña de lo normal. Pero entonces se empezó a complicar. Comenzamos a poner más gente a trabajar en ello. Hace un año encontramos pistas que llevaban a Washington. Muy arriba en Washington. Smith ya te lo habrá dado a entender. No mentía.

—¿Quién era? Dijo que representaba a la «más alta autoridad». ¿A qué se refería? Sally puso mala cara y miró a sus colegas. Leach indicó que no con la cabeza. Volvió la vista a Reuben.

—Lo siento, Reuben, no puedo decírtelo. Lo único que sí puedo decirte es que la Séptima Orden se ha infiltrado en varias agencias gubernamentales a lo largo de los años.

—Dijo la «máxima autoridad» —protestó Reuben. Estaba enfadado. ¿Qué derecho tenía aquella gente a ocultarle información?—. ¿Se refería al presidente? ¿Es eso lo que temes decirme? Tengo que saberlo.

Chris Leach lo interrumpió.

—Teniente, comprendo su frustración. Pero es una cuestión de seguridad nacional. Queremos que colabore, pero no tenemos autorización para proporcionarle esa información.

—Pues que se la den. Si quieren mi ayuda, tengo que saber lo que está pasando. Quién es Smith, quiénes son sus jefes, hasta dónde llega realmente todo este asunto. Si no, que os den a todos.

Reuben estaba temblando. Imágenes de sangre trazaban dibujos en el fondo de sus ojos. Se puso de pie de un salto y fue hacia el ascensor. Sally lo siguió, intentando cogerlo del brazo. La apartó violentamente. Encontraría a Smith él solo. Lo encontraría y lo mandaría al infierno sin la ayuda de nadie.

Pulsó el botón del ascensor. No pasó nada. Clavó el dedo repetidamente en el botón, pero el ascensor no venía. Cayó contra la pared, estallando en llanto. Imágenes de sangre. Fotografías hechas trizas y ensangrentadas en el suelo de su cocina. Una araña atravesando un continente de sangre.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Sally lo tuvo entre sus brazos un buen rato mientras lloraba. Ella lo había querido un poco, pero no lo suficiente. Había huecos en la vida de Reuben, carencias que nadie podía llenar. En cuestión de unos pocos días habían crecido hasta alcanzar dimensiones inimaginables. Dudaba que nunca recuperara la paz.

Ahora lo quería por motivos egoístas. Seguridad nacional, el bien público, incluso salvar vidas humanas, todo ello eran tópicos. Sally quería a Reuben porque la podía ayudar a alcanzar sus objetivos. Durante el rato que lo abrazó pensaba en fines y medios. Sentía algo de compasión y mucha tristeza, pero estaban perdidos en su propio vacío.

Hastings Donovan, el poli pelirrojo, se le acercó con una botella de *whisky* y dos vasos. Cuando Reuben se hubo recuperado lo suficiente para beber, Donovan hizo que Sally se alejara y se sentó con él, agasajándolo con *whisky*. Le hablaba desordenadamente de su experiencia en el cuerpo. Había estado en la brigada antivicio durante once años. Había visto y sentido demasiadas cosas. Aquello no es que fuera mucho mejor, pero era lo suficiente para no perder la cabeza.

Kolstoe, el abogado, acercó una silla.

—He estado en contacto con Washington —dijo—. Me han autorizado para darle pleno acceso. Sé que no se siente bien, y sé que no es el momento más adecuado; pero creo que deberíamos hablar un poco más. Hablar en serio. ¿Cree que puede?

Reuben asintió, aún anonadado, todavía temblando.

—Estoy bien —murmuró—. Estoy preparado.

Volvieron a formar un semicírculo. Kolstoe retomó la explicación donde la había dejado Sally.

—El nombre real de Smith —dijo— es Forbes. Warren Forbes. —El sol entraba por las ventanas, cayendo, verde y dorado sobre su cara y sobre el suelo polvoriento—. Es un oficial importante de la Dirección de Operaciones de la CIA. Ha sido un miembro de pleno derecho de la Séptima Orden desde los diecinueve años. Su padre también fue miembro. Estuvo en Vietnam y Cambodia, tuvo una complicada carrera allí, y se convirtió en operativo de la CIA.

»Forbes es uno de tantos miembros de la Orden que han llegado a puestos importantes en las organizaciones de inteligencia de los Estados Unidos a lo largo de los últimos veinte años. Sabemos los nombres de algunos, otros sólo lo sospechamos. Sabemos que hay un grupo en el seno de la CIA controlado por Forbes. Forbes manda, pero él recibe sus instrucciones del comité central de la Orden. Al menos eso creemos. No lo sabemos con seguridad. La mayor parte de esto son suposiciones bien fundamentadas.

»Desde hace varios años, ha habido un movimiento dentro de la Dirección de

Operaciones, compuesto por hombres que no están de acuerdo con la manera como se está llevando la política exterior de este país, que no están contentos de cómo se dirige el país. Forbes es una fuerza clave en este movimiento. A lo largo de los años ha hecho que otros disconformes sean iniciados en la Séptima Orden. Le ha dado control sobre estas personas, le permite dirigir su política global de manera que favorezca a la Orden. La Orden tiene sus propias ideas sobre cómo se debería dirigir este país y cómo deberíamos llevar nuestros asuntos exteriores. En términos generales, estas ideas son de derechas y extremistas.

Reuben levantó una mano para interrumpir el abogado.

—¿Quiere decir que han conseguido descifrar todo esto en los últimos dos años?

Kolstoe asintió.

—La AVS dispone de más recursos de lo que usted se imagina. Hemos conseguido infiltrarnos en el grupo de Forbes en la Dirección. Hasta hace dos meses nos llegaba un flujo bastante seguido de información. De repente fue interrumpido y ya no hemos sabido más de nuestro topo desde entonces.

»A pesar de ello, seguimos con atención a la Orden, y sabemos que tienen preparado algo importante. El asunto Hammel ha metido miedo a algunos y nos ha permitido acercarnos un poco más. Ha traído a Forbes a Nueva York. Lo ha obligado a presionar demasiado a algunas personas. Están en peligro de ponerse en evidencia. Creo que Forbes se da cuenta de ello y quiere actuar ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué me están contando todo esto?

Sally se interpuso.

—Porque necesitamos tu ayuda, Reuben. Angelina Hammel sabe más de lo que dice. No es miembro de la Orden, y lo que dice de estar en peligro es cierto. Quieren encontrar la libreta de su marido, quieren encontrar el barco que trajo la Orden a Haití. Creo que están preparando algo en la isla como preliminar de una serie de maniobras políticas en el Caribe y América Latina. Por algún motivo ese barco es importante. Angelina sabe algo. Tiene un hermano que es jefe de la policía secreta de Haití. Creo que la visitó aquí en Nueva York hace unos días y volvió a Haití.

Sally aspiró con fuerza.

—Reuben, quiero convencerte para que vayas a Haití con ella. Ella confía en ti, ya te ha confiado cosas. Conoce el país muy bien, mejor de lo que da a entender. Déjala que use la libreta, que encuentre lo que busca la orden, que salgan a la luz.

Reuben sacudió la cabeza.

—Esto es una locura. Ni siquiera sé dónde está Angelina.

—Nosotros sí. Ya te lo dije en la nota. Forbes hizo que la llevaran a un hospital en Westchester County, un sitio que se llama St. Vincent's. La están vigilando, pero la podemos sacar. Necesita aún unos días para recuperarse de la sobredosis, pero si todo

va bien, podréis estar de camino a Port-au-Prince en cuatro días.

—Y yo qué saco de todo esto.

—Forbes sigue suelto, Reuben. Quiero que nos ayudes a meterlo en la cárcel, por mucho tiempo.

Reuben se puso de pie.

—No quiero meterlo en la cárcel —dijo.

Nadie dijo nada. Reuben se acercó a la ventana más cercana. Estaba manchada con silicona blanca, huellas digitales sobre el cristal. Estaban a tal altura que el mundo no parecía importar.

—No tenemos manías. —Jensen, el teólogo, lo había dicho—. La cárcel no es la única opción. Nadie se opondrá si encuentra otras maneras de despacharlo. No es críticamente importante. Es la gente que tiene detrás lo que estamos intentando alcanzar.

—¿Y Angelina? ¿Qué pasa con ella?

—Nada. Que nosotros sepamos, no ha hecho nada. Nada criminal, es decir. Eso lo decide usted.

Reuben vio cómo el sol caía sobre una pequeña nube blanca.

—Tendré que ir al entierro de mis padres —dijo. Su voz le resultaba lejanísima.

—Eso no puede ser, Reuben —dijo Sally—. Tú sabes que no es posible. Forbes tiene hombres buscándote. Tus compañeros tienen orden de búsqueda y captura. El entierro es el sitio lógico para que te busquen. Lo siento, pero de ninguna de las maneras.

—Soy el hijo mayor. Tengo que recitar el *kaddish*.

—Ni hablar, Reuben.

Hubo un silencio largo, incómodo. Lo que pedían era muy duro.

—Al menos tendré que ver a los padres de Devorah para explicárselo. Y Davita. Tengo que pasar tiempo con ella. Eso no me lo podéis negar. —Se dio la vuelta y miró a Sally a los ojos.

Ella asintió.

—De acuerdo, Reuben. Pero no puedes ir a su casa. Déjame que lo arregle.

Se abrió un hueco entre las nubes y vio un gran precipicio que llegaba al suelo. Por algún motivo recordó la historia del Evangelio cristiano, de cómo Satán había llevado a Jesús a un lugar alto y lo había tentado. Reuben miraba al vacío. No había ángeles que lo cogieran si caía.

SEGUNDA PARTE

El círculo reunido

HAITÍ

«Azul lavanda, verde lavanda
cuando yo sea rey, tú serás mi reina.»

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Momentos de llegada, momentos de partida. Y, a veces, en medio, momentos de gracia; quizá sólo dos o tres en una sola vida. Aunque alguien tuviera la suerte de tener más, estarían repartidos tan escasamente y con tales separaciones que nada llenaría las esperas. Ni los sueños, ni las esperanzas, ni las mentiras. No, ni siquiera las mentiras, pensaba Reuben.

El vuelo de última hora de la tarde de Air Haiti a Port-au-Prince había salido de La Guardia a las 16.05 horas y tenía previsto aterrizar a las 20.30. Reuben viajaba con dinero y una nueva identidad respaldada por una documentación incuestionable. Viajaba como el doctor Myron Phelps, con documentación que demostraba que iba a Haití con una beca Fullbright para completar el trabajo inacabado de su fallecido colega, el doctor Richard Hammel. Lo acompañaba la viuda de Hammel, Angelina. Nadie los fue a despedir al aeropuerto.

El avión cayó y volvió a subir al entrar en una turbulencia. Angelina miraba al frente, absorta en sus pensamientos, si es que le quedaban. Los doctores de St. Vincent's le habían devuelto la vida, pero no el alma. Llevársela del hospital había sido un juego de niños. Sally había conseguido la documentación necesaria, Emeric Jensen había sido presentado como el profesor Hammel, y nadie había recordado el reciente asesinato de alguien con el mismo nombre. ¿Cómo iban a hacerlo? En Nueva York, como en cualquier otro lugar, los asesinos son objeto de titulares. Las víctimas son números en la última página. Habían sacado a Angelina juntos, uno a cada lado, cogida de los brazos como viejos amigos. No conocía a ninguno de los dos. No tenía ninguna importancia.

El siguiente día había sido difícil para Reuben. Mientras Angelina descansaba en una habitación de hotel en Manhattan, él viajaba con su nuevo pasaporte a Canadá. Sally había organizado que los padres de Devorah y Davita se alojaran en un hotel en Port Rowan, a orillas del lago Erie.

Contarle a Davita la muerte de sus abuelos fue más difícil de lo que imaginaba. Los había querido mucho. Pasó dos días con ella, andando, explicando, curando el dolor de ella con su propio sufrimiento. No le había contado lo de Danny. Danny estaba bien, le dijo cuando preguntó.

La misma noche de su llegada a Nueva York se había puesto en contacto con Nigel Greenwood. El inglés parecía asustado. Le había colgado el teléfono.

Al día siguiente Angelina y él habían ido al banco de ella y a la caja de depósito para recuperar las cosas que habían escondido. Reuben había decidido llevárselo todo a Haití.



Otra ronda de turbulencia, esta vez peor. Angelina miró por la ventanilla. En la oscuridad parpadeaba una pequeña luz verde en la punta del ala, la extremidad misma del vuelo. Una hora antes había visto ponerse el sol sobre los Apalaches, verde y morado, un signo monstruoso. El mar se movía muy por debajo de ellos, cargado de olas.

El 737 se volvió a sacudir. Unos crujidos por los altavoces, y entonces sonó la voz del piloto con claridad, anunciando que iba a subir a mayor altitud para evitar una tormenta eléctrica hacia la que se dirigían. Una azafata pidió a todo el mundo en francés e inglés que volvieran a sus asientos y se abrocharan el cinturón de seguridad. El tono de los motores varió y cambiaron apreciablemente de ángulo a medida que el pequeño reactor subía.

Echando una mirada por la cabina, Reuben tuvo la sensación de llamar la atención. Era casi el único pasajero blanco a bordo. Dos filas más adelante estaba sentada una pareja norteamericana de unos cuarenta años. Reuben se preguntó cuál sería el motivo de su viaje. Nadie iba ya a Haití a hacer turismo, y muy pocos por negocios. Duvalier y sus Tontons Macoutes habían hecho mucho en sus tiempos por enfriar el entusiasmo por el lugar, y los regímenes sucesivos —con un poco de ayuda del SIDA— no habían hecho más que reforzar la imagen general de tremenda pobreza, peligro e inseguridad.

El avión recobró la horizontalidad. Angelina miró por la ventanilla de nuevo. Sentía un vago presentimiento, el acecho de la oscuridad. La punta del ala atravesaba la nada con solidez. No mucho más abajo, nubes negras de tormenta aparecían en destellos cuando los relámpagos recorrían sus dorsos. No había sonido.

Esta noche ella era muy consciente de su propia mortalidad, finos hilos tensados que fácilmente se romperían, como hilos de telaraña entre el tejido y el amanecer. Entre sus dientes y su lengua sentía el sabor de los momentos; se deslizaban como hielo por las protuberancias del interior de su boca. Sólo tenía momentos, es lo único que se tiene, el último tan delicado como el primero. Debajo las nubes estallaban en silencio en llamas y volvían a la oscuridad. Se sentía débil y temblorosa, sostenida por el aire. Hacía calor en el avión. Haití estaba allí abajo, esperando.

—¿Por qué estás enfadado conmigo? —preguntó ella.

Reuben la miró. Hasta ahora apenas había hablado.

—¿Enfadado? —dijo—. No estoy enfadado.

—Sí —contestó ella—. Sí estás enfadado. ¿Es por la cocaína?

En un primer momento él no contestó. Mirando más allá, a través de la ventanilla oscura, vio cómo los relámpagos pintaban de luz el ala y las nubes.

—No es la cocaína —contestó, resentido—. El engaño. Encima de la muerte de

Danny. La muerte de mis padres. Tu silencio, tus juegos.

—¿Todo eso? —dijo ella.

El avión pareció caer, sin peso ni control, y entonces hizo un esfuerzo y volvió a arrojarse en el aire. Angelina respiraba profundamente. No tenía miedo, pero el miedo la rozaba de lejos, como un cosquilleo en la garganta que con el tiempo puede convertirse en tos.

—Tienes demasiadas pretensiones —dijo ella— sintiendo mi engaño... íntimamente. Apenas nos conocemos. No eres nadie para mí. Sólo un hombre con el que he compartido cama.

Ella se arrepintió de sus palabras en el momento en que las hubo dicho.

—Lo siento. Eso sonaba a frivolidad. Pero debes comprender: lo tuyo es el menor de mis engaños. La cocaína estaba conmigo antes que tú, no vi por qué tenía que meterte a ti por medio.

—Ya estaba metido de por medio.

—Pero no porque te hubieras acostado conmigo. Eso era otro tipo de lío. Confundes las cosas cuando hablas así. Soy varias personas distintas, no puedes poseer a todas. Quizá ninguna.

—No quiero poseerte. ¿De qué me serviría?

Ella contempló la llamada de la luz verde. Siempre, que ella recordara, había sido poseída por algún hombre. Monedas distintas, distintos precios al cambio, pero las mismas caricias y las mismas infidelidades.

—¿Has traído cocaína? —preguntó.

Ella asintió.

—Sally me dio un cuarto de kilo. Lo suficiente para evitar meterme en líos. No soy demasiado adicta. Quizá pueda vender parte; tal vez necesitemos dinero.

—Yo tengo dinero. —La AVS se encargaba de todo—. ¿Te estás chutando?

Ella sacudió la cabeza.

—No habitualmente. Tres o cuatro veces en el último mes, más o menos. Aún esnifo. Reuben, sólo hace dieciocho meses que tomo coca.

—Pero la necesitas.

Parecía dispuesta a negarlo, pero su vacilación revelaba la verdad.

—Sí —susurró—. No soy una adicta, pero a veces la necesito. Esta semana la necesitaba. Rick, Filius, todo eso. Tú.

—Rick fue quien te metió en ello, ¿no?

Ella asintió.

—Era una de sus compensaciones, como la ropa o los perfumes. La cocaína era la mejor, lo más parecido al sexo.

—No me parece bien —dijo él.

Ella volvió a mirar por la ventanilla. La tormenta estaba apelotonada por todas

partes, debajo suyo, como una ciudad.

—No —susurró—. Ya lo sé. Al principio pensaste que era exótica, una fruta tropical que los dioses habían dejado caer en tu regazo inmaculado. Danny podía quedarse con sus rubias, pero tú tenías algo mejor, me tenías a mí, una viuda negra a la que nunca habían follado.

Él intentó apartar la vista, pero ella lo retuvo con los ojos.

—Yo me abrí de piernas y tú te metiste y creíste que yo te lo agradecería...

—Angelina, por favor, no...

—Un polvo mañanero y creíste que ya estaba. Pero entonces descubriste que era una yonqui, ésas sobre las que lees en el suplemento dominical, y recordaste todas las veces que tu mamá te había advertido sobre nosotras; las chicas malas con las que los chicos buenos no salen, las chicas negras malas con las que nunca se debería ver a un chico judío, y supiste en lo hondo de tu corazoncito que lo único que jamás quisiste era a tu adorada Devorah...

—Para ahora mismo, Angelina. No quiero que hables de Devorah.

—¿Por qué no? ¿Es una especie de santa? Nunca hablaste de ella, ni siquiera tenías su foto en tu apartamento. ¿Qué pasa? ¿Es que era tan distinta de las demás?

Levantó la mano para pegarle, pero la dejó caer. Sentía la ira de ella como una llama cercana.

—No —dijo, dejando a un lado su enfado—. Era como las demás. Dos días antes del accidente me enteré de que tenía un lío con otro. —Se detuvo. Angelina era la primera persona a quien se lo contaba. Ni siquiera Danny lo supo—. Dejé que se ahogara —dijo—. No intenté salvarla.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Hubo una gran sacudida repentina. El avión pareció dar una voltereta hacia un lado. Las luces vacilaron y se apagaron. Durante lo que pareció una eternidad cayeron a través de la oscuridad, finalmente volvieron a la horizontalidad bajo los golpes de intensos vientos. Las luces parpadearon dos veces y se encendieron. Hubo un crepitar cuando conectaron los altavoces. Volvieron a oír la voz del capitán, esta vez con menos claridad.

—Señoras y señores, lamento tener que comunicarles que, a causa del mal tiempo, nos vemos obligados a desviarnos hacia Jacmel. Habrá transporte de Jacmel a Port-au-Prince, o alojamiento para la noche para quienes lo deseen. Llegaremos aproximadamente hacia las veintiuna horas. Dado que aún pueden quedar algunas turbulencias, les rogamos que permanezcan sentados y con los cinturones de seguridad abrochados.

* * *

Estaba oscuro y mojado y con viento por todas partes cuando llegaron a Jacmel. El aeropuerto estaba desierto, nada preparado para la llegada de cualquier vuelo, y menos uno internacional. En el momento en que el avión se detuvo, un jeep militar se le acercó, con cuatro soldados armados y un oficial. Los soldados ocuparon posiciones sobre el asfalto, poco visibles desde el avión. El oficial echó un vistazo a todo antes de volver a la terminal.

No permitieron a nadie salir del avión, ni siquiera a la tripulación. A doscientos metros, en el pequeño edificio de la terminal, una solitaria luz amarilla era la única señal de vida. Parecía imposible que estuviera tan lejos. La tormenta había amainado, y la cabina del avión empezaba a estar incómodamente calurosa. Nadie se quejó. Todos habían estado allí antes, si no en el mismo Jacmel, en algún lugar muy parecido.

A medida que la espera se fue alargando, Angelina se puso somnolienta e inaccesible. Reuben la cubrió con su chaqueta y la dejó adormilada. Quería salir, salir de la cabina agobiante a la noche que los esperaba. Dentro del avión, pequeños charcos de luz iluminaban grupos de pasajeros, algunos charlando, otros sentados, pasivos. La mayoría parecían nerviosos por haber aterrizado tan lejos de la capital. Circulaban rumores acerca del comportamiento de los oficiales de aduanas, provocando inquietud.

El norteamericano sentado dos filas más adelante llamó a Reuben, que paseaba por el pasillo para estirar las piernas. Era un hombre alto, con el cabello peinado hacia atrás y un bigote pequeño y castaño, muy cuidado. Tenía unos cuarenta y cinco

años, vestía de forma clásica, ojos brillantes como un conejo. No era militar, pensó Reuben, ni realmente un hombre de negocios. Por supuesto que no era turista. Su cara ancha y abierta emitía algo; no exactamente inocencia, en absoluto ingenuidad. Desesperación, tal vez.

—¡Hola! Me llamo Doug. Doug Hooper. Ésta es mi mujer, Jean.

Reuben echó una mirada a la minúscula mujer sentada junto a la ventanilla. La había comprado en unos grandes almacenes baratos en algún sitio del Midwest; en el centro de Kalamazoo o en un centro comercial cerca de Indianapolis. Doug seguramente había usado cupones-descuento para comprarla, resultó ser justo lo que quería, y cada día le sacaba brillo, con lo que estaba casi como recién estrenada. Reuben notó que llevaba un traje a lo Holly Hobby; debía de ser parte de un lote comprado en los setenta. Estaba muy bien conservado.

—Reu... Myron Phelps. Encantado de conocerlo.

—¿Por qué no se sienta? Myron. Parece que vamos a estar metidos aquí un buen rato.

Había sitio más que suficiente: el vuelo estaba medio vacío. Reuben no vio escapatoria. Se sentó junto a ellos, en contra de su voluntad.

—¿Viaja usted con esa maravillosa mujer negra allí atrás?

Tenía ojos grandes y cejas peludas que subían y bajaban cuando hablaba. Su voz era sorprendentemente agradable.

—Yo... sí —tartamudeó Reuben—. Sí, por supuesto. Viaja conmigo.

—No pudimos evitar fijarnos en ustedes. Hacen tan buena pareja. —La voz de Doug era más áspera que la de su mujer, pero había dedicado esfuerzo a mejorarla—. ¿Es su esposa?

A Reuben se le movía la saliva en lo más hondo de la boca. Sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Es... viuda. Su marido murió hace poco. Era un colega mío de la Long Island University. Viajamos juntos a Haití para completar un trabajo de él.

Las caras de los Hooper adoptaron simultáneamente lo que Reuben supuso era su postura compasiva y cooperadora.

—Siento muchísimo la muerte de su amigo —dijo Doug—. Debe decir a su viuda que rezaremos por ella. Y por su marido, las almas del reino Abha necesitan nuestras oraciones para seguir adelante en su camino.

Reuben puso mala cara.

—¿Del qué?

—El reino Abha —interpuso la señora Hooper—. En árabe quiere decir el Reino más Glorioso, los dominios del más allá.

Reuben inspiró a fondo. Tendría que habérselo imaginado: misioneros. Organización militar, olfato de hombre de negocios y vestidos de Holly Hobby. Ni siquiera eran misioneros normales, sino devotos de algún culto desconocido.

Reuben empezó a ponerse en pie. Doug puso una mano en su hombro sin hacer fuerza.

—No se preocupe, Myron. No estamos intentando convertirle. Nuestra fe prohíbe el proselitismo. Sólo queremos compartir con todos las buenas noticias que Dios nos manda. Somos Baha'is, miembros de la fe Baha'i.

—Misioneros —dijo Reuben—. Son misioneros.

Parecieron ofenderse, como si hubiera dicho algo inapropiado. Doug apretó los labios e intentó sonreír; Jean trazó un semicírculo con las cejas.

—Misioneros no —dijo ella—. No hay misioneros en nuestra fe, como tampoco hay clero. Doug y yo somos pioneros. Ése es el nombre que damos a los que abandonan sus hogares para llevar la causa de Dios a otros países. Misioneros no, Myron: pioneros, como los primeros colonos. Es distinto.

Reuben asintió. Estaba seguro de que lo era. Aunque él no veía cómo.

—¿Tienen algún tipo de centro aquí?

Doug asintió.

—Hace tiempo que venimos aquí. Pero es difícil para los fieles nativos. Tienen tan poco dinero, tan poca formación. Necesitan ayuda de fuera, al menos durante un tiempo. Jean era profesora de instituto donde vivíamos, francés e inglés; yo tenía una pequeña empresa de ingeniería. Nunca habíamos sentido la llamada para hacer de pioneros, pero en abril visitamos nuestro templo en Wilmette, cerca de Chicago. Fue entonces cuando recibimos la llamada. Yo vendí la empresa, Jean dejó su trabajo y compramos una tienda en Port-au-Prince.

Reuben los miró, primero a uno, después al otro. Tenían ese aire de agresiva salud mental que sólo adquieren los profesionales de la religión.

—¿Han comprado una tienda en Port-au-Prince?

—Sí —Doug rió con una risa fuerte, nerviosa, que hizo que la gente volviera la cabeza—. Parece una locura, ¿no? No nos importa. Somos nosotros los que hacemos el sacrificio.

—¿Qué tipo de tienda?

—Una librería —dijo Jean—. Vamos a vender libros formativos, religiosos, edificantes. Libros sobre la paz mundial, la unidad mundial, la hermandad de la humanidad.

—Así que creen en la hermandad de la humanidad.

—Pues claro. Es la esencia misma de nuestra fe. El fundador de nuestra fe, Baha'u'llah, vino a la tierra con la misión de unificar a la humanidad. No pasará así, de pronto, pero llegará.

—¿Tienen permiso?

—¿Cómo dice?

—Permiso para vender libros. Por lo que tengo entendido el gobierno es un

tanto... estricto en materia de publicaciones.

Doug Hooper puso mala cara.

—No. No creo que haya problema. No vendemos nada pornográfico, nada subversivo. Sólo libros edificantes sobre la paz universal y la armonía mundial. Tenemos un amigo en el gobierno, el general Valris. Era ministro de Cultura hasta hace unos meses. Estuvimos en contacto con él antes de que asumiera sus nuevas funciones. Ahora es ministro de Defensa. Jean y yo pensábamos que tendríamos que tratar con el nuevo ministro de Cultura, pero el general nos dijo: «Venid a verme a mí». Es un entusiasta. ¿Resulta irónico, no, un general defensor de la paz? Pero nada pasa porque sí en la causa divina. A esa gente les gustan los Baha'is. Saben que pueden contar con nosotros, con nuestra lealtad. Siempre somos leales a los gobiernos de los países en los que nos permiten vivir.

—¿Aunque sea una dictadura?

Hooper lanzó a Reuben una mirada de desaprobación.

—No somos quién para juzgar eso. No nos inmiscuimos en la política. Nuestra misión es traer la unidad, no crear más divisiones.

Reuben logró ponerse en pie.

—Les deseo suerte a los dos —dijo. Vaciló—. Supongo que se dan cuenta de que no hay nadie que los pueda ayudar en Haití si tienen problemas. No hay embajada, ni siquiera consulado. Estarán solos.

Jean Hooper sacudió la cabeza, sonriente.

—No —susurró—, solos no. Baha'u'llah estará a nuestro lado en todo momento. Ahora está aquí con nosotros. Es toda la embajada que podemos necesitar.

—Me alegra oírlo —contestó Reuben. Ahora ya estaba en el pasillo, alejándose.

—Venga a visitarnos —dijo Doug Hooper—. Al principio viviremos en la tienda, hasta que nos instalemos. Está en la rué des Casernes, cerca del Palacio Nacional. Pase cuando quiera, lo recibiremos con placer.

Los altavoces carraspearon. Las conversaciones se interrumpieron, como si alguien hubiera dado a un interruptor. Un momento más tarde, la voz de una azafata cobró vida, distorsionada por las interferencias.

—*Mesdames et messieurs*. Damas y caballeros, nos acaban de confirmar oficialmente que todos los pasajeros deben desembarcar en Jacmel. Habrá autocares que los trasladarán a ustedes y su equipaje a Port-au-Prince, donde se cumplirán las formalidades de aduanas e inmigración. Al desembarcar, rogamos a los pasajeros que entreguen sus pasaportes hasta llegar a Port-au-Prince, donde les serán devueltos para la inspección. Rogamos a los pasajeros titulares de pasaportes no haitianos que retengan sus tarjetas de entrada.

»En nombre del capitán Forestal y su tripulación, quiero agradecerles el haber volado con nosotros. Confiamos que hayan tenido un viaje agradable y esperamos

tener pronto ocasión de volver a darles la bienvenida a bordo de Haiti Air.

En el silencio que se produjo a continuación, alguien abrió la puerta. Habían acercado una escalerilla al avión. Desde el exterior llegaba el sonido de las cigarras, grave, lánguido, vacío. Nadie parecía tener demasiadas ganas de abandonar la seguridad del avión.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Angelina percibió el estado de ánimo de los otros pasajeros en cuanto Reuben la despertó.

—Están asustados —dijo ella.

—¿De qué? —Reuben estaba ocupado bajando su equipaje de mano del maletero.

—De estar aquí, en Jacmel, en vez de Port-au-Prince. Se sienten al descubierto, vulnerables.

—¿Estamos en peligro?

Ella se encogió de hombros.

—*Qui sait?*

Pasando por la puerta abierta y bajando por los escalones, Reuben se sentía en evidencia. Habían considerado la posibilidad de meter de contrabando una pistola en Haití, pero lo habían descartado por considerarlo demasiado arriesgado. Jensen le había prometido que se la harían llegar dentro de uno o dos días a través de un contacto del que sólo sabía el alias: Macandal, como un traficante de esclavos del siglo XVIII. Hasta entonces Reuben iría desarmado. La situación política era explosiva, el ejército y la policía secreta se habían convertido en su propia ley. Haber cargado con una pistola le podría haber causado problemas, pero igualmente los podría tener.

Vio a los Hooper avanzando hacia la gran chabola de madera que hacía de edificio principal de la terminal, envueltos en su confianza en sí mismos como si de una manta se tratara. En cierto sentido los envidiaba.

Había un ambiente de caos en la terminal. Soldados armados estaban apostados en ambos accesos, distendidos pero atentos. Ante dos mesas de cabalotes dos cabos recogían pasaportes y conducían a la gente hacia distintas partes de la chabola. La gente había empezado a protestar, y de vez en cuando había empujones.

Reuben notó en seguida que el caos era más aparente que real. En una pequeña plataforma dominando la chabola el oficial que se había acercado hasta el avión lo vigilaba todo con mucho cuidado. Llevaba pantalones de camuflaje ajustados y una boina blanda verde con su broche plateado. A su lado estaba un hombre de rostro delgado vestido de paisano, un traje beige y una camisa blanca sin corbata. Llevaba gafas de sol negras. Las gafas eran un tópico, pero la expresión de los labios no, en absoluto. En la pared detrás de esta pareja colgaba una litografía iluminada del presidente Cicerón, vestido con uniforme militar. Un ventilador blanco grande giraba lánguidamente en medio del techo, cortando el calor en lonchas.

Estaban separando a la gente por un sistema cuya lógica no saltaba a la vista de Reuben. Le tocó el turno de acercarse a la mesa. El soldado no dijo nada. Se limitó a alargar la mano para coger el pasaporte. Reuben tenía los nervios de punta. Esperaba

que los de la AVS hubieran hecho bien su trabajo; pero el cabo apenas miró la foto. Añadió el pasaporte a una pila y asintió con la cabeza. «*Là bas!* —dijo en francés—. Allí». Reuben debía sumarse a un grupo que incluía los Hooper y tres hombres que parecían hispánicos, tal vez de la República Dominicana.

El cabo miró a Angelina, entonces a su pasaporte norteamericano, y de nuevo a ella, con dureza. Le soltó algo en creole y ella murmuró una respuesta ininteligible. Sin decir palabra la dirigió con la cabeza hacia una cola distinta de la de Reuben.

Reuben dio un paso hacia adelante. Angelina sacudió la cabeza, advirtiéndolo. Reuben no le hizo el menor caso.

—*La femme de mon collègue* —protestó, en su francés de colegial—. *Avec moi.*

El soldado hizo caso omiso. Reuben fue hasta la mesa y le puso la mano en el hombro. A unos pocos metros uno de los soldados armados retiró el seguro y lo apuntó en dirección a Reuben, con toda intención.

—Vuelve, Reuben —dijo Angelina—. Estaré bien.

Había usado su nombre real conscientemente. Tenía la impresión de que el ficticio Myron Phelps era frágil, y la obligaría a cometer indiscreciones. Pero el acto de llamarlo Reuben lo hacía tangible, lo acercaba; tuvo la impresión de desearlo de nuevo.

Sin previo aviso se produjo un incidente. El hombre de las gafas de sol había divisado a alguien en la multitud. Susurró al oficial, se dio la vuelta y señaló con el dedo. No hubo el menor intento por su parte de esconder el gesto. El oficial indicó con la cabeza a dos de sus hombres que procedieran. En ese momento, el blanco de la operación —un joven de algo menos de treinta años que llevaba una camiseta azul y téjanos— vio que lo habían descubierto. Intentó abrirse camino, pero se lo impidió un segundo hombre vestido de paisano, armado con una pequeña pistola. Uno de los soldados se acercó para ayudarlo. El hombre se resistió brevemente, entonces se dejó caer y permitió que lo arrastraran hacia la plataforma. Una mujer gritó y fue retenida a la fuerza por unos amigos.

El hombre de las gafas de sol bajó de la plataforma. No hizo el menor esfuerzo, no reveló la menor emoción. Tenía las manos en los bolsillos y los ojos ocultos. Con un gesto económico, indicó con la mano al soldado que se apartara. Esto era asunto de la policía, él mandaba en esto. El ventilador se movía lentamente en un círculo que no llevaba a ninguna parte. El policía miró al prisionero de pies a cabeza. Hizo un par de preguntas pero no obtuvo respuesta alguna. El prisionero se agitaba, desplazando el peso de uno a otro pie. La gente simulaba no ver, hacían esfuerzos por no mirar. Una mujer lloraba. La cola se volvió a mover.

Un tercer policía apareció de ninguna parte. Era mayor que los otros y llevaba un traje azul y una gorra vieja, arrugada.

—Un Tonton —susurró Angelina—. Aún queda alguno.

El segundo y tercer policía tenían al prisionero cogido por los brazos. Él no hacía fuerza. El de las gafas de sol volvió a repetir las preguntas, o quizá se le habían ocurrido otras. Su prisionero no podía o no quería responder.

El policía metió su mano en un bolsillo y sacó un objeto redondo, blanco y pequeño. Una pelota de golf. La tiró al aire tres o cuatro veces, y después la cogió cerrando el puño. Con toda tranquilidad arremetió con el puño contra el plexo solar del prisionero. El hombre intentó doblarse, pero los que lo retenían lo mantuvieron en su sitio, preparado para la segunda parte. El siguiente puñetazo fue más fuerte, mucho más fuerte. El hombre se ahogó. Lo sujetaron con fuerza. Con el tercer puñetazo algo se rompió. Hubo un ruido de desgarramiento y saliva punteada de sangre apareció entre los labios del cautivo. El de las gafas de sol levantó el puño para el siguiente golpe.

En ese momento hubo un grito. Reuben se dio la vuelta y vio a Doug Hooper avanzando a grandes zancadas hacia la plataforma, todo brazos y piernas e indignación.

—¡Dios mío! —susurró Angelina—. Se lo van a cargar.

Hooper estaba alteradísimo. Un soldado intentó detenerlo, pero fue empujado a un lado sin la menor ceremonia. Momentos más tarde era el norteamericano el que estaba en la plataforma. Los dos ayudantes de policía habían soltado su presa, que estaba de rodillas, ahogándose e intentando respirar y escupiendo sangre. Hooper le puso una mano en el hombro y se dirigió al policía de las gafas oscuras.

—¿Y usted quién se ha creído que es? —le gritaba—. No puede ir pegando a la gente así. Puede estar bien seguro de que voy a informar de esto en la capital.

El hombre del traje beige miró primero a sus ayudantes y después al oficial de la plataforma. Intercambiaron miradas de desconcierto. Hooper dio un paso hacia el policía.

—Eh, tú. ¡Mírame cuando te hablo! Quiero tu nombre y una explicación. Soy amigo personal del general Valris.

—No meta las narices en lo que no le importa, *blanc*.

Reuben miró a su alrededor. Jean Hooper estaba como a dos metros de él, rezando intensamente.

—Dios es el único que resuelve las dificultades —murmuraba—. Decid: Alabad al Señor. El...

—Señora Hooper. —Reuben la cogió del hombro—. Señora Hooper, creo que debería ir allí y traerse su marido antes de que haya lío. Me parece que no sabe dónde se mete.

Por un momento no pareció que Jean Hooper reconociera a Reuben. Había un vacío en su mirada que lo preocupó. Entonces le cambió la mirada y volvió con él.

—No se preocupe, señor Phelps. Está a salvo. Ya verá.

No era temeridad ni inconsciencia, ni nada. Reuben decidió que no era capaz de ver la realidad de lo que pasaba. O quizá es que veía una realidad distinta. Pero no importaba, a Doug le iba a pasar algo igual.

No tardó demasiado. El hombre de las gafas de sol no perdió la tranquilidad. El único que se inmutaba era el norteamericano alto. Se puso frente al policía y lo cogió por las solapas. El policía chasqueó los dedos. Uno de los ayudantes cogió prestado el fusil de uno de los soldados, se acercó a Hooper y le golpeó con la culata en la cara con fuerza. El norteamericano cayó sin el menor ruido. Le habían abierto la mejilla hasta el hueso y estaba sangrando.

Jean Hooper se desmayó. Angelina se puso junto a ella sin que el soldado de la mesa se diera cuenta. El hombre de las gafas oscuras miró a su alrededor, vio el grupo y se acercó.

—*Vous êtes avec l'américain?*

Angelina se puso en pie y explicó.

—No. Estaba en el avión con nosotros, nada más. Ésta es su esposa. Nunca habían estado en Haití, todavía no comprenden.

—¿Comprender?

—El respeto. No tienen respeto.

El policía asintió. Reuben se fijó que tenía una pésima dentadura.

—Llévenselo —dijo el de las gafas— antes de que le pase algo. Cuando recobre la conciencia, explíquele, explíquele lo que es el respeto.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Los autocares salieron cinco minutos más tarde. «Autocar» no era el nombre correcto: lo único disponible con tan poco tiempo fueron dos *tap-taps*, vetustos camiones transformados por pintura y latón y chapa de madera en un cruce entre un vagón de tren y un enorme taxi comunitario. Pinturas chillonas y frases portentosas les daban un aire de locura de feria. Uno llevaba escrito a lo largo del borde superior «*Celui que dort dans la paresse se réveillera dans la misère*». «El que duerme en la pereza se despertará en la miseria».

En medio del revuelo, Reuben había logrado que Angelina se quedara con él. Ayudaron a Jean Hooper a subir a su marido y le hicieron sitio en uno de los dos bancos situados a lo largo el *tap-tap*.

La herida de Hooper sangraba abundantemente, pero no había forma de conseguir atención médica adecuada antes de llegar a Port-au-Prince. Una mujer mayor haitiana observó preocupada el hombre inconsciente durante unos minutos, cloqueando como una gallina, se fue y volvió al fin con una especie de cataplasma que puso sobre la herida. Hooper mugió y forcejeó brevemente, pero no recobró la conciencia. La mujer explicó a Angelina que siempre viajaba con una bolsa de hierbas medicinales por si acaso. La cataplasma contenía *cadavre gâté*, aloe vera y otras plantas que Angelina no supo reconocer. Detendrían la hemorragia hasta que un médico lo pudiera ver, pero incluso la mujer confesaba que se trataba de un remedio precario. Reuben esperaba que Hooper no recobrarla la conciencia hasta entonces; pero pensó que era improbable.

—Tiene que ir a ver un *dokte feuilles* en cuanto llegue a Port-au-Prince —dijo la mujer a Angelina, dándole el nombre de uno bueno. Se lo apuntó, pero la joven sabía que Hooper nunca iría. Como todo misionero, estaba dispuesto a dar pero no a recibir. Eso sería su perdición.

Jean Hooper parecía extrañamente inútil, como si el impacto del incidente hubiera destrozado algo frágil y solitario en su interior, algo que su fe no acababa de ser capaz de recomponer. O tal vez fuera algo que ni siquiera reconocía. Estaba sentada en el banco junto a su marido pero sin tocarlo, con un pequeño libro de oraciones de tapas verdes en una mano, leyendo invocaciones barrocas con una voz cantarína que parecía extrañamente desconectada de ella y su entorno.

Habían asignado dos soldados al vehículo, uno para vigilar cada extremo. Técnicamente, los pasajeros estaban aún en tránsito y había que vigilarlos hasta que hubieran completado los trámites de inmigración. Los soldados parecían aburridos. No hacían el menor caso a los pasajeros, igual que hacían los pasajeros con ellos. Tenían en el regazo carabinas F-11 francesas. Eran armas de calibre 22, pero en el limitado espacio del *tap-tap* se sentía su presencia.

El autocar era incómodo, pero avanzó a buen paso por la carretera hacia el norte. Por algún motivo la nueva carretera directa a Léogane estaba cerrada, y se vieron obligados a tomar la vieja ruta del valle del río por Trouin y Carrefour Fauché.

La oscuridad no era absoluta. Ahora que la tormenta ya había amainado, una luna grande se había apoderado del cielo, con los bordes fileteados de oro. La carretera era un entramado de barro y agujeros llenos de lluvia. No pasaba más tráfico, nadie andaba ni iba a caballo en ninguna de las dos direcciones. Era como si hubieran caído del otro extremo del mundo a una oscuridad de lluvia y luz de luna. El *tap-tap* avanzaba a saltos en primera y segunda marcha. Los vestigios de su suspensión eran inútiles contra las sacudidas de la carretera. A veces, cuando el *tap-tap* se encontraba con un tramo en mejor estado y el rugido del motor amainaba un zumbido de ranas y cigarras les llegaba de los campos abiertos.

Pasaron pequeños villorrios a trompicones, meras pilas de *cailles* con techo de paja precariamente cogidas al borde de la carretera. Las puertas y ventanas estaban firmemente cerradas. Nadie salió para verlos pasar. En Haití, sólo los *sans poel* —los miembros de las sociedades secretas Bizango— y la policía salen de noche.

Siguieron el curso del río hasta Trouin, vadeando sus aguas en crecida una y otra vez a medida que avanzaban a marcha lenta. En Trouin, el conductor se desvió hacia la izquierda al llegar a la iglesia e inició el lento descenso hacia la costa norte. El otro *tap-tap* los seguía balanceándose, con el resto de los pasajeros. La ubicación del equipaje era un misterio impenetrable. La mayor parte de los pasajeros lo daban por perdido.

La estrecha carretera giraba y se retorció espasmódicamente, como si los tenues faros la fueran trazando en la oscuridad. Un pequeño cementerio apareció de la nada, tumbas bajas encaladas tras un seto irregular de *médicinier*. No había cristal en ninguna de las ventanas y la brisa recorría el vehículo, primero refrescando y después dando frío. El perfume de las flores nocturnas les llegaba, irónico y pesado.

A llegar a Carrefour Fauché giraron a la derecha entrando en la carretera principal de la península. Era casi medianoche. En algún momento entre Fauché y Dufort perdieron de vista el segundo *tap-tap*. Reuben recordaba haber visto sus faros cuando salieron a la carretera más amplia. Cinco minutos más tarde, ya no estaba allí. Incluso en una recta larga no apareció. Reuben mencionó la desaparición a Angelina, que habló con uno de los soldados. Él le dijo que se callara y se sentara.

Doug Hooper estaba recuperando la conciencia. Por un momento sus ojos se abrieron, y Reuben tuvo la impresión de ver en ellos un destello de ira fría. Entonces el dolor lo dominó y los ojos se le cerraron involuntariamente. El *tap-tap* se sacudía con violencia, echando a Hooper contra la pared. Soltó un quejido, sin palabras, dolorido. Su mujer aumentó sus esfuerzos por invocar a un Dios reticente. La vieja rebuscó en su bolsa y sacó una botellita azul con un tapón de corcho. Cogiendo la

cabeza de Hooper con un brazo, se las arregló para abrirle la boca, destapar la botella, darle unas gotas de un líquido marrón claro. Hooper escupió una vez y quedó lacio.

Angelina preguntó a la mujer qué era lo que le había dado. Ella se limitó a encogerse de hombros y volver a guardar la botella en su bolsa. De algunos remedios es mejor no hablar. Fuera lo que fuese, tuvo un efecto inmediato. Hooper volvía a estar inconsciente en cuestión de momentos.

Atravesaron Léogane. La carretera era mejor aquí, asfaltada en la mayoría de los tramos. Un cartel decía «Port-au-Prince, 30 km». Pronto llegarían. Nadie les había dicho si iban a la ciudad o al aeropuerto. Seguramente al segundo. Nadie iba a dormir mucho esa noche.

El *tap-tap* acababa de atravesar el primero de dos puentes sobre el río Monance cuando el conductor vio el control. Dos jeeps de la policía estaban atravesados en la carretera. Un policía de uniforme estaba en medio haciendo señales con una lámpara roja. El conductor del *tap-tap* frenó y se detuvo a varios metros del primer jeep.

—¿Qué sucede? —preguntó.

El policía no le hizo caso. La puerta del jeep más cercano se abrió y bajó un hombre. Al cruzar la luz de los faros, camino de la puerta delantera del *tap-tap*, Reuben vislumbró su cara, sus ojos escondidos tras unas gafas de sol oscuras. Era el policía secreto del aeropuerto, el que había ordenado que pegaran a Doug Hooper. Evidentemente, la carretera principal de Jacmel a Léogane no estaba tan intransitable como les habían dado a entender.

El hombre del traje beige subió al *tap-tap*, seguido de un policía más joven de uniforme. El ambiente era tenso. El policía indicó al conductor que parara el motor. Un gran silencio llenó el vehículo. A lo lejos un búho chilló dos veces.

El policía recorría lentamente el camión con la vista. Sus ojos no se detuvieron ni en Doug ni en Jean Hooper. Era como si ese incidente estuviera olvidado. Jean estaba callada, moviendo los labios apretados siguiendo con sus oraciones, si es que eran oraciones. El policía metió la mano en la chaqueta y sacó dos libritos, pasaportes americanos. Abrió primero uno y después el otro.

—Phelps —dijo—. Profesor Myron Phelps y *madame* Angelina Hammel. —Levantó la vista—. Hagan el favor de identificarse. —Hablaba el inglés con acento americano.

La pregunta era un formalismo: sus fotos estaban en los pasaportes. Reuben se puso de pie.

—¿Qué desea?

—Hagan el favor de acompañarme.

—¿Adónde?

El hombre no contestó. Volvió a meterse los pasaportes en el bolsillo, se dio la vuelta y bajó los escalones. Oían sus pies sobre el asfalto mientras andaba hacia el

jeep. Entonces una puerta que se cerraba de golpe. A continuación, silencio. Y finalmente, la noche que esperaba.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Los llevaron a toda velocidad hacia Port-au-Prince, la noche era cada vez más espesa a su alrededor, el primer foco de contaminación en el aire de mar. Un jeep iba delante, con ellos y los hombres con uniforme de Tonton Macoute del aeropuerto. El hombre de beige iba en el segundo coche, conducido por el policía más joven.

Un poco después de Thor giraron a la derecha, dirigiéndose a las colinas sobre la capital. Cerca de la ciudad, el campo ya no estaba desierto. Coches y *camionettes* pasaban, haciendo sonar la bocina, subiendo y bajando por las empinadas cuestas. En los arcones, mulas cargadas con sacos y haces de leña avanzaban, patosas, en fila. Por un lado de la carretera, todas encaminadas en la misma dirección, pasó una hilera de mujeres con las cabezas cargadas de fruta y verduras que venderían al amanecer en el Marché de Fer. Todos los que pasaban, ya fueran a pie o en coche, simulaban no verlos. Un cartel oxidado decía «Pétionville».

—Yo antes vivía aquí —susurró Angelina a Reuben—. En las montañas, lejos del gentío, lejos de la suciedad. No había cambiado mucho cuando lo visité por última vez. Los ricos siguen teniendo sus villas y sus clubs. Los pobres siguen viviendo en Port-au-Prince.

Como para confirmar sus palabras, un rayo de intensa luz de luna reveló una villa blanca encaramada en un alto, con un balcón de forja elaboradísimo dando hacia el mar, y una entrada recargada de adornos. En una ventana alta rodeada de buganvillas, una luz solitaria hacía guardia tras una pálida persiana. Reuben miró a Angelina como si la viera por primera vez.

Momentos más tarde el jeep entraba ruidosamente en una plaza elegante, rodeada de cipreses. Había una pequeña iglesia católica en una esquina. Enfrente, el hotel Chocoune aún estaba animado por los juerguistas. Un puñado de coches caros estaban aparcados afuera, en la grava, vigilados por un hombre de aspecto triste con una gorra arrugadísima. Pasaron el hotel y pararon junto a un edificio cuya función ya habría sido evidente sin el cartel «Garde d'Haïti» sobre la puerta. El segundo jeep aparcó junto a ellos y el hombre de beige se apeó.

Los condujeron al interior. La puerta daba a un vestíbulo cuadrado que se estrechaba hacia el fondo convirtiéndose en un pasillo largo y vacío. Bombillas desnudas colgaban justo por encima de la altura de la cabeza, cada una de ellas delimitando una estrecha jurisdicción. De varias de ellas pendían viejas cintas atrapamoscas, cubiertas con los cuerpos de insectos muertos. Moscas muertas, aire muerto, vidas muertas. En las paredes había filas de *affiches*, todos con los textos de declaraciones gubernamentales: leyes y disposiciones, extractos del código penal, *décrets*, *avis*, *règlements*, *ordonnances de police*. Las letras negras se pegaban a los pósters como otras tantas moscas. Los bordes de los *affiches* estaban curvados y

quebradizos.

Una silla y una mesa de madera estaban junto a una pared, bajo la foto del presidente Cicerón. Había habido otras fotos antes de ésta: las marcas de clavos desaparecidos aún eran visibles en el yeso sin reparar, como estigmas de pequeñas crucifixiones innecesarias. Cerca, un eslogan había sido pintado en letras fuertes, naranja chillón sobre azul pálido: *Continuons la révolution contre la tyrannie, le despotisme et le Duvalierisme.*

Nadie estaba sentado a la mesa. Nadie estaba apoyado contra la pared. El vestíbulo tenía un aire desierto, ruinoso, expectante. Desde algún lugar cercano, un vago zumbido de maquinaria cantaba nanas a la noche, sin lubricar, amargo, sin atractivo alguno. El hombre del traje beige los dirigió con una uña sucia hacia el pasillo del fondo. Al entrar en él, el ruido de la máquina se desvaneció. Esa noche no habría nanas.

Allí el frescor de la montaña que hacía que Pétionville tuviera tanto éxito entre los ricos y poderosos se convertía en un frío reumático y pegajoso. Reuben esperaba oír gritos o lamentos, los tópicos de un estado totalitario; pero nada chocante rompía el silencio. Nada excepto el sonido de sus pasos, resonando y sonando a hueco sobre el cemento resquebrajado.

Al final del pasillo, una escalera metálica negra llevaba a la planta superior. Al llegar a un pequeño rellano giraron a la izquierda por un pasillo lateral que los llevó con la inevitabilidad de un sueño a una única puerta con refuerzos de acero. La puerta no tenía un cartel con un nombre, sólo un número: AP7. Debajo de ese número habían tapado cuidadosamente otros con pintura. Y debajo de eso, ¿qué?

El hombre del traje beige llamó a la puerta. Allí no era rey, quizá ni siquiera príncipe. Pero no se quitó las gafas de sol. Un hombre no puede desprenderse de sus ilusiones. Una voz gritó un «*Entrez*» y entraron.

Pensándolo después, Reuben decidió que no era una habitación fuera de lo normal. Lo cual hacía aún más difícil descifrar por qué le resultaba tan inquietante. Quizá se había traído consigo de Nueva York imágenes de paredes manchadas de sangre. Quizá esperaba encontrar luces intensas y caras acechantes brillando por el sudor. No era en absoluto así. Era sencillo y tranquilo, una habitación mundana en un suburbio con calles bordeadas por árboles. Las persianas estaban cerradas, no se veía nada por las ventanas. Las paredes eran de color salmón, meticulosamente desnudas. En una esquina estaba colgada una jaula blanca, rococó, cubierta de semillas. En el centro un pájaro, una tangara se balanceaba en un columpio de madera, con su plumaje rosado-rojo liso, y mirándolos entrar con sus ojos pequeños negros agudos y seductores.

En una sencilla mesa metálica una lámpara proyectaba un haz de luz suave sobre la cara del otro ocupante de la habitación. Era un hombre de altura normal, un

mulato, de unos cuarenta años de edad, refinado más que guapo, de ojos tristes, párpados pesados, cansado. Llevaba una camisa lisa de lino blanco y una corbata verde de seda china, perfectamente anudada. Si se hubiera visto obligado a describirlo en otras circunstancias, Reuben habría pensado que su oficio era poeta o músico. Estaba envuelto en una intensidad herida, un fervor que indicaba inspiración o dolor muy interiorizado.

Tenía una pluma en la mano, dispuesta sobre una hoja de papel. Estaba escribiendo o estaba a punto de hacerlo. La indeterminación parecía intencionada, como parte de un juego, un gesto sin otra finalidad que intrigar a los demás. No había nada en su mesa, aparte de la lámpara y la hoja de papel. Reuben echó una ojeada a la habitación. Estaba totalmente vacía. Una jaula de pájaro como adorno, una mesa en la que escribir, una silla en la que sentarse. Y, en una esquina, otra silla, más robusta que la otra, clavada al suelo.

—Gracias, capitán Loubert —dijo el hombre detrás de la mesa—. De momento, eso será todo. Deje los pasaportes y vayase.

El hombre del traje beige sacó los pasaportes de su bolsillo y los dejó en la mesa. Cerró la puerta al salir. El silencio que se produjo a continuación era palpable, cargado. Por primera vez en toda la noche, Angelina parecía francamente nerviosa.

—Debo disculparme —dijo el hombre al otro lado de la mesa, hablando con fluidez en inglés, sin apenas acento—. Me han dicho que tuvisteis un vuelo difícil, que desviaron el avión. Y ahora os han arrastrado aquí a verme, a tantos kilómetros de vuestro destino, por esa tremenda campaña haitiana.

Se puso de pie y dio la vuelta a la mesa. Su silla hizo un ruido desagradable al raspar contra el suelo. En una mano tenía los pasaportes.

—¿Cómo estás, Angelina? —preguntó.

Sonrió con una sonrisa amplia, sin inhibiciones, sin profundidad. Se acercó a ella, pero mantuvo una cierta distancia. Angelina se mantuvo en silencio, con la vista pegada al suelo.

—¿Por qué no escribiste? ¿Por qué no me dijiste que venías? Habría ido a buscaros al aeropuerto, os habría ahorrado muchas dificultades. No queréis problemas, ¿verdad?

Se acercó a Angelina y puso la palma de una mano contra su mejilla. Su proximidad parecía alterarla. Alterada, pero no asustada.

—No tuve tiempo —dijo ella—. Fue una decisión repentina. El hombre la miró fijamente.

—Evidentemente —dijo. Dejó caer la mano y se dirigió a Reuben—. Perdone —se disculpó—. No me he presentado. Mayor Bellegarde, jefe de seguridad de este *département*. Mi jurisdicción abarca Port-au-Prince y la zona circundante. Y usted es... —Echó una mirada al pasaporte de Reuben—. Usted es el profesor Myron

Phelps. Un amigo de Rick.

Bellegarde alargó la mano. Reuben la estrechó. Se dieron la mano con una formalidad retenida que parecía fuera de lugar.

—Tengo el honor de ser el hermano de Angelina —continuó Bellegarde—. El cuñado de Rick. Debo confesar que nunca lo llegué a conocer bien, pero lamento la noticia de su muerte. Y en circunstancias tan terribles. Se oyen historias tan horrosas de Nueva York. ¿Avanzan las investigaciones para detener al asesino?

Reuben se encogió de hombros.

—Francamente no lo sé. Tengo entendido que tal vez la policía archive el caso por falta de pruebas.

—¡Absurdo! —Bellegarde miró a su hermana fijamente—. *Ma pauvre* Angelina, tan joven y ya viuda. Lo siento mucho.

El mayor se dio la vuelta abruptamente y volvió a su asiento. Aún no se había disculpado por la ausencia de sillas.

—¿Qué quieres de nosotros, Max? —preguntó Angelina. Parecía poco conmovida por sus frivolas muestras de compasión.

—Sólo verte. Satisfacer mi curiosidad. Para recordarte que Haití no es siempre... un sitio seguro. *N'est-ce pas?*

Puso los pasaportes sobre la mesa, un poco como un croupier preparando un juego de cartas.

—Supongo que comprendes que en caso de que tuvieras problemas no tendrías representación diplomática a la que recurrir.

—No tenemos intención de tener problemas —dijo Angelina. Era un juego en el que nadie podía decir la verdad.

—Por supuesto. Pero a veces se tienen, aunque uno no lo quiera. Así funciona. —Calló y empujó los pasaportes hacia el borde de la mesa, como invitándoles a que fueran a recogerlos—. ¿Comprendéis mi función aquí? Ya no somos los Tontons Macoutes. Somos el Bureau de Sécurité Nationale. La gente no nos tiene el mismo miedo que tenían a los Tontons. Nos piden ayuda en un momento de dificultad. Nuestro deber es prevenir los problemas, problemas de cualquier tipo. Eso lo comprendéis, ¿no?

—¿Es por eso que uno de sus hombres hizo agredir con una culata de rifle a un ciudadano norteamericano en el aeropuerto?

Reuben se había guardado la ira por este incidente hasta entonces, a falta de una ocasión mejor para desahogarse.

Bellegarde no se inmutó.

—Hemos tomado nota del incidente. No vamos a iniciar ninguna acción legal contra el señor Hooper. Pero tiene que aprender a ser cuidadoso. Tengo entendido que tiene cierta afiliación religiosa, que incluye una filosofía de obediencia al estado.

Esperamos grandes cosas de un hombre con tal filosofía. Y él a su vez también puede esperar tener buenas oportunidades aquí. Pero primero debe aprender dónde empieza esa obediencia.

Bellegarde se detuvo. El pájaro cantó y calló en seguida. Sus alas habían perdido fuerza con la prolongada cautividad.

—Y usted, profesor —continuó el mayor—. ¿Cuál es el motivo de su viaje? Supongo que tiene alguna finalidad, que no ha venido sólo a disfrutar de la nostalgia.

—Myron ha venido para continuar con la investigación de Rick —dijo Angelina, algo demasiado precipitadamente.

—Claro, la investigación de Rick —repitió Bellegarde—. La influencia africana en la antigua cultura haitiana. —Sonrió condescendentemente—. Nuestros archivos son muy completos. No tiramos nada. Ni siquiera cosas antiguas. —Se detuvo y se dirigió a Reuben—. Perdona, profesor, pero ¿no ha empezado ya el curso? ¿No debería estar en... dónde es... Long Island University, repartiendo sabiduría y conocimiento? El verano sería más adecuado para la investigación, sin duda.

—Estoy de año sabático —contestó Reuben.

Demasiado fácil. Demasiado preparado con la respuesta adecuada.

—Ya. Claro, por supuesto, un año sabático.

—Hay el proyecto de publicar el último libro de Rick, el que estaba preparando cuando murió. Tal vez incluso se haga un *festschrift*, un volumen de homenaje. —Reuben iba a toda prisa. Estaba siendo imprudente, gastando todas sus explicaciones de golpe, pero el cuarto lo impulsaba, su desnudez, su carga—. Decidí venir para atar los cabos sueltos. Rick dejó muchas pistas.

Bellegarde sonrió. Parecía una sonrisa bastante honesta, sin forzar.

—Pistas. Usted habla como un policía, profesor. Debe buscar un rato para visitarme, me gustaría hablar sobre sus pistas. El continente oscuro, el nuevo mundo y todo eso. Estaremos en contacto, ¿no?

—Pues claro. Naturalmente.

—No, de natural, nada, profesor. Lo natural sería evitar este sitio a toda costa. Pero insisto en que charlemos. *Nos petites causettes*. Sé que no es el estilo americano, lo sé, pero le impondré algo de intimidad. Angelina me conoce muy bien, por supuesto. Ella no necesita charlas ni intimidad, ¿verdad?

Angelina sacudió la cabeza lenta, patéticamente.

—Pero en cuanto a usted, profesor, quiero tenerlo bajo mi paternal vigilancia. Quiero asegurarme de que esté a salvo. Y Angelina también, por supuesto. Fraternal vigilancia. Tal vez no te lo creas, pero he oído rumores de tu muerte. —Bellegarde miró a Angelina a los ojos, maliciosamente. No sonrió—. Rumores sin fundamento, por supuesto: qué mejor prueba de ello que tú presencia aquí esta noche. No eres un fantasma, ¿verdad, Angelina? ¿Ni uno de nuestros notorios zombis? ¿Un *zombi*

cadavre, quizá, o un *zombi astral*? —Vaciló—. No, no creo que seas ninguna de esas cosas. Yo te veo tan viva como siempre. Pero los rumores me ponen nervioso. Son una especie de neurosis, una enfermedad que amenaza la raíz misma de la sociedad. Aquí en Haití nos tomamos muy en serio los rumores. Mi trabajo consiste en eliminarlos.

Bellegarde se puso en pie. Volvió a dirigirse a Reuben.

—Hágame caso, profesor. Manténgame al corriente de sus actividades. El clima en esta época del año puede ser muy malsano para los extranjeros.

Cogió los pasaportes de la mesa y se los devolvió a Reuben y Angelina.

—Tenga. Guárdenlos con todo cuidado. Quizá estarían mejor equipados con un pasaporte de alguna de las sociedades Bizango. Eso les permitiría desplazarse libremente de noche, donde quisieran ir. Los *sans poel* van donde quieren. Pero usted ya lo sabe todo sobre Bizango.

Ni Reuben ni Angelina dijeron nada. En la jaula la tangara miraba y escuchaba.

—No sé dónde tienen intención de alojarse durante su estancia, pero les estaría muy agradecido si me informaran de ello. Basta una llamadita: los teléfonos funcionan muy bien últimamente. Nuestro querido presidente estimula la eficacia. Un nuevo Haití está emergiendo. Ya verán. Para esta noche, recomiendo que se queden en el Chocoun, aquí enfrente. Digan que van de mi parte. Les harán un descuento. Su equipaje ya está allí. Todo está en orden. —Echó una mirada cargada de significado a Angelina—. Nada ha sido tocado. Les doy mi palabra.

Reuben asintió.

—Gracias —murmuró.

Se sentía estúpido. Bellegarde no parecía ni darse cuenta de su presencia.

—Angelina —dijo el mayor—. Quiero darte algo, un recuerdo de nuestro encuentro. Ten. —Fue a la jaula y abrió la puerta. El animal sacudió las alas y saltó por la barra. Bellegarde silbó y acercó la mano al pajarito. Lo cazó con mano experta, en un solo movimiento. Apenas se movió cuando lo cogió. Se lo ofreció a Angelina—. Es para ti —dijo—. En el hotel encontrarás una jaula. No tiene nombre. Lo puedes llamar como quieras.

Ella cogió el pájaro estremeciéndose un poco al sentirlo retorcerse entre sus manos. Bellegarde sonrió y abrió la puerta.

Al disponerse a marcha, Reuben echó una mirada al suelo donde algo le llamó la atención. Junto al umbral, había restos de sangre. Y junto a ésta, como un resto de marfil, un diente humano. Bellegarde le dio la mano. La luz del pasillo caía sobre su cuerpo, proyectando una larga sombra sobre el suelo, sobre la segunda silla, la que estaba fijada al suelo.

El hombre del traje beige esperaba para acompañarlos a la salida. Se adelantó, por las escaleras, el estrecho pasillo, y el vestíbulo soñoliento. No intercambiaron palabra

alguna. Fuera, fuegos fatuos brillaban en el hotel. Era como un barco que pasaba, blanco y terrible en la noche.

Angelina abrió la mano. Había matado al pajarito apretándolo en exceso. La miraba con sus ojos negros, sin ver nada. Lo dejó caer en silencio al suelo. El aire era frío. Tiritó camino del hotel.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Mucho más abajo, el mar zumbaba y relucía entre la neblina producida por el calor de la mañana. Era como si no hubiera habido nunca una tormenta, como si nunca la fuera a haber. A lo lejos, cubierta por la neblina y una nube blanca, la Île de la Gonâve señalaba el principio de las aguas profundas de la bahía occidental. Hacia el norte, más allá de la llanura de Cul-de-Sac, montañas verdes y moradas tocaban un cielo de cobre. Más allá de las montañas, más montañas, como una obsesión, oscureciéndose a medida que se hacía más fuerte.

El taxi pegó un salto al encontrarse con un bache en la carretera. Un momento más tarde ya no estaban al sol, avanzaban entre alargadas sombras frente a una fila destartalada de casas de madera, con aleros de marquetería y persianas decoradas torcidas y rotas, la pintura chillona manchada y desprendiéndose. El pequeño Peugeot tomó una curva cerrada, casi perdiendo los paquetes precariamente puestos en la baca. Era casi mediodía.

Angelina había sentido la tentación de quedarse en Pétionville. Se sentía arropada en el hotel. Arropada y seducida. Sábanas limpias blancas, aire fresco, manteles de lino planchados en la mesa del desayuno, chocolate hecho *à la française*. Había alargado el desayuno, pensando en el dinero del seguro que pronto le llegaría, y cuántas noches de sábanas limpias podría pagarse con él.

Entonces había llegado Reuben y le había estropeado la ilusión. Él no había dormido, perseguido por sueños extraños y pequeñas pesadillas. Bellegarde lo sabía todo, lo sabía ya antes de que llegaran, los esperaba. ¿Era la perfidia o el azar o una simple comedia de errores? Más que nunca, Reuben tenía la impresión de ser un peón en un juego mortal que él no controlaba. ¿Debía decirle a Angelina que sabía que Bellegarde había estado en Nueva York, que se había encontrado con su hermano allí?

—Tenemos que irnos —dijo—. Bellegarde nos ha pescado, nos está haciendo bailar a su son. Lo mejor que podemos hacer es alejarnos de él.

Había ido a la habitación de ella después de acabar su desayuno en la suya. Estaban sentados en el balcón que daba al patio del hotel.

—No puedes hacer eso —murmuró ella, mordiendo un *brioche* de chocolate.

—¿Por qué no?

—Ya verás —dijo ella.

Un fino hilo de chocolate fundido le cayó por la mejilla. Lo lamió perezosamente.

—¿Por qué no me avisaste que estaría él? ¿Por qué no me advertiste?

—¿De qué iba a servir eso? Tarde o temprano se habría enterado de nuestra llegada.

—Dijiste... me diste a entender que tu familia había sido expulsada de la política

después de la detención de tu padre. ¿Cómo puede ser que tu hermano sea jefe de la policía secreta de Port-au-Prince?

Ella se encogió de hombros.

—De hecho, Maxeldwan es mucho más que eso —dijo ella—. No sólo es *chef de sécurité* de la capital. Eso es sólo su título oficial. En realidad Max es el que manda en ese tinglado. Trata directamente con el presidente.

—No has contestado mi pregunta.

Reuben se sentía incómodo. Su comportamiento había cambiado desde que habían llegado, desde el viaje hasta Pétionville. Parecía estar volviendo hacia algo que no sabría definir, un estilo, una afectación...

—Olvidas que aquí los ciclos se completan —dijo ella—. A Max no le gustaba la vida del campo, quería poder, lo consideraba su derecho legítimo. Se cambió el nombre a Bellegarde; el apellido de mi madre. Entonces hizo las oportunas amistades y esperó la caída de Duvalier. Éste cayó, los amigos de Max alcanzaron sus propósitos y Max recibió su pequeño feudo.

Con dedos hábiles partió un *croissant* y le puso mantequilla y mermelada. Con todo cuidado se sirvió otra taza de la *chocolatiere* de plata.

—Él sabe quién soy yo —dijo Reuben.

—No lo creo. No eres nadie. Max no lo sabe todo.

—Sabe que soy un poli. Lo insinuó. «Habla como un policía, profesor». Eso es lo que dijo.

Angelina sonrió con condescendencia.

—Y tiene razón. Hablas como un poli. Eres un poli. Sus suposiciones no tienen nada de siniestras.

—Sí, Angelina, sí que lo son. Bellegarde sabe que está pasando algo. Sabe que estoy en este país con un nombre falso, con un pasaporte falso. Me podría hacer detener sólo por eso.

—Ése no es el estilo de Max. Nunca se precipita. *Piano, piano, si va lontano*. Ése es el método de Max. Nos hará vigilar, para ver a qué nos dedicamos. Y ahora... —Dejó el cuchillo sobre la mesa—. ¿Qué tal si me dijeras a qué hemos venido, exactamente?

Reuben la miró con asombro.

—¿Quieres decir que no lo sabes? ¿No te lo explicó Sally? Me dijo que estabas al corriente del riesgo, que te habías ofrecido a acompañarme, para tantear el terreno.

Angelina asintió.

—Me dijo algunas cosas. Pero aún estaba medio drogada el domingo. De hecho, sólo empiezo a estar totalmente rehecha ahora. Sally me dijo que trabajaba para el gobierno, que tú también habías aceptado trabajar para ellos. Me dijo que estabas metido en un lío, que han archivado el caso del asesinato de Rick, y que la única

manera que tienes de disipar las sospechas que penden sobre ti es infiltrándote en el grupo de aquí. Y me dijo que si me quedaba en Nueva York estaría aún en mayor peligro. ¿Qué? ¿Hay algo de verdad en todo esto?

Le explicó todo con tanto detalle como pudo. Angelina escuchó con atención, viendo cómo el sol cambiaba de posición en el patio y pequeños pájaros entraban y salían de los elegantes árboles. Cuando acabó ella se quedó callada un rato, la cara sin movimiento alguno. El sol la tocó. Los dedos de él se acercaron a la mano de ella y volvieron a alejarse.

—Ten cuidado con Max —dijo ella por fin—. Él vigilará, esperará y te hará creer que lo has perdido de vista. Pero al final te hará daño. Y te matará si le apetece.

El chocolate se le había enfriado. Tenía minúsculas migas en el regazo, como oro. Tiritó y se quedó callada durante mucho tiempo.



Los barrios de chabolas eran peores de lo que Reuben hubiera podido imaginar. Angelina había insistido en que el conductor los llevara por allí. Quería que Reuben los viera, para que conociera Haití en su dimensión real. A ella la habían educado para evitarlo. Su hermano Max trabajaba para perpetuarlo.

La primera cosa que llamó la atención a Reuben fue el calor, la segunda el olor. La gente vivía allí como perros, como alimañas entre sus propios excrementos, en un mundo de basura, entre alcantarillas abiertas, junto a los cadáveres putrefactos de animales muertos. Sus casas eran cajas de cartón, bolsas de plástico, trozos de latón. Duraban una noche, dos noches, a veces incluso una semana, hasta que llegaban las lluvias y las aplastaba, un viento fuerte surgía del mar y se las llevaba, o se prendía fuego y se quemaban. El barrio de chabolas era cosa del viento y el aire, moviéndose constantemente, creciendo, cayendo, combinándose, recombinándose.

La tormenta de la noche anterior había desencadenado el caos. La gente correteaba entre el barro y la basura maloliente, recuperando trozos de saco, lona y nylon, latas, palos rotos. Brooklyn era pobre. Gibson Street era pobre. Pero comparado con aquello, la vida allí era lujo. Reuben cerró la ventanilla, dejando fuera el olor y el ruido. Pero no podía dejar fuera las caras de la gente.

Fueron hasta la ciudad, a través de calles estrechas llenas de coches y *tap-taps*, animales de carga y carros de dos ruedas tirados por hombres que a duras penas respiraban y chicos de pecho estrecho, una explosión frenética de ruedas y piernas, donde nada era tan importante como pasar lo más rápido posible. Reuben tuvo los ojos cerrados la mayor parte del trayecto. Angelina dirigió al conductor hacia una calle tranquila junto a la catedral católica, saliendo de la rué Bonne Foi. La calle no parecía tener nombre. Angelina no mencionó que lo tuviera.

Se detuvieron ante una casa de madera de dos pisos, pintada de rosa con persianas

azules. Escalones desgastados de madera llevaban a una puerta con cuarterones de cristal. Angelina llamó al timbre mientras Reuben esperaba al pie de los escalones con el equipaje. La gente que pasaba se quedaba mirándolo fijamente, sin la menor inhibición. Algunos niños se atrevieron a gritar «*allo, blanc*» antes de salir corriendo, riendo. Una niña vestida de blanco abrió la puerta y se asomó. Angelina le susurró unas palabras y desapareció.

Unos segundos más tarde la puerta se llenó con un tumulto de ruido y color. Angelina fue tragada por una enorme mujer que parecía hecha de metros y metros de algodón estampado. Las dos mujeres se abrazaron, se miraron y se volvieron a abrazar. Y de repente Angelina se puso a llorar incontrolablemente, acunada en el enorme pecho de la otra como un niño herido.

Llorando todavía, Angelina fue llevada adentro, dejando a Reuben al pie de la escalera. La puerta había quedado abierta de par en par. Esperó un minuto más y entonces cogió las maletas y entró.

No fue difícil encontrar a Angelina. La habían llevado a la parte trasera de la casa, a una gran cocina cargada de hierbas aromáticas y especias, donde estaba sentada en una silla baja, de recto respaldo, rodeada por la mujer enorme y un grupo de otras mujeres, todas de menor talla. Nadie hizo el menor caso de Reuben. Poco a poco, el llanto de Angelina fue amainando. Alguien sacó una botella de *clairin*, otra empezó a cantar en voz baja. Finalmente, Angelina levantó la vista y vio a Reuben de pie en la puerta, con calor e incómodo. Le sonrió y le hizo señal de que se acercara.

—Reuben, lo siento, he sido muy mal educada. Permíteme que te presente.

Se puso de pie y cogió de la mano a la mujer enorme.

—Reuben, ésta es Mama Vijina. Vijina es una *mambo*, lo que llamarías una sacerdotisa vudú. Rick y yo siempre nos quedábamos aquí cuando veníamos a Haití. Ella le enseñó lo que él sabía sobre el *voudoun*, le introdujo en los *mystères*. Le acabo de decir que está muerto. A Vijina le gustaba Rick. Es una de las pocas personas de quien se puede decir eso. Creo que ella lo entendía, o algo así.

A Reuben le parecía que Vijina estaba entre los cincuenta y los sesenta años, quizá más. Su cuerpo era un triunfo de la carne, escondido bajo una voluminosa túnica de algodón de colores vibrantes y estampado abstracto. En la cabeza llevaba un pañuelo, atado a la manera tradicional. Entre ambas cosas estaba su cara.

Reuben descubrió que era incapaz de apartar la vista de su cara, de despegar los ojos de los suyos. Era una cara normal elevada por algún tipo de alquimia interna a otro nivel. O quizá una cara extraordinaria que reducía su intensidad para hacerla soportable para los vulgares mortales. Cuanto más miraba, menos entendía. Percibía serenidad y a la vez ira; deseo desenfrenado unido a la más absoluta pureza; la visión y la ceguera, el orgullo y la humildad, la vejez y la infancia; una masa de contradicciones y a la vez sin contradicción alguna. Al final apartó la mirada, como si

lo hubieran liberado, y cruzó miradas con Angelina.

—Ya verás —dijo ella—. Al principio Rick tampoco entendía nada.

Angelina se dio la vuelta y habló en voz baja con Vijina en criollo. Reuben oyó que decían su nombre una vez y otra le pareció oír el de Max Bellegarde. Le presentaron otras personas. Nadie hablaba inglés.

—Ésta es Locadi —dijo Angelina, adelantando a la chica del vestido blanco que había abierto la puerta. Parecía tener unos dieciséis años, bonita pero tímida—. Locadi es una *hounsi*, una Je ias novicias de Mama Vijina. Ella nos cuidará. Me dicen que habla algo de francés. Si hablas lentamente, ella te comprenderá.

Media hora más tarde llevaron comida: plátano frito, frijoles, berenjenas y mucho arroz. Durante la comida, Reuben miraba a Angelina. Desde que había llegado a casa de Mama Vijina había vuelto a transformarse. La niña mimada de Pétionville había desaparecido y se había visto sustituida por alguien que estaba completamente a gusto en ese entorno más humilde. Comía con cuchara de latón, compartiendo un plato con las otras dos mujeres, sin la menor afectación ni incomodidad, contenta. Reuben se preguntaba quién era realmente.

Cuando hubieron recogido los platos, Angelina explicó que quería estar a solas con Mama Vijina.

—Y tú, Reuben, ¿qué quieres hacer?

—Creo que iré a hacer una visita a los Hooper, a ver qué tal está Doug Hooper. ¿Está lejos? Quizá deba llamar un taxi. Angelina sonrió.

—Esto no es Nueva York. Vijina no tiene teléfono. Locadi te acompañará. No está lejos. No te preocupes, estarás perfectamente a salvo. No es Harlem. El hecho de ser blanco no te pone en peligro.

Al mencionar peligro, Reuben puso mala cara.

—No es la calle lo que me preocupa. ¿Y aquí? ¿Conoce Bellegarde este sitio?

—Max está al corriente de todos los sitios. No tiene sentido intentar esconderse de él. No hay otro lugar más seguro en todo Port-au-Prince. Confía en mí.

Aún tenía esas palabras en la boca cuando recordó la última vez que las había oído. ¿Se acordaría Reuben también? Era mejor ni pensarlo.

Se volvió para irse. Locadi esperaba junto a la puerta.

—Reuben...

Se dio la vuelta. Angelina se le acercó y le dio un suave beso en la mejilla, cerca de la boca.

—Ten cuidado —dijo ella—. Hagas lo que hagas, no te separes de Locadi.

Se fue. Mama Vijina la esperaba en otra habitación.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Nueva York

Sally miró a Emeric, y entonces fue hasta la mesa de trabajo y sacó una botella de bourbon y un vaso. Vacío la botella y la tiró a la papelera. Estaban en la parte trasera de la torre de cristal, en un piso distinto, rodeados por nubes bajas que dejaban finas estelas de condensación en las ventanas oscurecidas. Era como estar en el paraíso, estar tan alto sin alas. Sólo que el paraíso estaba en otro sitio, Sally no sabía dónde. Sólo sabía que no era allí, que aquello era una antesala del infierno.

—Se lo deberías haber dicho —le reprochó ella.

No miraba a Emeric, no podía mirarlo a la cara. Miraba por la ventana las nubes y las luces del rascacielos reflejándose en las gotitas de agua que las componían.

—Le dije muchas cosas —dijo Emeric—. Los dos le dijimos mucho. —Estaba de pie delante de unas estanterías, buscando en unas pilas de papeles—. Más de lo que tenía derecho a saber, más de lo que era apropiado que ninguno de los dos supiera.

—¿«Tenía derecho»? ¿«Era apropiado»? No comprendes, ¿verdad? ¿Quién da derechos a la gente? ¿Quién decide lo que es apropiado? Reuben Abrams se merece que le digan todo lo que se sabe sobre esta operación. Tienes que concederle ese derecho.

—¿Y qué, exactamente, es lo que crees que debería saber, además de lo que ya sabe?

Ella sorbió el bourbon, cambió de idea y se lo bebió todo de golpe. Tardó un rato en responder.

—Que doce de los catorce agentes que teníamos trabajando en Haití fueron masacrados la semana pasada. Que va a haber un golpe de estado en cualquier momento. Y que es sumamente probable que se vean implicados en el conflicto. Implicados, detenidos, torturados y asesinados.

—No es necesariamente cierto. Si todo va bien...

—Vete a la mierda, Emeric. ¿Qué posibilidades crees que hay realmente de que sea así? —Se detuvo—. ¿Le hablaste de Bellegarde?

—Sólo le dije que era el hermano de Angelina Hammel. Que es jefe de la policía de seguridad.

Sally se volvió bruscamente hacia él.

—¿Sólo eso? ¿No se te ocurrió decirle quién es realmente? ¿Quién cree que es?

—No creo que a Abrams le ayudara saberlo. No me pareció tan importante. Sigue sin parecérmelo.

—¿Y ella, la mujer, qué?

—¿Qué le pasa?

—Sabes perfectamente lo que quiero decir. ¿Lo sabe ella?

Emeric se encogió de hombros.

—Supongo. Sí. Hablé con ella. Creo que comprendió.

—¿Crees?

Emeric dejó una pila de papeles.

—Sally, todo esto pasó muy de prisa. Si nos hubiéramos tomado el tiempo de hacer preguntas, de formarlos adecuadamente a los dos, lo que fuera... todo habría acabado antes de que llegaran a Haití.

—Así que mandaste a Reuben a ese... ese jaleo... sin tener la menor idea de por qué lo hemos mandado, sin el menor apoyo.

—Tiene apoyo.

—Sí. Dos agentes asustados que están haciendo lo que pueden para escaparse antes de que los degüellen.

—Voy a mandar más gente. Estoy sacando gente de Cuba y de la República Dominicana.

—Que no saben nada en absoluto sobre la situación haitiana.

Emeric jugueteó con los papeles. Parecía nervioso.

—Algunos no es la primera vez que van. Mira, Sally, todo esto me gusta tan poco como a ti. Preferiría no usar a Abrams de esta manera. Pero no tengo otro remedio. Y visto el cariz que está tomando el asunto él tampoco tiene otra opción.

Sally miraba las nubes. Pensaba en la ciudad que se ocultaba debajo, las calles y los túneles escondidos debajo de las calles. Pensó en Reuben besándola, una tarde de domingo en agosto hacía mucho tiempo, o al menos a ella así se lo parecía. Tuvo la impresión de que podría saltar sobre las nubes y que ellas la sacarían a flote.

Y sabía que no era más que una ilusión. Emeric tenía razón. No tenían otro remedio. Tenían lo mismo que cualquier otro: podían escoger entre una gama de ilusiones.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Hooper estaba en la cama en una habitación pequeñísima en la trastienda, rodeado de cajas con la etiqueta «Baha'i Publishing Trust, Wilmette, Illinois». La habitación tenía el aire cargado y maloliente, y había poca luz. Hooper estaba apoyado en dos almohadones sucios. La sangre había empapado la venda de la mandíbula. Le habían dado una inyección de algo, seguramente morfina, y le habían dicho que descansara. Tenía un libro de oraciones en una silla junto a la cama. Junto al libro estaba una ración medio comida de judías y arroz en un plato de latón.

Reuben había llevado una botella de *clairin*, auténtico Barbancourt, el mejor. Hooper la rechazó. Reuben se encogió de hombros. Debería haberse imaginado que eran abstemios. Locadi también se encogió de hombros y se metió la botella en la bolsa: sería una ofrenda adecuada para los *loa*. Sus dioses no eran tan quisquillosos ni tan estrechos de miras.

—Supongo que anoche me pasé un poco —dijo Hooper entre dientes.

Apenas podía mover la mandíbula. Tuvo suerte de que no se hubiera roto.

—Lo que hizo fue una estupidez —dijo Reuben—. Pero me hizo admirarlo. Aún me convertirá.

Hooper sacudió la cabeza. Sus ojos parecían melancólicos, enfocados hacia los Estados Unidos.

—No era la manera Baha'i de comportarse. El orden y la ley van por delante de la conciencia personal. Estaba interfiriendo con la aplicación de la ley. El policía tal vez fuera brusco, pero éste es su país. Rezaré por él, por supuesto. Rezaré por él y por el hombre que pegaba, por los dos. Pero yo metí la pata.

—Se comportó de una manera cristiana —dijo Reuben—. La mayor parte de la gente no tendría el valor de intervenir así. Tal vez el mundo sería mejor si muchos de nosotros tuviéramos ese valor.

—¿Usted es cristiano?

Reuben se preguntaba qué debía contestar. La verdad era lo más fácil.

—No. Soy judío. ¿Qué opinión tienen de los judíos?

—Nosotros amamos todas las religiones. Dios se ha revelado de muchas maneras a mucha gente. Pero los judíos siempre os lo perdéis. Rechazasteis a Jesús, después a Muhammad y ahora a Baha'u'llah.

Reuben no dijo nada. Miró el cuarto mugriento sin ninguna ventana, las paredes sucias. Era sofocante. Alguien había colgado un fragmento de caligrafía árabe encima de la cama.

—El sitio no es gran cosa, ¿eh? —dijo Hooper.

Reuben sacudió la cabeza.

—Jean lo dejará rutilante como el oro en unos pocos días. Es una maravilla. Ya

verá.

Buscó por el suelo y cogió una caja. La puso sobre la cama, metió la mano y sacó una chocolatina.

—Ten —dijo, ofreciéndola a Locadi.

Un norteamericano con una chocolatina, un niño pobre: la vieja y simple ecuación.

Locadi vaciló, pero sonrió y cogió la chocolatina, metiéndola en la bolsa junto al *clairin*.

Reuben carraspeó.

—¿Quiere que le traiga algo? ¿Comida, medicinas?

Hooper indicó que no, estremeciéndose de dolor al tirar de uno de los puntos de sutura.

—No, gracias. Los amigos nos están cuidando. Tenemos todo lo que necesitamos.

—Si necesitan algo o... si tiene problemas por lo que pasó en el aeropuerto, avísenme. Locadi puede dejar nuestras señas a su mujer.

—Gracias. El doctor dice que mañana me podré levantar. Quizá iremos a visitarlo.

—Eso —dijo Reuben, preguntándose cómo se tomaría Mama Vijina la visita de los misioneros—. Eso estaría bien.

Habló con Jean Hooper camino de la salida. Estaba en la tienda ordenando libros junto con dos haitianos y un tercer hombre que presentó como Sirius Amirzadeh, un iraní. Amirzadeh era farmacéutico, había conseguido los medicamentos para Hooper.

Era un refugiado de la revolución islámica, había perdido un hermano y un primo, ambos ejecutados. La fe había empezado en Irán y era una minoría perseguida allí. Reuben le preguntó por qué había ido a Haití. Dio la misma respuesta que los Hooper: «Para ser pionero. *Muhajir* decimos en persa. Alguien que se va de su casa para servir a Dios». Tenía unos treinta años, delgado, de clase media, inteligente. Hablaba bien el inglés. Reuben no habría pensado que fuera misionero.

—Esta mañana atravesamos un barrio de chabolas —dijo Reuben—. Quizá lo ha visto, está al sur de la ciudad, camino del Carrefour.

—Sí, lo he visto. Hay varios barrios de chabolas en Port-au-Prince. Haití tiene los barrios más miserables del hemisferio occidental.

—¿Qué dice de eso su fe? ¿Cambiará algo de eso el hecho de que usted esté aquí?

Amirzadeh sacudió la cabeza. Tenía ojos grandes, ojos con alma, ojos sin ambigüedad. Reuben no los podía mirar.

—No podemos hacer gran cosa. Somos una religión pobre, no como los evangelistas norteamericanos. Siempre que podemos, invertimos dinero en algún proyecto de desarrollo, o de educación. Esta tienda es parte de un proyecto educativo.

Jean Hooper metió baza.

—Dar pan a la gente no incide en los problemas de fondo. Lo que necesitan es una nueva sociedad, una nueva estructura. Si vives en una casa que se está derrumbando, no intentas solucionarlo con pequeños arreglos. Vas y construyes una nueva. Es por eso que estamos aquí, Sirius, Doug y yo misma. Estamos sentando las bases de un nuevo orden mundial. Algún día habrá un estado baha'i aquí, y con el tiempo llegará a haber un estado mundial baha'i. Entonces verá. Todo el mundo bajo una única fe. La humanidad unida. Justicia en todas partes, no habrá pobreza, ni hambre. Tiene que aprender a ver las cosas a gran escala, profesor Phelps.

Los ojos le brillaban. Al igual que los del iraní, carecían de ambigüedad, eran vehículos de la certidumbre. Su visión de un mundo perfecto era la única pasión que poseía; la nutría, le permitía pasearse por los barrios de chabolas sin inmutarse. Reuben no dijo nada. Quería preguntar cómo esta gente podía querer construir un estado a la vez que afirmaban no inmiscuirse en asuntos políticos. Pero no fue capaz. No dijo nada y se fue.

En un portal frente a la tienda, un hombre con oscuras gafas de sol los vigilaba, sin intentar ocultarse. Locadi alargó el cuello y susurró al oído de Reuben «Sécurité». Él asintió y siguieron adelante. El hombre no los siguió. Así que Max vigilaba a los Hooper.

Ya fuera por el cansancio o por la irritación que aún sentía por la visión de Jean Hooper, Reuben se descuidó. El hombre de la puerta no era el único que vigilaba. Otros ojos lo seguían mientras regresaba con Locadi, mirando como un turista cualquiera las torres blancas y rosadas de la gran catedral.

CAPÍTULO CINCUENTA

Macandal dio señales de vida el sábado por la mañana, no en persona, sino a través de un intermediario. Utilizó un niño, un chico que fue con las botellas de *orgeat* que Mama Vijina había encargado en una tienda de la rué Borgella. Esa noche habría encuentro *voudoun*, en el *houngfor* de Vijina en las afueras de la ciudad. El *orgeat*, dulce y pegajoso, junto con cuencos de harina y huevos, sería parte de una ofrenda a Damballah. Con las botellas llegó un mensaje dirigido a Reuben como el profesor Phelps, pidiéndole que se encontrara con Macandal esa noche en el *houngfor*. El mensaje no hacía referencia a una pistola, aunque sí insinuaba que Macandal tendría algo que Reuben encontraría útil.

—¿Estoy invitado? —preguntó Reuben a Angelina.

Estaban sentados solos en la orilla, mirando cómo descargaban pequeños barcos: café de Jacmel, *vétiver* de Ducis, sisal y goma de St. Marc. Unos hombres llevaban grandes sacos del embarcadero a carros que esperaban. Sudaban, sonriendo o poniendo mala cara bajo su pesada carga. Había mucho trabajo que hacer. Aunque nadie se estaba haciendo rico.

—¿Al *houngfor*? Pues claro. Eres un antropólogo, un estudioso del *voudoun*, es natural que vayas.

—No sabré qué hacer. Estaré fuera de lugar.

Angelina sonrió y sacudió la cabeza. La brisa del mar le alcanzó el cabello y lo levantó con suavidad. A sus espaldas, la ciudad estaba algo apagada por una neblina de aire contaminado. Los estibadores gritaban, tirando a tierra pesados sacos y cajas.

—No te preocupes —dijo ella—. Estaré contigo. No hay que guardar las formas. No tienes que hacer nada, sólo mirar. Eso sabes hacerlo, ¿no?

—¿Y tú? ¿Vas a mirar, o a tomar parte?

Ella se encogió de hombros.

—Eso depende.

—¿Depende de qué? —Una gaviota pasó a toda velocidad, blanca y burlona.

—De los *loa*. No se los puede obligar a venir. Se los puede invitar, se los puede provocar, incluso se los puede sobornar; pero en definitiva vienen cuándo y cómo les parece.

—El hombre de Max, ¿se tomará la molestia de seguirnos hasta allí?

Se refería al hombre de las gafas de sol que los había seguido desde casa de Mama Vijina hasta el muelle y que aún los vigilaba, parcialmente oculto detrás de una grúa.

—Claro —contestó ella—. No son tan estúpidos. No desprecies a Max ni a la gente que trabaja con él. No es que no sepan, es que quieren que los veas. Esta noche, ten cuidado cuando te encuentres con ese Macandal. Es un buen sitio para reunirse,

pero no creas que no te van a estar vigilando.

Reuben miró hacia el mar, más allá de la contaminación del puerto hacia la sencillez del horizonte azul. Hacía más de doscientos años algo vino del otro lado del océano, algo por lo que los hombres aún estaban dispuestos a matar. Ahora los barcos llegaban con otro tipo de cargamento: blanco y blando, pero igual de mortífero.

—Volvamos —dijo él—. Aquí tengo la sensación de estar de vacaciones. Hemos venido a trabajar: quiero echar una buena ojeada a las notas de Rick.

Angelina se puso de pie. Miró a su alrededor y vio lo mismo que veía Reuben: una ciudad contaminada al borde de un mar azul, miseria al pie de montañas altísimas, corrupción en el paraíso. Pero eso era sólo la superficie. Si tenía tiempo, apartaría las tapas y le enseñaría lo que había debajo. Empezaría aquella misma noche.



Pasaron la tarde en el minúsculo salón de Mama Vijina en la parte delantera de la casa, leyendo la libreta de Rick. Era un grueso volumen de más de trescientas páginas. Rick había tomado notas minuciosas de todas sus investigaciones, con referencias, detalles bibliográficos y los textos de fragmentos especialmente importantes. Por todo el libro había pegado y grapado recortes de prensa, fotocopias y cartas. Era exhaustivo y era dinamita. Cuanto más leía, mejor entendía Reuben el empeño de la Orden por apoderarse de él. La libreta contenía nombres, señas, puestos, detalles de actos criminales cometidos por miembros de la Orden, suposiciones acerca de su grado de influencia en la sociedad norteamericana. Si sólo la mitad de lo que Rick había descubierto era verdad, Sally y sus colegas de la AVS estaban pescando en aguas llenas de tiburones.

Toda una sección de la libreta contenía material sobre el comercio de esclavos. Había sido a partir de su investigación acerca de los movimientos de cargamentos humanos de África al Nuevo Mundo que Hammel había encontrado los primeros indicios de los orígenes y la extensión de la Séptima Orden. Su libreta estaba llena de fotocopias y documentos originales relacionados con su investigación, sobre todo con su búsqueda del barco que había llevado el culto de Tali-Niangara hasta las costas de Haití.

Lentamente, a partir de papel viejo y tinta desvaída, un mundo empezó a perfilarse ante Reuben. Un mundo bárbaro e incomprensible cuyos límites eran cadenas y amarres, ganchos y hierros candentes. A medida que Angelina iba leyendo en un vivo tono de voz, traduciendo los escuetos relatos y las apergaminadas cartas de comerciantes y capitanes muertos hacía mucho tiempo, los fantasmas se encarnaban.

Jóvenes vendidos por un trozo de algodón de Guingamp o un *ancre* de licor,

mujeres cautivas por un puñado de *rassades* o una *toque* de conchas de cauri, niños arrebatados a sus padres a cambio de un sombrero o un poco de algodón. Cuerpos negros aislados en la bodega de barcos pequeños, sin ventilación, como libros en una estantería. La larga espera frente a las costas brillantes de África hasta que el barco se llenaba, los cuerpos demacrados tirados por la borda, el olor de vinagre en las cubiertas bañadas por el sol, los suicidios, el «flujo sangriento», el escorbuto, la tierra firme alejándose, el mar abierto, el largo viaje hacia la esclavitud.

Eran, ante todo, los ruidos que imaginaba lo que ponía la piel de gallina a Reuben en el silencio de la casa de Mama Vijina: el rugido de las olas, el crepitar de la madera y los remaches, el chocar de las cadenas, el chasquido de los látigos de sisal, los lamentos de los enfermos y los desesperados, el viento en las velas harapientas, el resquemor de la piel sebosa bajo el hierro candente, el chasquido de los huesos quebradizos.

A última hora de la tarde encontraron lo que buscaban. Hacia el final de la libreta, Rick había hecho una extensa anotación en tinta roja bajo el encabezamiento «Haití, cuestiones a confirmar en los archivos». La nota consistía en una lista de periódicos del siglo XVIII publicados en St. Domingue/Haití: la gaceta oficial. *Les Afiches Américaines*; el *Journal Général de Saint-Domingue*, *La Gazette du Jour*, el *Journal de Port-au-Prince*, *L’Avisseur du Sud* y *La Sentinelle du Peuple*. En el margen Rick había anotado varias exclamaciones. La nota entera estaba subrayada dos veces.

Junto a cada título había escrito una serie de fechas que iban de mayo a septiembre de 1775. Debajo, en una serie de círculos, había anotado varios nombres, cada uno con un signo de interrogación: ¿Nairac? ¿Maniable? ¿Castaing? ¿Le Jeune?

La anterior página de la libreta contenía una nota fechada unos meses antes, justo antes de salir hacia África. Si hubiera tenido prevista una investigación de los archivos de Port-au-Prince, no había tenido ocasión de hacerla. Reuben iría a los archivos a primera hora de la mañana.

Mientras leían, se había hecho tarde. Alguien llamó suavemente a la puerta. Locadi entró.

—Pronto será hora de irse —dijo ella—. Los dioses estarán esperando en el *péristyle*.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

En la oscuridad empieza la noche. El aire se había espesado con el sonido de los tambores. Estaban llamando a la noche, incitándola a imponerse. Los que temían la oscuridad atrancaban puertas y ventanas. Otros miraban y escuchaban, recordando.

La noche era cálida, pero Reuben tiritó al entrar en el coche, un pequeño Peugeot que había alquilado esa mañana. Angelina ocupó el asiento del conductor, mientras que cuatro amigos de Mama Vijina lograron meterse, increíblemente, en el asiento trasero.

Condujeron por calles asombradas, feas, pasando frente a edificios amontonados, silencios, temores, mendigos en portales, banderas harapientas, persianas que hacían guiños momentáneos y volvían a cerrarse con estruendo cuando pasaban. Angelina se dirigió hacia la rue du Quai, y después hacia el norte, hacia el aeropuerto. Pasaron la terminal de ferrocarril a la izquierda y después el aeródromo Bowen a la derecha, y se dirigieron hacia la llanura. La ciudad parpadeaba, tartamudeaba y finalmente se desvaneció por completo. La oscuridad se apoderó de ellos. Nadie habló. Ya eran medio divinos.

La carretera avanzó entre filas de mangos, con frutos maduros colgando de largas ramas verdes. Pronto los árboles fueron sustituidos por oscuros campos de caña de azúcar, quietos y silenciosos en la noche inmóvil. Aquí y allí aparecía alguna casa en la luz de los faros, encaladas como tumbas, encorvadas bajo la sombra de palmeras gigantes.

Una carretera secundaria los llevó hasta el *péristyle*, el edificio central en el que se desarrollarían la mayor parte de las actividades de la noche. Ya había mucha gente reunida. Algunos habían llegado a pie, otros en *camionette*, varios en bicicleta, algunos en coche. Los bancos estaban repletos de hombres, mujeres y niños vestidos con su mejor ropa y comportándose más como si estuvieran en un *picnic* que en un acto religioso. Algunos fumaban, otros bebían botellas de *kola-champagne*, algunos sorbían *clairin*.

En el centro del *péristyle* se erigía una vara, un tronco de árbol sin ramas puesto derecho sobre una base circular de cemento. Era por este árbol por donde bajarían los *loa*, entrando en el mundo inferior del reino de los espíritus. La base había sido decorada con pinturas de colorines: una bandera haitiana, una cabra negra, una serpiente, varios crucifijos, una calavera humana. Encima había velas en candelabros de hierro, varias botellas de ron y diversas ofrendas.

Los Hooper estaban allí, junto a la puerta que llevaba a la *bagui*, el santuario interior. Locadi los había invitado y habían llegado antes en una *camionette* con Mama Vijina. Parecían incómodos y fuera de lugar, sobre todo porque estaban haciendo tanto esfuerzo por parecer naturales y ser tan encantadores con todo el

mundo. La mejilla de Doug ya no estaba vendada, pero tenía cinco centímetros marcados por una línea de puntos de sutura negros, rodeada por la piel amarilla y morada por los hematomas. Jean se había puesto su mejor vestido, pero junto a los colores encendidos que llevaban las mujeres a su alrededor resultaba apagado y poca cosa. Doug vio a Reuben y a Angelina cuando entraron, les sonrió y saludó como si lo aliviara ver otra cara blanca.

Encontraron dónde sentarse junto a la entrada. Angelina estaba diferente esa noche, su cabello, su piel, sus ojos habían cambiado. Llevaba un foulard rojo brillante y un vestido que hacía juego. A la luz de las antorchas plantadas alrededor del *péristyle* parecía estallar en llamas. Los hombres se fijaban en ella, algunos echándole miradas nada equívocas. Varias mujeres sonrieron al verla y algunas se acercaron a besarla y abrazarla, recordándole cuándo se habían visto por última vez. Reuben se sentía excluido. Recorrió el *péristyle* con la mirada, preguntándose cuál de los participantes sería Macandal. Quizá aún no había llegado.

Empezó a sonar un tambor profundo, el *sécond*, buscando un ritmo, corriendo, atrapándolo, deteniéndose para respirar, volviendo a empezar. Y entonces, maniobrando alrededor del otro, los adornos staccato del *kata*, agudos y nerviosos. Y finalmente la palpación profunda del tambor más grande, como un temblor que surgiera de un profundo agujero. La gente se removía en los asientos, esperando el inicio de la ceremonia, pero nadie se levantó ni puso cara de devoción. Alguien rió, una pareja se peleaba, un niño lloró. La gente seguía yendo y viniendo, algunos con platos de *grillot* caliente y *kola* templada que habían comprado en un chiringuito de fuera.

De repente, los tambores se detuvieron. Una puerta al fondo del *péristyle* se abrió de par en par y apareció Mama Vijina, acompañada por media docena de *hounsis* que llevaban banderas y un hombre vestido de blanco con un pañuelo rojo atado al cuello.

Mama Vijina se acercó al *poteau-mitan* y empezó a escanciar libaciones de ron y otros licores alrededor de su base. Reuben sintió como un escalofrío de extrañeza le subía por la espalda. Aquella no era la mujer afable y sencilla en cuya casa había pasado los últimos dos días. Sus facciones, su porte, su estatura, todo había cambiado. Estaba en la estancia como la noche, la música, la oscuridad, las antorchas encendidas; todos los ojos estaban fijos en ella, ella los atraía y los capturaba, dispuesta a soltarlos cuando se convirtiera en el potro de los dioses.

Las *hounsis* formaron un semicírculo y empezaron a cantar, dando palmadas siguiendo el ritmo:

*Legba! soleil te lève, Legba,
Ouvri barrié pou mon, Legba
Ouvri barrié pou toute mounne you*

Mait'passé toute mounne moin Bondye.

Cuando hubo acabado con sus libaciones, Mama Vijina empezó a saludar a sus invitados. A los que conocía bien los tomaba de la mano, sacándolos al centro antes de hacerlos girar haciendo una pirueta como señal de honor. A los Hooper no les hizo ningún caso.

Se fue acercando a Reuben y Angelina, ya no era una mujer grande y gorda, sino una sacerdotisa, partícipe de los misterios. A Reuben se limitó a hacerle un gesto con la cabeza, como reconocimiento de que estaba allí y era su invitado; pero a Angelina la cogió de la mano y le dio tres vueltas sobre el suelo polvoriento, con los ojos fijos en los de Angelina, asintiendo una y otra vez con la cabeza, ya fuera como aprobación o para darle ánimos. Angelina parecía sobrecogida y se sentó algo desconcertada. Reuben notó que la gente la miraba.

La ceremonia se hizo la noche a su medida. Mama Vijina se puso de pie junto al *poteau-mitan*, marcando el ritmo para los *zepaules*, la primera danza, purificando el aire, purificando el cuerpo de los presentes para la inminente teofanía. Por todo el *péristyle*, la gente daba palmadas y golpeaba con los pies en el suelo. Los tambores cogieron fuerza, subiendo, bajando, hablando en voz alta. Mama Vijina empezó a cantar, una canción para Erzulie, una canción para Sin Jak Majé, una canción para Damballah-wèdo, haciéndolos bajar, atrayéndolos. Los tambores se mezclaron con la multitud, arrancando velos finos y gruesos de caras y ojos, revelando las otras caras y ojos que había debajo.

Los dioses entraban en ella de uno en uno. Ella conocía sus personalidades, sus preferencias, sus voces y sus gestos. Las *hounsis* fueron sacando la indumentaria y los complementos para cada uno de ellos: la espada de Sin Jak, su ron y agua de Florida; el sombrero de Gédé y sus gafas oscuras; el velo azul con borde dorado de Erzulie. Y se los ponía y bailaba, poseída, en trance. Y a medida que miraba, Reuben comprendió lo que había visto el primer día, cuando le habían desconcertado las contradicciones que había visto en la cara de Mama Vijina. A su lado, las *hounsis* empezaron a temblar, a medida que los *loa* se apoderaban de ellas, retorciéndose, sacudiéndose, desplomándose.

Y ahora el estado de ánimo estaba cambiando y los dioses se estaban desplazando hacia la periferia de la multitud. Reuben miró alrededor y vio cómo una mujer cerca de él empezó a temblar y se puso en pie, balanceándose. Saludó a Mama Vijina, que la hizo girar tres veces, y entonces continuó bailando. Una *hounsi* sacó una gallina viva de algún sitio y empezó a bailar, con la gallina cogida por las patas, haciéndola girar por encima de su cabeza, con las alas batiendo frenéticamente, la cabeza retorciéndose de un lado a otro en un inútil esfuerzo por alcanzar la libertad. Las plumas se iban desprendiendo y caían al suelo, la *hounsi* subía y bajaba, los esfuerzos

de la gallina eran cada vez más débiles. Y de repente cogió su cabeza con la mano y la retorció, arrancándola, esparciendo sangre por su traje blanco. Las alas se contraían espasmódicamente, las plumas caían como nieve, la niña bailaba. Era Locadi.

Alguien tocó a Reuben en el hombro, y entonces una voz le susurró al oído «Sígueme». Se dio la vuelta justo a tiempo para ver a un hombre que se alejaba, alguien vestido con una camiseta blanca y unos téjanos. La camiseta tenía un eslogan en letras negras: «Yo corrí la carrera mundial». Reuben se volvió hacia Angelina para avisarla de que tenía que irse, pero no contestaba. Tenía los ojos vidriosos y respiraba muy hondo, entrando cada vez más profundamente en trance.

—¿Estás bien, Angelina?

Reuben se le acercó, preocupado. Le cogió las manos, intentando llamarle la atención. Una mujer sentada junto a Angelina puso mala cara y le apartó las manos, indicando con la cabeza que no debía hacer eso.

Por todo el *péristyle* hombres y mujeres estaban entrando en diversos niveles de trance, algunos sentados, otros poniéndose de pie y bailando o haciendo el papel de la divinidad que los poseía. Reuben pensó que a Angelina no le podía pasar nada malo. Aquella gente sabía qué hacer. Y él tenía una misión que cumplir.

El hombre de la camiseta había desaparecido. Reuben se puso en pie y se alejó en la misma dirección, hacia la entrada. No había nadie con camiseta cerca de la puerta. Salió fuera. Le llevó medio minuto hasta que los ojos se acostumbraron a la oscuridad. No veía a nadie. A sus espaldas, el sonido de los tambores y los cantos parecía súbitamente remoto. Podía oír el croar de las ranas. En lo alto, las estrellas punteaban el cielo negro, más estrellas de las que nunca había visto.

Se alejó del *péristyle*. En la oscuridad sólo lograba distinguir sombras, árboles y matojos, *médiciniers*, *mapous* y *sabliers* puntiagudos.

Hubo un ruido en los matojos a su izquierda, y entonces una sombra que se alejaba a toda velocidad, un hombre que corría. Reuben gritó, pero el hombre había desaparecido. Pensó en seguirlo, pero sabía que sería una pérdida de tiempo en la oscuridad. Se apresuró a llegar a los matojos.

Apenas visible bajo la luz de las estrellas, algo blanco yacía en el suelo. Reuben fue corriendo y se arrodilló. El hombre de la camiseta y los téjanos estaba allí, en el suelo, moviéndose espasmódicamente. Hubo un ruido como de un globo que se desinfla, un burbujeo agudo. Y entonces nada. Las extremidades se agitaron por última vez y no volvieron a moverse. Reuben intentó ver la cara del hombre. Su cabeza estaba enmarcada en un charco cada vez mayor de sangre. Alguien le había abierto el cuello con una fina hoja. La sangre relucía a la luz de las estrellas. En algún sitio los tambores sonaban.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Reuben cacheó con rapidez el cuerpo del hombre que parecía ser Macandal. Había algo debajo de su camiseta, un objeto duro fijado con esparadrapo a la cintura. El objeto era un arma, una pistola automática; seguramente el arma que Jensen le había prometido en Nueva York. Otros esparadrapos fijaban a la espalda unas revistas. La AVS hacía honor a sus promesas. Al precio que fuera.

Reuben se enderezó, intentando meterse las revistas en los bolsillos. Pesaban mucho, harían que la chaqueta colgara de forma sospechosa. Debía tener en cuenta que alguien podía estar mirando. No tenía mucho sentido intentar encontrar al asesino. Y aún menos llamar la atención avisando de su hallazgo. Era mejor que lo encontrara alguien a la mañana siguiente, o a la semana siguiente, o al mes siguiente.

Cogiendo el cadáver por los sobacos, Reuben lo adentró en los matorros, donde estaría mejor escondido. Borró las huellas de sus pasos, sabiendo que a la vez borraba las del asesino. Algo le decía que eso no era relevante.

Se dirigió de vuelta hacia el *péristyle*. Con un poco de suerte, nadie se habría percatado de su ausencia. Los tambores habían aumentado de ritmo, los cantos eran cada vez más afónicos. Se preguntó qué le debía estar pasando a Angelina.

Alguien estaba ante la entrada. Al acercarse Reuben vio que era Doug Hooper. El norteamericano parecía algo acalorado.

—Me pareció verle salir —dijo Hooper—. Así que decidí hacer lo mismo. Hace mucho calor y hay mucho humo allí dentro. Supongo que aún no me encuentro del todo bien.

Reuben seguía con la pistola en la mano. Llevándose las manos a la espalda, se la metió en la goma de los pantalones. Pero algo le hizo pensar que el misionero se había dado cuenta. Se preguntó qué más habría visto.

—Había oído hablar de estas cosas antes de venir. No acabo de ver su sentido, aunque a ellos parece que les gusta. Me parece que va a ser difícil mi trabajo aquí. ¿No cree que son un poco como niños?

—La verdad es que no. La mayoría son bastante adultos.

—¿Usted cree?

—Es su manera de ser, Hooper. Han sido católicos durante trescientos años, y eso apenas ha cambiado nada. Ésta es su religión, y la quieren conservar. Lo comprendo. Es su vínculo con el pasado. No quieren nada nuevo.

—Ya veremos.

Hooper estaba nervioso. Se movía sin parar. El aire estaba cargado de un olor embriagador, una fragancia demasiado exótica para una nariz suburbana. Tras los olores y el incienso del *péristyle* había algo corrompido.

Reuben se dirigió hacia el interior. No quería estar fuera demasiado tiempo por si

notaban su ausencia. Hooper le puso una mano en el brazo, obligándolo a retroceder. Acercó la cara a la de Reuben.

—Usted conoce a esta gente. ¿Qué le parece? ¿Se puede uno fiar de ellos?

Reuben se encogió de hombros. ¿Qué pretendía Hooper? Su mejilla herida tenía aspecto caliente y enfermizo bajo la luz que escapaba del recinto de cañizo. La conversación quedaba medio ahogada por el sonido de los tambores y los golpes de los pies de los danzantes.

—No menos de lo normal. ¿Por qué?

Hooper vaciló. Tenía mal aliento. Reuben recordó el plato a medio acabar de arroz y frijoles.

—Pues, le contaré —dijo, como quien revela el secreto de su culpabilidad—. Algo no va bien. No sé exactamente qué hacer. Esta mañana fui a ver al general Valris. Un tipo muy apuesto, un mulato. Dicen que es rico, que es dueño de unas plantaciones y algunas fábricas. Pues fui a verlo para hablarle de la tienda. Recordará que le conté que fue él quien nos pidió que viniéramos, desplegando mucho entusiasmo acerca de la idea de tener una librería de lengua inglesa en Port-au-Prince. Pero esta mañana no parecía acordarse de nada de eso. Me hizo esperar dos horas antes de recibirme. Pero no me pareció que estuviera ocupado. Creo que lo hizo para ponerme nervioso. Quizá había oído algo respecto... Lo que pasó cuando llegamos, en el aeropuerto. Pero no era por eso.

Reuben ya lo veía venir. No había que ser demasiado inteligente para darse cuenta.

—Hablamos un poco de la tienda, pero tuve la impresión de que ya no estaba interesado. Se pasó el rato mirando por la ventana, jugando con su cigarro, sin apenas escuchar. Permaneció callado. Yo hice lo mismo, y nos quedamos allí, mirándonos el uno al otro. Se echó hacia adelante, con el cigarro en la mano, como si fuera a confiarme algo, algo confidencial, y dijo... es increíble... dijo: «Su gente tiene mucho dinero, ¿no es así?», aunque francamente era más una afirmación que una pregunta.

Reuben asintió. ¿Qué se esperaba Hooper? ¿Un besito en la mejilla herida?

—Ya. ¿Y usted qué le dijo?

Hooper se irguió, con los ojos llenos del reciente ultraje.

—¿Qué iba a decir? Dije que somos una secta pobre, no tenemos dinero como algunas de las sectas grandes en las que él debía estar pensando.

—¿Es verdad?

—Sí. La mayor parte de nuestros adeptos son lo que llamarían gente del tercer mundo. Tuvimos algo de dinero en Irán, pero eso se acabó cuando Jomeini llegó al poder.

—Muchas sectas son poderosas. Los televangelistas ingresan millones. Incluso

después de lo que pasó con Jim Bakker, siguen ingresando millones.

—Eso es lo que dijo Valris. Yo le aseguré que lo nuestro no es un montaje como éstos.

—Ustedes tienen muchos templos y algunos edificios bastante importantes en Israel. Los he visto en fotografías.

—Créame, profesor, no nos sobra el dinero. En cualquier caso, no se trata de eso. Aunque lo tuviéramos, no estaría disponible para el tipo de cosas que pensaba Valris.

—¿Qué eran?

—Ya se lo puede imaginar. Barría hacia casa. Él iba a montar un proyecto, algún proyecto educacional para hacer de fachada, pero en definitiva todo iba a parar a su cuenta corriente. Está metido en algo. Necesita dinero urgentemente. Nos amenazó, de forma más o menos explícita, que si no convencíamos a nuestra gente para que consiguieran el dinero, ya nos podíamos ir. No sólo Jean y yo, sino todos. ¿Cree que lo podría hacer, echarnos a todos?

Reuben asintió.

—Sin duda. Usted y su esposa, sin el menor problema. No tendría más que firmar un trozo de papel, y estarían en el siguiente vuelo. Con los haitianos tal vez no tuviera ni que molestarse con esos trámites. ¿Puede conseguir el dinero?

Hooper sacudió la cabeza. Se le estaban formando perlas de sudor en la frente. Le resultaba difícil contener su ira.

—No, ni siquiera lo voy a intentar. Lo único que podemos hacer es rezar. O quizá usted conoce a alguien influyente, alguien con quien pudiéramos hablar. Me dicen que su amiga la señora Hammel es hermana del jefe de policía. ¿Es verdad?

Reuben asintió.

—Sí —dijo—, es cierto. Pero me parece que Angelina no ejerce especial influencia sobre su hermano.

—Uno de mis amigos de aquí me dice que están muy unidos.

—Debe equivocarse.

—Profesor, tenemos mucho que ofrecer a este país, podemos ayudarlos de muchas maneras. Pero no con dinero. Por lo menos pídale a la señora Hammel que hable con su hermano, por favor.

—Haré lo que pueda.

—Hágalo, por favor, profesor. Tenemos que hacer un frente común. Yo lo necesito a usted, pero usted tal vez me necesite. Nos podemos ayudar mutuamente.

—No comprendo. Yo no necesito ayuda.

Hooper miró a Reuben por el rabillo del ojo. Acercó su maltrecha cara.

—Quizá sí la necesite, profesor. Todos necesitamos ayuda. Mantengámonos en contacto. Ya sabe dónde encontrarme.

Reuben dejó a Hooper de pie en la puerta y entró.

Angelina estaba en el centro, bailando con Mama Vijina, con el cabello suelto, el vestido abierto, descubriendo los hombros, enseñando la parte superior de los pechos, con sudor sobre su piel, balanceando su cuerpo. El baile era una chirriante parodia de la unión carnal, con movimientos pesados y sensuales. Las caderas de Angelina se ondulaban con el ritmo de los tambores, ora rápido, ora lento. Reuben se sintió excitado. La deseaba, la necesitaba. La imagen de ella eliminó todas las otras imágenes, su forma ondulante lo tenía preso.

Y entonces se miró las manos. Estaban cubiertas de sangre. Levantó la vista rápidamente, pero nadie lo miraba. Volvió a fijar la vista en Angelina, pero ahora le daba asco, le repelían sus movimientos y las contorsiones de su cara.

Se dio la vuelta y salió precipitadamente del *péristyle*. Hooper seguía en la entrada, mirándolo. Reuben no le prestó atención y siguió adelante, por el camino donde estaba aparcado el Peugeot. La llave seguía en el contacto, donde la había dejado Angelina. Se metió y giró la llave. El motor se puso en marcha a la primera.

Los únicos tambores que oía eran el martillear de la sangre en su cabeza.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Los golpes de la puerta lo despertaron de un sueño inquieto. La criada de Mama Vijina, una vieja llamada Dieudonne, le había abierto la noche anterior. En realidad, «criada» era muy elegante: era una especie de pariente, una prima o tía, que había llegado cinco años antes a Port-au-Prince desde Les Cayes y se había instalado a vivir con Mama Vijina a cambio de ayudar en el trabajo de la casa. Tenía artritis y raramente asistía a las ceremonias *voudoun* a excepción de las pequeñas reuniones que a veces tenían lugar en la casa, cuando los vecinos iban a ver a Mama Vijina con sus problemas.

Al principio no había dormido al llegar del *houngfor* de Bois Moustique. Durante el camino de regreso se había perdido varias veces y estaba bastante histérico cuando llegó a casa de Mama Vijina. Una vez acostado, no hacía más que revolverse, intentando vanamente liberar su mente de las escenas que había dejado atrás: oscuridad y las llamas de las antorchas, las pieles tensas de los tambores latiendo, las puertas entre este mundo y el siguiente abriéndose, Mama Vijina transformándose. Angelina perdida en el sueño tejido por los oscuros percusionistas.

Una vez más llamaron a la puerta, esta vez con más fuerza. Nadie había vuelto todavía de la ceremonia, y se preguntaba si tenían intención de quedarse allí todo el día. Angelina había hablado de ceremonias que duraban días, o incluso semanas. Sin embargo, él no creía que aquélla fuera a durar demasiado. Tenían intención de visitar los archivos nacionales esa mañana.

Hubo más golpes, el sonido de pasos, y la voz de Dieudonne gritando, diciendo a quien sea que fuera que esperara. Durante un breve momento de pánico, Reuben se preguntó si habría pasado algo en el *houngfor*, y entonces recordó que sí había pasado. Se miró las manos. Estaban limpias. Había parado en el camino de vuelta, junto a un pequeño arroyo o desagüe, no lo recordaba bien, y se había lavado la sangre.

Alguien llamó a su puerta. Dieudonne, diciendo algo que él no comprendía. Apartó las sábanas y salió de la cama. Aún llevaba puestos los pantalones, pero nada más. Un momento más tarde la puerta se abrió de golpe y dos hombres entraron aparatadamente en la habitación. Reuben los miró. Reconocía las gafas de sol y el traje beige.

* * *

Bellegarde daba la espalda a la habitación, mirando por la ventana. No había nada fuera excepto un patio vacío, ladrillo desnudo y un pavimento de piedras rajadas. Pero si cerraba los ojos el patio se llenaba de recuerdos. Las luces brillaban y unos

pies resonaban sobre el cemento. Una voz, su voz, la voz de Loubert, mil voces, resonaban, se oían tiros, se hacía el silencio. Y abría los ojos y el patio estaba vacío y rodeado de malas hierbas y manchado de sangre donde la lluvia no la había lavado.

Se dio la vuelta y miró con todo cuidado a Reuben. Las cosas estaban evolucionando con mayor rapidez de la que se esperaba. Fue a la mesa y se sentó.

—Siéntese, por favor, profesor Phelps.

Esta vez había una silla, una silla metálica con asiento de plástico.

—¿Así que no les gustó el hotel?

—¿Perdón?

—El Choucouné. Usted y Angelina sólo pasaron una noche allí. Creo que es cómodo. A Angelina le gusta la comodidad. Como, sin duda, usted sabe.

—Es demasiado caro. Los años sabáticos no son un buen negocio. Y Mama Vijina es una fuente interesante de información.

—¿Una fuente de información? —Bellegarde alzó las cejas—. Comprendo. Para su investigación. Por supuesto. ¿Cómo va su... investigación?

Reuben se encogió de hombros.

—Tal y como esperaba. He hecho un pequeño descubrimiento desde que llegué. Nada importante, pero tal vez lleve a más. —Vaciló—. Mayor, ¿por qué me ha hecho venir? Estoy seguro de que usted es un hombre ocupado y que no tiene tiempo para chachara.

—Ya le dije, profesor, lo mucho que deseaba que tuviéramos ocasión de hacer un poco de tertulia. ¿No lo habrá olvidado?

—No. No lo he olvidado. ¿Por qué me ha hecho venir aquí hoy?

Como respuesta, Bellegarde adelantó un trozo de papel. Reuben lo miró. Era una foto, en blanco y negro, de nueve por doce, a cabeza y hombros de un hombre.

—¿Y?

—¿Ha visto usted a este hombre, profesor?

Reuben sacudió la cabeza.

—¿Está seguro? Fíjese bien. Reuben miró.

—No —contestó—. Nunca.

—Tal vez todos le parezcamos iguales. ¿Es eso?

—Sin insultar. No he visto nunca a este hombre. Al menos que yo recuerde.

—Tal vez su memoria lo engaña. Lo vieron hablando con él anoche, en Bois Moustique.

El miedo hizo que la sangre huyera del corazón de Reuben.

—Es imposible —murmuró—. No hablé con nadie.

Bellegarde volvió a arquear las cejas.

—¿De verdad? Usted le dijo unas palabras, o él a usted, mi hombre no está seguro de cuál de los dos fue, y entonces usted lo siguió afuera.

Reuben dudó un momento.

—Es cierto que salí. Fui a tomar un poco el aire. Eso es del todo correcto. Y al volver hablé un rato con Doug Hooper, el misionero norteamericano que llegó en el mismo vuelo que nosotros. Pero no vi a nadie más.

Bellegarde retiró la foto, la metió en una pequeña carpeta y la guardó en un cajón.

—Es una lástima, profesor. Una lástima.

—¿Por qué?

—Podría habernos sido útil. El hombre cuya foto le he enseñado fue encontrado muerto esta mañana en unos matojos a menos de cien metros del *péristyle* de Bois Moustique. ¿Sigue convencido de no haberlo visto?

Reuben sacudió la cabeza.

—Segurísimo.

—Mi informador cree que usted tenía sangre en las manos cuando volvió al *péristyle*.

Reuben tenía las manos sobre el escritorio, las había puesto allí cuando miraba la foto. Las miró, pensando que tal vez seguían teniendo rastros de sangre, que fragmentos secos se le podían haber pegado en las uñas. Pero estaban limpias. Realmente se debía de haber lavado concienzudamente la noche anterior.

—¿Sangre? Eso es absurdo. La única sangre que vi anoche era sangre de pollo.

—No me ha preguntado cómo murió la víctima. Lo encuentro un tanto curioso, especialmente en alguien como usted, que dedica su vida a hacer preguntas, pequeñas preguntas como ésta. La mayor parte de la gente pregunta ¿cómo murió?, o algo así.

—Prefiero no saberlo. Prefiero no saber cómo murió.

—Lo degollaron. Alguien le cortó el cuello con una hoja afilada. Aún no hemos encontrado el arma.

—Pero eso sin duda no tiene nada que ver con usted. Usted no es de la brigada de homicidios.

Bellegarde se rascó la barbilla. Reuben notó que llevaba una buena loción para después del afeitado. Algo con olor a clavo.

—Usted parece saber mucho sobre mi trabajo, profesor. Yo decido qué me corresponde y qué no. —Se detuvo, golpeando la mesa con los dedos—. El muerto tal vez fuera objeto de un robo. Había tenido algo cogido con esparadrapo a la cintura. Drogas, tal vez, o una pistola. Algo que no quería que la gente viera. ¿Tiene usted una pistola, profesor?

Con un espasmo de miedo, Reuben recordó que había puesto la pistola en un cajón de su habitación. ¿Y si la registraban? ¿Usarían la pistola para vincularlo al asesinato? ¿Sería mejor confesar que tenía una pistola, decir que la había llevado consigo? Ni siquiera estaba seguro de qué tipo de pistola era, no había tenido tiempo anoche de mirarla con atención.

—No, claro que no. ¿Por qué la iba a tener?

—O drogas. Quizá usted es consumidor de drogas. Muchos norteamericanos lo son.

Reuben tenía calor. No había aire acondicionado, ni siquiera un ventilador.

—¿Van a meter drogas en mi equipaje? ¿Es eso lo que quieren? ¿Tener una excusa para detenerme? Bellegarde no se inmutó.

—¿Por qué iba a hacer eso, profesor? Ya tenemos bastantes problemas, bastantes detenciones, bastantes interrogatorios. Usted se hace ilusiones si cree que iba a tomarme tantas molestias. Éste no es un estado totalitario. Aquí usted es libre. No nos gusta llenar nuestras prisiones.

—¿Y ahora? ¿Soy libre? ¿Libre para irme?

—Por supuesto. Tal vez más tarde me dedicará un rato para hacer una declaración. Sobre lo que hizo anoche. Sólo eso. Serán diez minutos, un cuarto de hora. Esta tarde, por ejemplo.

Reuben asintió. Quería salir de allí. La cabeza le martilleaba, estaba mareado. Miró por el rabillo del ojo la silla fijada al suelo. Bellegarde notó su mirada, pero no dijo nada.

Reuben se puso en pie. Le costaba sostenerse. Desayunar se lo pondría más fácil. No había comido nada. La comida le devolvería el equilibrio.

—Dígame, profesor, ¿qué tal estuvo Angelina anoche?

—¿Angelina?

—¿Bailó? ¿La vio?

—Creo que sí... Sí, creo que bailó.

—¿Y esta vez quién fue? ¿La serpiente Damballah? ¿El feroz Ougoun-feraila? ¿O la erótica Erzulie?

Reuben sintió un nudo en el estómago.

—No sé —susurró.

—¿No? Me imaginaba que la habría visto en otras ocasiones. Pero tal vez es más recatada cuando usted está presente. Quizá los *loa* no la favorecen tan bien en su presencia.

—¿Qué insinúa?

—Nada, profesor. Nada en absoluto. Yo sólo soy su hermano. Usted es el amigo de su marido. Usted debe saber mucho más que yo.

Reuben no dijo nada. Salió, cerrando la puerta de golpe. En el pasillo hacía aún más calor.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

La pistola no estaba. Reuben lo comprobó en cuanto llegó, abriendo el cajón en el que la había tirado la noche anterior. Se preguntó si esperarían hasta la tarde, o si Max mandaría algunos de sus chicos para detenerlo en seguida.

Angelina y los demás seguían sin aparecer. No había teléfono en el *houngfor*, por supuesto, y no había manera de ponerse en contacto con ella como no fuera con el coche hasta allí.

Miró por la ventana del dormitorio. Había alguien fuera, en el portal de enfrente, vigilando la casa. Tenía que pensar algo rápido. ¿Quién había matado a Macandal? ¿Lo habían hecho para incriminarlo, o había sido una casualidad desafortunada, un mero truco del destino? El asesino no era un ladrón, por supuesto, o se habría llevado la pistola. ¿Sería que Reuben lo había interrumpido cuando lo intentaba? Era posible, pero el instinto de Reuben le decía que era sumamente improbable.

En el minuto o dos que habían transcurrido entre contactar con él y que Reuben saliera, alguien había atacado al haitiano y lo había degollado. Eso parecía indicar que alguien no quería que Macandal y Reuben se encontraran, que hablaran. Lo cual indicaba a su vez, que Macandal había descubierto algo, o alguien.

Reuben bajó y pidió a Dieudonne que le preparara algo para comer. Se preguntó si habrían vuelto los Hooper. Alguien había contado a Bellegarde lo de la pistola, no podía haberlo adivinado sólo por el esparadrapo, que podría haber tenido fijada cualquier cosa. Reuben estaba seguro que Hooper había visto la pistola. Hooper necesitaba ponerse a buenas con alguien poderoso, lo necesitaba con urgencia. ¿Tanta urgencia como para vender a un compatriota? Seguramente. La ley y el orden tenían prioridad para Hooper. Entregar un probable criminal no produciría especial mala conciencia a un hombre como Hooper.

Dieudonne le llevó un plato de plátanos verdes fritos con dos huevos y café. Se lo comió de prisa, sin especial placer. Sí, pensó, visitaría a Hooper, intentaría hablar con él, quizá incluso decirle algo sobre eso de trabajar para el gobierno, apelar a su famoso sentido de la lealtad.

Salió a pie, intentando recordar el camino recorrido con Locadi. Andando solo se sentía al descubierto. Sabía que lo seguían, pero eso no tenía remedio. Los niños lo abordaban, pequeños descalzos intentado venderle cosas que no quería u ofreciéndose como guías. Sus hermanos mayores le ofrecían mujeres, drogas, niños. Se preguntaba por qué una cara blanca suscitaba en algunas mentes ideas de vicio. La respuesta era fácil, por supuesto. Los blancos tenían dinero, y sin dinero efectivo el vicio no prospera.

Giró por una esquina y vio la tienda a media manzana de distancia. Algo pasaba; había gente reunida en frente, había trozos de muebles en la calle. Quizá era que el

negocio ya funcionaba a pleno rendimiento.

Jean Hooper se hallaba fuera con un grupo de haitianos y el iraní, Amirzadeh. La tienda estaba como si hubiera estallado una bomba. Las ventanas estaban rotas, los libros dispersos y los armarios y otros muebles habían sido arrancados y tirados a la calle.

Jean se dio la vuelta al acercarse Reuben. Sus ojos estaban rojos e hinchados. Iba cubierta de polvo. Una de las mangas de su vestido de Holly Hobby estaba desgarrada. Miró a Reuben unos momentos y entonces se dio la vuelta y volvió al trabajo.

Doug Hooper salió de la tienda.

—Pasó anoche, durante nuestra ausencia —dijo—. Volvimos tarde, hubo problemas en el sitio del vudú. Estaba así cuando llegamos. Es cosa de Valris, por supuesto. Recuerde lo que me dijo.

—¿Le va a pagar?

—No tengo con qué.

—Quizá aceptaría otro tipo de trato.

—¿De qué tipo?

—No lo sé. Intente algo.

Hooper miró a su alrededor. Se agachó y recogió un manojito de folletos. En las cubiertas había caras sonrientes, gente de muchas razas unidos por la causa de la paz mundial. Alguien los había pisoteado, aplastando las caras con su talón.

—Quizá lo haré —dijo Hooper.

—No tiene ningún sentido abrir esto hasta que lo haya hecho.

—No. Supongo que no. Pero primero rezaremos. Se sorprendería de cómo se disipan las dificultades cuando se reza.

Reuben se volvió para irse. Entonces se acordó del motivo de su visita.

—Habló de problemas en Bois Moustique. ¿Qué tipo de problemas?

—¿Bois Moustique? Ah, se refiere al templo vudú. Parece ser que se cargaron a un tipo anoche. Da miedo. Se leen tantas cosas sobre el vudú y los asesinatos rituales, y van y degüellan a uno. Lo encontraron en los matorrales esta mañana. Pasamos la noche allí. No nos podíamos ir. Parece que nos tendremos que comprar un coche. En todo caso, la policía fue allí, interrogó a casi todo el mundo. Por supuesto, nadie había visto nada. Se llevaron a su amiga, la sacerdotisa, detenida. Sin embargo, la señora Hammel está bien. Se quedó para resolverlo todo, pero dijo que volvería pronto.

—¿Les dijo algo sobre mí, sobre nuestra conversación?

Hooper parecía desconcertado.

—¿No me irá a decir que tuvo algo que ver con ello?

—No. Pero alguien dijo a la policía que yo tenía una pistola. Creo que usted me

vio con una pistola anoche. Tal vez fue usted quien se lo mencionó.

—Tal vez sí. Lo siento si le he causado problemas. Tenía que decirles lo que había visto. Le vi salir, y después regresar con una pistola.

—¿Les dijo algo más?

Hooper sacudió la cabeza con vehemencia.

—Escuche, Hooper, yo he venido a trabajar aquí a Haití, trabajo que no tiene nada que ver con usted. No quiero que usted meta las narices en ello. Si le sirve para que esté más tranquilo, le diré que no es nada ilegal. —Señaló la tienda, el escaparate roto, con la barbilla—. Eso quizá le servirá de lección. Aquí uno no se puede fiar de nadie que no conozca. Y quizá de éstos tampoco. Quédese con lo que conoce. Venda libros, consiga adeptos, pero déjeme seguir adelante con lo que vine a hacer. ¿Comprende?

Hooper asintió. Estaba sonrojado, medio avergonzado, medio enfadado. Reuben sospechaba que tenía mala uva. Mejor dicho, lo sabía, lo había visto en el aeropuerto. Se preguntó qué haría Hooper acerca del asalto de la tienda. ¿Rezar? ¿Enfrentarse a Valris?

—Tengo que irme —dijo Reuben—. Si hay algo que pueda hacer, lo haré, pero no puedo prometerle nada. —Vaciló—. Creo que no debe descartar la posibilidad de irse.

Hooper no dijo nada. Reuben dio la mano a Amirzadeh y conversó brevemente con Jean Hooper. Ella parecía preocupada. Como si supiera algo que nadie más sabía. Reuben se dio la vuelta y se alejó. Sonó un crujido al aplastar con el talón un trozo de cristal roto, un fragmento del sueño roto de los Hooper. Recordó las brillantes escamas de fotos sobre el suelo de su cocina, recuerdos hechos confetti, sueños hechos basura. Volvió la cabeza y vio el grupito de personas arremolinándose entorno a la tienda. Doug Hooper lo miraba alejarse. Parecía un hombre metido en un sueño que ve como todo se desintegra a su alrededor pero descubre, con horror, que no puede despertar.

Reuben comprendía a la perfección su estado de ánimo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Angelina regresó justo después del mediodía con Mama Vijina y Locadi. La policía retuvo la *mambo* un tiempo, pero no pudieron presentar cargos contra ella. La gente la quería, y su detención no serviría de nada. Angelina estaba callada y distante, como si los esfuerzos de la noche anterior la hubieran agotado, no física sino espiritualmente. La sexualidad que había desplegado en la danza aquella noche había desaparecido completamente. Era como si se hubiera vuelto a poner la máscara de virgen.

Después de un breve descanso, fue con Reuben a la comisaría de Pétionville, donde un sargento monosilábico le tomó declaración en una habitación silenciosa de la planta baja. Una vez hubieron salido, le contó lo de Macandal.

Desde Pétionville fueron a la oficina central de correos en la Place d'Italie. Con su contacto muerto y su pistola confiscada, Reuben se sentía vulnerable. Llamó a Sally. Iba contra sus instrucciones, pero necesitaba hablar con alguien. Sally estaba tensa. Tuvo la impresión de que estaba preocupada. Ella prometió volver a contactar con él. Esta vez no habría meteduras de pata. «¿Cuándo?», preguntó él. «Pronto — dijo ella—, muy pronto». Reuben colgó.

Un paseo corto conducía desde la oficina central de correos a los archivos, detrás de la catedral episcopaliana. El edificio que albergaba los archivos había sido descuidado durante muchos años. El que hubieran sobrevivido algunos libros y documentos era un pequeño milagro. La puerta estaba cerrada con llave cuando llegaron, pero sus preguntas insistentes les llevaron a casa del director, una calle más abajo.

El director era un hombre viejo con un brazo paralizado y una dentadura postiza que no acababa de encajar bien. Se llamaba Minot, y nadie recordaba los tiempos en que aún no dirigía los archivos. El gobierno le pagaba un estipendio miserable que no había cambiado con las décadas, y se veía obligado a obtener como podía dinero necesario para mantener en marcha la institución. A nadie le importaba mucho. Allí la historia era cosa de sangre. Los libros y manuscritos de los siglos XVII y XVIII eran obra de colonizadores: ¿qué importaban esas cosas a los descendientes de esclavos?

Minot encontró los diarios a los que se refería la libreta de Rick. Estaban todos allí, pero varios habían sobrevivido en muy malas condiciones. El director recordaba una carta de Rick recibida a principios de año, preguntando por varias cosas, incluidos esos diarios y publicaciones.

Reunidos, los papeles no ocupaban gran cosa. Eran todas publicaciones semanales o mensuales, ninguno de más de una docena de páginas. Pero estaban en letra pequeña, el lenguaje era arcaico y las referencias frecuentemente poco claras. Les retrasó sobre todo el que Reuben tuviese un dominio francamente elemental del

francés. Hizo lo que pudo, mirando por encima los titulares en letra grande, buscando alguno de los nombres mencionados en la libreta. Tres horas después de empezar, seguía sin obtener resultados.

Fue Angelina la que tuvo suerte. Le llamó la atención la redacción de un texto de una entradilla, y la primera línea del texto confirmó que su instinto había dado en el blanco. El artículo ocupaba varias columnas en el *Supplément aux Affiches Américaines* del 30 de julio de 1775. El titular era «*Mystère maritime près du Cap*», «Misterio marítimo cerca del Cap Français»:

«*Gastón Maniable, capitaine des Cinq Cousines, négrier fraîchement arrivé de Nantes en passant par la Côte Guinéenne, a maintenant présenté un rapport sur son voyage aux fonctionnaires du port du Cap, rapport qui contient le récit suivant...*»

«El capitán del *Cinq Cousines*, Gastón Maniable, negrero recién llegado de Nantes por vía de la Costa de Guinea, ha presentado un informe acerca de su viaje a los funcionarios del puerto de Le Cap, en el que se incluye el siguiente relato. Reproducimos aquí el relato por su extrema curiosidad y como sana advertencia a los que tienden a tratar con excesiva indulgencia a los esclavos negros recién llegados de la barbarie y aún no sometidos al yugo de la civilización».

Quitando sus adornos y apartes, el relato de Maniable era apasionante de leer. Apasionante e inquietante.

«*Mon brick, les Cinq Cousines, bateau de 150 tonneaux équipé en mars dernier par les armateurs d'Havelooze de Nantes, a quitté Ouidah sur la Côte Guinéenne le 5 mai, après y être resté ancré trois bons mois, dans l'attente d'un contingent complet de noirs de l'intérieur de pays...*»

—«Mi barco, el *Cinq Cousines*, un barco de 150 toneladas armado el marzo pasado por la casa de comercio de esclavos de Havelooze de Nantes, partió de Ouidah en la costa de Guinea el 5 de mayo, habiendo estado anclado unos buenos tres meses, esperando un contingente completo de negros del interior.

»La tripulación consistía en seis oficiales: yo mismo, un segundo de a bordo, el señor Nairac, un lugarteniente, un insignia, un piloto y un cirujano; tres suboficiales: un contramaestre, un galero y un carpintero; siete marineros: cinco noveles y dos grumetes. Todos los sucesos que se describen a continuación fueron testimoniados por uno o más de ellos, sobre todo por mí mismo y los oficiales, todos ellos hombres de fiar con los que he navegado ya en otras ocasiones. Sus testimonios personales se encuentran adjuntos al mío.

»Desde África hicimos buena vía con las corrientes hacia el oeste hasta cerca de las Islas de la Ascensión, donde nos desviamos al norte hacia las Antillas, manteniéndonos alejados de la costa de Brasil por temor a los piratas portugueses. Esperábamos realizar una rápida travesía antes de que empezara la época de los huracanes, con destino a Santo Domingo, dado que desde la guerra sólo atracan

barcos ingleses en la Martinica y nuestras otras posesiones.

»A mediados de julio entramos en el Caribe, y el día 20 estábamos cerca de nuestro destino, en aguas cercanas a la costa a una jornada de viaje al oeste de Le Cap.

»A mediodía del día 20 medimos nuestra posición respecto al sol, y encontramos que estábamos algo al norte del paralelo 18, con una masa de tierra a lo lejos a estribor, que supusimos debía de ser la isla de Navassa. Delante nuestro había otro barco, un barco pequeño, que parecía seguir la misma corriente, pero que apenas avanzaba. Había un fuerte viento del sureste, que nos obligó a maniobrar hacia el oeste. Al anochecer casi lo habíamos alcanzado, pero no tenía luces, así que consideramos más prudente no acercarnos hasta el amanecer.

»Al alba vimos que era una embarcación inglesa, y consideramos conveniente mostrar nuestras intenciones pacíficas. Incluso así nos pareció curioso que ni la vela mayor ni el foque estuvieran plenamente desplegadas. Me llamaron a cubierta para que lo viera, pensándose que tal vez hubiera habido un brote de fiebre a bordo o una rebelión de los esclavos y que tal vez necesitaran ayuda.

»Haciendo uso de mi lente, me pareció curioso que no hubiera nadie en cubierta, ni vigía. El nombre del barco se leía claramente en su proa, el *Hallifax*, de Liverpool. Había oído hablar de él en Cabinda, y del capitán Briggs. Un buen barco que había completado diez veces o más el triángulo».

—¿El triángulo? —interrumpió Reuben.

—Quiere decir el viaje completo en busca de esclavos: de Inglaterra a África, de África a las Indias Occidentales, y de vuelta a Inglaterra.

—Ya veo. Sigue.

—«Echamos el ancla de pleamar y bajamos la barca con seis hombres a bordo: el señor Castaing, el insignia, con el galero y el carpintero remando. Subieron al *Hallifax* con ayuda de una escalera de cuerda por la popa y se pusieron a registrar el barco.

»Regresaron media hora más tarde, habiendo repasado el *Hallifax* de proa a popa sin encontrar a nadie, ni vivo ni muerto. Yo mismo fui en la barca y subí al barco. Lo encontramos todo intacto, como si la tripulación y los esclavos hubieran desaparecido por obra de magia y pudieran volver en cualquier momento. Había comida de sobra en las bodegas y agua para un mes. El diario de a bordo estaba sobre la mesa del capitán. Me lo llevé, aunque vi que estaba incompleto.

»Pusimos el *Hallifax* a remolque con la intención de llevarlo hasta Cap F raneáis, porque pensamos que debía de tener gran valor para sus dueños, al estar intacto y del todo útil para la navegación. Dejé tres hombres a bordo, la dejé con el velamen desplegado y el timón en su lugar. El viento había cambiado. Ahora soplaba del noroeste, facilitando nuestra navegación hacia Santo Domingo.

»En la madrugada del siguiente día, el 22, hubo el primer huracán de la temporada. Al ver que no era posible navegar con ambos barcos, recuperé los hombres que había dejado a bordo y desaté la amarra que los unía. Pasamos por el estrecho de Windward sin especial dificultad y llegamos a buen puerto el 23, salvos, aunque muy azotados. De la suerte del *Hallifax* no supe más que eso, aunque estoy seguro de que se debió de hundir al no llevar marineros la mañana de la tormenta».

Angelina terminó su lectura. El periódico estaba en la mesa frente a ellos, un fragmento de historia que se desmoronaba. Ahora que ya tenían una fecha, no fue difícil identificar las referencias al misterio del *Hallifax* en otras publicaciones. En Le Cap había habido algún tipo de investigación, copias del informe de Maniable habían sido enviadas a las autoridades de París, se habían puesto en contacto con sus colegas ingleses. Se había dado por perdidos el *Hallifax*, su tripulación y el cargamento de esclavos.

—Fue el *Hallifax*, ¿no? —preguntó Angelina.

—No estoy seguro —respondió Reuben—. El relato de Maniable no encaja con lo que me contaste. La posición, el rumbo del barco, la ausencia de todo signo de rebelión. Sabemos que hubo una rebelión, que la tripulación y algunos de los esclavos fueron masacrados. Nada encaja.

—Pero el informe incluye tres de los nombres que buscamos. Maniable, su segundo de a bordo, Nairac y Castaing.

—Sí, eso es verdad. Pero tal vez quiera decir otra cosa.

—Quizá estemos pasando algo por alto. Puede que la respuesta no esté en estas publicaciones sino en otro lugar.

Reuben se concentró y pensó. Si lo que buscaban estuviera en documentos públicos como éste, sin duda lo habrían descubierto antes, y habrían actuado en consecuencia.

Encontraron al director limpiándose la dentadura en una minúscula oficina en la parte posterior del edificio. Volvió a meterse la dentadura en la boca, sonrió y dijo que estaría encantado de ayudar. Respirando con dificultad, los acompañó de vuelta a su mesa. Se estaba haciendo tarde, y ya habían encendido las luces, pero Minot no tenía la menor prisa. No era frecuente que los investigadores vinieran a rebuscar entre sus tesoros.

Cuando acabó de leer se quedó inmóvil un buen rato, con su brazo reseco cruzado sobre la mesa. Y entonces, de repente, sonrió.

—Nairac —susurró—. Nairac, claro. Esperen aquí. Ahora vuelvo.

Tardó un buen rato en regresar. Volvió cubierto de telarañas y polvo. Llevaba abrazada una caja de latón. En una etiqueta envejecida apenas se distinguía el nombre «Nairac», escrito en una apretada letra dieciochesca.

Contenía fajos de papeles —títulos de propiedad, cartas, registros de carga—.

Minot y Angelina se pusieron a repasarlo todo mientras Reuben los miraba con pesimismo. No tenía ningún sentido, iban perdidos.

La carta estaba en el fondo de la caja, como si la hubieran escondido allí. Angelina supo que era lo que buscaban por la firma; Gastón Maniable.

Era un papel doblado en tres, con trozos de cera de precinto roto pegados a un lado y unas señas indescifrables de algún sitio en Francia en una de las caras.

—La fecha es del 26 de enero de 1776 y va destinada a unas señas en Cap Francais —dijo Angelina—. Dice así:

«Mi querido Nairac, su carta me encuentra en buena salud en casa con mi estimada esposa e hijos, pero con una inquietud cada vez mayor de espíritu. No es probable que me embarque en un nuevo viaje este año, y he pensado en no volver a hacerme a la mar en los años que me quedan. Usted debe hacer como estime conveniente para usted y la señora Nairac. Las cuestiones que usted sabe no me dan cuartel. No he conocido una noche tranquila desde entonces, aunque rezo incesantemente por alcanzar la paz. Mi querida esposa no sabe nada, aunque mi estado la preocupa seriamente. No se lo puedo explicar, por temor a que marque de tal modo su vida que la haga invivible.

»Nuestro secreto debe ir a la tumba con nosotros. Hemos hecho un juramento, y nos debemos atener a él. Si alguien supiera lo que vimos a bordo del Hallifax sería el fin de nuestro trabajo y el de tantos otros. No volverían a zarpar barcos hacia el África, ningún esclavo estaría a salvo en las Antillas. Y aún más que ellos, causaría una turbación universal de las mentes.

»Tengo un favor que le quiero pedir. En mi diario me he atenido a la historia que nos inventamos con la tripulación, tal y como quedó en el informe oficial del viaje. Pero el diario de a bordo registraba la verdadera posición del barco, en el banco de Formigas a longitud 75 grados 52 minutos y latitud 18 grados 27 minutos, donde lo hundimos con todo lo que contenía, a catorce brazas de profundidad, como no hace falta que le recuerde. He modificado esos datos para mostrarlo más al norte, más cerca del estrecho, en 74 grados 54 minutos y 19 grados y 21 minutos.

»También he modificado el diario, para que dé a entender que nos encontramos con el Hallifax y lo cogimos a remolque la víspera de la tormenta que nos azotó el 22. En caso de que alguien cuestionara mis registros, me respaldará, ¿verdad? Diga que cometí algunos errores, aquejado por una fiebre. Es improbable que nadie pregunte, pero el señor Gradis, que ha sido recientemente designado por nuestra compañía para supervisar los registros tiene fama de comprobar con asiduidad los diarios de a bordo.

»En caso de que vuelva por Nantes, debe visitarnos de nuevo. El pobre doctor Le Jeune vuelve a estar embarcado, en el Cygogne, partido de Le Havre, pero me temo

que ya no es el hombre que usted conoció. No puede borrar de su mente la visión del salvaje sentado ante su terrible festín. Y esas otras cuestiones que usted ya conoce. Hicimos bien en mandarlo al fondo del mar, pero no permanecerá allí tranquilo. Ninguno de ellos descansa en paz.

»Arnaud le manda sus saludos, al igual que Castaing. Todos siguen firmes en su juramento. Que el Señor esté con usted. Le deseo que encuentre la paz que yo no alcanzo».

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Alcanzaron las aguas centrales del estrecho de Gonâve en un alboroto de sol y remolinos. Las olas se hicieron perceptiblemente más altas, azotando su minúscula embarcación con sorna, como el juguete de un niño. Desde lejos, el agua parecía continua, una extensión ilimitada de cara seda azul con puntadas de oro. Vista de cerca era discontinua y rizada, barrida por insolentes corrientes y fuertes mareas. Una fina capa de aceite, residuo de un carguero que transportaba arenisca, recién llegado de Jérémie brillaba bajo el caliente sol, creando milagrosamente una red de arcos iris a su paso. Cuando Reuben miró atrás, vio una tira negra e inerte, una pista plana y mate sobre aguas inquietas.

Sobre los lados de la embarcación apenas se distinguía el nombre de *Fanchette*. Pintura vieja, letras viejas, un viejo romance. Ni siquiera el actual dueño sabía quién había sido *Fanchette*. Era un fueraborda Bertram de cuarenta pies de eslora que había visto mejores tiempos. La proa de madera estaba parcheada, las cubiertas habían perdido el barniz, los ojos de buey estaban sucios. Sólo alguien experimentado sería capaz de adivinar que aquel barco era, en realidad, mucho más resistente que la mayoría de las embarcaciones de placer de reluciente fibra de vidrio que pasan los fines de semana frente a las costas de Florida.

El patrón del *Fanchette* era Sven Lindström, un sueco de cincuenta años que había llegado a Port-au-Prince para pasar dos semanas en 1969 y llevaba allí desde entonces. Se había acostumbrado al mar y al sol, al ron barato y a la gente que no entraba en un estado depresivo irreversible seis meses al año. Cada Navidad juraba que sería la última que pasaría en Haití, que volvería junto a su mujer y sus hijos en Norrköping, que celebraría el próximo *jul* con ellos, y pasaría a su lado los largos días oscuros que siguen a la Navidad. Si podía decirse que Lindström tenía alguna particularidad que lo distinguía del resto de los hombres, era que seguía creyendo que aún lo estarían esperando.

A medida que la industria haitiana del turismo había entrado en declive, también lo había hecho Lindström. Durante años y años se había ganado razonablemente bien la vida con los norteamericanos ricos y los escandinavos hambrientos de sol que iban a pescar y bucear frente a las famosas costas de Hispaniola. Ahora pescaba básicamente para él, y lo que no podía vender se lo comía o se lo daba a *Sam*, el gato del barco. *Sam* era un gato a medio camino de la inanición, tuerto, con parásitos, mala uva y uñas muy afiladas. Tenía unos doscientos años, se mareaba con frecuencia y estaba predispuesto a violentas diarreas si bebía leche, cosa que no sucedía con frecuencia. Lindström lo había recibido como regalo diez años antes de un turista norteamericano llamado Samuel Harris Latimer III, que había encontrado al gato rebuscando entre la basura del muelle de Les Cayes.

Sam no era lo único que habían encontrado rebuscando en la basura. Dos años antes, Lindström había recogido a un chiquillo, un huérfano que había descubierto durmiendo en la barca de remos una mañana. El chiquillo no sabía su edad exacta, ni su nombre, ni de dónde era. Lindström le había puesto el nombre de August (sin «e») en honor a Strindberg (*Strinberri* era como lo pronunciaba él, enfatizando) y lo había convertido en su grumete. August tenía doce o trece años, analfabeto, inlavable, duro de pelar, y totalmente fiel a Lindström. El hombre y el chico gozaban de una curiosa simbiosis, una profunda simpatía entre extraviados.

Angelina conocía al sueco de los viejos tiempos, antes de que aparecieran *Sam* o August, e hizo todos sus planes contando con que aún viviera. Si alguien era capaz de encontrar los restos del *Hallifax*, él era esa persona.

El problema es que no quedaría gran cosa. En Suecia podían sacar los barcos del fondo del mar después de siglos casi intactos, casi en condiciones de navegar, pero allí unos gusanos llamados teredos podían carcomer un barco en cinco años y destruirlo en veinte. Las cálidas aguas del sur no eran benévolas con la madera. Los tablones se pudren, incluso los mejores barcos se caen a trozos, las mareas y las corrientes dispersan los pecios por todo el fondo marino. Tendrían suerte si encontraban un clavo. Reuben había aprendido a bucear en los tres veranos que había pasado en Eliat junto al mar Rojo, de los catorce a los dieciséis años. Desde entonces sólo había vuelto a bucear unas pocas veces, siempre en aguas seguras.

Aún recordaba su primera salida al mar en Eliat, mirando las olas cobrizas frente a Aquaba, blanca y temblorosa en la costa de Jordania. Tan cercana, tan distante. Una vez se hubo sumergido, la geografía y la historia se habían borrado: el coral rosado crecía en todas direcciones, los peces nadaban atravesando las fronteras invisibles entre los estados. Desde entonces había sentido temor del mar abierto, miedo a que se ahogaría y se disolvería en olas de algo que era a la vez más y menos que agua.

La muerte de Devorah había introducido un nuevo y brusco elemento en su temor a las profundidades. La idea de lo que lo esperaba le daba escalofríos. Los ahogados no descansan en paz. Maniable lo sabía; ahora Reuben también.

Llevaban un compresor para llenar las botellas, pero Lindström había insistido en que también llevaran botellas de repuesto: el compresor se le había estropeado alguna vez en plena expedición, obligándole a volver al puerto. Con sólo dos buceadores, uno de los cuales tenía poca experiencia, habría un límite estricto en el tiempo que podrían pasar bajo el agua, sobre todo si tenían que bajar a una profundidad considerable.

Pero primero tenían que encontrar un barco o unos pecios. Lindström no disponía de los aparatos más sofisticados, pero había logrado que le prestaran un magnetómetro. Se lo había dejado un amigo que de vez en cuando buscaba pecios con la esperanza de que en alguno hubiera algo más que moluscos y corales. Hacía

mucho tiempo los piratas y los galeones cargados de tesoros habían navegado en esas aguas. Se podía encontrar una fortuna en monedas antiguas si se sabía dónde buscar.

Ya habían pasado la Île de Gonave, con el mar abierto a estribor y la costa acolchada de la larga península meridional a babor, su dorso verde puntuado por la luz intermitente de la isla Grande Cayemite. Más allá de la luz se distinguían los picos de las montañas de La Hotte, azul oscuro sobre el cielo claro. Algunos cúmulos blancos estaban apilados como sueños sobre la tierra.

August llenaba en la bodega las botellas de aire. Angelina estaba en la proa. Sam encaramado sobre los camarotes, se lavaba las patas y soñaba con peces de colores en lagunas llenas de coral. Lindström estaba al timón, Reuben a su lado, vigilando el radar.

Si mantenían la velocidad de quince nudos, tardarían unas quince horas en llegar al banco de Formigas, a más de doscientas millas. Maniable había sido preciso al indicar el lugar donde había sido hundido el *Hallifax*, pero Lindström les advirtió que no se fiaran demasiado de sus cifras.

—Hay que tener en cuenta los instrumentos de navegación. Ahora es fácil; hay señales horarias por radio, tenemos Loran, tenemos los Vecta RDF. ¿Fácil, no? Entonces era un desastre. Cuadrantes, líneas de referencia, telescopio de medio minuto, se equivocaban mucho. Podría estar a un minuto, a diez minutos, incluso más. *Jag vet inte*. Y también hay que pensar en el tiempo.

—¿El qué?

—El tiempo. Las tormentas, los vientos, el jodido huracán del que habla Maniable. Las mareas, las corrientes. Siempre se está moviendo, siempre va a lo loco. Por Formigas siempre hay arbolada, viento fuerte. Una tormenta grande puede mover un barco hundido media milla. ¿Cuántas tormentas hay por aquí? Mucha galerna. Un huracán una o dos veces al año. Doscientos años, podría estar en cualquier sitio, a estas alturas. Quizá ya no esté cerca de la costa, quizá ha caído al abismo, donde nunca lo encontraremos.

—Lo que quiere decir es que cree que perdemos el tiempo.

Lindström echó hacia atrás la gorra y se rascó la cabeza. Estaba curtido y moreno, como un príncipe de la edad de hierro encontrado en el fondo de una marisma escandinava. Su cabello rubio era ahora blanco por la acción del sol durante muchos años.

—*Neeej*, no digo eso. De perder, nada. Pero puede que lleve tiempo. Aunque tardemos, a mí no me importa. Usted tiene dinero. Llegaremos a ser grandes amigos en nuestra vejez.

Reuben suspiró y miró el mar. Quizá no fue tan buena idea contratar a Lindström. El sueco no tenía otra cosa mejor que hacer que pasarse el día navegando al sol mientras simulaba buscar unos pecios que tal vez ni estuvieran allí. A este paso

podría comprar *clairin* y pollo frito durante meses. Podría alimentar a *Sam* con langostas. Lo peor era que no tenían años para buscar. Ni meses. Ni semanas.

Angelina estaba de pie en la proa, mirando el mar. Las brillantes aguas la fascinaban, el sol caía sobre ellas dorando una inmensidad de oscuridades ribeteadas de verde.

—Deben tener en cuenta los instrumentos de navegación —dijo Reuben, con un fuerte acento, parodiando a Lindström. Como el cocinero sueco de los Teleñecos.

Angelina rió y se dio la vuelta.

—¿Instrumentos de navegación?

—Y el tiempo. Tempestades, huracanes. —Seguía con acento sueco.

Ella sonrió, volvió la mirada al mar.

—El criollo no lo habla mucho mejor —dijo.

—¿Podemos confiar en él? Podría hacer su agosto, llevándonos de paseo por aquí durante los próximos seis meses.

—No estamos tan desvalidos —dijo ella—. Podemos comprobar sus datos. Sé usar un magnetómetro. Mi hermano me llevaba en su barco. Cuando tenía unos quince años.

—¿Max?

Ella asintió.

—Nunca encontramos nada; quiero decir, no encontramos barcos hundidos. Pero sí algunas cosillas. Un cañón, un ancla, trozos de cadena. El mar por aquí está lleno de objetos, si sabes dónde buscar.

—Pero no un tesoro sumergido.

—También. Nosotros no lo encontramos, pero están ahí, en cantidad. Galeones españoles, piratas ingleses, comerciantes de esclavos franceses que volvían con su botín de las colonias. Ya lo creo que se puede encontrar.

—Pero no estamos buscando un tesoro, ¿verdad?

Ella sacudió lentamente la cabeza.

La miró, incapaz de relacionar esta tranquilidad con la posesión de anteanoche.

Como si le hubiera leído el pensamiento, ella se volvió a medias. Su mirada era triste.

—Sigue pareciéndote mal, ¿no? —dijo ella—. Lo que viste en Bois Moustique.

—Yo... no sé. La mayor parte de las cosas no las entendí. —Te fuiste cuando yo bailaba. Me lo dijeron después.

—Macandal...

—No tuvo nada que ver. Sigue pareciéndote mal. Me consideras una adicta, una zorra y Dios sabe qué más.

—Me pareció...

—Te pareció una orgía, ¿no? Creías que nos pondríamos a follar, poseídos por

una especie de frenesí de la jungla, despojados de nuestras inhibiciones.

—Había oído decir que...

—Te habían contado sobre el vudú, sobre el sacrificio de la cabra de dos patas, cuerpos negros retozando presas de la lujuria. —Se detuvo y miró las olas largas estrellarse contra la proa—. Estupideces.

—Angelina, estás tergiversando mis palabras.

—¿Y entonces? ¿Qué te pareció? No quisiste quedarte, ¿no?

—Estabas... tú y Mama Vijina estabais... estabais como una pareja haciendo el amor.

—Te excitó. ¿Fue eso lo que pasó? ¿Habrías preferido ser tú quien estuviera allí en el suelo conmigo? Escucha, Reuben, tienes mucho que aprender. Eso no era una orgía, era una ceremonia religiosa. Si alguien se desmadra, si alguien se pasa, intenta desnudarse, o lo que sea... si hace eso el *laplace* lo saca del *péristyle* hasta que se calma. Los dioses hacen cosas raras. Se apoderan de nuestros cuerpos, cogen prestadas nuestras emociones, nos montan como si fuéramos caballos. A veces se pone muy oscuro allí dentro, a veces toda tu vida se pone muy oscura, y entonces los *loa* vienen y te iluminan, brillas, hay estrellas y soles y relámpagos que te recorren el cuerpo. No lo puedo explicar, sólo puedo decirte qué siento.

Se detuvo. El mar se movía a sus pies, horrorizado ante su propia energía.

—A veces hay ira, a veces alegría, a veces tienes la sensación de que querrías pasearte con un cigarro y reírte de la gente en sus narices. Ése es Sin Jak. Y a veces es lujuria. No hay nada malo en eso, es como se siente la gente a veces cuando son honestos. No pasa nada, hay una moralidad que lo impide. Sólo que... En el baile van aflorando sentimientos, cosas que normalmente entierras. No tiene que parecerse bien, no te pido que des tu aprobación. Pero querría que fuéramos amigos, que confiaras en mí.

El barco subía y bajaba con fuerza, el mar los rodeaba, la costa se alejaba, estaban rodeados de agua. Reuben se asomó por la borda. Sería fácil desaparecer allí, caer por la borda a las olas, dejar que el mar lo solucionara todo.

—Me educaron para evitar todo eso —dijo Angelina—. Éramos civilizados, franceses, casi blancos, había más Francia que África en nuestras venas. A los quince años estaba sentada en una habitación estrecha decorada con lirios blancos leyendo Huysmans, Rimbaud y Gérard de Nerval. ¿Te imaginas lo pretencioso que podía llegar a ser todo eso? En los pálidos atardeceres de verano, cuando el sol se acercaba al mar y los barcos estaba dispersos por la bahía como fantasías, yo, en mi balcón, recitaba poesías hasta que la oscuridad me hacía callar. *Je suis le ténébreux —le veuf — l'inconsolé, le prince d'Aquitaine à la tour abolie...*

Ella calló y miró cómo el agua se convertía en gotitas.

—Era una niña pretenciosa, mimada —susurró—. Sin lujuria. Tenía una

oscuridad dentro de mí, una oscuridad feroz.

—¿Y qué pasó entonces?

—Aprendí a bailar. Fui una vez con Max a mirar a nuestros vecinos salvajes, para sentirnos superiores, para sentir el poder de mi oscuridad sobre su luz. Pero perdí. Me perdí y me convertí en una marioneta de los *mystères*. La lujuria llegó más tarde.

—¿Con Richard?

La miró rápidamente y después apartó la mirada de nuevo.

—Ah, sí —susurró—. Richard.

Pronunciaba su nombre como si fuera francés, en un tono de mofa, un tono irritante.

—Richard vino y me tocó. —Dudó un momento—. Pero no sentí lujuria. Me tocó aquí... —Con la mano se rozó con ternura los pechos—. Y aquí... —Las manos pasaron con ligereza entre sus piernas. Tenía lágrimas en las mejillas. ¿O sería la humedad del mar?—. Pero no sentí la menor lujuria. No tenéis lujuria, vuestra civilización la ha abolido. Incluso mi padre, él también la había abolido.

—¿Tu padre?

—¿No lo sabes? ¿No te lo he contado? —Lo estaba provocando. Ella sabía que no se lo había contado—. Mi padre me tocó mucho antes de que lo hiciera Rick, él fue el primero, el predecesor. Pero no hubo lujuria, ni fuego. Tenía las manos frías, era un viejo, hasta en eso era civilizado.

Reuben la oyó, vio cómo sus manos se movían, vio las gotas del agua de mar sobre sus mejillas, en sus ojos, pero en su ignorancia, en su judaísmo, en su preocupación por lo que está bien, en su sueño de un miedo diferente, más expresable, menos privado, desde su oscuridad sin lujuria, no la creyó. Con Devorah nunca había sido así.

Una voz sonó a sus espaldas.

—¡Le toca mostrarnos lo que sabe hacer con el timón, profesor!

Y Angelina se dio la vuelta y se limpió los ojos y su atolondramiento la hizo sonreír.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

El banco de Formigas es en realidad una montaña submarina a treinta y cuatro millas del extremo nororiental de Jamaica. Se encuentra a una profundidad media de tres a ocho brazas, aunque en algunas zonas llega a las veinticuatro o cuarenta y ocho.

Sus extremos se sumergen en aguas más hondas, llegando a profundidades de más de mil metros. A menos de diez millas la profundidad supera los dos mil metros. El banco tiene la forma de una «L» invertida, con una pata de trece millas de longitud y una anchura media de cuatro millas que en su extremo meridional tiene una pata de diez kilómetros de longitud. Cubría más de cincuenta millas de fondo oceánico. Era muy pequeño comparado con el Pedro y con otros bancos, pero se podía hundir allí una flota y tener problemas para encontrarla.

Después de tres días, Reuben empezaba a pensar que Lindström debía de tener razón: aunque el *Hallifax* se hubiera hundido allí, debía de haber caído al abismo hacía mucho tiempo. Con un magnetómetro y un sonar Wesmar, el *Fanchette* barría el banco de uno a otro lado, investigando el fondo siguiendo una cuadrícula trazada por Lindström. Cada tira que recorrían tenía una anchura de doscientos metros y una longitud de trece kilómetros, y les llevaba aproximadamente una hora completarla. Casi habían acabado su primer recorrido, tal vez el único que tuvieran que hacer. Se habían sumergido tres veces, siempre inmersiones breves. Habían encontrado dos barriles metálicos de petróleo, una hélice y un barco moderno cuyo naufragio ya estaba indicado en los mapas. Reuben había aprendido más sobre la inmersión en esas breves expediciones con Lindström que nunca antes. Pero seguía teniendo miedo.

El sonar registraba el fondo marino en un círculo completo. Era más útil que un simple medidor de profundidad CRT, que sólo mostraba qué había inmediatamente debajo del casco del barco. Podía localizar un barco hundido, aunque no si era tan viejo y deshecho como el que buscaban. Con suerte revelaría alguna irregularidad que resultaría ser un cañón o piedras de lastre. Pero su principal utilidad era evitar encallarse en un obstáculo. Aquellas aguas no estaban bien señaladas en los mapas.

Su mayor esperanza era el magnetómetro, un instrumento diseñado para detectar cualquier objeto de hierro en el fondo marino. Incluso los barcos de madera llevaban muchos objetos metálicos: cañones, cadenas, rejas, espadas y, por supuesto, lingotes. Eso último era muy improbable que lo encontraran en un barco destinado al transporte de esclavos, pero al menos habría cadenas y grilletes en abundancia.

De vez en cuando, Lindström ponía en marcha el piloto automático para mantener el rumbo, y entonces iba a ayudar a Reuben o a Angelina a descifrar el sonar o el magnetómetro. August estaba sentado en la proa fumando o mirando al mar, moviéndose sólo de vez en cuando para preparar tazas de café o comida. *Sam* se

paseaba por cubierta o se echaba sobre el compartimiento del motor, mirando con tristeza algún pájaro marino ocasional.

Después del primer día, nadie hablaba ya mucho. El mundo en el que se encontraban era silencioso hasta la médula. Si miraban con atención, podían llegar a distinguir los picos de las montañas Azules al suroeste, pero la mayor parte del tiempo no se veía tierra firme. No había luces. No vieron otros barcos. De noche, cuando echaban el ancla, veían cómo los últimos destellos de luz del sol se convertían en oscuridad y parecía como si hubieran desaparecido de la faz de la tierra.

—Lo siento —dijo Angelina. Eran más de las doce. Acababan de comer y el ancla los tenía amarrados al fondo mientras descansaban un rato—. Fui injusta. No tenías por qué aguantarme. Sigo siendo mimada y pretenciosa. Debes pensar que soy una niña.

Reuben sacudió la cabeza.

—Nunca sé qué pensar de ti, eso es lo que pasa. Me desconciertas.

—Piensa lo que quieras. Logro confundirme a mí misma. No es tu confusión lo que me molesta, es la opinión negativa que tienes de mí.

—Eso no lo puedo remediar —dijo él—. Es algo con lo que me criaron, algo que necesito para mi trabajo. La mayor parte de la gente con la que trato son unos desgraciados. Maridos que matan a sus mujeres, mujeres que matan a sus maridos, niños que matan a cuchilladas a sus padres, padres que estrellan las cabezas de sus hijos contra paredes ensangrentadas. Tiene que parecerme mal. No puedo permitirme compasión o comprensión. Un sentimiento como ése me mataría.

Ella tardó un poco en contestar. El mar estaba en silencio. Él no tenía compasión alguna, sentimiento alguno. Mataba aleatoriamente, sin o con razón.

—Lo siento por ti —dijo ella.

—Claro. Tú te lo puedes permitir.

Pero a pesar de sus afirmaciones en sentido contrario, estaba cargado de compasión, atormentado por las dudas, y esa compasión y esas dudas lo estaban matando. Quería amarla, quería anular todas sus dudas en una gran confianza, convertir la compasión en algo resuelto y amable. Nadie le había enseñado a hacer eso.

Lindström izó el ancla y puso en marcha el motor. Siguieron adelante. El mar se extendía ante ellos como la muerte. No tenía ningún sentido, no era nada fascinante, pero suscitaba respeto en ellos, sabiendo que podía volverse en su contra en cualquier momento y llevárselos para siempre. Era como la muerte, como cualquier muerte.

Dos horas más tarde habían recorrido el último tramo de la cuadrícula. El banco de Formigas los había vencido, los mandaba de vuelta sin su botín. Lindström paró el motor y echó el ancla.

—Parece que no acertaron el banco —dijo.

Reuben asintió. Tal vez no había sido tan buena idea.

—Podríamos dar otra vuelta. Es fácil pasar algo por alto, estos equipos no son tan estupendos, sabéis.

Reuben sacudió la cabeza.

—En cualquier caso estamos dando palos de ciego. Aunque hubiéramos encontrado el barco, no necesariamente querría decir nada. Creo que hemos estado perdiendo el tiempo. Volvamos a casa.

Lindström pareció convencido, pero después insistió:

—Claro que hay otra posibilidad —dijo—. Tal vez Maniable se equivocó. Pudo medir mal la posición. Es posible que el *Hallifax* se hundiera en el Grappler.

—¿El qué?

—El banco Grappler. Permítanme que se lo muestre. Bajaron al maloliente camarote de Lindström. En la parte trasera había una mesita con mapas y un gato durmiendo. Encima de todo estaba el mapa de la Oficina Hidrográfica Británica de Jamaica y el banco Pedro, impreso por primera vez en 1866, actualizado hasta 1973. El *HMS Vidal* había tomado medidas de la profundidad en las inmediaciones de Jamaica entre 1954 y 1957, y el *HMS Fawn* y el *HMS Fox* habían hecho lo propio en la zona del banco Pedro en 1970.

Entre Jamaica y el banco de Formigas había un banco de arena menor, el Grappler. Estaba a exactamente cinco millas del extremo suroriental de Formigas. Lindström hizo algunas mediciones rápidas.

—Cinco millas de longitud —dijo—. Dos de anchura. Más profundo que Formigas. Unas catorce brazas. Veinticinco metros. En algunas zonas más. Lo podemos hacer en ocho horas. ¿Qué les parece?

¿Qué les iba a parecer? Habiendo llegado hasta allí, ya puestos, podían llegar hasta el final. Podían estar de regreso en Port-au-Prince el día siguiente por la noche.

* * *

Fue exactamente a las 3.47 de la tarde del día siguiente cuando el magnetómetro se volvió loco. El sonar mostraba manchas irregulares en la zona que acababan de pasar. Lindström detuvo los motores y ordenó a August que echara el ancla ligera.

Reuben ya llevaba el traje de baño. Se echó polvos de talco rápidamente y Angelina le ayudó a meterse en el traje de goma negra. Encima se puso el lastre con el juego de válvulas y el pulpo, y los indicadores de profundidad y presión, y la brújula. Lindström ajustó la botella de aluminio sobre la chaqueta de lastre mientras le ajustaba las pesas y los pies de pato.

—¿Qué, hay algo? —preguntó Reuben.

Lindström se encogió de hombros muy nórdicamente.

—Tal vez.

—¿Se ve algo en el sonar?

Lindström se acercó al instrumento y lo examinó con atención durante medio minuto. Saberlo interpretar era lo más importante. Finalmente apretó los labios.

—*Jasâ*.

Lentamente volvió a la barandilla.

—Tal vez —dijo—. Parecen piedras de lastre. Espéreme.

Reuben escupió en la máscara, la embadurnó, la mojó en el agua y se la puso. Estaba tenso. El corazón le latía con mayor fuerza de la necesaria. Con cierto esfuerzo, controló su respiración. Tenía la botella llena, pero no sentía el menor deseo de desperdiciar aire. Cogió su detector de metales Pulse 6. A su lado, Angelina aseguraba la botella de Lindström.

Era hora. Reuben se puso sobre la plataforma de inmersión instalada en la popa del *Fanchette*. Angelina se inclinó hacia adelante y lo besó en la mejilla.

—Buena suerte —dijo.

Se puso el tubo de respiración en la boca y probó a aspirar un par de veces. El sistema funcionaba. Sin decir palabra, se tiró de espaldas entre las olas. El mundo desapareció. Se hundió hacia un universo sin viento ni aire ni voces, hacia un silencio terrible, al reino de las aguas.

* * *

Estaba solo en ese mundo silencioso, entre sombras verdes atravesadas por rayos de luz, en una caricia líquida que lo alcanzaba desde todos los lados y lo arrastraba hacia el fondo. Un reguero de burbujas lo unía a la superficie, desapareciendo en lo alto como un collar de perlas. El mar era cálido y lleno de luz. El indicador de profundidad señalaba diecisiete metros, y aún no había llegado al fondo. Los ojos brillantes de los peces lo miraban, sin la menor curiosidad, estúpidos. En algún lugar por encima de él Lindström se tiró al mar. La luz bajaba desde la superficie, vibrando, extrañamente intensificada. A su alrededor, con prisa, con miedo, percibía las sombras de hombres ahogados.

Sin aviso alguno, se encontró nadando entre una vegetación alta, ondulante, llena de peces que se movían a toda velocidad y lo esquivaban. El fondo en aquella zona era irregular y con cierto relieve, subiendo y bajando sin aparente justificación. Al llegar a una cima, el suelo se allanaba. Esparcidas por su superficie, como abalorios de un collar roto había cientos de pequeñas esferas. Lindström tenía razón, habían localizado un tesoro de piedras de lastre. Las corrientes profundas habían jugado a las canicas con ellas hasta que se habían asentado en el suelo marino, adquiriendo capas de corales y algas. Un momento más tarde, el sueco lo adelantó y levantó una, acunándola en una mano mientras hacía un signo de victoria con la otra.

Siguieron nadando. Medio minuto más tarde, Lindström hizo su segundo

hallazgo. Debía de ser eso lo que había disparado el magnetómetro; un enorme lío de cadenas oxidadas, al principio apenas distinguibles. Nada parecía real o constante en la rota luz submarina.

Las cadenas estaban soldadas en una masa sólida, o más bien varias masas distintas. Sin embargo, algunas secciones estaban más extendidas y los eslabones corroídos eran inconfundibles. Había grilletes en los extremos, típico de un barco destinado al transporte de esclavos. En alguno, por algún terrible accidente, seguían atrapados lo que parecían los huesos de una mano humana.

Durante los siguientes veinte minutos recorrieron el fondo, cruzándose mutuamente en sus caminos, usando sus detectores de metal para encontrar algo que pudiera identificar el barco. Reuben encontró un astrolabio y algo que tal vez fuera un orinal. Lindström halló una bayoneta larga y oxidada. Había varias otras masas metálicas que tendrían que ser cuidadosamente limpiadas y raspadas antes de que se pudiera saber qué eran. Las metieron en bolsas y se las llevaron colgadas.

Reuben se estaba quedando sin aire cuando lo vio. No estaba nada seguro de qué se trataba en un primer momento. Sólo sabía que era metálico y grande. Con la ayuda de Lindström consiguió desprenderlo de los sedimentos, sacando trozos con su cuchillo de inmersión. Reuben decidió llevárselo para mirarlo con más calma. Tiró de la palanca de su chaqueta BC que se infló en cuestión de segundos, dándole más flotación. Agarrando con fuerza su hallazgo, ascendió entre los rayos de luz. Parecía pesado y no tener prisa por llegar a la superficie.

Casi irreconocible debajo de una capa de moluscos y coral, un estrecho cañón de barco yacía sobre la cubierta. Siguiendo las instrucciones de Lindström, Angelina empezó a trabajar, desprendiendo con cuidado los sedimentos calcificados que lo envolvían. Tardó más de una hora en limpiarlo, pero cuando lo consiguió, resultó un valioso hallazgo. En torno a la boca del cañón el armero había grabado un escudo y dos nombres y una fecha: *Hallifax, Liverpool, 1751*.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

—¿Quién ha dado leche a este jodido gato? —Lindström entró en el camarote dando grandes zancadas, furioso—. Hay mierda de gato por todas partes. Es horroroso.

Angelina se tapó la boca y puso cara de horror. Confesó que había estado intentando congraciarse con *Sam*. El gato tenía horror a tres cosas en esta vida: los niños, las mujeres y los policías de uniforme. Había estado mirando con mala cara a Angelina desde que subió a bordo. Ella había encontrado una lata de leche en polvo y había preparado un platillo. Estaba segura que la leche en polvo no le haría daño. Se equivocaba.

—Lo último que necesitamos en este barco es un gato con cagadera —tronó Lindström.

—No se preocupe —dijo Angelina, poniéndose de pie—. Yo lo limpiaré.

—Está por todas partes. Es mucho trabajo.

Angelina sonrió, cohibida y salió a cubierta. *Sam* estaba en la proa con cara de ofendido. El cielo se oscurecía por momentos. La superficie del mar estaba roja de sangre, o al menos eso parecía. El agua parecía inquieta. Angelina saludó al gato. Éste desvió la mirada.

Lindström se sentó al lado de Reuben.

—Tenemos un problema —dijo.

—¿Diarrea de gato? —Reuben sonrió.

Lindström sacudió la cabeza. No sonreía.

—No. No de ese tipo. Un problema de verdad. Podría ser serio.

—¿Qué es?

—La radio. No funciona.

—¿Qué quiere decir?

—Qué voy a querer decir. Que no funciona. Kaputt. Tenemos que volver.

—¿No la puede arreglar?

Lindström sacudió la cabeza.

—Tiene algo roto. Es una radio vieja, no puedo conseguir repuestos. Al menos no en el jodido Port-au-Prince.

—¿Tanta falta nos hace? —Reuben tenía la impresión de que apenas la habían usado hasta entonces.

El sueco encogió sus anchos hombros.

—Para navegar no me hace falta. Pero sí para los informes metereológicos, para avisos, eso es importante.

—¿Cree que el tiempo va a cambiar? A mí me parece que hace buen tiempo.

Lindström sacudió la cabeza.

—No. Está cambiando. Aún estamos en la época de las tormentas. Mañana podría

ponerse agitado. Quizá mucho. Me pone nervioso no saber cuánto.

—¿No podríamos ir a Jamaica? Sólo está a unos... unas treinta millas.

—*Ja*. Poder, podríamos, pero en Jamaica nos harán preguntas. Están locos por las drogas. «¿Qué hace por aquí, jefe?», dicen. «¿Por qué se ha alejado tanto de Haití?». Entonces le meten a uno en la cárcel.

Reuben suspiró, cogió una lata de cerveza. Era producto nacional haitiano, una marca llamada Prestige que no valía nada, pero tenía calor después de la larga inmersión.

—Quiero terminar lo que estamos haciendo aquí —dijo—. La parte más difícil ya está. No quiero irme ahora que hemos encontrado el barco.

—*Ja*, comprendo, pero tiene que recordar que esto es un barco pequeño. Si quiere algo mayor, tendrá que buscarse otro. Sólo podemos bajar un par de veces más. Mire las tablas de inmersión. Y nos estamos quedando sin combustible.

—Aún así, quiero volver a bajar. Un día más, entonces nos podremos ir. Podemos bajar esta noche. ¿Qué le parece?

Lindström puso mala cara, y a continuación se encogió de hombros.

—Bueno, pues volvamos a bajar. Esta noche, o tal vez mañana por la mañana.

Reuben asintió. No parecía tener elección. Si sólo supiera lo que estaba buscando.



El largo rayo de luz se clavaba en la oscuridad como un tubo de papel enrollado. Reuben expelió el aire en un silbido de burbujas que se expandían. Volvía a estar en el túnel, rodeado por todos lados por una noche impenetrable. Respirando a fondo, cerró los ojos, pero era peor: podía ver formas blancas que se debatían, arrastrándose ciegamente hacia él por laderas blandas y sin sol. Abrió los ojos y parpadeó mientras veía la luz balancearse delante de él dispersando los peces, revelando las cámaras secretas del bosque de coral, y lentamente la razón volvió.

Lo más difícil era orientarse. A veces no tenía sentido decir arriba y abajo, adelante y atrás, izquierda y derecha. Él y Lindström estaban unidos al *Fanchette* por cabos, como cordones umbilicales largos, pero incluso éstos se podían perder en las sombras. El barco estaba iluminado, pero no siempre resultaba visible. Nadaba en una profunda soledad, a través de un silencio lleno de los sonidos de su propia humanidad: el asustado latido de su corazón, el ir y venir del aire por sus pulmones.

Y entonces las sombras se detuvieron y el agua tembló, rompiendo su luz en mil pedazos. Reuben parpadeó y, sin pensarlo, se frotó la máscara. Volvió a mirar, y retuvo la respiración hasta que empezó a resultarle doloroso. Lentamente, volvió a respirar, llenando su mundo interior de burbujas rotas. Como un fantasma atrapado en tinieblas que odia, o la víctima de un terrible accidente encerrada en un ataúd improvisado, los restos del *Hallifax* estaban atrapados en una pequeña hondonada.

No quedaba gran cosa del barco. Los amarres y velamen habían desaparecido, los palos también, y toda la proa y la mayor parte de la cubierta superior y principal ya no existían. Los restos del casco estaban desmenuzados y dispersos sin la menor piedad. Algas largas y ondulantes cubrían las vigas. Donde antaño Hubo ojos de buey ahora crecían esponjas. Criaturas con patas largas y ojos saltones entraban y salían de las aberturas.

Reuben se acercó más. Tiritaba, a pesar del traje de goma. No quería estar allí. ¿Qué había encontrado Maniable a bordo del *Hallifax* que lo había impulsado a hundirlo y huir? ¿Qué había llegado de África, oculto bajo sus escotillas? ¿Estaría aún allí, esperando después de todos esos años a que llegara alguien?

La parte posterior de la cubierta era la menos dañada. Reuben pensó que Maniable y sus hombres agujerearon el barco cerca de la proa; ésta se habría hundido primero, desplazando el lastre a medida que se sumergía, dispersando las piedras, las cadenas, y otros objetos sueltos. Después debió caer hacia adelante hasta estrellarse allí, media milla más lejos. El tiempo y el mar se habían encargado de lo demás.

Sabía que debía esperar a que Lindström lo encontrara, pero a pesar de su temor sentía impaciencia, una viva curiosidad por explorar lo que quedaba del barco. Justo debajo de él vio algo que parecía ser una rueda, con varios radios rotos, tumbada sobre los restos de la cubierta. Cerca de ella las algas perfilaban un hueco rectangular. Reuben lo alumbró. Había sido la puerta que llevaba a los camarotes del capitán y los oficiales. Ató su cabo a una viga podrida y se preparó a entrar. Con la botella y el resto del equipo, Reuben resultaba demasiado voluminoso para pasar por la pequeña abertura, pero con algunas maniobras lo consiguió. Sabía que era una imprudencia por su parte bajar sin Lindström. La inmersión sin un compañero era una temeridad. Si le pasaba algo, el sueco tal vez no lo encontrara a tiempo. Reuben miró el indicador de la reserva de aire. Le quedaban veinte minutos. Eso no le daba mucho margen para buscar.

Los escalones habían desaparecido hacía tiempo. Quedaba una barandilla metálica, señalando hacia abajo en un ángulo muy inclinado. Reuben la siguió poniendo los pies por delante. En seguida llegó al fondo. A través de una segunda abertura se veía un espacio amplio, y por un momento Reuben pensó que había vuelto al mar abierto. Pero entonces vio que había ojos de buey. Nadando por su interior observó que el contenido del camarote había ido a depositarse junto al mamparo por el que había entrado. Por milagro, una lámpara seguía colgada del techo, oxidada y cubierta de moluscos.

Había otra abertura en el mamparo de enfrente. Reuben nadó suavemente en esa dirección, dejando un rastro de burbujas en el camarote abandonado. Incluso antes de verse aplastado y retorcido, el barco ya era minúsculo. Los oficiales dormían y comían allí, amontonados cuando hacía mal tiempo, asándose de calor en verano,

consumiéndose y tiritando por las fiebres. Debajo, en condiciones mucho peores, el resto de la tripulación sudaba y tosía durante toda la larga travesía a África, a las Indias Occidentales, y de regreso. Aún más abajo, en las bodegas del *Hallifax*, los esclavos estaban aplastados, encadenadas las muñecas y los tobillos.

Reuben se dio impulso con los pies de pato y se dirigió a la nueva abertura. Tenía la impresión de que conducía al camarote del capitán. La luz le precedía, como podía, adentrándose en el hueco. Él la siguió, intentando descifrar el montón de vigas y despojos. Pequeños peces nadaban junto a él, sin alterarse lo más mínimo. Algo fue corriendo a meterse en un agujero. En una pila de despojos que habían ido a estrellarse contra el mamparo más cercano distinguió los restos de un cráneo humano. Y después otro. Y una tibia. Y unas costillas. Huesos tan blancos como el vientre de un tiburón. Órbitas oculares. Dientes.

¿Qué habían encontrado exactamente Maniable y sus hombres? ¿Una escena como la del apartamento de Angelina en Brooklyn? Cadáveres y más cadáveres, extremidades y miembros. No era sorprendente que hubieran hundido el *Hallifax*. Pero ¿por qué no se lo habían dicho a nadie? ¿Por qué habían obligado a la tripulación a que jurara guardar el secreto? ¿Qué más habían encontrado?

Entre los restos destacaba algo como una caja. Reuben se acercó. Era un arcón metálico, cerrado y abollado, pero por lo demás intacto. Recordaba lo que había dicho Angelina: «Partieron en dos el gran círculo y se llevaron una de las mitades en la barca, para que se quedara con ellos en el exilio. La otra mitad la metieron en el arcón del capitán, junto con los *nkisi* de oro y los libros de los dioses...». Intentó forzar la tapa, pero estaba sellada por dos siglos de incrustaciones.

Miró el indicador de reserva de aire. Se le estaba acabando. De ninguna manera podría subir ese arcón solo. Tendría que volver a cogerlo con Lindström. Dio una voltereta en el estrecho espacio y se dirigió hacia la puerta. Atravesó el camarote de los oficiales, subió por las escaleras; el corazón le latía a toda velocidad y tenía la piel de gallina.

Al llegar arriba, desató su cabo. ¿Dónde estaría Lindström? El sueco había ido a cubrir otro sector. Habían pasado quince minutos. Reuben escudriñó la oscuridad. No se le veía por ninguna parte. Tal vez había vuelto a subir. Reuben decidió hacer lo mismo.

En ese mismo momento vio un destello, justo a la izquierda, donde había estado la proa del barco. Subiendo, lo vio con mayor claridad. Lindström también debía de haber encontrado el barco. Reuben hizo señales con su luz. Lindström no respondió. Volvió a hacer señales, acercándose más. Seguía sin responder.

Reuben se apresuró. Lindström tal vez estuviera absorto mirando algo, dándole la espalda. O podría estar en apuros. El fondo en esa zona aparecía cubierto de restos del barco. La luz de Lindström brillaba a unos pocos metros. Reuben veía una hilera

de burbujas que lo atravesaba. Lo iluminó con su linterna.

En el fondo reposaba el ancla más grande de las tres que llevaba el *Hallifax*. Lindström estaba debajo, cogido por las piernas. El ancla debía de haber estado mal sujeta, y el sueco la tumbó sin querer.

Reuben llegó hasta Lindström. Respiraba, pero apenas estaba consciente. Reuben se inclinó e intentó mover el ancla. No lo consiguió. Debía de pesar una tonelada. Miró debajo, con la esperanza de poder cavar un hueco para sacar a Lindström. El suelo en aquella zona era duro. Levantando la cabeza de Lindström, Reuben logró atisbar el indicador de reserva de aire. Cada buceador respira a una velocidad distinta. El indicador de Lindström indicaba que le quedaban cinco minutos de aire comprimido.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Reuben no dedicó ni un instante a la posibilidad de intercambiar sus botellas. La suya estaba casi vacía, y Lindström tal vez estuviera a pocos segundos de la muerte. El quizá estuviera igual de cerca. Apresuradamente, ató su cabo al ancla. Sin detenerse, fue dando patadas rápidas y nadó hacia arriba a toda velocidad, respirando rápida pero constantemente para mantener el equilibrio de su presión.

Al llegar a la superficie se arrancó la boquilla y se puso la máscara sobre la frente. A pocos centímetros, en la oscuridad, el *Fanchette* se movía, tirando del ancla, con luces como si viniera de otro planeta. Reuben gritó tan alto como pudo y momentos después Angelina apareció, seguida por August.

—Has tardado mucho, Reuben. Sven te advirtió que no te arriesgaras. ¿Dónde está?

Reuben se izó por la escalerilla y le ayudaron a alcanzar la cubierta. Aspirando el aire a bocanadas, habló con prisa. El aire resultaba tenso, difícil de respirar.

—No hay tiempo... para explicar... Necesitamos botellas nuevas... Una para mí... otra para Sven... Rápido.

Angelina se imaginó lo que pasaba en seguida. Salió corriendo, gritando a August en criollo, explicando lo que necesitaban. Volvieron segundos más tarde, cada uno con una botella. August ayudó a Reuben a que se quitara la que llevaba y colocarse la nueva. Reuben cogió la segunda botella y la conectó al pulpo, su fuente alternativa de aire.

—Volveré —dijo—. Sven tal vez esté herido. Traed un botiquín y una cama a cubierta.

No se molestó en ir a la plataforma de inmersión. Se tiró directamente por la borda, se agitó un momento, cogido con fuerza a la segunda botella hasta que encontró el cabo unido al ancla. Sin el cabo, encontrar el *Hallifax* a tiempo habría sido imposible. Aún así, Reuben tuvo la impresión de que el descenso duraba una eternidad. Habían pasado más de cinco minutos, eso lo sabía, pero no quería mirar el reloj para saber cuántos. La única esperanza de Lindström era que quien hubiera llenado las botellas se hubiese pasado en generosidad. No era gran cosa considerando que su vida dependía de ello.

Fue bajando, diez, quince, veinte metros, en cámara lenta, con un zumbido apagado en los oídos, la presión iba creciendo suavemente. La luz fue desapareciendo con mayor rapidez esta vez, la oscuridad resultaba más completa; no sólo visible, sino también tangible. Podía sentir cómo lo invadía, llenándolo, haciéndolo parte de su mundo.

De repente descubrió la luz de Lindström debajo suyo, como un faro. ¿Un faro, o una vela de velatorio? Buscó con su linterna hasta que vio el ancla y al hombre

atrapado. Una fina hilera de burbujas salía de la boca de Lindström. La botella estaba en las últimas.

Reuben dejó la botella de repuesto junto a la cabeza de Lindström. El sueco aún estaba lo bastante consciente para darse cuenta de lo que pasaba y ayudar. Aguantó la respiración cuando Reuben se lo indicó. Reuben extrajo la boquilla y la sustituyó por la nueva. Lindström aspiró el aire con codicia, sabiendo que ahora se podía permitir el lujo de respirar a fondo. Levantó una mano y cogió brevemente a Reuben de la muñeca, apretando con fuerza.

Reuben ayudó al sueco a que se quitara la chaqueta de flotación que sujetaba la botella vacía. Despojados de ellas, Lindström se pudo echar más cómodamente. Reuben encontró una par de esponjas que crecían allí cerca, las cortó, y las puso debajo de la cabeza de su amigo para que hicieran de almohadón. Habiendo hecho lo poco que podía para que su amigo estuviera más cómodo, pasó a dedicarse al ancla.

Era grande y pesada, y, lo que era peor, parecía haberse asentado firmemente. Reuben intentó balancearla desde varios ángulos, pero era como intentar mover un monolito. Para desplazarla necesitaría una palanca. Lo más parecido que había a bordo del *Fanchette* era una barra corta.

Lindström estaba cogido por el abdomen y muslos. Una rápida comprobación parecía indicar que, aunque algunos huesos estuvieran rotos, el sueco perdía poca sangre por heridas en la piel. Un corte profundo, algo que implicara venas o arterias lo habría hecho morir desangrado mucho antes de que Reuben pudiera conseguir ayuda.

La única esperanza de Lindström era que consiguieran algún tipo de auxilio en Jamaica. Tardarían dos horas y media en llegar allí, quizá una hora o dos en comprar o alquilar un torno o conseguir otro barco y dos y media para volver. Entre cinco y siete horas.

Les quedaban unas diez horas de reservas de aire a bordo, si es que Lindström lo consumía a la velocidad habitual. Al menos estaría quieto. Los cálculos eran irrefutables. Nadie se podía quedar abajo con Lindström, usando el valioso aire a doble velocidad. Habría que dejar todas las botellas allí, al alcance del hombre atrapado, abandonándolo donde estaba, esperando a que llegaran de vuelta. Eso era horroroso, pero no era lo peor. Si Lindström se desmayaba o no era capaz de ir cambiando las botellas a medida que iba pasando el tiempo, se ahogaría. Igual que Devorah. Reuben cerró los ojos para alejar las imágenes que se le presentaban: una mano blanca agitándose sobre minúsculas olas, la ondulación del agua fría, una oscuridad deshabitada. Abrió de nuevo los ojos y vio que Lindström lo miraba fijamente.

Reuben llevaba una pequeña pizarra de plástico y un lápiz de cristal chino. Rápidamente, garabateó un mensaje.

«¿Dolor?».

Lindström asintió.

Reuben borró el primer mensaje y escribió otro. «No sangra mucho. No para desangrarse». Lindström volvió a asentir. Comprendía. Reuben volvió a borrar y escribió.

«No puedo levantar el ancla. Necesitamos maquinaria. Bajaremos botellas. Tiene que permanecer despierto. ¿Comprende?».

Lindström asintió.

«Ponga la alarma y vaya poniéndola cada vez. ¿Comprende?».

Comprendía.

«Conseguiremos un torno en Jamaica. Volveremos en seguida. No tardaremos». Vaciló. Quedaba sitio para unas palabras más.

«Es la única manera. No se preocupe».

Guardó el lápiz, amargamente consciente de la insignificancia de lo que acababa de decir. Lindström tenía muy buenos motivos para preocuparse. El sueco alargó el brazo y lo retuvo, pidiendo el lápiz y la pizarra. Reuben se los pasó.

«Es mejor matarme ahora. No quiero esperar tanto. No quiero quedarme aquí abajo solo. Tengo miedo».

Reuben tenía una navaja de submarinismo cogida con una correa a la pierna, un cuchillo Dacor HiTech con una hoja afilada. Podía poner fin al sufrimiento de Lindström como le pedía, ahorrarle horas de suplicio físico y mental, esperando que llegara ayuda, viendo como el aire de cada botella iba desapareciendo, botella tras botella, hasta que llegara a la última y ya sólo quedaran minutos.

Sacudió la cabeza.

Lindström garabateaba a toda velocidad.

«Cuide a *Sam* —escribió—. Ese estúpido gato. Se está haciendo viejo. Prometa que lo cuidará».

Reuben asintió.

—Lo prometo —dijo, sabiendo que Lindström no lo podía oír.

Lindström borró la pizarra y volvió a escribir.

«El chico, August. Necesita educación. Haga lo que pueda».

Reuben hizo señal de estar de acuerdo. Lindström dejó caer la pizarra al fondo del mar. No quedaba nada por decir. Ninguno de los dos dijo adiós.

* * *

La oscuridad estaba cargada, morada, amenazadora. El aire, al principio húmedo, ahora era sofocante. Entonces empezó a soplar una brisa del sur. Media hora más tarde había cambiado al oeste. Cuando al fin vieron el faro de Folly Point al este de Port Antonio, había cambiado de dirección dos veces más. El mar había empezado a

arbolarse y estaban balanceándose con violencia cada vez mayor.

—No me gusta nada esto —murmuró Angelina. Era la primera vez que hablaba desde que salieron del banco Grappler. August llevaba el timón, ella y Reuben vigilaban el radar y las pantallas del sonar—. Ojalá Sven hubiera dicho lo de la radio antes. Podríamos haberlo arreglado. Aún es temporada de huracanes, podemos tener problemas.

* * *

En el Grappler habían dejado uno de los flotadores naranja del *Fanchette*. Tenía una luz intensa intermitente, pensada para ser vista por una expedición de salvamento. Ahora subía y bajaba con fuerza, azotado por el viento cada vez más intenso. Un cabo lo unía al fondo del mar, directamente al ancla bajo la que estaba atrapado Lindström. Iba perdiendo y recuperando la consciencia, soñando con una chimenea encendida en Norrköping y despertándose rodeado por el mar oscuro. El dolor de los muslos era casi insoportable. Ya no tenía ningún tipo de sensación en las rodillas y parte inferior de las piernas. Iba por la tercera botella, alternando entre las válvulas de primera y segunda fase. Veía a su lado las otras botellas donde Reuben las había dejado, recordándole con precisión el poco tiempo que le quedaba.

* * *

Reuben levantó la vista de la pantalla.

—¿Cuánto falta hasta que se ponga tan mal que no podamos navegar?

Angelina se encogió de hombros.

—No soy marinero. Tendrás que preguntárselo a alguien cuando lleguemos a Port Antonio. Pero por mi experiencia con las tormentas, yo diría que no mucho.

Hubo un largo silencio.

—No lo podemos dejar allí —dijo Reuben al fin—. Prometí que volveríamos. No estaría allí si no fuera por mí.

Angelina no dijo nada. Frente a ellos, la luz de Folly Point apareció y volvió a desaparecer, ocultada por una gran ola.

Tardaron casi una hora en entrar en el puerto. Entrar en el puerto con arbolada, con una oscuridad casi total fue una pesadilla. Folly Point quedaba a estribor y Navy Island a babor, casi invisible. Había dos puertos en el mapa, East Harbour y West Harbour, y Reuben no sabía cuál escoger. Al final se decidió por el East Harbour porque parecía estar más cerca del centro del pueblo. Pasaron por delante de Fort George y el monte alto de la península a sus pies.

Echaron el ancla un poco más cerca de la costa, manteniéndose en aguas profundas. August se quedó a bordo mientras que Reuben y Angelina se llevaron la

barca hacia la costa, abriéndose camino entre las barcas en forma de plátano. Había empezado a llover, con fuerza, lluvia que rebotaba en las olas como perdigones.

No había nadie en el muelle ni en las oficinas que lo rodeaban. Toda la zona del puerto estaba desierta. Se dirigieron hacia las luces más cercanas. La lluvia ya había logrado empaparlos y ahora empleaba sus esfuerzos en intentar meterse aún más adentro, debajo de su piel. Ya habían pasado tres horas.

En Harbour Street, una luz rojiza salía de un bar pequeño, sus puertas y ventanas cerradas a cal y canto contra la tormenta. La fachada estaba pintada con flores chillonas. Un único cartel luminoso colgaba sobre la puerta, publicidad de la cerveza Red Stripe y debajo el nombre del bar: Bar Cuerno de Cabra. Reuben no pudo sino sonreír al reconocer el nombre de un tipo de cannabis. Abrió la puerta. Un estallido de música *reggae* saltó en la noche. Reuben se adentró, seguido por Angelina. La puerta se cerró de golpe a sus espaldas.

En una esquina un tocadiscos tragaperras soltaba ritmos duros de una banda local de *reggae*. «*Babylon caerá esta noche. Y todos sus hijos, blancos o negros*». Lo rodeaba un pequeño grupo de hombres, algunos con melena, latas de cerveza en la mano. Del techo colgaban ristras de viejos *singles* de Jimmy Cliff, Toots, los Maytals y viejos discos de los Skatalites de los sesenta. Había una barra estrecha, provista principalmente de Red Stripe y Dragón Stout. Un par de mesas y sillas eran todo el resto del mobiliario. En una pared, pósters de Bob Marley y Yellowman daban la única nota de color de aquel espacio lleno de humo.

El disco acabó. En el silencio, todos los ojos cayeron sobre los recién llegados. Un murmullo bajo fue seguido por carcajadas alrededor del tocadiscos. La mayoría de los hombres eran jóvenes y robustos, con pantalones y camisetas apretados. Había dos mujeres en la barra, putas en una noche en la que a nadie le interesaba demasiado que lo engatusaran. Detrás de la barra estaba una mujer mayor, lavando vasos. Había dos cargadores de barcos plataneros sentados a una mesa ocupados con vasos de ron blanco y *ganja*. Uno inspeccionó a Angelina de pies a cabeza con intensidad.

—Necesitamos ayuda —dijo Reuben.

Alguien apretó un botón del tocadiscos y otro disco se instaló en el plato.

—He dicho que necesitamos ayuda. Tenemos un hombre atrapado en el banco Grappler. Necesitamos un torno. ¿Alguno de vosotros sabe dónde podemos encontrar uno?

La mayor parte de sus palabras fueron ahogadas por la fuerte música que brotaba del tocadiscos. Los jóvenes les daban la espalda y se movían al son de la música. Los cargadores se quedaron mirando sus rones. Las putas se miraron mutuamente.

Angelina soltó un taco y se acercó al tocadiscos. Estaba conectado a un enchufe en medio de la pared contra la que estaba apoyado. Sin pausa, Angelina cogió el enchufe y lo arrancó. La música dio un salto y se detuvo ruidosamente. Uno de los

hombres con melena inició el movimiento de coger el brazo de Angelina, pero ella le lanzó una mirada que lo dejó seco.

—Acaba de decir que necesitamos ayuda —afirmó ella—. Acabamos de entrar del banco Grappler. Tenemos que volver para rescatar un hombre que está en el fondo. No tenemos tiempo que perder. ¿Con quién hablamos?

Hubo un silencio prolongado. Al fin uno de los cargadores habló.

—Nadie va a hacerse a la mar esta noche. Su hombre está muerto. Déjelo en paz. Va a ser una mala noche.

—¿Mala, hasta qué punto?

El cargador sacudió la cabeza.

—Mala, señora, muy mala. Y se va a poner mucho peor. —Se detuvo y la miró fijamente, muy fijamente. Tenía los ojos rojos y acuosos por el ron—. ¿No escucha la radio? Hay un huracán de camino. Esta noche va a llegar aquí.

CAPÍTULO SESENTA

En el exterior, la tormenta aumentaba en intensidad, cogiendo fuerza e ira por momentos. Mientras sus compañeros miraban, ahora ya sin reír, el cargador los llevó fuera y les señaló una hilera de lucecitas. Era la oficina de tráfico marítimo en Bridge Street. Allí alguien los podría ayudar, o al menos les podría decir algo sobre el huracán.

Medio corriendo, medio empujados por ráfagas de viento, azotados durante todo el camino por la rebelde lluvia, fueron avanzando hacia las luces. Hubo un estruendo cuando algo pesado cayó al suelo. El cemento a sus pies era traidor, cubierto de aceite y una corriente de agua turbulenta. Corrieron, sordos y ciegos, a través del vendaval, cogidos de la mano como niños, más para no caer que para darse apoyo moral.

La «oficina de tráfico marítimo» era una chabola de madera unida por un único cable al poste de teléfono más cercano. Reuben intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Sentía cómo iban pasando los segundos, cómo se le escapaban los minutos. Empezó a aporrear los paneles de madera. No hubo respuesta. Levantó la mano y volvió a llamar. Una y otra vez.

—¡A ver, hombre! ¿No ve que estoy ocupado?

Reuben siguió aporreando con furia. La puerta se abrió.

En la entrada, perfilado por luz amarilla estaba un hombre pequeño de unos cincuenta años en camisa y pantalones.

—¿No ve que estoy trabajando? Tengo cosas que hacer. ¿Qué quiere, llamando así?

Reuben no se entretuvo dando explicaciones. Apartó al hombre y entró, llevando consigo la mitad de las lluvias de Jamaica. Angelina entró con él, llevando la otra mitad.

—¿Pero qué se ha creído, entrando aquí, así? ¡Si se quiere refugiar, búsquese otro sitio!

Reuben vio en seguida que la ira del hombre no tenía nada que ver con el agua de lluvia con la que le estaban mojando el suelo sino con la presencia en un rincón de una chica bonita con ojos grandes y un pecho aún mayor. Estaba sentada sobre una frágil mesa junto a una máquina de escribir, pero, a juzgar por cómo tenía puesta la blusa, no llevaba mucho tiempo allí.

Reuben se dio la vuelta.

—Escuche, por favor —dijo.

Sacó una cartera del interior de su chaqueta de marinero y sacó un fajo de dólares. Con la policía registrando y la desaparición de su pistola, no le había hecho gracia la idea de dejar tanto dinero en efectivo en casa de Mama Vijina.

—Se puede quedar con esto —dijo—. Se puede quedar con lo que desee. Lo

único que queremos es su ayuda.

El hombre miró fijamente el dinero, y después a Reuben. Después miró a Angelina, y después otra vez el dinero.

—Es mejor que se siente —dijo.

Les llevó un minuto explicar lo que pasaba. Cuando Reuben hubo acabado, el hombre puso mala cara.

—Mire —dijo—. Ni siquiera el mismo Jesús, ni siquiera Él, andando sobre las aguas, ¿comprende? Hay un huracán de camino, y viene rápido.

—¿Cuándo llegará?

Con todo cuidado, el hombre se lo explicó. El huracán había sido detectado formándose en el Caribe al sur de la República Dominicana dos días antes. Había estado moviéndose hacia el oeste desde entonces, cada vez más intenso, a unos veinte kilómetros por hora. Se creía que el centro pasaría justo al sur de Jamaica, entre la isla y los Cayos Pedro. Se esperaban vientos de cerca de doscientos kilómetros por hora en el norte de Jamaica, en las aguas de la zona e incluso más allá. Llegaría dentro de tres o cuatro horas.

Reuben miró a Angelina.

—¿Qué te parece? —le preguntó—. ¿Tenemos alguna posibilidad?

Ella pensó un rato antes de responder.

—No, casi ninguna —dijo—. Incluso en tierra, un huracán es devastador. Mar adentro, es peor de lo que te puedas imaginar. Pero se puede sobrevivir. Si no das contra un arrecife o contra las rocas, si funcionan correctamente las bombas de achique y no entra más agua de la que el barco es capaz de soportar, quizá sí que puedas llegar a hacerlo. Lindström sería capaz de hacerlo. Él podría navegar en las condiciones que fuera. Pero tú, yo y August...

—Si no vamos, va a morir.

—Lo sé, pero puede que muera igualmente. Quizá lo rescatemos sólo para que lo pase fatal antes de ahogarse con nosotros.

—Voy a arriesgarme. Quédate aquí con August. No tiene sentido que nos matemos todos.

—Ni hablar. No puedes pilotar el barco tú solo. Y evidentemente no puedes vigilar el *Fanchette* y sumergirte a la vez. August se puede quedar aquí. Yo vengo contigo.

Reuben abrió la boca para discutir, pero cambió de idea. Se volvió al dueño de la chabola, que los miraba, incrédulo.

—¿Quiere ganarse todo este dinero?

—Yo no salgo en ningún barco. Ni por un millón de dólares.

—No le pido que venga con nosotros. Quiero que nos lleve a algún sitio donde podamos conseguir un torno. Necesito izar esa ancla.

El jamaicano arqueó las cejas.

—¿Un torno? ¿Esta noche? ¡Están locos!

—Lo alquilaré, lo compraré o lo robaré. Nos estamos quedando sin tiempo. Debe saber de alguien que tenga uno por aquí.

El hombre pensó con atención.

—¿Tiene que ser un torno? —preguntó al fin.

—No sé. ¿Se le ocurre otra cosa?

—¿Y un gato? Lo que necesita es un gato de camión. En un momento le conseguiría quitar el ancla de encima.

Reuben asintió.

—Se me debería haber ocurrido. ¿Dónde podemos conseguir uno?

El hombre sonrió y fue hacia la puerta.

—Vengan. Se lo mostraré.

* * *

Una cortina de agua ocultaba las luces de Port Antonio como si nunca hubiera existido. El faro dio su último destello y entonces desapareció en la noche a sus espaldas. Una oscuridad absoluta los rodeaba, una oscuridad como ninguna que Reuben hubiera visto. Estaba viva por la lluvia y el viento y el lamento profundo y hueco del mar.

Reuben se daba cuenta de que las probabilidades de volver a encontrar a Lindström eran casi nulas. Sólo hallar el banco Grappler ya sería un alarde de suerte y habilidad. Si es que lograban no verse apartados completamente del rumbo por el viento, si la luz seguía en el salvavidas, si el salvavidas no había sido arrancado del fondo, quizá, quizá lograrían llegar. Muchas condiciones. Y ningún margen para el error.

No había logrado que August se quedara en tierra. Ni amenazas ni súplicas habían conseguido minar la absoluta devoción del chico por Lindström, al que llamaba «*le Capitain*». Ahora estaba sentado en la parte trasera de la pequeña cubierta, con *Sam* en brazos, tiritando, luchando contra el miedo a las enormes olas que azotaban el barco.

Lindström, nada espléndido cuando se trataba de pintura o barniz o equipos complicados que sabía que nunca usaría, invirtió el dinero que había ganado en algunos instrumentos realmente útiles. Uno era una brújula Aqua Meter de las mejores, el tipo que no se movía en absoluto a no ser que fuera realmente en las peores condiciones posibles. Con ese estado de la mar, sería imposible navegar en línea recta hasta donde estaba Lindström. A medida que el viento cambiaba de intensidad y dirección tendrían que ir modificando el rumbo para evitar que las olas laterales los hundieran. Tendrían que seguir un rumbo fluctuante. Tendrían suerte si

llegaban a veinte millas de su objetivo.

El pequeño barco se abría camino por olas que a veces se erigían ante él como una pared metálica o se abrían, revelando una enorme sima que lo tragaba como si fuera un coche de montaña rusa descontrolado. Era asombroso que lograran avanzar. El viaje de vuelta tardaría mucho más de lo que habían calculado.

Habían repostado combustible y conseguido el gato de camión en un garaje de Red Hassel Lane regentado por un hombre llamado Winston, amigo del encargado de la oficina de navegación. Además del pago por el combustible y el gato, no pidieron más dinero. Cuando la gente se dio cuenta de que realmente pensaban volver a salir hacia el banco con la esperanza de rescatar a un amigo, habían hecho todo lo posible por ayudar. La familia de Winston los había acompañado hasta el muelle. El de la oficina de navegación, que se llamaba Byron, había encontrado un par de pescadores para ayudarlos a llevar el gato y el combustible hasta el *Fanchette*. Los había obligado a aceptar comida. Había prometido que rezarían por ellos en la parroquia. Nadie había sido capaz de encontrar una radio a tiempo.

Ahora ya no había nada de eso. Estaban solos donde nadie los podía ayudar. Confinados en cubierta como prisioneros, se agarraban con fuerza. Todos habían vomitado unas cuantas veces, hasta que sólo les quedaban arcadas secas que los dejaban débiles y temblorosos. Cada vez que el barco llegaba a la cresta de una ola, esperaban la locura de la caída que seguía. Cada vez que bajaba, tenían la impresión de que seguiría hasta llegar al abismo. Era inútil hablar. El viento, la lluvia y las olas reducían a trizas sus palabras en el momento mismo de decirlas.

Reuben miró el cronómetro. 02.11.03. A Lindström le quedaban cuatro horas de oxígeno. Llevaban navegando dos horas. Luchando contra un viento que parecía venir desde varios puntos a la vez, tardarían al menos tres en llegar a su destino. Se agarraron con fuerza y vieron como pared tras pared de agua se estrellaba contra su proa.

Tuvieron la impresión de que aquello no se acabaría nunca. Un viento como bofetadas de gigante, lluvia como un segundo océano, olas hinchadas como casas, noche como una eternidad, sin luz, sin luna, sin estrellas, sin silencio, un mareo seco en el fondo del estómago, náuseas en los intestinos, el miedo a ahogarse, miedo a morir aplastados, miedo a la oscuridad, un dolor de cabeza martilleando detrás de los ojos doloridos, un temblor de brazos y piernas, sólo unos centímetros de cristal espeso los separaba de las profundidades del infierno.

Al fin, casi cinco horas después de salir de Port Antonio vieron la luz, un destello intermitente a lo lejos, hacia el lado de babor. Un momento más tarde, las olas lo ocultaron. Los tres se apelotonaron ante una ventana estrecha, atentos a cualquier señal que revelara la posición de la luz. *Sam* se quedó donde estaba, soportando como mejor podía la tormenta. Pasaron minutos largos como horas. No había nada más que

mar, sólo la oscuridad de la tormenta.

De repente, una ola enorme los levantó por encima del agua circundante y vieron la baliza blanca en el extremo sur del banco. Si el salvavidas seguía allí, estaría a una milla y media al noroeste. Sólo faltaba alcanzarla. A Lindström le quedaba una hora de aire en las botellas.

En aquel momento el viento amainó brevemente, como si quisiera recuperar aliento. Reuben intentó medir su posición aproximada. Angelina levantó la cabeza de la pantalla del sonar y asintió, dando ánimos. Habían llegado al banco.

Veinte minutos más tarde lo vieron: una luz roja encerrada en una oscuridad inimaginable. El interrogante era ¿cuánto se podían acercar? Si no se acercaban lo suficiente, Reuben no conseguiría localizar a tiempo el barco hundido. Cambiaron de rumbo, dirigiéndose donde creían haber visto por última vez la luz. Cuando la volvieron a ver, diez minutos más tarde, estaba igual de lejos, y esta vez a babor. Diez minutos más tarde la tenían a estribor. Seguía estando a una milla, tal vez más. Con tiempo y paciencia, lo conseguirían. En aquellos momentos no tenían ni una cosa ni la otra.

Reuben se puso el traje de goma y la botella que quedaba. Miró a Angelina. Había llegado el momento.

La puerta daba a la locura. Reuben se armó de valor y salió, arrastrando el gato hidráulico. El viento lo arañaba, amenazando con arrojar su cuerpo por la borda. Angelina lo siguió. Llegaron como pudieron al extremo posterior, usando un cabo para no caer. A sus pies el agua corría en una corriente perpetua, empujando sus piernas, tirándolos al suelo. Angelina agarró un grueso puntal y le ató un segundo cabo, un tramo formado por varios cabos paralelos firmemente unidos. Si se rompiera o soltara, Reuben tendría pocas posibilidades de volver al barco.

Atando el cabo a su cinturón, ella se inclinó y lo besó brevemente en los labios. Tenían sabor a sal. Todo tenía sabor a sal. Ella lo quería abrazar, pero no se atrevía a soltar el puntal.

—Suerte —gritó ella, pero sus palabras fueron arrastradas antes de llegarle a él.

Él asintió, se sentó en la plataforma, dio una patada hacia atrás, y desapareció. Ella miró el lugar por donde había desaparecido, pero no había nada, ni una señal de él en el agua.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Notó cómo se hundía a toda velocidad, totalmente presa de enormes fuerzas sobre las que no tenía el menor control. En unos segundos, el rugido de la tormenta era sólo un recuerdo, pero incluso allí, debajo del agua, se veía azotado como un corcho.

A medida que se acercaba al fondo, la turbulencia fue disminuyendo, pero el mar seguía en constante movimiento. Notaba cómo una corriente profunda lo levantaba y lo dejaba caer, mareándolo. Sintió un golpe cuando el gato hidráulico se estrelló contra el fondo. Lo volvió a levantar, y después usó el aire comprimido para inflar su chaqueta de flotación. Aquello le permitió nadar llevando el gato cogido al cuello con una correa.

Antes de sumergirse había memorizado la posición aproximada de la luz, y ahora empezó a nadar en su dirección. A pesar del chaleco, el gato era un lastre, y hacía que sus movimientos fueran lentos. Se empujaba fundamentalmente con los pies de pato, cabeza abajo, con las piernas totalmente extendidas, dando patadas, luchando en el oscuro interior del océano. Unas burbujas planas se reventaban en su lucha por separarse de él, de vuelta hacia la terrible superficie de la tormenta.

Encendió la linterna. A sus pies, el irregular fondo se extendía con indiferencia. Grandes peces pasaban a su lado, sus fantasmagóricas aletas reluciendo, las bocas abriéndose y cerrándose, observadores, tristes. A varios metros pasó la panza de una barracuda. Reuben rogó para que no hubiera orcas por allí.

Cuando ya no tenía la menor esperanza vio la luz, una mancha blanca, pálida a su izquierda, poco brillante pero inconfundible, la luz de emergencia de larga duración que había puesto en el ancla antes de dejar a Lindström. Girando abruptamente, dio unas patadas enérgicas, sintiendo que nuevas fuerzas le corrían por las venas. Después de todo, igual sí llegaba a tiempo. La luz de su linterna dio con el ancla, y después con Lindström echado donde Reuben lo había dejado. No había ningún reguero de burbujas. No había la menor señal de vida.

Reuben se arrodilló junto a su amigo. No había llegado a tiempo. Mirando más de cerca, vio que el sueco no había muerto porque se le hubiera acabado el aire. Se debía de haber suicidado, arrancando el conducto de aire de su máscara.

Cuando miró aún más atentamente vio que el tubo no había sido arrancado. Había sido cortado. Reuben buscó el cuchillo de Lindström. No estaba por allí. Buscó por el barro y sedimento, por todas partes, pero no lo encontró. Y entonces miró el tobillo de Lindström que asomaba por debajo del ancla. El cuchillo seguía allí, metido en su funda. No sólo eso, sino que era imposible que Lindström lo pudiera haber alcanzado desde donde estaba.

Lindström no se había suicidado. Alguien lo había matado.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Reuben se desató la correa y dejó caer el gato hidráulico al fondo. De un tirón soltó la palanca que desinflaba el chaleco de flotación. Sería una pérdida de tiempo levantar el ancla. Dejaría el marinero allí abajo con el *Hallifax*, en su medio, con los peces y los otros muertos anónimos. Un entierro en el mar: él no lo habría querido de otra manera.

Liberado de su carga, pensó en seguida por qué los asesinos de Lindström habrían ido hasta allí. Tendría que comprobarlo, por supuesto, antes de estar seguro. No se habían cargado a Lindström por diversión. Él no suponía una amenaza para ellos, pero tal vez había visto algo...

Alguien había seguido el *Fanchette* desde Port-au-Prince, eso era evidente, manteniéndose escondido hasta que supieron o adivinaron que habían encontrado el barco hundido. Debían de haber visto cómo el *Fanchette* se iba nueve horas antes y encontraron el salvavidas. Lo demás fue todo una consecuencia natural.

Reuben dejó su cabo atado al ancla, y nadó hacia el barco. Nada había cambiado. Allí las cosas tardaban décadas en cambiar, o siglos. Pasó por la abertura de la cubierta y se introdujo lentamente en el hueco donde habían estado las escaleras, por el camarote de oficiales, hasta la habitación de los huesos.

Como esperaba, el arcón no estaba. Los huesos habían sido movidos, otros objetos habían sido apartados, otros, aunque Reuben no podía saberlo, tal vez se los habían llevado con el arcón. Debían saber lo que buscaban. Angelina conocía la existencia del arcón, y Reuben no podía creer que la Séptima Orden no lo supiera también.

Los asesinos estarían de vuelta ya hacia Port-au-Prince, atrapados, como el *Fanchette*, por el huracán. Mañana mismo el arcón podría estar en el fondo del mar otra vez, más abajo que antes, fuera del alcance del hombre para siempre. Aparte de los objetos de oro de Tali-Niangara, ¿qué contenía? ¿Tesoros europeos? ¿Oro y joyas, anillos y pendientes, collares de ricas perlas blancas, un retrato en esmalte de un amor muerto hacía mucho tiempo? ¿Las usuales reliquias de los condenados?

Reuben salió nadando del barco comido por el mar, alicaído, solitario, pecador, con culpa que le pesaba como el aire que llevaba a su espalda, un lastre, aunque lo mantenía vivo. ¿Era para eso que habían muerto sus padres, unas baratijas doradas de la Costa del Oro, un adorno oxidado, un mechón de pelo de una persona amada? En un rincón del camarote de oficiales una morena agitaba su largo cuerpo flexible. Reuben se impulsó con los pies y salió del oscuro y profundo mar verde.

Volver a bordo del *Fanchette* resultó ser la parte más peligrosa de toda la operación. El barco había estado dando vueltas, manteniéndose lo más cerca posible del salvavidas. Él había nadado bajo el agua, guiado por su luz. Pero para regresar a

bordo tuvo que volver a la superficie, y las condiciones en la superficie se habían deteriorado por momentos.

Después de inflar de nuevo la chaqueta de flotación soltó la botella ya inútil y su enjambre de tubos y válvulas, dejándolos caer hacia el fondo. Podía respirar bien con el tubo que llevaba incorporado a la máscara. El problema era conseguir subir a bordo de una motora con olas de diez y doce metros antes de que se quedara sin fuerzas y cayera al fondo como la botella.

Una y otra vez, una ola gigante lo agarró y lo arrojó contra el flanco del barco. Estaba agotado y lleno de cardenales. Las manos le fallaban cuando intentaba agarrar la escalerilla que Angelina había colocado para que subiera. Perdió la cuenta de las veces que lo había intentado, las veces que sus dedos ensangrentados habían logrado aferrarse, sólo para verse desprendidos de nuevo, dejándolo haciendo aspavientos en aguas empinadas a metros de distancia de la bamboleante embarcación.

Estaba perdiendo fuerzas rápidamente, cada nuevo intento resultaba más difícil y arduo. El siguiente o el otro sería el último. Desesperadamente se arrastró por el tormento de las olas, dando patadas y sacudiendo los brazos en busca de seguridad. Justo cuando alcanzó la escalera, una ola más poderosa que las otras lo tiró contra el lado del barco, arrancándole el tubo de respiración de entre los dientes. Luchando por respirar, vio cómo el *Fanchette* se alejaba. Cayó, dando vueltas, tragando agua, ahogándose.

De repente, algo aterrizó a dos metros de donde estaba. Angelina lo había visto al fin y había salido a cubierta, arriesgando su vida para echarle el segundo salvavidas atado a un cabo. El salvavidas se puso derecho, sacando su lucecita para guiarlo. Avanzó nadando con los brazos, intentando alcanzarlo, luchando contra las olas que lo sumergían. Y lo agarró, duro y perfecto como una joya contra sus dedos, arrancándole la piel de los nudillos. Lo había logrado coger y no lo iba a soltar.

Ella lo izó, sentada en cubierta, con los pies apoyados en el borde, mientras que August la amarró con un cabo atado a una puntera. Reuben se echó hacia un lado, logró coger el primer peldaño de la escalerilla y empezó a izarse.

Nadie dijo nada mientras se arrastró a bordo y fue gateando hasta refugiarse en el puente de mando. Había venido solo, era lo único que necesitaban saber. Lo siguieron, cerrando la puerta de golpe para que no entrara la tormenta, mirando cómo caía, indefenso, ante la rueda del timón. El barco subía y caía, y todo el mundo con él.

Estaba de rodillas, vomitando agua de mar, el estómago revuelto. La garganta le quemaba. Tuvo arcadas secas, y después tosió hasta que pensó que se moría. Levantó los ojos y vio a Angelina y August que lo miraban, e intentó decir que lo sentía, pero no salió nada más que una tos espesa e iracunda, y entonces volvió a mirar y estaba Sven, con el cabello blanco flotando en la corriente, y entonces la resaca se

apoderaba de él y lo llevaba al fondo, donde todo volvía a empezar.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

*Washington, Distrito Federal
Domingo, 18 de octubre,
9.30 de la mañana*

Washington nunca había tenido un aspecto tan inhóspito. Las tormentas habían terminado, dejando la tierra exhausta y el cielo desolado. El Potomac seguía turbio e hinchado con el agua de las lluvias que habían bajado de los Alleghenys. Sally abrió un claro con la mano en su parabrisas cubierto de vapor condensado; las calles iban pasando a trompicones. Había olvidado lo solitaria que podía llegar a resultar aquella ciudad.

Había llegado el momento de hacer algo. La AVS ya no era capaz de enfrentarse sola a la Séptima Orden. Habían convocado una reunión de personal de seguridad selecto, gente de quien sabían que se podían fiar. Todo el mundo había sido invitado a título personal: ninguno sabía que los otros estarían allí.

El encuentro tendría lugar en la casa de Sutherland Cresswell, el director de la AVS, con base en Washington. Sutherland había sido informado desde el principio, pero como consecuencia de los recientes sucesos habían decidido pedir ayuda a otras agencias.

Escoger la gente a quien se podía informar no había sido fácil. Nadie sabía hasta dónde Forbes/Smith y sus jefes habían infiltrado la red de seguridad y otros departamentos gubernamentales. Tenían los nombres de veintiocho individuos que sabían que habían sido reclutados por la Orden, o que habían sido colocados por ella en puestos importantes. Otros cincuenta y tres nombres estaban registrados como sospechosos. Once personas estaban bajo la influencia directa de la Orden; Cresswell estaba seguro de que Forbes tenía información delicada sobre numerosos individuos cuyas indiscreciones sexuales, financieras o políticas los hacían susceptibles al chantaje.

Al final la AVS había elaborado una lista de personas que Cresswell, Sally y el equipo de Nueva York conocían personalmente. Esa lista había sido examinada atentamente por todos, y después introducida en el ordenador para eliminar todos los que tuvieran conexiones con cualquier miembro —confirmado o sospechoso— de la Orden, ya fuera dentro o fuera de las agencias. La lista final consistía sólo en cinco nombres: Mike Fordham, un oficial de alto rango de la Dirección de Operaciones de la CIA; Joel Garrison, secretario del Consejo Nacional de Seguridad; Grace Sala de la Agencia Nacional de Seguridad; Chris Markopoulos, de la Dirección de Operaciones de la CIA; y Kevin MacNamara del FBI.

Habían hecho que el encuentro pareciera lo más informal posible. Sutherland Cresswell vivía en una casa grande en las afueras de la ciudad, en la carretera de

Annapolis. Había sugerido hacerlo en domingo para garantizar que todos fueran y contribuiría a que los invitados, y todos los demás, pensaran que se trataba sólo de una reunión de fin de semana. Si el tiempo lo permitía, habría una barbacoa para comer. La mujer y los hijos de Cresswell estarían allí. Mike Fordham y Hastings Donovan llevarían a sus hijos, que tenían aproximadamente la misma edad que los de Cresswell. Joel Garrison y Kevin MacNamara irían con sus esposas.

Sally fue de las últimas en llegar. La entrada estaba llena de coches. En la puerta, Sutherland iba recibiendo a sus invitados. La casa estaba algo apartada de la carretera, entre árboles rojos y dorados, en el centro de una alfombra cada vez más gruesa de hojas caídas. De vez en cuando, una figura aparecía detrás de un árbol, se soplaba las manos o murmuraba discretamente en un auricular y volvía a desaparecer. Había grandes medidas de seguridad.

Los gritos de los niños jugando se oían en el jardín. Un reguero de humo salía de la chimenea de ladrillo. Habían hecho una hoguera cerca de la casa; cuando Sally bajó del coche, el olor de las hojas que quemaban evocó recuerdos de su infancia en New Hampshire. No notó que el sol se reflejase momentáneamente en un par de potentes prismáticos en un alto cercano a la casa.

El ambiente acogedor se acabó en el momento de entrar. Sutherland había dispuesto su estudio para la reunión, una habitación grande llena de libros en el segundo piso. La mayor parte de los presentes no conocían a Sally, y, de hecho, tampoco se conocían entre sí. El pequeño grupo de la AVS estaba en un rincón. Apenas había conversación.

Cresswell había hecho rastrear toda la casa en busca de micrófonos ese mismo día, usando el equipo que ahora vigilaba el jardín. Todos habían sido cuidadosamente seleccionados por el mismo Sutherland. Había recorrido la casa con ellos para asegurarse de que no se pasaba nada por alto.

Los últimos en llegar fueron los MacNamara. Kevin entró con Cresswell en el estudio, desconcertado al encontrarse con tanta gente, como todos los demás, a excepción del contingente de la AVS. Cresswell estaba callado y serio. Fuera, las voces de los niños retorcían el aire de otoño, haciendo de contrapunto a las palabras que ya le recorrían el cerebro. Tal vez era apropiado, pensó. ¿Acaso no se trataba de eso?

Fue hasta el fondo de la habitación y se dirigió a su reducido público. Nunca, en toda su carrera profesional, se había sentido tan nervioso. En la próxima hora, más o menos, se tomarían decisiones que afectarían profundamente a su país y a otros varios estados. No cabía la menor duda de que, como resultado de lo que decidiera ese grupo, se podrían perder o arruinar más de una vida. Sentía una tremenda responsabilidad. Y mucho miedo.

—Señoras y señores —empezó diciendo—. En primer lugar quiero pedirles

perdón por haber cometido este pequeño engaño, trayéndolos aquí con un falso motivo. A estas alturas ya se habrán imaginado que tengo motivos especiales para invitarlos hoy de esta manera. Creo que la mayor parte de ustedes no se conocen de vista, aunque en algunos casos tal vez sí de oídas. Así que querría que, para empezar, se presentaran uno a uno.

Cuando hubieron acabado con las presentaciones, Cresswell volvió a hacer uso de la palabra.

—En unos momentos —dijo— la directora regional para Nueva York de la AVS, la señorita Sally Peale, les explicará el motivo de esta reunión. Quiero que escuchen con toda atención lo que tiene que decirnos. Todo lo que presentará ha sido comprobado una y otra vez por mí mismo y por un puñado de agentes de confianza del cuartel general de la AVS aquí en Washington. Creo que las informaciones de la señorita Peale son fundamentalmente correctas, y también que las conclusiones son extremadamente fiables. Eviten, por favor, juicios precipitados. Permítanle que acabe su exposición. Cuando haya terminado, pueden plantear las preguntas que quieran. — Se detuvo, recorrió la sala con la vista—. Sally...

Ella habló durante más de una hora, transportando a su público desde el escepticismo hasta el convencimiento inquieto. Tenía los hechos, los documentos, las fuentes fotográficas, todo al alcance de la mano. Usando transparencias preparadas en su Apple IICx, les mostró datos, mapas, vías de comunicación, fechas. Pero sus palabras e imágenes eran sólo un barniz sobre lo que había debajo, como el maquillaje que se pone en la cara de un cadáver. En el estrecho cuarto, iluminado por el sol y con la risa de los niños haciendo vibrar el aire de otoño, un antiguo mal se esforzaba por recobrar vida.

—Hace un año, aproximadamente —dijo Sally—, articulamos una pequeña unidad de vigilancia en Haití. Teníamos en total catorce agentes, la mayoría haitianos o hijos de inmigrantes haitianos de Brooklyn o Miami. Hace tres semanas, doce de esos agentes fueron asesinados en una serie de ataques separados pero coordinados en Port-au-Prince, Cap-Haïtien y uno o dos pueblos menores. Uno de los norteamericanos logró escapar con vida. El decimocuarto, un haitiano al que conocíamos como Macandal, fue asesinado hace nueve días en una ceremonia vudú en las afueras de Port-au-Prince.

»El superviviente era un hombre llamado Félix Simón. Consiguió llegar a Miami y poco después se puso en contacto con nosotros. Desgraciadamente fue herido de gravedad en el ataque, y ahora se encuentra internado en un hospital; de lo contrario lo tendríamos hoy aquí para que les comunicara lo que sabe. Sin embargo, hablé con él hace dos días, y pude hacerme una idea bastante clara de lo que está sucediendo allí.

Ella se detuvo y sorbió un poco de agua de un vaso que tenía en la mesa. La

tensión de la habitación estaba aumentando. Incluso el ruido de los niños parecía apagado.

—Como la mayor parte de ustedes ya sabe, la situación en Haití es especialmente inestable desde que el general Cicerón llegó al poder. Se han formado grupos de oposición en todas las ciudades importantes. Está llegando dinero de Cuba. Con algo de tiempo, creemos que una revolución podría hacer que Haití se pasara al bloque comunista. Tal vez algunos de ustedes no estén de acuerdo con esto. Desafortunadamente, eso no tendrá el menor efecto sobre lo que ha de suceder.

»En cualquier caso, la Séptima Orden está convencida que habrá una revolución comunista si no se hace nada por evitarlo. En vez de esperar a que el general Cicerón sea derrocado y que sus planes se vean aplazados indefinidamente, han decidido tomar acciones preventivas. Tienen un candidato a la presidencia, el actual ministro de Defensa, el general Louis Valris.

»Tenemos... —ahora venía lo más difícil—. Tenemos dos personas trabajando para nosotros en Port-au-Prince en este momento. Ninguno de los dos tiene formación como agente. Uno es un teniente de la policía de Nueva York, el otro es una mujer haitiana cuyo hermano es el jefe del servicio de seguridad interna de Cicerón.

»El teniente Abrams y Angelina Hammel han sido enviados a Haití como... cebo.

Cerró los ojos. Vio peces oscuros con dientes afilados nadando en aguas agitadas. No se les podía decir todo, eso ya lo habían acordado.

—Creemos que los peces ya muerden. Ayer, el presidente Cicerón declaró el toque de queda. Hay informaciones de que las tropas están en la calle en varias ciudades. Los principales aeropuertos han sido cerrados. Hemos perdido contacto con nuestros dos agentes. Creemos que Warren Forbes también está en Haití en este momento. Personalmente, estoy segura de que está a la espera de órdenes para actuar. Tenemos que entrar rápidamente en acción, y con decisión. Es por eso que los hemos convocado aquí hoy.

Sally se sentó. Se sentía extenuada. Le temblaban las manos. Los ojos de toda la habitación estaban fijos en ella. Miró el reloj. Deberían haber empezado a comer hacía diez minutos. Se preguntaba por qué no había llamado la esposa de Sutherland, avisando que estaba todo preparado. Sutherland le había pedido que lo hiciera para evitar que la mañana se alargara. Era vital que todo el mundo estuviera fresco para lo más pesado, la discusión de la tarde.

Sutherland también miró el reloj. Tenía una cierta sensación de que algo no acababa de funcionar. Examinó cuidadosamente toda la habitación. Nada parecía fuera de sitio. Sally se volvió a poner en pie para aclarar un par de puntos que requerían atención inmediata. Sutherland notó que los cabellos de la nuca se le erizaban. ¿Por qué? ¿Qué le hacía estar tan nerviosa?

Sally se sentó. Emeric Jensen adelantó algunos comentarios. Alguien hizo una pregunta. Sutherland Cresswell no oyó lo que decían, estaba demasiado ocupado escuchando, demasiado ocupado poniendo orden en sus pensamientos. Y de repente supo qué era. No era un ruido, sino su ausencia, un silencio que le había llamado la atención. Los niños habían estado jugando fuera, correteando de un lado a otro, gritando, riendo. En algún momento ese ruido había cesado.

¿Los habría hecho entrar su mujer para la comida? Sutherland escuchó con atención. No se oían ni niños ni adultos abajo. Conocía la casa. Hacía quince años que vivía allí con su familia, y conocía sus sonidos.

Sin decir nada, se puso en pie y se acercó a la ventana del estudio, la que dominaba la terraza y el jardín. Miró por ella.

Pasó algo raro con el tiempo. Se quedó quieto, fue a toda velocidad, y volvió a quedarse quieto. Escuchó el ruido de los latidos de su corazón, y entre latidos transcurría toda una vida. Oyó voces a sus espaldas, pero no entendía lo que le decían.

—¡Sutherland, te he preguntado si estás bien!

Sally dio un paso hacia él. No parecía oírla. ¿Qué miraba? ¿Por qué cerraba los puños con tal fuerza? Se puso a su lado.

Él se había puesto blanco como el papel. Siguió su mirada, por la ventana hacia el jardín.

¡¡Dios santo!!

Los niños estaban sobre el césped, tirados tal como los había tumbado el gas, algunos cara abajo, otros mirando hacia arriba. Suzi Cresswell estaba allí, vestida con una rebeca rosa. Sally reconoció las mellizas de Donovan, Ellen y Linda. Había un par de adultos entre los niños.

Un hombre vestido de negro y con una máscara de gas se abría camino entre las figuras quietas. Llevaba en una mano una pistola con un silenciador, e iba despachando sus víctimas de una en una con tiros a bocajarro en la nuca. Los cuerpos se iban estremeciendo con los tiros y después se quedaban quietos.

Sally se dio la vuelta y cogió su chaqueta, echada sobre el respaldo de una silla. La miraban sin comprender. Algunos ya se habían puesto en pie. Sacó la radio y apretó el botón de transmisión.

—¡Gary, Robert! ¿Estáis ahí? ¿Me oís? —estaba intentando alertar al equipo de seguridad que habían dejado de guardia en el exterior. Los conocía a todos por su nombre de pila—. ¡Pete! ¡Quién sea! ¡Contestadme, por el amor de Dios!

Se oyeron pasos en el pasillo ante el estudio.

Lo último que oyó, lo último que oyeron todos, fue un gran golpe cuando la puerta estalló hacia dentro. Lo último que vieron fue un hombre vestido de negro con una pesada metralleta.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

Port-au-prince estaba abofeteado por un sol incierto, con las espaldas guardadas por montañas. El mar se acercaba a la costa como una lengua salada explorando una caries podrida. Aguas tranquilas tras un mar enfurecido, luz tras la oscuridad, silencio tras la ira, putrefacción tras la muerte. Sólo se movía el mar, hinchado, cubierto de algas y petróleo, objetos flotantes de todo tipo, una cosa sucia y caótica.

El *Fanchette* entró como pudo en el puerto, bastante hundido en el agua. Un pájaro bajó del cielo azul y claro, con alas blancas y ruidoso, rozando el barco al pasar. Había entrado agua y ahora las bombas empezaban a achicarla. Reuben, Angelina y August estaban en cubierta, sin hablar, anonadados, mirando cómo el mar se iba abriendo a su paso. Habían estado aguantando la tormenta toda la primera noche y gran parte del día siguiente, durmiendo y despertándose intermitentemente, entre sueños blancos y desnudos, poseídos por el huracán.

En tres ocasiones Angelina se había despertado gritando, sin que hubiera nadie que la pudiera tranquilizar. August se había pasado mucho tiempo mirando el mar, hasta que él también quedó dormido como un tronco. Reuben nadó entre oscuridades amargas y fue poseído por los dioses que ni conocía ni amaba. No le visitaron ni sus padres, ni Devorah, ni Lindström, ni Danny, ni ninguno de los muertos. Pero en cambio vio los vivos, vio a Sally y Forbes y Max Bellegarde bailando una extraña danza, y Doug Hooper, sangriento y heroico, de piel gris, girando en medio de todos, con un collar de panfletos ardientes.

—¿Dónde irás, August? —Angelina no había querido hacer esa pregunta hasta entonces—. ¿Qué vas a hacer?

El chico se encogió de hombros. Sin Lindström, no tenía ni dónde ir, ni manera de ganarse la vida. No tenía futuro. Angelina miró los harapos con los que iba vestido y sus sucios pies descalzos. ¿Cuántos años tendría? ¿Doce, trece? Era un residuo flotante, como los neumáticos y las botellas vacías que taponaban el puerto de Port-au-Prince. Un grumete sin patrón ni barco. No le cabía la menor duda de que el *Fanchette* sería vendido para pagar las deudas de Lindström. No quedaría ni una gourde.

—Creo que deberías venir con nosotros —dijo ella.

El niño volvió a encogerse de hombros. Tenía el gato cogido en brazos, acariciaba su piel impregnada de sal con movimientos automáticos.

—*Sam* también puede venir —dijo ella.

¿Pero, por cuánto tiempo? Aquello ya no era su casa, y nunca conseguiría permiso para llevárselo a Estados Unidos. Quizá Mama Vijina podría ayudar.

August asintió. Sabía que no debía rechazar la generosidad de los ricos. Y, a su parecer, Angelina y Reuben eran enormemente ricos. Había aprendido a aceptar con

aparente elegancia lo poco que le ofrecía la vida. Pero hería su orgullo, esperaba llegar a tener la libertad suficiente para tirar algún día todo lo recibido a la cara de alguien.

Echaron el ancla justo enfrente de la punta al norte de Fort Ste. Claire y remaron hasta la orilla en la barca, dejando todo el equipo a bordo. El puerto estaba extrañamente desierto, como si la tormenta se hubiera llevado la voluntad de la gente, tentándolos para que no fueran a trabajar ese día. Había una tensión en el aire de la mañana que no había estado presente cuando salieron, una inquietud que no podía ser obra sólo del huracán.

El Peugeot les esperaba donde lo habían dejado. Había chareos por todas partes por la tormenta. De camino hacia casa de Mama Vijina vieron signos de devastación por todas partes. El viento había azotado la isla, arrancando árboles, tumbando vallas, robando gallinas, derribando los grajos de sus nidos, reduciendo a trizas, aporreando, destruyéndolo todo sin compasión ni vergüenza. Las tortuosas calles estaban llenas de fragmentos que habían viajado kilómetros antes de llegar allí: ollas y sartenes, cuencos rotos, cocos, palas, velas y un crucifijo roto. Por todas partes, las ventanas se habían roto por la presión del viento, repartiendo fragmentos de cristal a izquierda y derecha. Reuben pensó en los Hooper y en la destrucción de su tienda. A ellos el huracán les había llegado por adelantado. Se preguntó qué se habría hecho de ellos.

Mama Vijina los esperaba. Alguien había visto llegar el barco y había hecho correr la voz. No había ni luz ni teléfono, pero Port-au-Prince funcionaba a su manera, con otras normas. No dependían del teléfono o de los periódicos para dar a conocer algo. Si querías las noticias de verdad, no sintonizabas la radio, sino que escuchabas el boca a boca.

Comieron un poco, simulando un apetito que no sentían. Alguien habló de amor en términos nada claros: amor a los *mystères*, amor al océano, amor a la muerte. Desde donde estaban sentados olían el hibiscus y la adelfa, almendro y buganvilla, olores oscuros, lábiles y singulares, resucitados en la tormenta. No hablaron de nada. Mama Vijina miró al niño, sabiendo el poco futuro que le esperaba. Otra persona habló de la soledad. Hubo un sonido de golpeteo de cucharas y platos, y resplandor de cuchillos, el olor de la resurrección. En la calle hombres y mujeres iban reconstruyendo sus vidas con todo cuidado, como habían hecho tantas otras veces. Nadie mencionó la penitencia.

No se había descubierto nada en el asesinato de Macandal. La policía lo había identificado como un hombre de treinta y cuatro años llamado Otard Le Sauveur, un griffon de Les Cayes, un funcionario del Ministerio de Cultura, sin antecedentes. Había dejado una esposa —una *femme caille*— en Port-au-Prince, de quien tenía tres hijos, y otra —una *femme placée*— en el Carrefour. Estaban buscando al asesino. No había pistas.

Cuando se fueron sus amigas, las mujeres que hablaban de amor y soledad, Mama Vijina se acercó a Reuben y Angelina y les contó las inquietantes noticias. La situación política era tensa y se hacía cada vez peor, se hablaba de utilizar mano dura con la oposición e imponer el toque de queda, de que la sangre correría por las calles. Ya no se celebrarían las elecciones prometidas hacía tanto tiempo, se incitaba a la gente a que se uniera en su lealtad a su jefe y benefactor, el presidente Cicerón, a los agitadores se les pegaría un tiro sin molestarse con un juicio. Se multiplicaban los rumores, habían aparecido graffitis en las paredes la noche anterior; el miedo se había apoderado de la ciudad. Amor y soledad. Las únicas soluciones.

Poco después del desayuno, August desapareció. *Sam* se quedó atrás, maullando tristemente, negándose a comer. Locadi entró, con un vestido estampado con flores, y se lo llevó, desconcertado, arañando. Angelina le dio la gorra de Lindström, que había traído del *Fanchette* para ponerla a su lado, pero Locadi la rechazó, diciendo que los gatos no son perros.

Después subieron a dormir. Angelina estuvo despierta mucho tiempo, mirando la luz difuminada por las persianas azules. Si cerraba los ojos, la habitación parecía balancearse, y se veía obligada a abrirlos para centrar la atención en algo duro y fijo, que no se moviera. Cuando al fin llegó el sueño, soñó con el olor de la vainilla majada y el sabor semiamargo del chocolate francés.

Eran mucho más de las doce cuando se despertó. La habitación estaba oscura, pero llena de puntos de luz. El sol proyectaba formas punteadas sobre el suelo de madera desnuda; suaves, pero intensas, como mantequilla fundida en un recipiente metálico. La había despertado un sonido, y durante un largo momento sintió que el miedo la hacía prisionera, tirándole del corazón y del cuello.

Había una sombra al pie de la cama, inmóvil. De repente, se dio cuenta de que era Reuben. Estaba de pie, mirándola. Una larga aguja de luz solar le cruzaba lateralmente el pecho. No se movió en absoluto. A cada momento que pasaba era menos sombra y más carne, a medida que sus ojos se acostumbraban al conjunto de su imagen.

—No podía dormir —dijo él, al fin—. La cama se movía. Todo se movía.

—Lo sé —dijo ella, con la voz lánguida de sueño.

—Estabas durmiendo —le dijo él—. Te he estado mirando.

—¿Hace mucho?

—No sé. —Vaciló—. Un rato largo.

En la calle, fuera, una voz de mujer cantó una canción de amor, lentamente, con sentimiento, antes de que cayera la noche. Llegaría el toque de queda, los tanques pasarían, pesados, la canción se desvanecería.

—Estaba soñando acerca de mi padre —dijo ella.

—¿Era verdad? —dijo él—. Lo que me dijiste sobre...

No podía acabar la frase. La idea lo horrorizaba.

Ella no contestó. Tanto si era verdad como si no, ella soñaba con las manos que olían a vainilla y la barba del viejo que le rozaba la mejilla.

Reuben se acercó y se sentó en el borde de la cama. Ella se había quitado la ropa y estaba desnuda debajo de la fina sábana, llena aún de los restos de un sueño inquieto. Toda incompreensión había desaparecido entre ellos, la tormenta había destruido las barreras, habían estado muertos y ahora revivían. O volvían a morir.

Ella se sentó y la sábana cayó, revelando sus hombros y sus pechos, una vulnerabilidad terrible. Él se inclinó hacia adelante y le tocó la mejilla y el cuello, rozando su piel cansada con sus dedos largos y desnudos. Ella suspiró y se volvió hacia él, sintiendo que su sueño se convertía en excitación, muerte en resurrección. Él se agachó y le besó el hombro, pasando sus labios y su lengua por el perfil del hueso. Ella no se había lavado, todavía llevaba el mar sobre su cuerpo. Su piel sabía a sal, no la sal del cuerpo sino la sal del océano profundo.

Se echó en la cama junto a ella, sintiendo cómo sus brazos le rodeaban el cuerpo, atrayéndolo hacia sí.

—Esto también es la danza —dijo ella.

—No comprendo.

—Déjame que te enseñe —susurró ella.

La sábana se apartó y ella quedó desnuda debajo de él. En algún sitio un tambor empezó a tocar. En la calle, la canción de amor subía y bajaba como el mar.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

El humo tardó mucho en dispersarse. La calle estaba llena de cenizas y brasas, los bordillos estaban llenos de agua ennegrecida, la gente miraba, de pie, en grupitos, murmurando. Había sido difícil acercarse lo suficiente un coche de bomberos, y aun entonces no habían conseguido suficiente presión de agua. Los vecinos habían ayudado con cubos, pero no habían logrado salvar gran cosa, el fuego había sido demasiado intenso... También habían resultado dañadas las casas de la otra acera. Tal vez las tendrían que demoler.

Una suave brisa levantó algunas cenizas por el aire de la mañana. Eran ligeras, ligeras como telarañas, flotaban con la menor corriente. Vistas de cerca, se podían distinguir leves imágenes blancas dibujadas en su superficie, las sombras de palabras impresas. Pies indiferentes las aplastaban contra el suelo, reduciéndolas a polvo.

Habían conocido la desgracia de los Hooper poco después de despertarse. Locadi había llegado preocupada, diciendo que se había producido un incendio en la rue des Casernes, y que la librería americana había sido destruida.

Sin esperar al desayuno, habían ido corriendo a ver en qué podían ayudar. Desde que habían llegado, Reuben sentía una curiosa responsabilidad por lo que pudiera pasarles a los misioneros. Y seguía inquieto por Doug: no era tanto un temor real de que el norteamericano le pudiera hacer daño, sino más bien una premonición, un sentido de que la miseria interior de Hooper, su búsqueda de una clara finalidad lo podría meter en problemas.

Los Hooper habían resultado ilesos, pero estaban anonadados por la enormidad de lo que les había sucedido, el tremendo desencanto de su pérdida. No quedaba nada, ni las cosas pequeñas, la ropa, la pasta de dientes, las chokolatinas. Reuben los encontró abrazados en la calle llena de cenizas, mirando atontados las ruinas de su proyecto, como si estuvieran ocupados por alguna plegaria en voz baja que tuviera el poder de deshacer la saña del fuego.

Jean explicó conmovedoramente cómo habían vuelto a la tienda la noche anterior después de una reunión. Ella lo llamó un «festín», pero parecía ser algo bastante comedido: café, galletas y oraciones interminables. Se habían dormido, Doug, como de costumbre, con la ayuda de un calmante, y habían dormido hasta después de las tres, cuando los despertaron las voces de alarma por las llamas. Doug, al correr hacia la calle, había notado un olor inconfundible de gasolina, con la que habían rociado generosamente la tienda.

Doug se acercó a Reuben. Llevaba el pelo alborotado, no se había afeitado desde la paliza, sus ojos parecían traumatizados y drogados.

—Esto ha sido cosa de Valris, como la otra vez —susurró, entre dientes—. Lo volví a intentar ayer, me dio un ultimátum. Lo tuve que rechazar. Ahora va y pasa

esto. Pero las pagará, me las pagará.

Jean Hooper cogió del brazo a su marido.

—Ya basta de hablar así, Douglas Hooper. Si es cosa de alguien, es de Dios. Quiere ponernos a prueba, ver si somos dignos. La Asamblea nos ayudará. Nos dirigiremos a la Asamblea.

Pero Doug se apartó. Ni siquiera el espectro del sacrificio piadoso lo apaciguaba.

—Ha acabado con nosotros, Jean. Dios nos pondría a prueba, pero no acabaría con nosotros. ¿Qué sentido tendría eso? Valris tiene la culpa, Valris y sus matones. Pero le voy a dar una lección, una lección a la americana de la que se va a acordar.

Reuben se llevó a Hooper aparte.

—Escuche a su mujer, Hooper —dijo—. No deje que Valris le haga hacer algo de lo que después se tenga que arrepentir. No estamos en Indiana. El hombre que ordenó esto puede hacer que los metan en la cárcel o le peguen un tiro o lo tiren al mar sin el menor problema. ¿No se ha dado cuenta de lo que está pasando? Dicen que va a haber toque de queda esta noche. Ha habido detenciones. Apaleamientos. Dos personas han muerto en comisaría. Aquí no tiene protección alguna, no tiene a nadie que pueda defender sus intereses. Olvídense de Valris, olvídense de Haití. Reduzca sus pérdidas antes de que sea demasiado tarde. Quizá sea su última ocasión.

Hooper no contestó. Estaba ausente.

Reuben suspiró y se volvió a Jean Hooper.

—¿Dónde van a dormir?

Ella señaló media docena de hombres y mujeres que estaban junto a la tienda.

—Estos amigos se ocuparán de nosotros —susurró—. Ahora son nuestra familia.

—De momento vaya con ellos —dijo Reuben—. Pero cojan el primer vuelo que salga de Port-au-Prince.

Ella lo miró con sus ojos persistentes.

—Le agradezco su preocupación, profesor, pero vinimos con un objetivo, y nos quedaremos hasta que Dios nos dicte lo contrario. No se preocupe por nosotros. Preocúpese por usted...

* * *

August los estaba esperando cuando llegaron de vuelta a casa de Mama Vijina. Locadi había preparado pollo frito con salsa criolla, judías, berenjenas y arroz. Estaba comiendo como si llevara un mes sin tocar la comida. Angelina pensó que parecía estar cansado. No era más que eso. Hecho migas. Parecía tener cincuenta años, en vez de doce o trece. ¿O sería que no se había fijado bien hasta entonces?

Se unieron a él, poniéndose mucha comida en el plato, dándose cuenta de que ellos también tenían hambre. La noche anterior la habían pasado con Mama Vijina, hablando, viendo Tele-National, el canal nacional y los dos canales nominalmente

independientes de Tele-Haití, escuchando Radio-Cacique, interpretando las informaciones contradictorias que llegaban de la ciudad y las zonas rurales. Reuben había ido a la oficina de correos para llamar de nuevo a Sally, pero se encontró con que habían cortado las comunicaciones con el exterior.

El batallón Desalines, el más grande del país, había sido puesto en estado de alerta. La guardia presidencial había sido doblada. Todos los permisos militares habían sido anulados. El general Nord Laguerre, el comandante en jefe de la fuerzas armadas, había sido llamado al Palacio Nacional para una larga consulta con el presidente y el general Valris. Se habían efectuado detenciones en Port-au-Prince, Cap-Haïtien, Port-de-Paix, Jérémie, Les Cayes y Jacmel. Max había hablado por la radio, recomendando calma, insinuando oscuramente cuál sería el curso futuro de los acontecimientos.

Se habían acostado pronto, habían vuelto a hacer el amor, y se quedaron charlando hasta la madrugada. A través de la ventana abierta de la habitación de Angelina, la luna lo pintaba todo de magia. Lentamente, se habían abierto el uno al otro, ofreciéndose los fragmentos de sus vidas individuales para que cada uno los escrutinara. Por la mañana todo eso parecía lejano e irreal, las caricias, las intimidades, los silencios largos y perfectos. El sabor de las cenizas les llenaba la boca.

Al principio, August apenas habló. Nadie le preguntó dónde había estado ni qué había hecho. Angelina lo miró comer: la manera apresurada y ansiosa del ave rapaz criada para defenderse. Lindström no había hecho gran cosa para civilizarlo. A medida que empezaba a estar harto su ritmo disminuía. Finalmente, dejó la cuchara.

—Los he encontrado —dijo—. Los que lo hicieron.

Su boca estaba sucia de salsa. Angelina alargó la mano y se la limpió. Él no la evitó.

—¿Los que hicieron qué? —preguntó.

—Los que mataron al capitán.

Ella buscó a Reuben con la mirada y le tradujo lo que el chico le acababa de decir.

—Pregúntale cómo lo sabe.

Ella preguntó. Él vaciló un momento, y después se lanzó con su relato.

—No fue fácil —dijo—. Tuve que preguntar a mucha gente. En los muelles. Recorrí todos los amarres, el terminal del transbordador, el muelle de mercancías, hasta el muelle de la marina. Está todo hecho un lío. La tormenta se lo ha llevado todo. En cualquier caso, pregunté quién más había llegado después del huracán, aparte de nosotros. Los que mataron al capitán no podían haber entrado hasta que acabara la tormenta. Debían estar a medio camino cuando la tormenta arreció, quizá ni eso. Me acuerdo de sus nombres. Había un barco de pasajeros que venía de Santiago. Ése está descartado. Hubo un pesquero llamado el *Ti Coy o*. El motor se les

estropeó. Los conocen en el puerto. Yo mismo los he visto salir. Son legales. Pero el tercero, ése es. El *Quinquin*, Cuarenta pies de eslora, igual que el *Fanchette*. Entró anteayer. Ningún problema de motor, ni nada por el estilo. Simplemente se quedaron colgados, según dijeron. El patrón es uno que se llama Gro Moso. Llevaba tres pasajeros. Nadie los conocía.

—¿Cómo eran los pasajeros?

—Dos negros y un *blanc*. El blanco será fácil de encontrar. Tiene una cicatriz. Una cicatriz larga en la mejilla derecha.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

Los golpes en la puerta los despertaron justo después de medianoche. Reuben salió de la cama medio dormido, reaccionando automáticamente. Hubo una segunda tanda de golpes, esta vez más fuertes. Se puso los pantalones, abrió el cajón junto a la cama y sacó su nueva pistola. August la había obtenido de un hombre que tenía un puesto de ferretería en el Mercado del Hierro. Era una vieja CZ75 checa, una automática de doble acción que había precisado una buena limpieza y lubricado antes de que pudiera ponerle un cargador. No era gran cosa cuando la vida de uno dependía de ella, pero había sido la única pistola disponible en Port-au-Prince aquella tarde. Volvieron a oírse los golpes, cada vez más insistentes. Se oyeron pasos dirigidos hacia la puerta.

Angelina estaba sentada, erguida, en la cama.

—No es la policía —susurró.

—¿Cómo lo sabes?

—No se molestarían en llamar. Tiran la puerta abajo. Y si se han equivocado, mala suerte.

—¿Quién, si no?

Ella se encogió de hombros.

—¿Smith?

—Pasa lo mismo. ¿Por qué iba a avisar?

Además de comprar la pistola, había pasado la tarde buscando a Smith, hablando con los contactos de August por todo el puerto. No habían encontrado pistas firmes, sólo miradas desviadas, toses nerviosas.

Alguien llamó a la puerta del dormitorio.

—¿Quién es? —preguntó Angelina.

—Vijina. Tienes que venir en seguida.

Reuben fue a la puerta y la abrió. Mama Vijina estaba allí, con un viejo vestido de algodón. Parecía vacía, más desolada que cansada.

—Es la mujer americana —dijo—. Está con un hombre que no conozco. Parece que tiene problemas. No comprendo lo que dice.

Angelina tradujo a Reuben lo que había dicho Mama Vijina. Se envolvió en una sábana y se levantó de la cama.

—Baja —dijo ella—. En seguida vengo.

* * *

Jean Hooper estaba en el minúsculo salón de la parte delantera de la casa, mirando nerviosamente las sombras apelonadas alrededor de una colección de

pinturas al óleo y figuritas. Mama Vijina a veces lo usaba como *bagui* y como lugar para encontrarse con gente del vecindario cuando iban a pedir consejos. Estaba sentada en la silla que normalmente se reservaba para Mama Vijina, una silla grande y muy decorada forrada de terciopelo rojo barato. A su lado se encontraba Amirzadeh. Estaba pálido. Locadi estaba en la entrada, en silencio, vigilando, medio dormida, a los visitantes.

La misionera tenía un aspecto lamentable, aún peor que el que presentaba la mañana después del incendio. Había estado llorando, y el poco maquillaje que llevaba se había corrido, manchándole la cara. Todo en ella estaba tenso: sus manos, su mandíbula, su cuello, sus ojos. Cuando Reuben entró en la habitación, se puso de pie en seguida, y al momento se volvió a sentar, como si la hubieran empujado.

—No debería estar aquí —dijo Reuben—. Es un riesgo enorme salir esta noche. Están matando a la gente. ¿No sabe que hay toque de queda?

No sabía por qué era tan brusco con ella. Algo en su manera de comportarse le creaba un deseo de ser duro. Quería sacudirla, literalmente, intentar hacerla entrar en razón. ¿O sería sólo una respuesta al miedo que había sentido unos momentos antes?

En un primer momento ella no contestó, más allá de unos sonidos guturales que parecían respuestas cortadas de cuajo. Cerró los ojos un momento. Sus labios seguían su antiguo curso. Reuben le habría pegado; los ponía a todos en peligro, yendo allí como si sus oraciones la hicieran invisible. Y en cuanto al iraní, él no tenía excusa; ya había vivido bastante tiempo allí para saber qué hacer.

Ella levantó la vista y miró a Reuben. No había nada en sus ojos, ni una petición, ni una disculpa, ni ira, ni rechazo.

—Doug ha sido detenido —dijo ella—. Ha ingresado en prisión; Dios sabe lo que le deben de estar haciendo.

Reuben miró a Amirzadeh. El iraní tenía un corto rosario con cuentas de ámbar en una mano, pasando cada cuenta entre sus dedos largos y tensos. Las cuentas sonaban al ir girando. Reuben volvió a mirar a Jean Hooper.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Reuben—. Hay toque de queda. Su marido no debería ni haber salido de casa.

—Hubo una llamada telefónica —explicó Amirzadeh—. Alguien dijo que Doug había sido detenido por la policía de seguridad. Lo tienen en Pétionville.

—¿Le han dicho de qué se le acusa?

Amirzadeh miró a Jean Hooper.

—¿Se lo puedo decir?

—Deja —dijo ella—. Se lo diré yo misma. —Sin embargo vaciló. Sus palabras no le habían afectado los ojos. Tenía la mirada vacía. Estuviera donde estuviese, estaba muy concentrada en sí misma—. Profesor Phelps, Doug mató... mató a ese hombre...

Reuben se quedó estupefacto. En aquel momento, Angelina entró en la habitación. Locadi salió para preparar café.

—¿Qué hombre?

—Ese general, el que tenía que ayudarnos. El traidor infiltrado, el Judas: Valris. Dicen que Doug ha matado a Valris.

Ella ya empezaba a estar alterada, los ojos le rebosaban de lágrimas. ¿Qué quería decir eso «del traidor infiltrado»? ¿Querría decir algo más allá de lo evidente? A duras penas lograba hablar esa noche, la lengua se le trababa, dejando caer las palabras. Angelina se acercó para consolarla, pero ella se la quitó de encima.

—Lo tiene que encontrar, tiene que conseguir que lo suelten, tiene que... tiene que... —El tono de su voz iba subiendo. Las palabras iban saliendo a tropezones, fragmentos lanzados sin significado ni motivo. Su comportamiento era inquietante. Ella estaba arropada en su interior, aislada de todo, cómoda y abrigada, en algún tipo de comunión con su Dios, mientras que su voz y su cuerpo se agitaban como si fueran algo del todo independiente—. Tiene que... tiene que...

Reuben se volvió a Amirzadeh. El iraní parecía bastante cómodo, como si fuera el tipo de cosa que le pasaba cada día, como si el sufrimiento y el tormento fueran asuntos del todo normales. Las cuentas iban avanzando con precisión entre sus dedos.

—¿Es verdad? —preguntó Reuben—. ¿Realmente mató Doug a Valris?

Amirzadeh se encogió de hombros, un gesto oriental, el estilo sutil y equívoco del mercader *bāzāri* simulando desinterés por un potencial comprador.

—*Hīch namīdānam*. No lo sé —dijo. Hablaba un inglés cuidado, con el acento melódico del norte de Teherán—. Eso es lo que me dijeron. Creo que dicen la verdad. ¿Por qué iban a mentir? No hay ningún motivo para hacerlo.

—¿Estaba allí? ¿Vio a Doug cuando se fue?

Amirzadeh sacudió la cabeza. Tenía unas facciones regulares, una belleza exquisita, una solemnidad de bajorrelieve, como Darío el conquistador.

—Llegué hace media hora. Después de la llamada.

—¿Y aquí? ¿Por qué la ha traído aquí?

El iraní dudó. A su lado, Jean Hooper iba sonriendo y poniendo mala cara, una cosa tras la otra, alternativamente, sin motivo aparente, como si su conciencia le hiciera reproches y la consolara a la vez.

—Me dicen que su amiga la señora Hammel es la hermana de Bellegarde. Pensaba que tal vez nos pudiera ayudar. O usted, ya que es norteamericano. Quizá a usted le escuchará.

—Podría haber venido solo. No era necesario arriesgar su vida sacándola durante el toque de queda.

Amirzadeh volvió a encogerse de hombros, remoto, indiferente.

—Ahora está a salvo. Pero creo que tenemos que hacer algo.

Reuben se dio la vuelta para seguir hablando con Jean. Ella lo miraba fijamente, como si se preguntara quién era él y qué hacía ella allí. Pero parecía más serena, como si una crisis hubiera pasado y la siguiente estuviera a la vuelta de la esquina.

—Señora Hooper, ¿cree usted que es cierta esa historia? Sé que su marido es irritable por temperamento, pero sin duda...

Reuben se dio cuenta al hacer la pregunta de por qué la historia resultaba tan difícil de creer. Nunca había considerado a Doug Hooper como un adulto. Hooper no bebía, no fumaba, no decía tacos, seguramente tampoco follaba. Algunas personas religiosas son niños vestidos de adulto. Pero al parecer Doug Hooper había crecido de repente.

—Desde anoche se veía venir algo. Ya le oyó esta mañana. Amenazas, terribles amenazas. No sabe perdonar. Ya no le queda amor, ni para mí, ni para Dios. El incendio fue la gota que colmó el vaso. Creo que podría ser verdad.

—Dicen que tenía un arma —dijo Amirzadeh.

—¿Qué tipo de arma?

El iraní se encogió de hombros.

—No lo dijeron. Una pistola de algún tipo.

Reuben miró a Jean Hooper.

—¿Usted sabía algo de una pistola?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Doug nunca tuvo un arma en los Estados Unidos. Aquí no habría sabido dónde conseguirla. —Miró a Angelina—. Por favor, señora Hammel, tiene que hacer algo. Tiene que hablar con su hermano. La fe no podrá seguir adelante si no. Tenemos que sacarlo de la cárcel, hacer que lo olviden todo.

Eso era lo único que le importaba a ella, la reputación de su secta. Doug no le importaba un pito, ni su supuesta víctima. A Reuben no le importaba para nada que echaran hasta el último Baha'i de Haití; pero la aventura de Hooper podía acabar mal.

—Señora Hooper —dijo Reuben—, no hay nada que ninguno de nosotros pueda hacer esta noche. Hay toque de queda. Hay soldados que dispararían con el menor pretexto por la calle buscando a alguien a quien acribillar. No ayudaría en nada que a Angelina o a mí nos pegaran un tiro.

—Yo les puedo ayudar —dijo Amirzadeh—. Yo les puedo ayudar a pasar los controles.

Reuben sacudió la cabeza.

—Demasiado arriesgado —dijo él—. Disparan sin preguntar. Amirzadeh hizo un gesto que Reuben nunca había visto, el equivalente iraní de una inclinación rápida de cabeza, acompañado de un chasquido de la lengua.

—Conmigo harán una excepción, ya verá. Soy farmacéutico. Incluso con el toque de queda, la gente necesita medicamentos. Alguien puede estar enfermo, puede estar

muñéndose. Tengo un pase especial. Mi coche tiene una cruz roja pintada en el capó. Tiene una luz azul en el techo. Créame, estará a salvo. Lo he hecho muchas veces. El toque de queda no es nada nuevo aquí en Haití.

—Por favor —rogó Jean Hooper—. Acompáñeles, profesor. Usted y la señora Hammel son nuestra última esperanza. Si lo dejan hasta que amanezca, puede que Doug ya esté muerto. Le acusan de matar a un ministro del gobierno durante un estado de sitio.

Reuben se volvió a Angelina. Jean Hooper parecía ser algo realista, por una vez.

—¿Qué te parece? ¿Crees que Max te escuchará?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero puedo hablar con él. Si el señor Amirzadeh puede llevarnos hasta Pétionville sin demasiado peligro yo estoy dispuesta a hablar con Max. Si es que él está dispuesto a hablar conmigo.

—Muy bien —dijo Reuben—. Nos arriesgaremos.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

Durante un toque de queda, el silencio se transforma. Insensiblemente, asume diferentes formas, diferentes modalidades. Fluctúa, se acumula en los portales, se filtra por las ventanas sin persianas, las cerraduras abiertas, los tragaluces desprotegidos. A veces es tenso, como el momento antes de que estalle una bomba, o se dispare una pistola, o se muera un niño. A veces es seductor, como el silencio entre un hombre y una mujer antes de hacer el amor. O triste, como si ya hubiera pasado un cierto tiempo y estuvieran a punto de pelearse.

Tantos silencios, tantos estados de ánimo, tantos escudos para tener a raya el mundo vociferante.

Reuben notó cómo se les iban acercando todos esos silencios, hasta rozarle la piel, perfectos caparzones para su miedo. Estaban a medio camino de Pétionville. Amirzadeh había detenido el coche y había parado el motor, dejando que los silencios inundaran el coche. Ya habían pasado por dos controles, donde el iraní había mostrado sus documentos. Había explicado que el doctor Phelps había sido llamado del Hospital Adventista de Diquini, justo al sur de la ciudad, para atender al general Valris en su casa en Pétionville. Los soldados habían oído hablar del intento de asesinato, pero no estaban al corriente de su actual estado de salud. Por no causar un retraso potencialmente fatal, dejaron pasar la ranchera Volvo de Amirzadeh.

Los controles eran muy serios. En uno habían encontrado un tanque aparcado, con el motor ronroneando sonoramente, preparado para responder al momento a un estado de alerta. Cerca estaba aparcado un autobús blindado Fiat 55-13. Amirzadeh le había susurrado al oído a Reuben que estaba lleno de soldados o policías antidisturbios equipados para enfrentarse a cualquier problema de orden público. Reuben tuvo la impresión que al iraní le parecía bien aquello. El desorden de cualquier tipo era anatema para él, como para los Hooper.

Habían llegado al centro de Pétionville. A su derecha empezaban a verse una serie de villas construidas sobre los acantilados con vistas a la carretera, a un lado, y a la ciudad por el otro. Los faros del Volvo distinguían los caminos de acceso de grava, largos y con hibiscus a cada lado. Las flores brillaban como sangre, como si la oscuridad estuviera sangrando. Enormes polillas blancas bailaban en la luz, trozos de plata sacudiéndose, con sus alas polvorientas mareadas y confundidas. Angelina cogió con fuerza la mano de Reuben.

La plaza estaba llena de policía y vehículos militares. Una palpitación continua llegaba de los motores de dos tanquetas Panhard AML H60-7 aparcadas a la puerta del Chocoune. Aquella noche no había nadie de juerga. Soldados con aspecto nervioso, gran parte de ellos poco mayores que niños, estaban sentados junto a un vehículo de transporte de tropas, fumando, mirando a la oscuridad. Había guardias en

la puerta.

Amirzadeh mostró su pase, pero allí su historia ya no servía. Angelina salió y habló un rato con uno de los guardias. Reuben la miraba desde el coche. Tenía las manos pegajosas de sudor. Se preguntaba cómo habían dejado que Amirzadeh les convenciera de que aquello era posible.

Pero Angelina no sólo era hermana de Max por nombre. En Nueva York era una don nadie, la mujer de un profesor, una pintora frustrada, medio blanca, medio negra, una criatura de las que no son ni carne ni pescado. Allí tenía la confianza de su familia y su clase social, la seguridad de alguien que sabe cómo funcionan las cosas. El guardia desapareció, diligente, y volvió menos de cinco minutos más tarde. Angelina y Reuben debían entrar. Amirzadeh debía esperar.

Max los esperaba, pero no en su oficina, sino en una habitación grande de la planta baja. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de grandes mapas y tableros. Había una gran mesa con un mapa de Port-au-Prince con los controles y puestos de vigilancia indicados por modelos a escala reducida. Cuando entraron, Max estaba ocupado gritando instrucciones por un teléfono. No levantó la vista hasta que hubo acabado de hablar. Alguien le dio un despacho. Le echó una ojeada, asintió con la cabeza y lo echó sobre su mesa.

—Buenas noches, Angelina, profesor. Los esperaba. Han venido a ver a su amigo Douglas Hooper. Pobre señor Hooper, me temo que lo van a encontrar algo desmejorado. Ha sido imprudente. Mejor dicho, ha sido estúpido, francamente estúpido.

—¿Es verdad que ha matado a alguien? —preguntó Angelina—. ¿Un ministro del gobierno?

Bellegarde asintió. Un soldado entró y le entregó un sobre grueso sellado. Firmó su recepción y lo dejó a un lado.

—Debe disculparme. Como ven, esta noche estamos muy ocupados. —Se detuvo un momento, como intentando recordar de qué hablaba—. Sí —dijo—, es cierto. Pegó un tiro al general Valris. De alguna manera Hooper consiguió meterse en casa del general. Los guardaespaldas del general lo pescaron después del asesinato. Me temo que le pegaron una buena paliza, pero el oficial encargado fue lo bastante sensato para detenerlos antes de que lo mataran. Sabía que me interesaría un hombre blanco, americano, que había cometido un asesinato aquí, en Haití. Y, en efecto, estoy interesado, muy interesado.

Reuben se adelantó en la silla.

—Estoy seguro de que se da cuenta de que no se trata de un acto con motivaciones políticas, que Hooper no tenía ninguna siniestra intención. Valris le había hecho la vida imposible a Hooper. Sin duda está al corriente. Destrozaron su tienda, y después le prendieron fuego. Hooper tiene tan poco juicio como usted dice,

y se excedió en su respuesta. Pero sin duda sabe que es ingenuo en términos políticos.

—Sí —contestó Max—, estoy al corriente de todo eso. Pero no puedo estar pendiente de las motivaciones, ni de quién es políticamente inocente y quién no. Estamos en medio de una crisis política, ¿o es que no se ha dado cuenta, profesor? No me queda otro remedio que guiarme por las apariencias. El ciudadano de un país que no tiene relaciones diplomáticas con Haití, un americano con una pistola cargada entra en la casa del ministro de Defensa y lo mata de un tiro. Sin duda usted se da cuenta de ello. ¿O es que usted también es inocente, profesor?

Angelina lo interrumpió.

—Max, tú mismo dijiste que lo que Hooper hizo fue una estupidez. ¿Crees realmente que podría haber algo más en todo ello, que la CIA utilizaría un hombre así?

—¿Quién ha dicho nada de la CIA?

—Pero es lo que estabas pensando, ¿no?

Bellegarde se encogió de hombros.

—No necesariamente —dijo.

Se quedó callado. Sus ojos se posaron en el sobre. Lo abrió, miró por encima su contenido y lo volvió a apartar.

—Me gustaría hablar con él —dijo Reuben—. ¿Dónde lo tienen retenido?

—¿Hooper?

—Claro, Hooper, por supuesto.

—Está aquí, ¿dónde, si no? No sé si me parece bien que hable con usted.

—Me gustaría saber su versión de los hechos.

—Claro. Eso es natural. —Max se volvió a Angelina—. ¿Qué te parece? ¿Les dejamos hablar?

Angelina asintió.

—Sí —dijo ella—. Si después quedan preguntas, si Hooper muere, entonces el profesor Phelps será testigo de que lo vio vivo bajo tu custodia. A mí también me gustaría verlo.

Bellegarde sacudió la cabeza.

—No, hermanita. A mí me gustaría hablar contigo. Puedes quedarte aquí. Mandaré a uno de mis hombres con el profesor. El puede ver a Hooper si así lo desea.

Bellegarde llamó a un hombre que estaba holgazaneando cerca de la entrada. Era el hombre del traje beige, el que se llamaba Loubert. Se acercó y sonrió a Reuben. Bellegarde le soltó unas tajantes instrucciones.

—Venga conmigo —dijo Loubert.

Reuben fue con él hacia la puerta. Angelina lo vio irse. Max lo vio irse. Angelina no dijo nada. Max no dijo nada.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

La celda en la que habían metido a Hooper era una de las siete de la planta baja. Las puertas parecían endebles y los barrotes de la ventana exageradamente finos; pero Reuben supuso que nadie que estuviera allí estaría lo bastante sano para escaparse. Un olor de orina rancia y excrementos humanos flotaba en el aire. Reuben tuvo que reprimir las arcadas al entrar en la celda.

Una débil bombilla amarilla daba la suficiente luz para poder intuir sombras a medio formar corriendo hacia los rincones de la estrecha celda. El techo estaba cubierto de telas de araña. Había rastros de sangre coagulada en las paredes. Había un camastro en el suelo, y en él Reuben pudo distinguir una tenue figura cubierta con una manta.

Los matones de Valris no habían acabado con él, eso era cierto. Pero eso no quería decir gran cosa. Desde el primer momento Reuben se dio cuenta de que, aunque Hooper se recuperara, su vida no valdría la pena vivirla. La cama y la manta estaban impregnadas de sangre.

Hooper sólo estaba medio inconsciente. Se movió un poco cuando Reuben se sentó en el borde de la cama. Allí no había chocolatinas, ni imágenes de santos. Hooper intentó vanamente mover los brazos para defenderse de los golpes que creía inminentes. Ambos brazos habían sido fracturados en varios sitios.

Una de sus manos había sido aplastada repetidamente bajo la bota de alguien.

—Tranquilo, Doug, soy yo, Myron Phelps. He venido a ayudarle, voy a intentar sacarlo de aquí.

Hooper giró la cabeza hacia Reuben. La herida de su mejilla se había vuelto a abrir, aún mayor que antes. Tenía ambos ojos cerrados, hinchados y morados. Sus labios estaban hinchados y manchados de sangre. Abrió la boca para hablar, mostrando unas encías sangrantes; la mayor parte de sus dientes habían sido rotos a culatazos. Reuben tuvo un estremecimiento cuando notó que le faltaba parte de la oreja izquierda.

Reuben sintió que una oleada de ira surgía en su interior. Se dio la vuelta y gritó a Loubert.

—¿Por qué cono no lo han llevado a un hospital? ¡Necesita atención médica! ¡Son unos salvajes!

Loubert simuló no haberlo entendido. Estaba apoyado en la puerta, limpiándose las uñas. Incluso allí llevaba gafas de sol.

—Phelps —susurró Hooper con la poca voz que le quedaba—. ¿Quién...? No recuerdo...

—No importa. Lo voy a sacar de aquí, lo voy a llevar a un hospital. No permitiré que lo tengan aquí.

—Nadie... habla inglés —logró decir Hooper.

Intentó ponerse en una posición más cómoda, pero casi se desmayó como resultado del dolor que eso le provocó. Reuben sospechaba que debía tener varias costillas rotas. No se atrevía a tocarlo.

—Por favor —dijo—. Intente no moverse. Le diré a Bellegarde que hay que darle morfina y ponerlo en una cama como Dios manda. Amirzadeh está en el coche fuera. Tiene medicamentos.

—A... acerquese... —susurró Hooper. Reuben se agachó—. No... pistola. Nunca... tuve una... pistola... Quería hablar... con Valris... No matar... Créame... por favor.

—Le creo —dijo Reuben.

Extendió una mano, inseguro, y tocó a Hooper suavemente en el lado del cuello, donde no parecía tener hematomas. Las lágrimas brotaron de debajo de sus párpados ennegrecidos. Reuben sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se las secó. ¿Dónde estaba ahora el Dios de Hooper?, se preguntaba. ¿Dónde estaba Dios, el que fuera?

Hubo un ruido en la puerta. Reuben se giró. Max Bellegarde estaba en la entrada, mirando. Loubert se apartó para dejar entrar a su superior. Max parecía alterado, extraño. Su afabilidad, por falsa que fuera, ya no existía.

—¿Qué le ha estado contando el señor Hooper, teniente Abrams? ¿Qué dulces mensajes le ha estado susurrando?

Reuben se puso en pie. Por un momento no se dio cuenta de que Bellegarde lo había llamado por su nombre real. ¿Lo habría sabido desde el primer momento? ¿O se lo acabaría de decir Angelina?

—Me dice que no tenía una pistola —dijo Reuben—. Afirma que sólo fue a hablar con Valris, nada más. Yo lo creo.

Bellegarde chasqueó los dedos. Un policía de uniforme salió del pasillo oscuro y le dio algo. El mayor lo acercó a la luz. Era una pistola en una bolsa de plástico, una Browning Hi-Power.

—Veo que la reconoce, teniente. Es la pistola que encontramos en manos del señor Hooper cuando fue detenido. Tiene sus huellas digitales. —Bellegarde se detuvo un momento—. También tiene las tuyas.

—Mentira —exclamó Reuben—. Hooper nunca vio ese arma. Sus hombres la robaron de mi habitación. Usted se la puso, le puso sus huellas digitales.

—Así que confiesa que se trata de su pistola. Veamos si Hooper también la recuerda.

Bellegarde dio tres largos pasos. Actuaba como si Reuben no estuviera. Sin el menor aviso, Bellegarde agarró un mechón del pelo del misionero y lo puso medio erguido de un tirón. Reuben hizo un amago de acercarse al mayor, pero un chasquido a su espalda lo hizo volver a su sitio.

—No sea estúpido, teniente —dijo Bellegarde—. Al capitán Loubert le da lo mismo matarlo o no.

Max tenía la cara de Hooper cogida a un palmo de su propia cara. Dejó la pistola sobre la cama y acercó la mano que tenía libre a la boca de Hooper.

—Qué desorden —dijo—. Estos dientes necesitan atención.

Con habilidad, Bellegarde metió sus largos dedos entre las dañadas encías de Hooper. El norteamericano gritó cuando Max cogió un diente roto y lo movió a un lado y otro. Finalmente el diente se desprendió de la encía, vertiendo sangre fresca sobre la barbilla y el pecho de Hooper. Bellegarde repitió la operación con un segundo diente. Hooper cayó inconsciente.

Max miró a uno y otro lado. Estaba casi decepcionado de que su víctima se le hubiera escapado.

—Tenemos todo el tiempo que haga falta. No hay la menor prisa. Mi esposa e hijos están durmiendo tranquilamente en casa. No se me espera de vuelta mientras que dure la crisis. Dígame si me equivoco o no. Usted obtuvo esta pistola de la agencia gubernamental norteamericana llamada AVS, agencia con la que usted está temporalmente vinculado. Entonces usted entregó la pistola al señor Hooper, aquí presente, que también es un agente gubernamental norteamericano. Hooper realizó con éxito su misión, o sea, matar el general Louis Valris, el ministro haitiano de Defensa. Desafortunadamente para usted y él, pero afortunadamente para el pueblo haitiano, Hooper fue detenido por la guardia del general tras completar su misión. ¿Eso es fundamentalmente correcto, no?

Reuben no dijo nada. ¿Para qué?

—¿No tiene nada que decir? Lástima. El señor Hooper irá al paredón esta misma noche. Una confesión tal vez lo habría retrasado. En todo caso, el señor Hooper no me interesa en absoluto. Ahora es usted quien me interesa, teniente, usted y la gente para la que trabaja.

El mayor se puso en pie. Miró la celda como si la viera por primera vez. Casi daba con la cabeza en las telas de araña del techo. Formas negras recorrían el techo con sus tremendas patas.

—Muy bien —dijo Max—. Creo que ya es hora de dejar al señor Hooper con su destino. Hay cuestiones más importantes que debemos discutir.

Se detuvo y se acercó a Reuben, se acercó mucho.

—Tenemos un viaje muy largo por delante esta noche. Tendremos que pedirle que sea paciente. Muy paciente.

Dejaron a Hooper tendido en el camastro, como un pecio en el fondo marino. Las mantas habían caído al suelo, privándolo de su última protección. ¿Estaría soñando? Reuben no lo tenía claro. ¿Soñaría con el cielo o el infierno?

Bellegarde llevó a Reuben a la entrada principal de la comisaría, a la plaza

llenísima. El coche de Amirzadeh ya no estaba. Hubo un ruido de radio y el choque de un cambio de marchas al pasar una tanqueta junto al Chocoune. Angelina no estaba por ninguna parte. Un Mercedes negro se acercó a la acera. Lo conducía Loubert.

—¿Dónde está Angelina? —preguntó Reuben—. Si vamos a ir a algún sitio, quiero que ella venga con nosotros.

—¿Angelina? —repitió Bellegarde—. Debe de estar equivocado. No conozco a nadie con ese nombre.

Max abrió la puerta e indicó a Reuben que debía entrar. Por un momento, Reuben lo miró fijamente, como si le fuera a pegar. Miró a su alrededor. ¿Estaría Angelina allí, en las sombras, mirándolo? ¿O abajo, en una celda, como la que acababa de abandonar? Agachó la cabeza y se metió en el coche. Max se sentó a su lado y cerró la puerta. Nadie dijo nada mientras Loubert arrancó en la oscuridad.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

No había ni viento ni lluvia; nada más que un cielo despejado y la noche vacía sobre el campo yermo. Atravesaron en coche todo tipo de silencios: el silencio del toque de queda, el silencio de los campos vacíos, el silencio de la noche y el silencio antes del amanecer. Nadie los paró, nadie les pidió explicaciones de sus idas y venidas: Bellegarde había advertido a los controles por teléfono antes de partir. Era como si tuviera el país en sus manos, perfectamente, como una manzana caída de un árbol alto. Una manzana cuyo corazón ya estaba podrido.

Desde Port-au-Prince se dirigieron hacia el norte, siguiendo la carretera que pasaba por Bois Moustique. Después de Bon Repos la carretera giraba hacia el noroeste, bordeando la costa hacia St. Marc. En el asiento trasero del coche, acunado por los silencios, Reuben se durmió y despertó varias veces; cada vez que se despertaba veía a Max Bellegarde en la misma posición, totalmente despierto, con las manos en el regazo, mirando fijamente su reflejo en la ventanilla.

La noche estaba llena de soldados. Estaban sentados en los portales fumando cigarrillos, o echados sobre tristes barricadas soplándose en las manos para calentárselas. En una ocasión oyeron tiros, lejanos, atravesando la noche, flotando sobre las enormes plantaciones de azúcar de caña verde. Atravesaron St. Marc sin detenerse. El pueblo estaba desierto, como si una súbita peste hubiera acabado con sus habitantes. Era un lugar de persianas y puertas cerradas.

Llegó el alba, triste y amenazadora, en lo alto, hacia el este, sobre las Montañas Negras. En la neblina de la luz matutina pasaron como fantasmas por un mundo desierto; extensiones de barro los rodeaban por todas partes marcadas por el mimbre enredado de los oscuros matojos; grandes placas de sal brillaban duras y cristalinas en la luz desmadejada del sol; charcos azules y verdes y de un amarillo enfermizo. El mundo resultaba enorme y deshabitado. No había la menor calidez en nada.

Atravesaron los barrios de chabolas de Gonaïves y se dirigieron hacia el este, a las montañas de la Chaine de Balence. Reuben se frotó los ojos y miró sin entender, perdido más allá de toda esperanza. Sabía adónde se dirigían. Había adivinado el nombre de su destino.

Petite-Rivière estaba, somnolienta, en un valle oscuro y retorcido rodeado de montañas. Llegaron de repente, saliendo de una carretera estrecha cubierta de lianas. Reuben lo reconoció al momento; incluso a lo lejos notaba la podredumbre que tenía, una corrupción antigua, el tiempo como distancia. Las montañas que lo rodeaban estaban quemadas y desoladas. Plantas desmochadas y árboles poco naturales eran todo lo que quedaba de la vieja plantación. Era como si un brujo, amargado y vencido, hubiera sembrado la destrucción con un único conjuro venenoso.

No quedaba piedra sobre piedra, ni teja en su sitio, ni vigas. Ni el tiempo ni la

naturaleza habían sido benévolos con Petite-Rivière. Las viejas paredes estaban combadas bajo el peso de las largas lianas. Las arañas tejían sus telas en los huecos donde antaño había habido puertas. ¿Desde cuándo había estado así?, se preguntaba Reuben. ¿Cuándo había dicho Angelina que ella y Rick habían visitado aquella casa? ¿Hacía doce años? ¿Era posible que en tan poco tiempo se hubiera arruinado así? Debía estar ya a medio camino por aquel entonces.

El Mercedes avanzaba saltando por el camino, que era poco menos que un hueco abierto en la vegetación. El sol había aumentado de intensidad, llenando el pequeño valle de un calor húmedo. Entre los árboles, mariposas pálidas resplandecían en los rayos de sol, momentos de ensueño en la desagradable realidad. Se acercaron a lo que había sido la entrada de la casa principal. Antaño había habido césped y pavos reales. Ahora había hierbajos que llegaban hasta le cintura.

—Venga conmigo, teniente —dijo Bellegarde, poniendo una mano blanda sobre el hombro de Reuben.

Aún no le había explicado cómo había descubierto la auténtica identidad de Reuben, y éste tampoco se lo había preguntado.

Se apearon del coche ante una extensión de hierbajos enormes y zarzas puntiagudas. Un basto camino había sido abierto hasta la entrada, en la que aún había una especie de puerta. Bellegarde iba delante. Reuben lo seguía, y Loubert cerraba el grupo. Éste aparentemente no estaba cansado, a pesar del largo rato que llevaba conduciendo.

Petite-Rivière estaba aún más deteriorado, si cabe, por dentro que por fuera. Parecía que nadie hubiera estado allí desde hacía décadas. Reuben no veía ningún signo de vida, ningún rastro de la familia que había vivido allí doce años antes, según Angelina. La escalera que tenían delante se había podrido y derrumbado, carcomida por las termitas y la humedad. Los sitios donde aún había yeso en las paredes, estaban cubiertos de una capa de moho verde, interrumpido aquí y allí por una zona de piedra desnuda.

Bellegarde parecía conocer el camino. Condujo a Reuben por el pasillo, pasando por delante de las escaleras ruinosas, hasta una puerta por la que accedieron a una habitación enorme, sin muebles. Reuben iba avanzando tímidamente por el suelo de piedras resquebrajadas. Las ventanas originales habían sido tapiadas, pero en algunos sitios rayos de sol de luz violeta atravesaban el techo. Al levantar la vista, Reuben vio los restos de finas molduras y cenefas, que habían perdido sus detalles por la humedad.

Entraron en una habitación menor, muy oscura y húmeda. Loubert metió a Reuben dentro. En el extremo opuesto esperaba Bellegarde junto a una puerta abierta. Al acercarse, el mayor le alargó un objeto.

—Tenga —dijo—, lo va a necesitar.

Era una abollada lámpara de queroseno. Loubert se acercó con una caja de cerillas y encendió con una la lámpara de Reuben. Max encendió otra y entregó una tercera a Loubert.

—Aquí no hay electricidad, teniente. Ni siquiera gas. Pero esto es mejor que nada. Haga lo que haga, no la pierda.

Reuben vio que la puerta ante la que estaba Max daba a unas escaleras de piedra. Max no vaciló. Con la lámpara bien alta, bajó por los escalones. Momentos más tarde, su luz había sido engullida por la oscuridad. Reuben dudó. Loubert se le acercó y le dio un empujón en la espalda. Traspasó el umbral.

Los escalones eran muy empinados, girando en caracol alrededor de una estrecha columna central. Se oían los pasos de Bellegarde algo más abajo, resonando contra la fría piedra. Usando la mano derecha para seguir la pared del estrecho tubo, Reuben tenía la lámpara cogida con la mano izquierda, iluminaba con su luz amarilla los escalones que tenía delante. Estaban muy gastados en su parte central, obra de generaciones. Reuben ya se imaginaba lo que se encontraría al final de la escalera. Ése debía de haber sido el primer experimento de Bourjolly en materia de cámaras subterráneas. Reuben se preguntaba qué debía haber conseguido allí, con el apoyo de la riqueza acumulada y las fuertes espaldas de los esclavos africanos. No estaba preparado para lo que vio cuando salió de la escalera.

CAPÍTULO SETENTA

Un enorme campo de piedra temblaba ante él, sus amplios adoquines iluminados por las oscilantes luces. Un techo bajo de piedra se extendía en todas las direcciones. Un poco más adelante un espacio vacío daba lugar a un bosque de columnas con bandas de hierro, con un entramado de arcos estrechos. Era como si Reuben estuviera en el corazón de una catedral oscura, un lugar vacío, sin sol. Las lámparas se convirtieron en meras chispas en uno de los extremos, y más allá había innumerables oscuridades dobles y triples.

Bellegarde esperaba a la salida, con la lámpara en la mano, una sombra en el reino de las tinieblas.

—Sabían que nunca volverían a Tali-Niangara —dijo—, así que construyeron otra ciudad aquí, una ciudad subterránea, donde podían conversar libremente con sus dioses. Ya había unas bodegas aquí, subterráneos que los antepasados de Bourjolly habían usado para guardar vino. Él se gastó una fortuna ampliándolas, durante los años que precedieron a la revolución. Después sus seguidores continuaron trabajando, cavando, reparando, construyendo. Hay túneles que se extienden millas y millas. Hay cavernas naturales tan grandes que nadie las ha visto enteras.

Reuben tuvo un estremecimiento. ¿Por qué lo había llevado allí Bellegarde? El mayor suspiró y miró con cara curiosa a Reuben.

—Vamos allá —dijo—. Vamos a encontrarnos con unos viejos amigos.

Echó a andar por el campo de adoquines sin esperarle. Loubert propinó a Reuben un empujón entre los omoplatos.

A intervalos regulares veían chozas de piedra. Algo en el estilo de su construcción le recordaba a las fotos que había visto de los antiguos palacios y tumbas egipcias, aunque mucho más pobre. Pronto llegaron a la primera columna, un gran pilar de piedra con intrincados bajorrelieves. Esto también recordaba a Reuben a Egipto: en los bajorrelieves había unas figuras con cañas y flores de loto a sus pies. Bellegarde seguía adelante, sin mirar a izquierda ni derecha.

Después llegaron a un espacio como una plaza urbana, sin columnas ni chozas. Reuben oía unos sonidos como susurros de voces apagadas, bajos y difíciles de distinguir. Miró a su alrededor, pero sólo veía espacio vacío. Y entonces miró al suelo.

Estaba sobre una piedra circular, una losa con diecinueve agujeros del tamaño de una moneda. Tan lejos como llegaba la vista, el suelo estaba compuesto de esas losas, idénticas a las que habían visto en Brooklyn. El sonido procedía de debajo del suelo, a través de los agujeros.

Bellegarde se detuvo y miró a su espalda. Vio que Reuben miraba fijamente el suelo.

—¿Le interesa, no es así? —preguntó—. Ese ruido.

Se oyó algo como un ladrido, como si la voz de Max lo hubiera disparado. Cesó, y fue sustituido por un llanto humano.

—Nos oyen —dijo Bellegarde—. Oyen nuestras voces e intentan contestarnos. No tenga miedo, teniente. No le pueden dañar. Hace mucho que dejaron de ser capaces de eso.

—¿Qué es? —quiso saber Reuben. El ruido aumentaba de volumen. Cada vez que alguien hablaba, parecía disparar un esfuerzo renovado de lo que había debajo de las losas. Había docenas, o cientos de losas, todas con sus agujeros—. ¿Qué hace ese ruido? —gritó.

Y surgió un ruido a su lado, algo muy parecido a una voz humana, articulando algo que casi eran palabras.

—Los animales domésticos de los dioses —dijo Bellegarde—. En Tali-Niangara, los niños que mandaban como tributo a los dioses eran colocados en agujeros como éstos. Cada tantos días, se les llevaba comida y agua. Vivían vidas enteras, aunque algo restringidas. Los más jóvenes olvidaban el exterior y se hacían adultos sin conocer nada más que los agujeros. Los que disgustaban a los dioses se sumaban a ellos. Para ellos era más duro: no eran capaces de olvidar la vida que habían tenido antes. Los agujeros estaban siempre llenos. Cuando uno moría, se encontraba otro para sustituirlo.

Reuben se quedó helado de horror. Los murmullos y galimatías que oía surgían de las bocas de seres humanos. Con un estremecimiento recordó los lamentables restos que él y Danny habían encontrado en el agujero que habían abierto en Brooklyn. Oyó un roce a sus pies, y algo que corría, y se preguntó qué era lo que había visto Danny en el túnel.

Avanzaron por el suelo agujereado mientras que el ruido iba fluctuando a su alrededor. El ruido no parecía afectar en absoluto a Bellegarde y Loubert, pero Reuben no lo podía soportar y corrió tapándose los oídos con las manos.

Llegaron a un túnel oscuro, muy parecido al que conducía a la biblioteca de Bourjolly en Brooklyn. Bellegarde entró, señalando a Reuben para que lo siguiera. El túnel recorrió quinientos metros de roca maciza antes de acabar en una pesada puerta de madera. Bellegarde llamó a la puerta y una voz apagada contestó desde dentro. Agarrando un fuerte pomo de hierro la abrió y entró. Reuben lo siguió y después Loubert, quien cerró la puerta.

Era como si un genio, invocado con una lámpara, hubiera trasladado a Petite-Rivière la biblioteca de Bourjolly en Brooklyn. Los mismos libros en las mismas estanterías. Los mismos retratos miraban con furia desde los mismos marcos, el mismo globo terráqueo en el centro, y en el suelo propiamente dicho, el gran pentágono a la espera del toque del mago.

Ante una mesa cubierta de papeles, con los dedos reseco aún agarrando las páginas de un libro, Bourjolly estaba sentado, inmóvil, aún vestido con la ropa en la que murió.

Sólo había una diferencia. En la pared junto a la mesa había una pintura grande. No la había visto en la biblioteca de Brooklyn. El estilo era realista, pero moderno. Era la escena del grabado del libro que leía Bourjolly, la escena de la resurrección. Las tumbas abiertas, los cuerpos podridos reviviendo, el horror en la cara de los resucitados. La pintura tenía dos divergencias principales con el original: allí los muertos eran negros y no blancos. Y las cosas que les lamían y chupaban las carnes salían de los profundos agujeros, agujeros idénticos a los que Reuben había visto hacía sólo unos minutos. En el lado inferior del marco se leía el título: *La Nuit des Septièmes Ténébres (La noche de la séptima oscuridad)*.

—No se preocupe, teniente. Lo que ve no es una alucinación.

La voz llegaba del fondo de la habitación. Una figura se desprendió de un manojito de sombras deformes y salió hacia el centro. Reuben notó que los pelos de la nuca se le erizaban: Smith.

Reuben se puso tenso. Notó el cañón de una pistola contra su sien. Loubert no se iba a arriesgar. Smith alargó la mano y levantó un mechón de las canas corruptas del pelo de Bourjolly, dejando que el cabello le pasara entre los dedos, casi como si jugara.

—Fue una hazaña, no le parece, conseguir traerlo hasta aquí intacto. —Dejó caer el pelo y señaló las paredes—. Todo esto desmontado, empaquetado y transportado aquí en cuestión de días. Y después montado de nuevo en su cámara privada, como si llevara todos estos años esperándolo.

—¿Por qué me han hecho venir? —preguntó Reuben—. Ya tiene lo que quiere. Yo ya no le sirvo de nada.

Smith sonrió.

—Siéntese, por favor, teniente. Ya hay confianza, no hace falta que esté de pie.

Loubert cogió a Reuben por el codo y lo llevó a una silla. Smith se sentó frente a él. Bellegarde se mantuvo a distancia, mirando.

Smith se agachó y levantó una cartera grande de piel, poniéndosela en el regazo. De ella sacó dos sobres marrones. Se arrellanó en la silla, volviendo a sonreír. No era una sonrisa cálida, más bien se diría que enseñaba los dientes, como un depredador que acecha a su gran presa.

—Tengo entendido que le gustan las fotos —dijo—. Es el arte de la observación y la distorsión. Tal vez todas las artes sean así, por naturaleza. La ciencia también, puestos a ser honestos. Pero la fotografía tiene un impacto especial. Nos permite retener para siempre un momento. Una persona, un sitio. Como un insecto atrapado en ámbar. Una pintura son muchos momentos, pero una fotografía es realmente

instantánea. Esa sonrisa, esa mirada descarada, esa declaración de amor o de odio.

Smith vaciló un momento, y después sacó un montón de fotos de uno de los sobres.

—Las fotos tienen una cierta afinidad con la muerte —dijo—. Cuando estemos muertos seguiremos viviendo en ellas, sonriendo, mirando al fotógrafo al que amamos u odiamos, a nuestra propia imagen en el objetivo que no perdona.

Mostró una de las fotografías, lo bastante cerca para que Reuben la viera, una foto de Sally Peale. Y entonces, sin decir palabra, la dejó caer al suelo. Levantó otra foto. Era también de Sally, pero no como Reuben la recordaba, sino acribillada a balazos, manchada de sangre, con una mirada de sorpresa en la cara. Y después un primer plano. Smith seguía sin hablar.

Reuben miró cómo iba sacando foto tras foto del montón, primero vivos, después muertos: Sutherland Cresswell, su mujer, sus hijos, Emeric Jensen, Hastings Donovan y sus hijos, todos los que habían estado en la reunión de Washington. Smith informó a Reuben de la identidad de los que no conocía. Entonces otra serie de fotografías.

Danny sonriendo, Danny en la mesa de las autopsias; el padre de Reuben en una foto vieja, recién llegado a América, el padre de Reuben, irreconocible, sangriento; la madre de Reuben viva, la madre de Reuben muerta; Rick Hammel vestido con su toga académica, Rick Hammel como Reuben lo había visto por primera vez, una víctima de asesinato recién descubierta; Sven Lindström bajo el sol, Sven Lindström bajo el agua, como Reuben lo había visto por última vez; y, por último, Devorah en su boda, seguido por una foto de la tumba de Devorah.

Smith dejó que las fotos cayeran al suelo, un cementerio de papel tieso y brillante. Reuben recordó las fotos destripadas que había encontrado en su propio apartamento, las que Angelina había hecho trizas, su propia galería de vivos y de muertos.

—Espero que esté prestando atención, teniente —susurró Smith—. No se trata de una lección de arte. Quiero que recuerde esas caras.

Recogió las fotos, las ordenó, y las volvió a meter en el sobre. Se detuvo y sonrió. Del segundo sobre sacó una única foto y la dejó en el regazo de Reuben.

Davita, sentada en una silla, mirando a la cámara, con los ojos rojos. A su lado, Smith, sin expresión alguna. Reuben hizo un amago de ataque contra Smith, pero Loubert volvía a estar donde antes, con la pistola apretada contra el cuello de Reuben.

—No se preocupe. Está a salvo. Nadie le ha hecho daño. Nadie tiene por qué hacérselo. Siempre y cuando usted sepa escoger. Porque de lo contrario... —sacó otra foto del segundo sobre.

En un primer momento Reuben no fue capaz de distinguir lo que era. Entonces lo entendió, y se le heló la sangre. Un cuadrado perfectamente negro, a excepción del dibujo de diecinueve puntos blancos, formando círculos concéntricos, como una constelación de estrellitas. Durante mucho tiempo Reuben se quedó sentado mirando

la oscuridad de la foto. Sabía que el agujero no estaba preparado para él, sino para Davita.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué a mí? ¿Por qué a Davita?

Smith se encogió de hombros.

—¿Por qué no? La vida no nos da muchos motivos. Para mí es suficiente que usted esté aquí, y me pueda ser útil. Si me ayuda, su hija pasará el resto de su vida al sol. Es cosa suya.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Reuben.

No había nada en su voz, ni odio, ni desprecio. Nada.

—Quiero que mate a alguien —dijo Smith.

Reuben aguantó la respiración. Sentía un terrible dolor en la cabeza y un principio de náuseas.

—¿A quién? —preguntó—. ¿A quién tengo que matar?

—Al presidente —contestó Forbes—. Al presidente de Haití.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

Ella está sentada en un rayo de luz. Es un rayo oblicuo que entra por el cristal oscuro de una ventana alta, es cálido y movedizo, vivo con motas de polvo, y cae perfectamente sobre su piel como helado de vainilla.

Su padre le compraba helados hacía muchos, muchos, años. Max tenía diecisiete años cuando los descubrió, Angelina comiendo helado, desesperada, temblando, con los ojos entornados, con la mano de su padre metida bajo su falda amarilla y suave.

Al día siguiente vinieron a llevarse a su padre, los hombres con uniformes de algodón, los hombres con armas y ojos de plomo. Ella sabía que Max lo había delatado, y pensaba que había contado aquello, lo que su padre había hecho con ella, y que por eso se lo habían llevado. No fue hasta mucho más tarde que supo la verdad. Lo que él realmente había dicho. Y por qué. No fue hasta que Rick se lo dejó bien claro que comprendió cómo Max había construido su carrera a partir de esa delación. Por rabia. Por indignación. Por malicia. Y codicia. Y celos.

El sol era real. Oblicuo y oscurecido y muy real. Max la había mandado a su casa, en las montañas en Kenskoff. Ella estaba esperando a que él volviera. Ella tenía miedo.

Celos. Más que nada habían sido los celos. Max quería que ella fuera toda para él. En el fondo tenía la impresión de haberlo sabido siempre, de haber deseado un poquitín que fuera así. Max era poderoso ahora. E iba a serlo aún más. Su traición había dado su fruto.

Ella tenía un objeto en el regazo. Un círculo dorado, un disco de oro batido y grabado, cuidadosamente reparado. Las pequeñas grapas que lo unían apenas eran visibles. Era como si nunca hubiera sido roto. Pasó un dedo por su superficie, una y otra vez, saboreando su dureza, su valor, su poder. La luz se reflejó en su superficie con veneración.

Il y avait une fois... Érase una vez... Ella sonrió. Érase una vez una ciudad en un bosque. Volvió a sonreír. El viejo cuento, el que le contaba su padre antes de que Max hiciera que se lo llevaran. Ahora era su único consuelo. La sonrisa le desapareció de la cara. Iba a pasar algo terrible.

Tali-Niagara era un recuerdo, una ruina en el corazón de una enorme selva inexplorada. Los huesos de sus reyes habían sido reducidos a polvo en sus urnas de marfil hacía mucho tiempo. Pero el símbolo de su poder había sido arrancado del fondo del mar. Los dioses esperaban la resurrección.

Angelina levantó el disco a la luz. Recordaba la historia de Aladino y su lámpara maravillosa, el genio que podía ser invocado con ella, la magia que podía ser desencadenada con sólo frotar. Ya no hacía falta creer en la magia. Que otros creyeran en la magia, en los antiguos dioses. Con su círculo dorado podía conseguir

eso y mucho más.

Levantó la vista. El reloj marcaba las cuatro y media. Max estaba de camino.

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

La catedral olía fatal. Bajo capas de cera acumulada e incienso, restos de un olor más antiguo y espeso persistía como carne podrida bajo la piel incorrupta de algún santo muerto hacía mucho tiempo. La iglesia no era muy antigua; sus partes más antiguas eran sólo de finales del siglo XIX, pero había adquirido algo de la pátina de la edad. Algo más antigua que sus iconos indiferentes, más antigua que sus ventanas pintadas, más antigua que la cristiandad misma, algo primigenio persistía en sus piedras. En lo alto de una de sus dos torres, una campana solitaria sonaba, tocando a muerte, una nota repetitiva y firme, de luto en un cielo vacío.

A sus pies, las diminutas figuras de los curas y sus ayudantes corrían de un lado a otro por el crucero, preparando la puesta en escena de los inminentes rituales. El ataúd abierto ya estaba montado sobre unos caballetes, cubierto con la bandera haitiana, arropado entre las flores rojas y blancas.

Los sacerdotes habían asistido al general Valris esa mañana en la puerta de la catedral, rociando su cadáver al son del *Si iniquitate* y el *De profundis*. Lo habían precedido de entrada a la iglesia, mientras que el coro cantaba *Exultabunt Domine*. Reuben había mirado, escondido y solo, mientras ponían el ataúd ante el altar mayor y encendían cirios a su alrededor.

Doug Hooper había sido enterrado la noche anterior en la fosa común. Jean Hooper había sido puesta a bordo del primer vuelo de salida de Haití después del levantamiento del toque de queda. El departamento de estado norteamericano había hecho pública una declaración en la que negaban la implicación de Hooper en un complot norteamericano contra el presidente Cicerón y condenaban la ejecución. Nadie había hecho el menor caso. El funeral sería un montaje teatral, el centro de atención del dolor de la nación. O al menos la proclamación de una victoria. Había acabado el toque de queda, el riesgo de un golpe de estado había pasado. O al menos eso parecía.

Veinte metros por encima de la nave llena de sillas, Reuben estaba arrinconado contra la pared de la sacristía, cuidando su dolor de cabeza, que al menos lo protegía contra el sueño. Llevaba allí desde la noche anterior, cuando lo habían hecho entrar por una puerta lateral acompañado por dos de los favoritos de Valris. La noche había transcurrido lentamente, atormentado por los pequeños ruidos sin sentido de la iglesia y el leve susurro de su propia voz. Su único compañero había sido la pequeña luz roja del santísimo. Al llegar el amanecer ella también se desvaneció.

Suponía que podría escaparse, pero, ¿para qué? Si no estaba allí a mediodía para matar al presidente Cicerón, Smith pondría en marcha su terrible maquinaria. Reuben no tenía la menor duda respecto a su capacidad de poner en práctica su amenaza.

Reuben no tardó mucho en descifrar lo que buscaban Smith y Bellegarde. Lo

habían montado para tener pruebas de un complot de la CIA contra Cicerón. La presencia de Hooper en el país había sido meramente fortuita, pero su enfrentamiento con Valris les había venido como anillo al dedo. Hoy Reuben mataría al presidente. Minutos más tarde lo cogerían, vivo o muerto, seguramente lo segundo.

Se establecería su relación con el asesinato de Valris, sus vínculos con la AVS se harían públicos. Un complot de los Estados Unidos desenmascarado y revelado a la prensa del mundo entero. Sin duda descubrirían otros cómplices. Y los detendrían. Y los fusilarían. En cuestión de días, Smith y Bellegarde verían cómo el poder les caía en las manos como un mango maduro.

Reuben ya había montado y comprobado el arma, un fusil de francotirador H&G PSG1 semiautomático. El asesinato debía parecer bien preparado y adecuadamente equipado. El PSG1 tenía un cañón de libre desplazamiento con un cargador ajustable, y estaba equipado con un visor Hensoldt Wetzler 6 × 42 ajustable de 100 a 600 metros, se apoyaba en un trípode bien equilibrado. El hecho de que él nunca había usado un arma así, y que no tenía, ni mucho menos, formación de asesino no sería, por supuesto, un factor relevante. No dispararía para fallar. Smith ya le había dicho claramente cuáles serían las consecuencias si obraba así. El silogismo era para fines exclusivamente psicológicos. Nada le impedía matar a Davita, pasara lo que pasase.

Miró la hora. El funeral empezaría dentro de un cuarto de hora. Ya habían comenzado a llegar los primeros enlutados. Los dignatarios llegarían tarde, por supuesto, y el presidente sería el último en llegar. Reuben cerró los ojos para atenuar un calambre de dolor, y después se apoyó en la pared.

Cuando llegara la hora, él estaría escondido detrás de la alta barandilla de piedra, una de tantas que recorrían la nave. Estaba situado bastante lejos del altar, pero tenía un buen ángulo sobre el ataúd. En algún momento de la ceremonia, el presidente depositaría unas flores sobre el féretro, y subiría al púlpito para dirigirse a la congregación y a la prensa. Ésta sería la señal para Reuben.

La catedral se estaba llenando. Habían encendido velas, el incienso bajaba por los pasillos, un rayo de luz entraba por una ventana del crucero occidental, cayendo con una puntería casi teatral sobre las dunas de flores que morían alrededor del general asesinado.

Los primeros en llegar fueron los don nadie, los funcionarios, comerciantes locales, representantes de la mermada comunidad extranjera en Haití, amigos de la familia. Después llegaron los parientes cercanos, algunos llorando, otros curiosamente silenciosos. Al fin llegó el turno de los dignatarios. Primero los de menor rango: el director de la Banque Nationale, el presidente de la cámara de comercio haitiana, el jefe de la policía, el rector de la Universidad de Haití, varios jueces, abogados, editores de periódicos.

Por último, la *crème de la crème*: dos generales, el comandante de la guardia

presidencial, el almirante de la minúscula marina haitiana, representantes de los vestigios del cuerpo diplomático, el nuncio papal, miembros de las familias más destacadas del país, ministros.

Hubo una pausa en la procesión. La gente se sentó. Reuben notó que brotaba un sudor seco de su frente. Estaba mareado. Mareado por el dolor y el temor. No era un asesino, pero aunque no disparara, hoy sería la causa de una muerte. Quería ponerse en pie y gritar, pero eso sería causa segura de la muerte de Davita.

Entró el obispo de Port-au-Prince. Una voz anunció la llegada del presidente. La congregación se puso en pie con ruido de golpeteo y toses apagadas. Cicerón bajó lentamente por el pasillo principal, acompañado por guardias con uniformes de ceremonia. Estaba vestido de negro y llevaba una banda negra en el brazo. No estaba solo. Reuben miró con avidez entre el dibujo de piedra esculpida, intentando ver al hombre al que debía matar.

Detrás de Cicerón, vestido con un uniforme que parecía indicar un importante ascenso, iba Max Bellegarde. Él también llevaba una banda negra. No estaba solo. A su lado no iba su mujer, ni su madre, sino su hermana Angelina, vestida totalmente de negro, de luto, como Reuben la había visto por primera vez.

* * *

La campana se detuvo a medio girar, como si se hubiera helado. Suavemente, el eco de su última nota vibró y se desvaneció en el aire. Por las calles no circulaba tráfico desde las ocho.

El silencio se abalanzó sobre la catedral como un ave rapaz, portentosa, de potentes alas.

En el interior de la catedral sonó una campanilla, minúscula y aguda, clara y precisa sobre el ruido de llanto reprimido. No todos habían ido a hacerse ver. Los sacerdotes en su vestimenta de entierro empezaron la misa de réquiem, con caras solemnes, rodeados de nubes de incienso.

Ella estaba sentada en primera fila junto a su hermano, entre los generales y los diplomáticos. Se notaba que estaba inquieta. A cada momento giraba la cabeza en uno u otro sentido. ¿Lo estaría buscando? ¿Sabría que aún estaba vivo? Vio a Max agacharse y susurrarle al oído. Notó que la sangre se le helaba en las venas. ¿Qué debía hacer? Nadie lo había preparado para aquello.

La misa siguió su curso, monótona, cadencias conocidas en una lengua nueva, los misterios de la muerte expuestos en una mezcla de francés y latín. No era la primera misa de réquiem a la que Reuben asistía. Desde que empezó sus estudios en la academia, cada año había asistido al menos a dos entierros de compañeros muertos en el cumplimiento del deber. Muchos eran irlandeses, polacos, italianos. Se sabía la misa de réquiem casi mejor que el *kaddish*. Se dio cuenta, sorprendido, de que estaba

llorando en silencio, llorando porque no había podido recitar el *kaddish* para su padre ni su madre. No tenía hermanos, era su deber. ¿Qué pasaría si moría Davita?

Se echó hacia atrás y esperó, con la mirada fija en la misa que se desarrollaba a sus pies. Las voces fluctuaban, los celebrantes se movían entre el incienso con ritmos nada terrenales, como participantes en un sueño ajeno. Caras negras, manos negras, voces negras, atrapadas en los gestos de un credo extranjero. Tendrían que haber estado bailando, pensaba Reuben, tendría que haber tambores. Dios no debería ser tan remoto, su hijo tan etéreo, ni sus manifestaciones tan parsimoniosas ni tan contenidas.

Pero al fin acabó. El obispo completó el rito de la absolución, los concelebrantes se dispersaron. Se hizo el silencio en la catedral, un silencio expectante. En el altar, físicamente intacto, el cuerpo de Valris permanecía inerte en su ataúd cargado de flores, un testimonio silencioso de la dureza del mundo externo.

Reuben vio que Cicerón se levantaba y subía los escalones del altar. El presidente resultaba un hombre pequeño y cansado, con ojos tristes, al que nadie quería. Se puso de cara a la congregación permaneciendo en silencio durante lo que pareció ser mucho tiempo. Alguien tosió. Otro se aclaró la garganta. Cicerón empezó a hablar, palabras sencillas en criollo, el elogio de un hombre al que no había querido. Reuben no entendía ni una palabra. No importaba.

Reuben apuntó a la cabeza de Cicerón, un milímetro por encima de la pared. Estaba de lado, pero no importaba: a esa distancia un tiro bien colocado sería mortal. Era fácil hacerlo. Pensó en Danny, en su padre, su madre, Devorah, todos los muertos y los casi muertos. Pensó en Davita. Pensó en el agujero. Suavemente, cerró los ojos y recitó las primeras palabras del *kaddish*.

—Que su gran nombre sea ensalzado y adorado en el mundo que Él ha creado según su voluntad.

Abrió los ojos y volvió a apuntar. ¿A él qué le importaba Cicerón? Dejó el rifle en el suelo. Era imposible. Él no era un asesino.

Un segundo más tarde se oyó un sonoro disparo.

CAPÍTULO SETENTA Y TRES

Al silencio siguió un silencio tan absoluto, tan intenso que era como si el mundo se hubiera quedado tieso. Entonces estalló el caos, al principio apagado, creciendo rápidamente en intensidad y confusión. Reuben miró la nave de la catedral. Cicerón estaba tirado sobre los escalones como una muñeca rota. No se movió. Nadie se le acercó. Reuben no tenía la menor duda de que estaba muerto.

El presidente iba acompañado en la iglesia por un círculo de guardaespaldas. Por todas partes, hombres con trajes blandos o de uniforme habían sacado sus pistolas, peinando la multitud con los ojos, buscando por todas partes el origen de la bala asesina.

El tiro procedía del lado opuesto de la nave. Reuben se puso en pie y miró al otro lado. El asesino era claramente visible, una cara oscura detrás de un brillo de metal pulido. Loubert. Bajó el fusil, se giró y miró a Reuben por encima del vacío que los separaba. Sus miradas se encontraron. Loubert levantó el rifle y apuntó a Reuben. Apretó el gatillo. No pasó nada. Su arma se había encasquillado.

Reuben no dudó ni un momento. Levantó el rifle y se lo apoyó en el hombro. Sin apuntar, sin pensar, disparó tres tiros rápidos. Uno dio contra la barandilla, los otros dos dieron en el blanco. Loubert se alejó del borde, soltando el rifle, que cayó al suelo con estruendo.

La mayor parte de los asistentes ya habían salido precipitadamente a la calle, dejando a los guardaespaldas del presidente y a varios dignatarios acurrucados en un rincón del crucero. Algunos de los responsables de seguridad estaban intentando alejar a los dignatarios que quedaban de lo que parecía ser la zona de peligro. Hubo un resonar de pasos en la escalera que llevaba al balcón a ambos lados de la nave. Reuben tiró el rifle y se puso de pie. Se puso las manos en la cabeza. Había cierta posibilidad de que no dispararan si pensaban que estaba indefenso.

Max apareció en la salida de las escaleras solo, desarmado. Sabía lo que le esperaba.

—Está bien, teniente —dijo Max—. Ahora no tiene nada que temer.

Reuben salió de las sombras. Olía el incienso. El sonido de los tiros le resonaba en los oídos.

—¿Qué está pasando? —preguntó él—. No consigo seguirle. Va de una muerte a la siguiente como un niño probando caramelos.

—Ahora el presidente soy yo —dijo Max—. Ahora mando yo. Conmigo no tiene nada que temer. Baje. Angelina lo está esperando.

—¿Está bien ella?

Max lo miró desconcertado.

—¿Por qué no lo iba a estar? Angelina no ha tenido nunca ningún problema

conmigo. —Reuben se preguntaba qué quería decir con eso.

Bajaron. Max abría camino, con el rifle abandonado de Reuben en una mano y Reuben siguiéndolo como un corderito. Había empezado a comprender. Los escalones conducían al crucero. La luz le caía a los pies como melaza espesa. Delante de él estaba el ataúd, como una carroza de desfile fuera de sitio, grotesca y redundante.

Ya quedaba poca gente. Por los escalones del lado opuesto bajaban dos agentes que llevaban en brazos el cadáver del asesino del presidente. Un tercero llevaba su rifle. Entregó el rifle a Max, quien lo intercambió por el que tenía Reuben.

Angelina estaba junto al cuerpo del presidente. Mejor dicho, el ex presidente. Ahora el presidente era Max.

Junto a Angelina estaba un hombre vestido con un sobrio traje gris. Smith. O Warren Forbes. Su nombre era lo de menos. Smith llevaba el cabello cuidadosamente peinado y un anillo de plata en el índice izquierdo.

—¿Por qué, Angelina? —preguntó Reuben.

Ella no dijo nada. Ella parecía estar conmocionada. O indiferente. Tenía algo en la mano. Un disco de oro grande. Le resultaba conocido y extraño a la vez.

Angelina se acercó a Max. Le alargó el círculo, el antiguo símbolo de poder de los reyes de Tali-Niangara. Con esto, Max sería más que un mero presidente. Sería el fundador de una dinastía. Se lo cogió y lo puso a la luz. El metal brillaba, oro más antiguo que la pompa de Cristo. Miró la catedral como un conquistador en un templo extranjero.

—Es de Max —dijo ella—. Uno de los sacerdotes que vino a Haití en el *Hallifax* era hijo del rey. Él era nuestro antepasado. Max es el legítimo gobernante. El rey ha vuelto. Esta noche es la Noche de la Séptima Oscuridad.

Y, de repente, Reuben se dio cuenta de quién había pintado el cuadro que había visto en la habitación de Petite-Rivière. «En Haití pintaba todos los días». ¿Qué más habría pintado?

Angelina sonrió suavemente, con una sonrisa distinta de todas las que Reuben le había visto. *Cuando yo sea rey, tú serás mi reina...*

Y entonces, con la mayor facilidad, traspasó la sonrisa a Reuben. Él la miraba impasible. La había amado, aún la deseaba. Max era su hermano. No podía tener celos de su hermano.

Ella se acercó a él, en silencio, sonriendo. Se le acercó y lo abrazó, apretando su cuerpo contra el suyo, apretando sus labios contra su mejilla.

—De prisa —susurró ella—. En el bolsillo de mi chaqueta. El izquierdo. ¡Date prisa!

Ella le acarició la espalda, y entonces le acercó la mano al bolsillo de la chaqueta ligera que llevaba sobre el vestido de luto. Lo abrazó con mayor fuerza. La mano de

él encontró una pequeña pistola.

—Date prisa, Reuben.

La respiración de ella rozaba, caliente, la oreja de él. Su tono era de urgencia.

Él miró hacia atrás por encima del hombro. Smith estaba a sólo unos metros, mirando, sin sospechar nada. Reuben sacó la pistola del bolsillo de Angelina, la levantó y disparó dos veces. Ambas balas dieron al hombre alto en el pecho. Smith aulló de dolor inesperado. Reuben pensó en su padre y disparó dos veces más. Ella lo abrazaba mientras disparaba, apretándolo contra su cuerpo. Smith se tambaleó, con la camisa manchada de sangre. Reuben recordó a su madre y volvió a disparar una vez más. Nadie intentó interferir. Nadie fue a detenerlo. Smith cayó hacia adelante, gritando de rabia. Avanzó a gatas. Reuben volvió a disparar, apuntando a la cabeza. La bala le dio en la nuca. Angelina lo abrazó susurrando:

—Basta, Reuben, basta.

Él no sintió ningún sabor. No era dulce. No sabía a miel. Era todo decepción: la venganza no era nada. Ella le cogió la pistola. Era una automática pequeña. Había estado cargada con siete balas. Él había disparado seis. Ella lo abrazó y lo besó en los labios con fuerza, y entonces se separó de él.

Ella le puso la pistola contra la sien.

—Te quiero, Reuben —dijo ella—. Más que a mi padre, más que a Max. ¿Lo comprendes, no?

—No —dijo él. Lo dijo a todo el mundo, pero sobre todo a ella y a Danny, sobre todo a sus padres, y a sí mismo—. No —repitió.

Era todo lo que quedaba por decir.

Ella volvió a adelantarse y lo besó con fuerza, con toda la fuerza del mundo. Al hacerlo, apretó el gatillo. Era más que un beso. Tenía los ojos abiertos. Abiertos y completamente en blanco.